

GALEN PEMBROKE

Planeta

GALEN PEMBROKE

TIFFANY CALLIGARIS

GALEN PEMBROKE



Índice de contenido

Calligaris, Tiffany
Galen Pembroke / Tiffany Calligaris. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2022.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-7658-5
1. Narrativa Argentina. 2. Narrativa Juvenil. I. Título.
CDD A863.9283

Diseño de cubierta: Lucía Cornejo para Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
Publicado bajo el sello Planeta®
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: abril de 2022
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto 451

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-7658-5

«If I am an angel, paint me with black wings».

The Vampire Armand, ANNE RICE



A mis lectores que esperaron por esta historia.

LONDRES
1998



I

GALEN

Galen Pembroke caminaba bajo los faroles de una calle gris. El aire nocturno de Londres tenía cierto peso que se sentía en los labios. Un velo de neblina y humedad cubría el ambiente.

Nada lo tentaba más que la invitación que le extendía la noche. La oscuridad que se paseaba por las calles haciéndolas menos transitadas. Los juegos de luz y sombra que coronaban los antiguos edificios.

Era su escenario.

Atravesó angostos callejones que muchos definirán como «inseguros» y continuó por las calles bien iluminadas, siguiendo rastros de música hasta dar con una fiesta.

El edificio se veía descuidado. Apartamentos pequeños; lo cual se traducía a rentas baratas, si es que existía tal cosa en una ciudad como Londres, y a inquilinos jóvenes.

Reposó su silueta a un lado de la entrada de manera casual. Había pasado más de una semana desde la última vez que había bebido sangre y la necesidad de consumir magia ardía en su garganta.

Galen era un Antiguo. Distinto a las criaturas inmortales atormentadas por la inconsecuencia de los años y la condena de su alma propias de las grandes novelas góticas. Su corazón latía. Bombeaba vida.

Los Antiguos son longevos, humanos que necesitan beber sangre de poseedores de magia para mantener con vida el hechizo que corre por sus venas. Eso explica por qué Galen tenía la apariencia de un joven de veintiséis años cuando llevaba vivo unos cuantos más. Su pelo oscuro, sus hipnóticos ojos marrones con destellos verde y su atractivo rostro lo acompañarían por un largo, largo

tiempo, antes de envejecer.

Las risas anticiparon la llegada del grupo que había estado esperando. Se acercó al portero eléctrico fingiendo una expresión impaciente. La primera chica en notarlo se lo transmitió a sus amigas en un intento poco disimulado, haciendo que compartieran una risita y miradas de interés.

—Buenas noches, señoritas —dijo de manera galante—. He estado anunciándome, pero creo que nuestra anfitriona tiene la música un poco alta.

Una de ellas se adelantó hasta el portero y apretó un dedo contra el botón del 5º A. El último piso.

—Típico de Leslie —respondió presionándolo de manera reiterada—. ¡Les! ¡Estamos abajo!

Un zumbido que hizo vibrar la puerta, les permitió la entrada.

—Después de ustedes —dijo Galen sosteniéndola.

Las jóvenes se presentaron hablando una encima de la otra, mientras Galen se detenía en el aroma de cada una y buscaba aquella chispa casi imperceptible al estrechar las manos en un saludo. Sin embargo, ninguna de ellas era una bruja o poseía magia.

Lo primero que notó al acercarse al departamento fue la mezcla de incontables voces hablando sobre la música. Lo segundo fue la escasez de luz. Y lo tercero, las botellas de alcohol barato que ocupaban la mayoría de las superficies.

Jóvenes universitarios.

Galen no se guiaba por muchas reglas, pero una de ellas era evitar a los menores de edad. Eran un anzuelo que tenía el potencial de arrastrar a un tiburón hacia un mar de problemas.

Se paseó por la habitación y tomó una cerveza en el camino. Las brujas eran difíciles de encontrar y aún más difíciles de engañar. Los aquelarres hacían un buen trabajo en educarlas sobre la amenaza de los Antiguos. Por fortuna, no había muchos como él. Lo que hacía que muchas jóvenes brujas bajaran la guardia. La mayoría de ellas se perdían en ocultar lo que eran, el rol de jóvenes normales les salía tan bien que a veces se olvidaban todo acerca de los peligros del mundo sobrenatural.

Sin embargo, su presa favorita eran las chicas que poseían magia sin ser conscientes de ello. El poder que corría por sus venas dormía, oculto, camuflado en una sociedad que no creía en magia o brujas.

También estaban sus amigas: brujas a quienes les gustaba pasar un buen rato. Pero a veces la pantera que anidaba en su pecho necesitaba salir del escondite y disfrutar de una cacería.

Aquel sutil aroma que susurraba su nombre en sueños finalmente captó sus sentidos. Era floral. Eléctrico. Una huella desvaneciéndose en el aire.

Siguió el débil rastro hasta una joven en el balcón que vestía un vestido verde. Bebía en compañía de otra chica.

—Linda noche —dijo asomándose de manera casual.

Por alguna razón los jóvenes universitarios tendían a actuar de manera completamente incorrecta cuando se trataba de comenzar una conversación con un interés romántico. Algunos observaban a una distancia prudente al igual que un perro callejero con la esperanza de recibir un hueso. Mientras que otros optaban por ser tan amistosos como una garrapata.

—Muy linda noche. Soy Lana —respondió la chica del vestido verde.

—Stef.

—Edward. —Hizo una sonrisa y agregó—: Ed.

Galen tenía una lista de alias que iba cambiando según la ocasión. La mayoría pertenecía a personajes literarios o figuras históricas. Esa noche era Edward Hyde.

—¿De dónde conoces a Leslie? —preguntó Stef.

—Nuestros padres son allegados, solíamos vivir en el mismo vecindario.

—Oh, no recuerdo haberte visto antes —dijo Lana mientras tomaba de un vaso plástico.

—Me mudé a París hace unos años, estoy estudiando en la Université Paris Dauphine.

—¿Hablas francés? —preguntaron las dos al unísono.

El idioma del amor. Aprenderlo había valido cada hora que

había pasado estudiándolo.

—*Oui*.

—¡Di algo más! —pidió Lana con entusiasmo.

—*Tes dames ont l'air ravissante ce soir*.

—¿Qué significa?

—Dejaré que adivinen —respondió y las dos compartieron una risita.

Conversaron sobre París y sus sitios favoritos. Cuando se trataba de dos amigas, la mejor estrategia era hacerles saber en cuál estaba interesado y dejar que ellas actuaran. La ovejita seguiría al lobo lejos del rebaño.

—Es una linda noche —repitió Galen asomándose a la baranda despintada del balcón—. Creo que iré por una caminata para dejar que el alcohol siga su curso. —Miró a Lana y se detuvo en sus labios —. Disfruten sus bebidas, señoritas.

Apenas puso un pie en el interior del departamento cuando la voz de Lana lo detuvo.

—¡Espera! Yo también podría dar una caminata…

Se volvió a tiempo para ver a Stef revolear los ojos con fastidio. Si tenía que ser objetivo, la otra chica era más bonita, con largas piernas que subían hasta una corta falda cuadrillé, pero su sangre no olía a magia.

—*Après vous* —dijo indicando con la mano—. Después de ti.

Lana sonrió. Entonces se apresuró a tomar la iniciativa y liderar el camino hacia la puerta de entrada.

Estaban en el área de Camden. Un puñado de viejos *pubs* iluminaban las esquinas con luces de colores, haciendo que la noche se viera menos acechante. Aunque nadie era lo suficientemente ingenuo como para confundir las calles de Londres con algo inofensivo.

Aquel empedrado desparejo salpicado de luz de luna había guiado a incontables almas imprudentes a incontables desenlaces desafortunados.

El nombre Jack el Destripador, el asesino serial que había manchado las calles de sangre en 1888, ocasionalmente hacía su

aparición en las conversaciones de estudiantes ebrios.

Galen esperó un par de cuadras antes de acercar una mano a la de su acompañante y hacer que sus dedos se rozaran.

Conocía un club nocturno no muy lejos de allí. Si seguían por Camden High Street eventualmente lo cruzarían y le sugeriría entrar.

En ese tipo de escenarios, las chicas como Lana no tardaban en desinhibirse. Y dada la forma en la que continuaba apoyando un hombro contra el de Galen, no le sería difícil obtener lo que quería.

La música los encontró antes de llegar a la puerta. Un sonido electrónico que tenía una forma de hacer vibrar las cosas.

Por fuera no era más que un edificio de cemento con un gigante vigilando la entrada.

—¿Qué dices? ¿Te gusta bailar? —preguntó en tono sugestivo.

Lana dejó escapar una risita.

—Me encanta bailar.

Galen la tomó de la mano. Le ofreció unas libras al gigante de la puerta y dejó que su mirada hablara por él. Aquellos hombres estaban entrenados para reconocer a jóvenes con documentos falsos. Y si bien se consideraba afortunado de poder alargar su juventud, estaba lejos de ser un mocoso ansioso por colarse en un club.

Una vez dentro la temperatura subió de manera notable. El tipo de calor que solo se logra con cientos de cuerpos moviéndose incesantemente en un espacio reducido. El aire también contaba otra historia. Una que involucraba tabaco, licor y transpiración.

Se abrió paso entre la multitud, llevando a Lana en dirección a la barra.

—¿Qué te gustaría tomar?

La chica lo consideró unos momentos.

—Un cosmo.

—¿Te refieres a esa bebida rosa llamada cosmopolitan? —preguntó con humor.

—Esa misma —respondió con una risita.

Galen llamó la atención del *barman* con un gesto de mano.

—Una Guiness y un cosmo.

La excesiva cantidad de personas los obligó a mantenerse cerca mientras esperaban por las bebidas. Esa era una de las ventajas de un lugar así: invadir el espacio personal era prácticamente una regla.

Mantuvo la mano en la suya, moviendo el dedo pulgar en suaves trazos sobre la piel de la joven. Si cerraba los ojos y enfocaba los sentidos en aquel punto, podía sentir la magia pulsando por su sangre. Era sutil. De ser una bruja, la sensación sería tan fuerte como la de una ola antes de romper.

—¿En qué piensas? —preguntó Lana.

—Pienso que ese vestido verde que llevas me ha estado distrayendo desde que salí al balcón —respondió.

Sus mejillas se sonrojaron.

—¿Cómo es que Leslie nunca te mencionó? —preguntó más para sí misma—. Eres tan…

Tragó la palabra avergonzada.

—No nos hemos visto en años, probablemente olvidó todo acerca de mí —dijo encogiéndose de hombros

—Lo dudo seriamente.

Galen coincidía con ella. Se consideraba memorable. Si tenía la intención de causar una impresión en alguna chica, daba por sentado que, incluso si no volvían a verlo, no lo olvidarían.

Tomaron las bebidas mientras hablaban suavemente, hasta que Lana vació la suya. Entonces Galen pasó la mano por su cintura y la guió a la pista de baile, la cual estaba más que concurrida.

Sus cuerpos se pusieron en sintonía con la música, al ritmo de la canción que llenó sus oídos.

Galen la hizo girar, moviéndola hasta dejarla sin aire, y la atrajo a meros respiros de su rostro. Lana pasó los brazos por su cuello y lo acercó con una risita codiciosa.

La hizo esperar unos momentos más, dejando que se volviera impaciente, y la besó cuando aquel anhelo se volvió algo más atrevido.

Lana respondió al beso con entusiasmo.

Alrededor de ellos una multitud de jóvenes bailaban y se enredaban unos con otros. Podía sentir los movimientos de los cuerpos, bajando y subiendo. La adrenalina. Los latidos de cientos de corazones acompañando la música.

Las manos del Antiguo bajaron por los brazos descubiertos de Lana, deleitándose en la eléctrica sensación que corría bajo su piel.

Iba a ser una noche entretenida.



II

ARIELLE

Arielle Hollis le dedicó una sonrisa inocente a la vendedora mientras sus dedos trabajaban en deslizar un lápiz labial en el bolsillo de su abrigo. Era un tubo dorado. KissKiss de Guerlain. Usaba el mismo tono frambuesa desde que tenía memoria. Solía tener tres, e incluso cuatro, en su antiguo tocador, pero las cosas habían cambiado.

La única manera de dejar la icónica tienda de Selfridges con el lápiz labial era gastando su triste salario o robándolo. La opción correcta era evidente.

Dejó el perfume del que habían estado hablando sobre el mostrador y miró el reloj en su muñeca, alejándose a paso decidido.

La primera vez que había robado algo escuchó los latidos de su corazón anunciando cada paso que daba. Ya no los oía. Solo la fugaz sensación de adrenalina cuando cruzaba la salida y se encontraba del otro lado.

Los últimos meses la habían convertido en varias cosas, entre ellas, una ladrona. Arielle había pasado semanas en galerías de compras y callecitas de tiendas observando a otras personas hacer lo mismo. Tomando notas de triunfos y fracasos para idear un estilo propio.

Sus reglas eran sencillas: una cosa a la vez. Y solo en tiendas donde ya hubiera comprado antes. Las vendedoras tendían a

relajarse con clientes habituales y ella sabía la ubicación de las cámaras de seguridad.

El atuendo que llevaba también era una pieza clave. Era una de las razones por las cuales había conservado algunas cosas de su vestuario de diseñador. Nadie pensaría que no podía pagar un lápiz labial cuando llevaba una cartera Channel.

Arielle se abrió paso por las transitadas calles de Dalston. El vecindario estaba repleto de *pubs*, pequeños locales y *stands* de comida. El aire olía a platos de diferentes partes del mundo. Desde guacamole a kebabs.

El contraste con su antiguo vecindario era algo que todavía la aturdía. Arielle Marie Hollis solía vivir en Notting Hill, en una imponente casa blanca de tres plantas con ventanales enmarcados por columnas, pequeños árboles siempre podados y flanqueada por una fila de casas de igual fachada blanca que se extendían a lo largo de la cuadra.

Pembridge Gardens era un área sofisticada destinada a la elite londinense donde las calles solían estar vacías a excepción de turistas con cámaras fotográficas.

Esa había sido su vida hasta que su padre, Peter Hollis, había perdido su cuenta bancaria debido a un fraude y evasión de impuestos. Él y su madre Coraline no tuvieron más opción que mudarse a la residencia de su tío Charles, esperando que alguna solución milagrosa los regresara a su antigua vida.

No ella. Arielle vio lo que su madre llamaba «una maldita desgracia» como a una oportunidad de reinventarse bajo sus propias reglas.

Al igual que la mayoría de sus compañeros nacidos en familias privilegiadas, su vida había sido planeada desde la cuna. Incluso antes. Desde la primera educación en The Minors Nursery School hasta los últimos años en el internado Charter House.

Su madre había imaginado que su existencia le daría algo de que presumir en reuniones sociales: una hermosa hija con talento para la pintura. Un atractivo hijo con méritos académicos. ¿Quién podía decir qué tipo de fantasías había entretenido esa problemática

cabeza?

No importaba.

El paso que había dado había sido el primero por propia elección, y lo consiguió gracias a que no le tembló el pulso cuando falsificó la firma de su padre en un cheque para pagar la matrícula de la Queen Mary University of London.

El acontecimiento sucedió semanas antes de que las cuentas bancarias de los Hollis fueran congeladas, por lo que se aseguró su primer año como una estudiante dede estudios de Literatura Creativa.

Arielle entró en el espacioso *pub* que ocupaba una de las esquinas, cruzó el salón vacío y se dirigió hacia las escaleras del fondo. El pequeño departamento que alquilaba se encontraba en la segunda planta. Veinticinco metros cuadrados. Casi el mismo tamaño que su antigua habitación. Pero era su espacio y estaba orgullosa de ello.

La colección de joyas y relojes que había vendido había sido suficiente para pagar el depósito más unos meses de alquiler. Además de hacerlo habitable. Le había dado una mano de pintura a la pared de ladrillo rojo tras la cama y al resto de las paredes blancas, había arreglado la gotera del diminuto baño y se las había ingeniado para acomodar los muebles necesarios: una cama de una plaza, un perchero, una estantería de libros, un frigobar y un escritorio.

Arielle nunca había sido una persona sentimental, por lo que las pertenencias que conservó con ella fueron escasas, adaptándose de maravilla al nuevo hogar. Su vida había entrado en tres valijas.

Ropa, zapatos, libros, carteras y algunos CD.

Los únicos objetos por los cuales sentía cierto apego emotivo eran una primera edición de *El sabueso de los Baskerville* que le había obsequiado su abuelo una Navidad, un artículo de un diario de 1934 sobre la famosa pareja de bandidos Bonnie y Clyde, enmarcado en vidrio y por el cual había pagado una pequeña fortuna, y un pendiente de oro que le habían dado sus padres en su primer cumpleaños.

Dejó la cartera satchel, donde llevaba los libros de uno de sus cursos, sobre el escritorio y luego se recostó en la cama. Solo tenía media hora de descanso antes de que su turno comenzara en el bar. La parte buena era que el trabajo estaba a una escalera de distancia de donde vivía.

Apenas logró dormitar unos minutos cuando una voz la llamó desde el otro lado de la puerta.

—¡Ari! ¡¿Estás ahí?!

Le hubiera gustado gritar que estaba abierto para evitar levantarse, pero no era cierto. Cuando una era una chica de diecinueve años viviendo sola, la puerta siempre estaba trabada. Incluso había comprado un cerrojo nuevo.

—Estoy en la cama. Te veré abajo…

—Hoy es la fiesta en Ridley. Olvidé lavar mi ropa y necesito que me prestes algo —gritó la voz—. Levanta tu trasero, Ari.

Se permitió un momento más de comodidad antes de dirigirse hacia la puerta. Jean Balfour esperaba del otro lado.

Jean era una bendición en la forma de una chica de cortos rizos rubios que había conocido cuando comenzó a aventurarse en nuevas partes de la ciudad que hasta entonces no frecuentaba.

Era una estudiante de Comunicación, trabajaba como camarera y, más importante, era una bruja.

Arielle era el tipo de persona que siempre había esperado más del mundo. Que fuera más fantástico. Más intrigante y prometedor que solo edificios, concreto y automóviles. Esa era una de las razones por las cuales amaba las novelas de misterio. ¿Cuál era el punto de que todo fuera evidente? ¿De que no hubiera otro mundo oculto tras nuestro mundo?

Cuando comenzó a frecuentar antros góticos en busca de inspiración para su novela, no esperaba mucho más que collares con púa y exceso de delineador, por lo que encontrarse con una joven practicando magia en un callejón fue una victoria más grande de lo que se hubiera atrevido a imaginar. Recordaba la escena en detalle: el bastardo ebrio que había intentado aprovecharse de Jean y la manera en que la joven había manipulado el aire para arrojarlo

contra el muro de un callejón.

—Te ves cansada —notó Jean.

—Hoy tuve un examen que demandó de mi cerebro entero —respondió.

—¿Cómo te fue?

—Bien. Comparé mis respuestas con las del chico de al lado por si acaso, coincidimos en la mayoría —dijo Arielle.

—Eres buena siendo escurridiza.

Jean la estudió antes de llevar su atención al perchero.

—Deberías arreglarte, esas ojeras no te van a ayudar a conseguir muchas propinas.

Arielle soltó una risa sarcástica, aunque cambió la musculosa sobre la pollera de cuero por una más reveladora. Fue hacia el baño en busca del estuche de maquillaje.

Era buena ganando propinas, y dado que su salario no era exactamente alto, necesitaba todas las que pudiera conseguir.

—Este es un buen color y todavía no lo he usado.

Jean se asomó a la puerta mostrándole un *top* violeta que dejaba ver el *piercing* en su ombligo. Compartían la ropa a pesar de que Arielle era unos centímetros más alta y Jean tenía el busto más grande. Lo pasó por los brazos y su pelo rizado cayó a la altura de los hombros.

—¿A quién esperas ver? —preguntó Arielle.

—Bas dijo que me presentaría a uno de sus amigos. Con algo de suerte, será alto, apuesto e interesante.

—Es mucho pedir —murmuró como respuesta—. Tendrás suerte si es una de esas cosas…

—¿Cómo es que eres tan escéptica cuando se trata de hombres? —preguntó Jean—. ¿Solo saliste con jóvenes pomposos de la alta sociedad?

Arielle decidió no responder. Probablemente porque su amiga estaba en lo cierto: sus últimos dos pretendientes encajaban en esa descripción.

—¿No deberías estar saliendo con algún brujo en vez de con amigos de Bastiano? —preguntó—. O, mejor aún, uno de esos

vampiros que mencionaste.

La escena sobrenatural de Londres era todo con lo que Arielle fantaseaba desde niña. Magia. Brujas. Vampiros.

—Dejé mi comunidad para evitar que me eligieran un novio brujo. Por lo que no, no quiero salir con uno de ellos a menos que realmente lo valga —respondió Jean examinando sus uñas pintadas de rojo—. Y en cuanto a los vampiros, se llaman Antiguos y solo toman sangre de poseedores de magia, por lo que no es una buena idea a menos que quiera terminar desangrada en algún callejón.

Arielle alejó el pincel de sus párpados para evitar correr la sombra que estaba aplicando. Se preguntó qué se sentiría encontrarse cara a cara con un Antiguo en algún callejón oscuro. Jean dijo que no podría distinguirlos de un joven normal, que eran longevos en vez de inmortales, estaban vivos, y todo el tema de los colmillos pertenecía a las historias de ficción.

—Aunque he cruzado camino con algunos de ellos y debo reconocer que los diablos son apuestos —dijo Jean para sí misma—. Suelen merodear un club llamado El Ataúd Rojo.

—Tal vez algún día podamos hacer una excursión a ese lugar —sugirió en tono casual.

—Créeme, Ari, es mejor si no lo hacemos.



III

ARIELLE

Sherwood era un bar que lograba aquella sensación acogedora de los *pubs* ingleses. El techo de piedra con vigas de madera le daba un aspecto de cabaña y la suave iluminación estaba distribuida de tal manera que creaba la ilusión de llamas. Era un buen lugar. Un rincón que parecía detenido en el tiempo, negándose a evolucionar con letreros de neón y música alta al igual que el resto de los *pubs*.

Arielle ocupó su lugar detrás de la barra. Todas esas galas y eventos sociales a los que asistía desde la adolescencia le habían dado una habilidad de la cual estaba orgullosa: era excelente preparando tragos. Cuando sus padres exigían su presencia en eventos tediosos, o simplemente encontraba la noche aburrida, había hallado su propio entretenimiento socializando con el *barman* de turno. Varios de ellos incluso la habían participado de sus propios trucos a la hora de mezclar bebidas y hacerlas más sabrosas.

Por lo que conseguir un trabajo en la barra no fue particularmente difícil. Tras limpiar la mesada, acomodó las bebidas más solicitadas al alcance de la mano.

Los viernes siempre eran días ocupados. Lo que significaba mucho trabajo y buenas propinas.

Colocó la etiqueta con su nombre sobre la pequeña musculosa, acomodó su largo pelo negro y se miró en la pared de espejo que contenía los estantes con botellas.

El delineador resaltaba sus llamativos ojos celestes y el nuevo labial estaba aplicado de manera experta, haciendo que sus labios tuvieran la coloración de frambuesas.

—Te ves igual de bien que todas las noches —le aseguró una voz.

Sonrió, sin apartar la mirada del espejo.

—Gracias, Oli.

Cuando Jean le aseguró que podía conseguirle una habitación sobre un bar con un encargado amistoso y para nada pervertido, Arielle no le creyó. Afortunadamente, estaba tan desesperada que chequeó el lugar de todos modos y fue la mejor decisión que podía haber tomado.

El padre de Oliver, al igual que su padre antes de él, era dueño del edificio. Y dado que se sentía demasiado adulto como para mantener una vida nocturna, había puesto a su hijo de veinticuatro años a cargo del bar. Por supuesto que aparecía espontáneamente cada semana para asegurarse de que las cosas funcionaran bien, aun así, Oliver era su jefe. Un muchacho de espalda ancha, con pelo corto color arena y una mandíbula definida. Sin mencionar que tenía un carácter relajado y estaba atento a espantar a los clientes ebrios que intentaban propasarse con ella. Aunque Arielle fuera capaz de defenderse por sí misma, saber que tenía a alguien cuidando de ella le daba tranquilidad.

—Solo queda una botella de José —dijo mientras realizaba el inventario del estante más cercano—. Y media de Jägermeister. ¿Quieres que vaya por más al depósito?

—Yo puedo hacerlo —respondió Oliver.

El *pub* todavía estaba tranquilo. Había un par de grupos de jóvenes tomando cerveza junto a una cena de nachos y guacamole.

Si sus padres pudieran verla tras la barra con su pequeño atuendo, de seguro tendrían un infarto. De solo pensar que su padre solía regañarla por tomar cerveza, insistiendo en lo poco femenino que era, no podía evitar reír.

Jean Balfour bajó por las escaleras. Llevaba unos jeans lavados de cintura alta y un *top* violeta. Un abrigo con estampado de

leopardo colgaba de sus hombros. Estaba acompañada por Bastiano. El joven de ondulado pelo castaño y tez olivada era otro de sus vecinos. Italiano, artista callejero, vendía sus pinturas en la rivera junto al puente de Londres. Algo en él le recordaba a un amistoso perro labrador.

—¿Qué dices de un gin de cortesía? —preguntó Jean ocupando una de las banquetas frente a la barra—. Ya sabes, para empezar bien la noche.

Arielle levantó una ceja y llevó una mano hacia la botella.

—¿Qué tan fuerte?

—Fuerte.

Compartieron una mirada de complicidad.

—¿Qué hay de ti, Bas? ¿Tu usual Amaretto?

Bas esgrimió una encantadora sonrisa. Hacían un buen grupo. Arielle prefería no depender de nadie, pero de tener que hacerlo, Oliver, Jean y Bas no eran malas opciones. Los elegiría a ellos sobre cualquiera de sus antiguas amistades sin dudarlo. Eran independientes, capaces de cuidar de sí mismos y pasarlo bien mientras lo hacían.

—¿Quién es el amigo que le presentarás a J? —preguntó.

—Su nombre es Kyle. Es un músico —respondió Bas—. Toca el piano en varios hoteles.

El escepticismo tomó posesión de su rostro.

—¿Un pianista? —bromeó Arielle—. ¿Qué pasó con el típico chico malo que es cantante en una banda? O al menos un guitarrista…

Jean negó con la cabeza.

—Kyle suena decente, le daré una oportunidad —respondió.

—Tengo otro amigo que canta en una banda si ese es tu estilo, Ari —comentó Bastiano.

—Paso.

—Desde que llegaste que nunca te he visto salir en una cita o besuquearte con algún cliente —observó.

—Hay cosas más importantes que salir con chicos —respondió Arielle.

Jean y Bas compartieron una mirada que contradijo sus palabras. Le agregó el toque final a ambos tragos y deslizó los vasos por la barra. Adaptarse al ritmo de esa nueva vida requería energía. Lo único que le importaba era aprobar materias, mantener el trabajo y escribir su novela. Un chico solo le exigiría tiempo que prefería invertir en una de esas tres cosas o en dormir la siesta.

—Nombra una —la retó Oliver.

Este bajó la caja con botellas y se las pasó de a una para que Arielle las acomodara en su lugar.

—Ser una buena *barwoman* —respondió guiñándole un ojo.

Oliver dejó escapar una risa.

—Ari, Ari, Ari… Debes aprovechar tu juventud. Salir. Cometer errores, lamentarlos al día siguiente —dijo Jean tomando su trago.

—Dejen de preocuparse por mi vida amorosa y vayan a divertirse —los retó.

Un grupo de jóvenes ruidosos entraron en manada y se apilaron en torno a la pizarra que enumeraba los tragos más populares del menú.

—¿Crees que puedas escaparte temprano? —preguntó Bas.

—Lo intentaré —respondió Oliver—. ¿Dónde los encuentro?

Bas le devolvió el vaso vacío.

—En aquel *pub* en Chelsea. Ridley.

Oliver respondió con esa expresión que arrugaba su frente.

—¿Irán a otro *pub*?

—Es solo para cambiar de escena por unas horas —respondió Bas—. Sabes que mi corazón está en Sherwood.

Jean lo tomó del brazo y miró el reloj.

—¿Listo para escoltarme a mi pianista? —preguntó.

—*Andamo, bella* —respondió en italiano.

Se alejaron del brazo, esquivando a una pareja que estaba entrando.

—¡Compórtense! —los siguió la voz de Oliver.

Arielle atendió al grupo ruidoso y memorizó una orden de cinco cervezas, dos rubias y tres coloradas, un gin con vodka y un Martini. Uno de los muchachos la observó de manera persistente

mientras destapaba una botella de Guiness y se la deslizó junto a un vaso con hielo.

—¿Cómo va tu noche, Aariiielle? —preguntó esforzándose por leer la etiqueta.

—Ocupada.

Le dio la espalda, enfocándose en el resto de la orden. Aparentaba veinte años, universitario, llevaba un saco arrugado y una bufanda a rayas. Eso significaba que podía ser estricta, ya que no tendría suficiente dinero para una buena propina.

—¿Trabajas aquí desde hace mucho? —insistió.

—Unas semanas.

—Es un lindo *pub*, es la primera vez que venimos.

Completó el resto de la orden, distribuyéndola entre sus amigos sin hacer contacto visual.

—¿A qué hora terminas?

Ignoró la pregunta y prestó atención en el hombre que se había sentado en la esquina de la barra junto a una mujer. Llevaba un reloj costoso. Se acercó a ellos con la carta de tragos y una sonrisa que le ganaría simpatía con el hombre, pero que no era lo suficientemente seductora como para molestar a la mujer.

—Bienvenidos a Sherwood. ¿Saben qué les gustaría tomar?

Ambos consideraron la carta por unos momentos.

—¿Qué me recomiendas? —preguntó la mujer.

La manera en la que estaba vestida decía que estaba en busca de una noche placentera con alguna bebida que no la embriagara demasiado.

—Un Bellini —sugirió Arielle.

Esta asintió conforme.

—¿Qué hay de un Old Fashioned? —preguntó su acompañante.

—Enseguida.

Era la primera vez que le pedían ese trago. Buscó jugo de durazno para preparar el Bellini y se acercó hacia Oliver, quien les explicaba a unas chicas qué tenía cada trago de la carta a pesar de que tenían la descripción allí mismo.

—Oli.

Se giró hacia ella, agradecido de ser rescatado.

—Old Fashioned —murmuró—. Lleva whisky, azúcar, Angostura… —Se esforzó por adivinar qué seguía—. ¿Soda?

—Una rodaja de naranja y cáscara de limón —terminó Oliver por ella—. Es un clásico. Te mostraré cómo se hace.

Arielle se apresuró a terminar el Bellini, siguiendo los pasos del otro trago. Una vez que estuvo listo, los acomodó frente a la pareja de manera cuidadosa, junto a un pequeño bol con una mezcla de maníes y pretzels.

Echó un vistazo a lo largo de la barra. Nadie parecía necesitarla a excepción de aquel joven de bufanda a rayas que continuaba mirándola esperanzado.

—Aún sigo esperando que me cuentes algo acerca de ti —comentó Oliver cruzándose de brazos a su lado.

—¿Algo como qué?

—Lo que sea. Lo único que sé de ti es que estudias literatura y te gusta escribir —respondió—. Sé que escondes una historia interesante, puedo leerlo en tus ojos.

La única que sabía de dónde venía era Jean. Cuando se conocieron no estaba segura de si las brujas tenían alguna habilidad mágica para discernir mentiras y decidió no arriesgarse.

—Solía vivir en las afueras de Suffolk…

Oliver negó con la cabeza.

—No eres una chica de pueblo —adivinó—. Eres demasiado… pulida, para eso.

—¿Pulida?

—Y tampoco eres una fugitiva, chequeé tus antecedentes y nunca infringiste la ley. ¿Por qué eres tan reservada?

Porque no quería que la vieran como a la chica privilegiada que solía vivir en las ostentosas casas blancas de Notting Hill. Esa era una versión de ella que había dejado ir. Pese a que a veces extrañara tener dinero de sobra.

—Simplemente lo soy. —Se encogió de hombros.

—Tú conoces mi mayor secreto —dijo Oliver bajando la voz—. Y yo apenas te conozco. Dime algo que sea verdad.

Lo consideró.

—Mis padres creían que podían planear mi vida por mí. Estaban equivocados —respondió.

Oliver asintió con comprensión.

—¿Decidiste empezar de cero?

Arielle notó que la pareja estaba por terminar las bebidas. El hombre la estaba ojeando mientras golpeaba los dedos contra la superficie del vaso.

—La fortuna favorece a los osados, Oli.



IV

GALEN

La noche había alcanzado su punto más oscuro cuando Galen emprendió el camino de regreso hacia una de sus propiedades. Cuando uno era longevo, tenía años para acumular una fortuna. Y dado que su madre también compartía esa cualidad, su propio dinero iba acompañado de una generosa herencia.

El *pent-house* que había adquirido en el vecindario de Bloomsbury era un lujoso espacio que abarcaba el último piso de un edificio de fachada victoriana. Techos altos. Ventanales. Mármol. La decoración sostenía un gusto clásico que se adaptaba a todas sus pretensiones.

Dejó el sobretodo sobre el gran sillón de cuero frente al hogar eléctrico y siguió hacia el bar que ocupaba una de las esquinas.

Una copa de vino era la mejor manera de terminar la noche. El aromático sabor frutal lo tendría durmiendo en cuestión de segundos.

Balanceó la copa de cristal en una mano, mientras la otra jugaba con el sobre que había encontrado bajo la puerta. El papel era grueso. De solo sentir la textura podía adivinar el costo. Y el sello de cera hablaba por sí solo.

Hacía tiempo que no escuchaba de él y su séquito de seguidores. El músico rojo, lo llamaban. Susurros de sus atrocidades habían

viajado desde ciudades lejanas.

No que Galen tuviera nada en contra de las sociedades secretas, el concepto en sí le resultaba atractivamente pretensioso, pero pese a ello las reuniones se le habían vuelto tediosas y las excursiones, como las llamaban, de mal gusto.

Estiró la espalda, haciéndola sonar, y disfrutó de una copa de vino. Lo que contuviera aquel sobre, probablemente una invitación, podía esperar a la mañana.

Su estómago lo despertó a la tarde del día siguiente. La sangre de poseedores de magia solo alimentaba el hechizo que lo mantenía joven, pero el resto de su cuerpo funcionaba de manera normal, y exigía comida al igual que cualquier otro.

La habitación estaba sumergida en perfecta oscuridad. Estiró la mano hacia la mesita de luz, en busca del control de las cortinas eléctricas.

Al levantarlas, revelaron la pálida luz grisácea de un día nublado. Galen disfrutó de quedarse allí hasta decidirse a comenzar lo que quedara del día.

Su desayunó consistía en un café, un *omelette* y una salchicha, que se preparó él mismo. Aunque solía contar con un chef que lo preparaba todas las mañanas, su presencia se había vuelto problemática dada la cantidad de chicas que iban y venían.

Por supuesto que podría haber optado por ser más discreto y conservar a su cocinero, pero no veía diversión en ello. Con algunas era solo sexo, solo bebía unas gotas de sangre de aquellas que poseían magia, pero era cuidadoso de evitar accidentes.

Se sentó a comer y ojeó de mala gana el sobre que había quedado en el bar. Estaba considerando olvidar el asunto por completo cuando el timbre anunció una visita. Solo podía pensar en una persona que lo visitaría un sábado sin haberlo acordado de antemano.

Devon Windsor.

Al abrir la puerta, el otro Antiguo lo recibió con una ofrenda de

paz en forma de un *pack* de cervezas.

—Estás aquí por ese maldito sobre —dijo Galen.

Devon confirmó las palabras con un gesto de mentón. Era alto. Macizo. Con una lámina de pelo rubio que le rozaba los hombros. Galen siempre había asociado a su amigo con la imagen de un vikingo. Era el tipo de sujeto con el que uno evitaba un altercado en un *pub*.

Se habían conocido décadas atrás, cuando tenían asuntos en común y se movían en los mismos círculos. Ser un Antiguo implicaba mudarse con frecuencia para no despertar sospechas sobre el hecho de que no envejecían al mismo ritmo que el común de las personas. Lo que significaba buscar formas eficientes de mover dinero, cuentas, propiedades.

Eran amigos. Socios. Dos lobos solitarios que se cubrían las espaldas.

—¿Estás desayunando? —preguntó sin sonar sorprendido.

—Tuve una noche larga —respondió Galen y regresó a la comida.

Devon se mantuvo de pie, paseándose frente a las llamas del hogar eléctrico.

—Dada la cantidad de chicas que frecuentas debo admirar que ninguna de ellas sea noticia en el periódico —notó.

Galen sonrió al igual que un diablo.

—Dejar cuerpos en callejones es de asesino serial —respondió.

—Nunca he dejado un cuerpo —respondió Devon sentándose en el sillón.

—No. Tu juego es otro. Te complace encontrar delicadas margaritas y convertirlas en rosas con espinas —observó Galen.

Devon prefería beber magia de angelicales jovencitas con la dulce inocencia de Julieta Capuleto. Disfrutaba de corromper su comportamiento y desaparecer luego. Era un patrón que no podía romper. Se obsesionaba y luego se aburría.

—Algunos sorbos cada un par de días es suficiente para mantener el hechizo con vida. Aleksei es un tiburón. Desarrolló un gusto por la sangre además de la magia —observó Devon.

Galen asintió.

—¿Qué haremos con respecto a él y los caballeros de Byron? —preguntó.

—No olvides que también formamos parte de esos caballeros, Gal. Incluso si no hemos sido tan activos como los otros miembros. No visitan Londres desde hace años, no podemos rechazar su invitación sin consecuencias —dijo Devon.

Tiempo atrás, cuando Galen era más joven e influenciable, había descubierto una sociedad secreta fundada por un grupo de Antiguos. Se hacían llamar Los caballeros de Byron en honor a un poeta inglés cuya personalidad excéntrica había causado que una de sus amantes lo describiera como «loco, malo y peligroso de conocer».

En ese entonces había estado contento de disfrutar de su membresía. Solían viajar por distintas ciudades del mundo abusando de su fortuna y juventud. Las fiestas que organizaban eran tan extravagantes que continuaban siendo un tema de conversación luego de años. Pero con el tiempo lo excéntrico se volvió cruel y los accidentes se trasformaron en asesinatos.

Aleksei Belkin, el Antiguo más influyente de la sociedad, había encontrado un placer perverso en pretender que eran vampiros y demonios de la noche.

La última vez que los había visto había sido en Moscú. Una noche de invierno del año 1994.

Galen había oído rumores de que habían estado experimentando con hechizos. Incluso había oído que algunos Antiguos habían transformado sus caninos molares en colmillos. Y que su sed de sangre no se limitaba a poseedores de magia.

Quería creer que eran mentiras. Chismes descabellados. Desafortunadamente, no estaba seguro de que fuera el caso. Al igual que Lord Byron, Aleksei también era loco, malo y peligroso de conocer.

—¿Y qué consecuencias son esas? —preguntó Galen al terminar la *omelette*.

—La mitad de los miembros tiene contactos en gobiernos y

entidades financieras. Si nos expulsan, me temo que no podremos pedir favores —dijo mientras miraba el fuego del hogar con ojos pensativos.

Galen exhaló con resignación y estiró los pies sobre el borde de la mesa de vidrio. Detestaba hacer cosas que no quería.

—Supongo que podemos hacer una aparición en el próximo gran evento —concedió.

—Podemos divertirnos sin dejar un rastro de sangre —respondió Devon.

—*Amusant sans muerder*.

Diversión sin asesinato.



V
ARIELLE

Arielle observó la entrada, imaginándose lo que les aguardaba detrás de aquella enigmática puerta del color de sangre y rosas. Las palabras «El Ataúd Rojo» se leían en pintura desgastada. El nombre definitivamente llamaba a una clientela interesante.

Bajó la mirada hacia los pies, complacida ante el atuendo que había reunido. A las largas botas negras de charol por arriba de las rodillas, les seguían unas medias de red, una pollera del mismo material brillosoa, y un *top* de mangas largas que dejaba el abdomen al descubierto.

Los labios exhibían el color frambuesa del labial que había robado y el maquillaje negro que enmarcaba los ojos era tan espeso que podría haber sido un antifaz.

Se sentía como si pudiera quebrar el mundo bajo sus tacos. Esa noche se pondría en la piel de su protagonista: Skyler Anjou. El antro que aguardaba tras esa puerta sería la escena de un crimen.

Skyler. El personaje estaba en su cabeza desde hacía años. Había sido una manera de entretenerse en las galas de beneficencia y otros eventos sociales. Además de pasar su tiempo en compañía de *barmans*, Arielle solía contarse historias, imaginar asesinatos. La víctima usualmente era una de las amigas de su madre. Los sospechosos, aquellos con vestimenta distintiva: un sombrero con plumas, un saco estrafalario, un vestido de alta costura, un collar de

diamantes. El arma, cualquier objeto dentro de la habitación. Su favorito solía ser un pesado candelabro de plata.

No recordaba dónde había escuchado el nombre de Skyler, pero el apellido, Anjou, provenía de una hermosa mujer que había frecuentado el círculo social de sus padres años atrás. Divorciada. Atrevida. Independiente.

—No estoy segura de lo que esperas encontrar allí dentro —murmuró Jean—. Al menos conseguimos un buen descuento por estas botas.

Jean no mostraba ni la mitad de entusiasmo que ella sentía. La bruja llevaba el mismo par de botas acompañado por un corto vestido de breteles finos que revelaba la línea de la clavícula.

—¿Lista? —preguntó.

Arielle tomó la iniciativa y golpeó la puerta roja a modo de respuesta. El silencio que se prolongó agitó su ansiedad. Golpeó de nuevo. Una cabeza se asomó por detrás de la puerta y cubrió la apertura con su cuerpo. Era un hombre con una cicatriz en un ojo. La clase de hombre que enviaba los problemas de regreso a donde habían salido.

—«Porque no pude detenerme ante la muerte…» —dijo Arielle.

—«Amablemente ella se detuvo ante mí» —respondió.

Se movió a un lado y les permitió el paso. Eran las primeras líneas de un poema de Emily Dickinson. El hecho de que necesitaran palabras específicas para entrar hacía que Arielle se sintiera parte de un secreto. No era la exclusividad. El apellido Hollis le había asegurado invitaciones a eventos inaccesibles a la mayoría de las personas y nunca pensó demasiado al respecto. Era el poder que venía con saber las palabras. La mirada de aprobación de quien mantenía guardia.

La hipnótica melodía la guió por un estrecho pasillo hacia un telón de terciopelo violeta. La apertura en el medio colgaba invitante.

—Después de ti —dijo Jean.

Los pies la cargaron por sí solos, entregándose al impulso de atravesar el telón. Arielle entró a un mundo que se asemejaba a un

lujoso calabozo. Cortinas drapeadas cubrían los muros y hacían que el lugar se viera como un rectángulo envuelto en negro y violeta. Un ataúd. Los candelabros de cristal que colgaban del techo salpicaban la escasa luz, iluminando el centro de la habitación y dejando los rincones a oscuras. Figuras con atuendos excéntricos ocuparon su visión. Tapados de cuero, camisetas de red, corsets, ropa de época, capas, *piercings*, lentes de contacto fluorescentes.

Esas personas estaban tan sumergidas en su fantasía de vampiros que de seguro temían explotar en llamas si eran expuestos a la luz del sol. Arielle lo encontraba fascinante. Miró la multitud, recordando detalles que pudiera utilizar para su libro.

—¿Qué piensas? —preguntó Jean.

—Viví en Londres toda mi vida. ¿Cómo es que nunca escuché acerca de este lugar?

—Es un secreto bien guardado. Los que frecuentan aquí creen en lo oculto: vampiros, demonios… probablemente brujas —dijo con humor—. Son cuidadosos de no dejar entrar a nadie que pueda alterar su… ecosistema.

—¿Crees que haya verdaderos vampiros? ¿Antiguos? —preguntó Arielle expectante.

Jean echó un vistazo a los alrededores de manera cauta.

—Probablemente. Este lugar también es popular entre las brujas. Perfecto para divertirse sin levantar sospechas —respondió.

Chaise longues de tapizado bordó bordeaban las paredes, dando refugio a las distintas parejas que se encontraban perdidas en sus propios cuerpos. Arielle observó a una mujer de largo pelo plateado peinado en dos trenzas sentada sobre el regazo de un atractivo joven de pelo oscuro que no llevaba más que pantalones de cuero. La piel se veía firme y sedosa, las líneas del torso, cinceladas. El joven besaba el cuello de la mujer y podría haber jurado que los dedos estaban manchados con sangre.

—¿Toman sangre de verdad? —preguntó.

Jean asintió. Su nariz se arrugó en una expresión de rechazo.

—Si vamos a quedarnos un rato necesito un trago.

La barra tenía la forma de un ataúd y estaba pintada de rojo.

Jean se sentó en una de las banquetas y palmeó otra en señal de invitación. Arielle la ocupó. Extendió la mano hacia la lista de tragos. Como era de esperarse los nombres iban a la perfección con el lugar: Suspiro de virgen, Lápida, Amanecer rojo, Draculis, Sueño eterno.

—Tal vez debamos incorporar algunos de estos a Sherwood —dijo en broma.

—Oliver estará encantado —respondió Jean.

—Este es tentador. Vodka, jugo de arándanos, cáscaras de naranja.

—¿Amanecer rojo?

Arielle asintió. El *barman* vestía una camiseta negra rasgada y tenía un *piercing* en una ceja. Jean llamó su atención y ordenó dos tragos. La música que llenaba el espacio era lenta e hipnótica, de burlesque, haciendo que los jóvenes bailaran de manera sensual, como en trance.

—Algunos de estos sujetos son atractivos, lástima que su idea de pasar un buen rato sea atarte a una silla y lamer tu cuello —dijo Jean moviendo su nariz de nuevo.

Su amiga estaba en lo cierto. Llevó la mirada hacia el *chaise longue* en busca del joven con el torso al descubierto. La pareja ya no estaba. Debieron buscar un lugar más privado.

—Irse con alguno de estos vampiros no puede ser una buena idea.

—No son vampiros. Son *groupies* —insistió Jean.

—Peor.

Las dos compartieron una risa. El *barman* les trajo dos copas cuyo contenido se veía del mismo color que una gelatina de fresas.

—Es la primera vez que las veo por aquí —dijo mientras ojeaba a Arielle, interesado.

—Fue un descubrimiento reciente —respondió.

—¿Qué piensas al respecto?

—Es interesante.

Trabajar en un lugar así debía ser una aventura en sí misma. Arielle apenas se imaginaba el tipo de pedidos extraños que debía

recibir.

—Jakub —dijo ofreciéndole la mano—. Se pronuncia igual a Jacob.

—Skyler —respondió aceptándola—. Y ella es...

—Jean.

Le había dado la oportunidad de elegir otro nombre, pero su amiga había optado por usar el suyo, lo cual desaprobaba. Intercambiaron una mirada que decía eso mismo.

Arielle tenía que admitir que el *barman* era un regalo a los ojos. Corto pelo castaño, intensos ojos marrones, brazos fornidos.

—¿De dónde eres, Jakub?

—Polonia.

Eso explicaba el nombre.

—¿Qué las trajo aquí? —preguntó.

—Las artes oscuras, el insaciable deseo de ser una criatura de la noche —replicó Arielle entretenida—. ¿Olvidé algo?

—Botas nuevas —agregó Jean mientras estiraba el pie a un costado de la banqueta.

—Eso también.

Las chicas alzaron sus copas y brindaron. El trago envió fuego a sus gargantas, camuflándolo con un dulce gusto a cerezas.

—Tengo que aprender a preparar uno de estos —dijo.

—Puedo enseñarte… —le ofreció Jakub.

Arielle le respondió con una sonrisa que expresaba interés. ¿Por qué no? Podía agregar un trago a su inventario mental. Además, se sentía tentada de ver qué tan habilidoso era Jakub en la cama. Alguien con ese aspecto vigoroso de seguro valdría la pena, y ya habían pasado meses desde la última vez que había tenido sexo.

Jakub estaba por decir algo cuando alguien le hizo una seña desde el otro lado de la barra.

—El deber llama —se disculpó—. Regresaré pronto.

Arielle llevó su atención a Jean y al trago. Su amiga la estaba observando con una ceja arqueada hacia arriba. Adivinó el tipo de comentario que seguiría.

—¿Al fin alguien que ganó tu atención?

—Algo acerca de él es más sensual que el chocolate —respondió Arielle a la defensiva—. Y sabe preparar un buen trago. Esto está delicioso.

—Mmmhm.

—Y no aparenta ser alguien que fuera a atarme a una silla.

—Al menos no para lamer tu sangre —observó Jean.

Las dos miraron al *barman*, alimentando sus propias fantasías. Arielle tenía más en común con Jean que con cualquiera de las otras chicas con las que había compartido clases en Charter House. Era la primera amiga a la que en verdad valoraba.

—¿Qué hay del pianista? ¿Volverás a verlo?

—Eso creo —respondió mientras revolvía el trago con un sorbete—. Pasamos un buen rato.

—Pero…

Jean exhaló un suspiro resignado.

—Es una pena que Oliver no esté interesado en mí.

—En ti o en ninguna otra chica —agregó Arielle—. Él y Bastiano parecen compartir algo especial.

—Son adorables —replicó con irritación.

Arielle dejó escapar un sonido de humor.

—Es solo que… Oli tiene los ojos más bonitos que vi en mi vida, es gracioso, considerado, inteligente, sin mencionar que podría planchar ropa sobre su abdomen —continuó Jean.

Asintió. Oliver era todas esas cosas.

—Tendrás que encontrar a alguien que sea todo eso y que además quiera verte sin ropa —respondió Arielle—. Eso último es clave.

Jean dejó escapar una carcajada y brindó por eso. Hablaron un buen tiempo, haciendo observaciones sobre los personajes vampíricos que merodeaban por el club. Algunos se veían salidos de una película, otros eran simplemente extraños. La mayoría llevaba el pelo teñido de algún color; predominaban los lilas, blancos, azules, rosas, y los que eran tan negros que se veían como tinta.

Arielle estaba por levantar la mano para ordenar un nuevo trago, además de recuperar la atención de Jakub, cuando una

bebida cayó sobre su hombro. La chica que la había dejado caer sobre ella apenas se dio por aludida.

—Me derramaste lo que sea que estés tomando —dijo en busca de una disculpa.

—Cállate, nueva.

Ni siquiera la miró al decir las palabras. Arielle la observó de arriba abajo, decidiendo que no estaba intimidada. No era más que una chica de pelo naranja y maquillaje pálido en un vestido gris que revelaba unas ligas subiendo por sus piernas.

—No lo creo —replicó—. Tu pelo se ve inflamable, tal vez significa que quemó tu cerebro.

Oyó a Jean reír por lo bajo. La vampira naranja se giró hacia ella, dándole una mirada de desagrado.

—Es la primera vez que te veo por aquí. ¿A quién crees que engañas con tu delineado exagerado y tus medias de red? —dijo levantando la voz—. Impostora.

Le dio un empujón, haciendo que se tambaleara en la banqueta, y se alejó. Jean sostuvo la espalda de Arielle para evitar que cayera.

—Déjala, eso fue tonto —murmuró la bruja.

—No.

Arielle Hollis había soportado tonterías de sus padres durante años, lo que la había dejado con una tolerancia muy baja para el resto del mundo. Tenía un historial de haberse metido en problemas por continuar peleas hasta el final. La única vez que había aceptado un insulto sin responder había sido cuando se besó con el novio de María Katuntseva sin mejor razón que estar aburrida.

—¿Puedes utilizar tu magia para darle un susto? ¿Hacer que el trago explote en su rostro? —preguntó esperanzada.

—Prefiero no arriesgarme. Puede haber algún Antiguo rondando por aquí y no quiero atraer la atención de ninguno de ellos. Lo siento —respondió Jean.

—Entiendo.

Siguió a la chica de pelo naranja con la mirada. Estaba en compañía de un chico con pelo rubio y luminosos lentes de contacto de un azul turquesa. Podía ver que le gustaba. La forma en que

estaba coqueteando era evidente.

—Conozco esa mirada. ¿Qué tramas? —preguntó Jean.

—Solo un poco de diversión —respondió con una sonrisa malvada.

—Ari… este es el tipo de lugar en el que debes tener cuidado. —Hizo una pausa y agregó—: Dicho eso, no puedo esperar a ver qué tienes en mente.

Arielle se puso de pie. Deslizó los dedos por su pelo, revolviéndolo un poco para darle movimiento.

—Vi lo que sucedió —dijo Jakub tras la barra—. No quieres meterte con Pandora.

Negó con la cabeza.

—Pandora no quiere meterse conmigo.

Avanzó hasta el centro del salón en donde había más personas bailando. Los candelabros de cristal pintaban su cuerpo en plata haciendo que fuera fácil sentirse sensual. Arielle levantó los brazos sobre la cabeza, moviendo el cuerpo lentamente hasta estar en sintonía con la música. Sus ojos sostuvieron la mirada del acompañante de Pandora en señal de invitación. El sujeto levantó las cejas, interesado. Por lo que continuó haciendo exactamente lo que estaba haciendo. Arielle alzó el mentón, dejando que el largo pelo negro lloviera sobre su espalda. Luz plateada danzaba sobre la corta falda de charol que exhibía sus piernas.

El sujeto rubio no fue el único en prestarle su atención. Se sintió observada. Los supuestos vampiros se cerraron sobre ella.

Ignoró al resto y aguardó a que su blanco hiciera una movida. Este no tardó en acercarse y Arielle saboreó la mirada de indignación de Pandora como si se tratara de un bombón con corazón de avellana.

Lo entretuvo con un provocador baile solo para enterrar el puñal, dejando que pusiera las manos sobre su cintura. Arielle mantuvo la farsa hasta que Pandora se fue en un revuelo de enojo. Luego lo abandonó en la pista de baile antes de que pudiera seguir con sus avances.

—Eso fue malvado —dijo Jean—. Recuérdame no enfadarte.

La media sonrisa que cruzó el rostro de Airelle fue respuesta suficiente.

—Tienes muy buen porte. Te veías como esas bailarinas que giran dentro de cajas musicales.

—Mi madre me obligó a tomar danza clásica durante años —admitió Arielle en un susurro.

—Cliché.

Detrás de la barra, Jakub se inclinó en un gesto lento, acercando su lindo rostro al suyo.

—¿Qué dices, *sexy*? ¿Quieres que te enseñe a preparar ese trago?



VI

GALEN

El Ataúd Rojo era uno de sus clubs favoritos. Había un puñado de ellos dispersos en distintas ciudades del mundo: Praga, Bucarest Berlín, Shangái, Nueva York, Boston, Nueva Orleans.

Galen había estado en cada uno de ellos. Todos compartían una estética similar: cortinas drapeadas, *chaise loungues*, antiguos tocadiscos que pasaban hipnóticas melodías, una barra en forma de ataúd. El lugar nunca fallaba en garantizarle una buena noche. Las personas que lo frecuentaban estaban tan enceguecidas por encontrar a alguien que diera vida a sus fantasías de vampiros que su acto atrevido las atraía al igual que un personaje de Anne Rice.

Por supuesto que no era el único Antiguo allí. El Ataúd Rojo era popular entre aquellos que tenían habilidades sobrenaturales, y no solo iban jovencitas que estaban aprendiendo a hacer hechizos, sino brujas que lo sentarían en su trasero antes de que pudiera intentar algo.

Cairo era una de ellas. La hermosa bruja sentada en su regazo tenía largo pelo plateado, que había atado en dos trenzas, y la silueta de una diosa egipcia. Los ajustados pantalones de cuero que le marcaban el trasero resbalaban contra los suyos, haciendo que tuviera que sostenerla para que no se deslizara entre sus piernas.

Reposó un codo contra el *chaise lounge* bordó y dejó que la bruja

lo besara. Su cuerpo estaba casi tan expuesto como el de él; el sostén de cuero dejaba piel al descubierto.

Galen y Cairo eran lo que uno llamaría amigos con beneficios. Ambos sabían lo que eran y ambos estaban interesados en pasar un buen rato. Cairo no veía problema en dejar que Galen probara un poco de su sangre y este sabía exactamente cómo complacerla.

Llevó la mano a su nuca, posicionado la cabeza de la bruja hacia atrás, y dejó que su lengua acariciara el pequeño tajo que había cortado en su cuello. La sangre pulsó contra sus labios: mágica, cálida y eléctrica.

—Nunca me canso de saborearte, cariño —susurró contra su oído.

Cairo hizo un sonido complacido.

—Siempre estoy ansiosa por nuestras citas —respondió.

Se conocían desde hacía años y bastaba más que una llamada o un correo electrónico para arreglar un encuentro.

—¿Qué dices de compartir una botella de champán? —le sugirió —. Luego podemos ir a mi departamento.

—Te encuentro en la barra —respondió mientras deslizaba las largas uñas por la línea de su mentón.

Galen la depositó en el suelo y besó la esquina de su boca antes de que se alejara en dirección al baño. Había algo acerca de ella que siempre lo ponía de buen humor. Podía imaginarse esas uñas cerrándose sobre su garganta. A Cairo le gustaba tomar el control, era el tipo de mujer que uno no olvidaba.

Buscó un lugar apartado en la barra y se acomodó en una de las banquetas. La anticipación le había abierto el apetito, pediría unos pretzels junto al champán. El sabor salado haría que la sangre se sintiera más dulce.

Busco al *barman* y lo localizó en la otra punta, junto a un par de chicas. Una morocha y una rubia. El idioma corporal le decía que el *barman* estaba interesado en la de pelo oscuro. Si no llamaba su atención, lo haría esperar.

—¡Jakub!

Podía regresar a la chica una vez que lo hubiera atendido. El

muchacho debió reconocerlo, ya que no perdió tiempo en regresar a sus tareas. Galen se había hecho un nombre en aquel lugar, el cual no era el suyo sino uno de sus alias, dado que lo frecuentaba cada tanto.

—Alexander —lo saludó estrechando su mano—. Es bueno verte. ¿Una botella de Dom?

Asintió.

—Y unos pretzels.

—Enseguida.

Observó al *barman* ir hacia el rincón donde guardaban las botellas costosas.

—¿Cómo has estado, Alex?

—No puedo quejarme —respondió—. ¿Qué hay de ti?

—Lo mismo. Parece ser una buena noche.

Galen tomó la camiseta negra que llevaba enganchada al pantalón y la pasó por sus brazos. El grupo de chicas que había estado ojeando su cuerpo intercambió miradas de decepción.

—Veo que tienes tu usual audiencia —observó el *barman*.

Sonrió. Cairo no tardó en regresar. Se acomodó en la banqueta de al lado y reposó la mano en una de sus piernas en un gesto posesivo. Sus ojos oscuros buscaron al grupo de chicas. La bruja encontraba deleite en tener algo que ellas querían. Besó a Galen de manera provocadora y este respondió con el mismo entusiasmo hasta oír el «clank» de las copas en la barra.

—Jakub.

—Siempre un gusto, Cairo.

Podría decirse que ella también se había ganado una reputación. De haber estado sola tendría una fila de pretendientes a su disposición, contentos de tener una chance con la intimidante mujer de pelo plateado.

Algo llamó su atención desde el otro lado de la barra. Un altercado entre alguien con sintético pelo naranja y una de las chicas que estaba sentada.

—Oh, no… —susurró Jakub.

Galen vio cómo el *barman* se apresuraba en dirección a la joven

de pelo oscuro. Le dijo algo que esta decidió ignorar.

No logró un buen vistazo de ella hasta que se acercó al centro de la habitación. Su cuerpo se endureció. La chica en cuestión era una hermosa criatura. Ardiente. Distinguida. El tipo de chica que llamaba la atención sin esfuerzo. Un antifaz de maquillaje negro resaltaba unos intensos ojos celestes. Galen se lamió los labios. Su atención recayó en las botas y fue subiendo por un par de largas piernas y una corta falda de charol negro hasta que se detuvo en el pequeño *top* con mangas de red que exponía su abdomen.

Bebió cada detalle como si se tratara del champán en su copa.

La joven se movió de manera sensual. La luz plateada delineó la silueta, que se había mimetizado con la música. Poseía la gracia de una bailarina clásica.

—Puede moverse… —notó Cairo.

—Mmmhm.

Podía hacer más que eso. Galen observó cómo conquistaba al acompañante de la ofensora de pelo naranja, recibiéndolo a su lado y bailando con él.

Sus labios formaron una mueca de aprobación. Le gustaba una mujer que no se dejaba intimidar. Que disfrutaba de hacer pequeñas maldades. Continuó observando la escena, sorprendido de sentir fastidio cuando el sujeto puso las manos en esa pequeña cintura.

Quería intervenir. Ahuyentarlo y ocupar ese lugar.

Maldijo en su cabeza. *No lo hagas.* Cairo se ofendería si iba detrás de otra joven en medio de su cita. Y estaba seguro de que nadie ofendía a la bruja y salía impune. Por lo que se quedó donde estaba, fantaseando con la bella ladrona, en vez de ir hacia ella.

—Parece que Pandora se metió con la chica equivocada —dijo Cairo disfrutando del espectáculo.

Terminó la copa y reclamó el rostro de Galen.

—Tú y yo pronto tendremos nuestro propio espectáculo. ¿Listo para ir, Gal?

—¿Ansiosa, cariño? —dijo de regreso a la conversación—. Me gusta cuando no puedes esperar a jugar con tus garras.

—¿Te gusta que haga esto?

Cairo bajó los dedos por el torso del Antiguo hasta la cintura del pantalón y le dio un pequeño tirón.

—No te detengas ahora… —susurró Galen con una sonrisa traviesa.

Esta se mordió el labio. Presionó la mano contra la tela del pantalón para acariciar su erección.

—Como gustes —replicó.

Se sostuvieron la mirada, probándose el uno al otro. Galen no estaba seguro de cuál de los dos era peor. Y algo le decía que el hecho de estar en un lugar público no detendría a Cairo.

—Pagaré la cuenta y saldremos de aquí —dijo levantándose de la banqueta.

La bruja le dedicó una sonrisa felina.

—Te espero en el auto.

Galen aguardó a que se alejara antes de observar nuevamente a la chica de pelo negro, que estaba deshaciéndose del hombre y encontrando el camino de regreso hacia la barra.

Ver la cara de frustración del sujeto que había quedado parado en el centro de la habitación al igual que una planta abandonada le sacó una mueca.

Jakub estaba hablando con ella, por lo que avanzó en su dirección, buscando la billetera en el bolsillo trasero del pantalón. Se movió con sigilo. Escuchó la conversación.

Le daba instrucciones de cómo preparar un trago. Galen lo consideró curioso hasta que la muchacha a su lado mencionó que su amiga trabajaba en un *pub*.

La ladrona movió el codo en dirección a sus costillas. No quería que compartiera información sobre ella.

—¿Tú también? Tenemos algo en común, Skyler —dijo Jakub.

¿Skyler?

—Así parece.

Galen advirtió la pausa que antecedió la respuesta y se dio cuenta de que ese no era su verdadero nombre. Recordaba las primeras veces que había usado sus alias. Le había llevado tiempo responder a ellos sin un momento de por medio.

Estaba tan enfocado en ella que tardó en percibir aquella sensación magnética que le erizaba la piel cuando se aproximaba a alguien con magia. La muchacha de pelo corto y rubio era una bruja. No alguien con magia inexplorada, sino alguien consciente de su linaje, que practicaba hechizos.

—Alexander —lo llamó Jakub.

Aquella sensación eléctrica se perdió cuando regresó la atención a la belleza de pelo negro. No podía percibir ni una chispa de magia escondida en su sangre. Una lástima.

—¿Quieres otra bebida o has terminado? —preguntó el *barman*.

—Terminé por la noche.

No que Galen estuviera contento al respecto. De no ser porque Cairo lo estaba esperando en el asiento de su Corvette, definitivamente se sentaría a tomar algo con las dos jovencitas.

Jakub le entregó la cuenta. Skyler, aunque ese no era su nombre, habló con su amiga sin molestarse en volver la cabeza.

Sintió un caprichoso deseo de tocar su hombro para obligarla a mirarlo.

No. Decidió que no era una buena idea. Solo lo tentaría a hablar con ella y se metería en problemas.

—Quédate con el cambio.



VII
ARIELLE

El Cardenal era un pequeño café con una fachada blanca y un toldo rayado. El interior no contenía más que un puñado de mesas altas en las que no cabían más de dos personas. Las paredes de madera blanca le daban un aspecto desgastado y los pocos cuadros que colgaban de ellas eran del pájaro rojo que daba nombre al café.

Arielle estaba sentada en la habitual mesa junto al ventanal. Tomaba un sorbo de café mocha mientras tamborileaba la punta de una lapicera contra su cuaderno.

La visita al Ataúd Rojo había despertado imágenes que llenaban su cabeza, pero estaba teniendo problemas para describirlas. No podia encontrar las palabras correctas. Insistió unos veinte minutos, pero la lapicera seguía golpeando la hoja a ritmo constante. Finalmente, dejó escapar un sonido de frustración y pidió una *croissant.*

El café estaba ubicado a unas cuadras de Sherwood. Allí desayunaba la mayor parte de la semana. El café era excepcional, la pastelería decente y los precios razonables. Por supuesto que extrañaba su antiguo desayuno de frutas cortadas, granola y yogur casero. Pero ese era un lujo que ya no se podía dar, por lo que había tenido que adaptarse.

Las clases habían sido canceladas debido a un corte de luz en la universidad, lo que le permitió sentarse a desayunar en vez de

llevar el pedido y comerlo en el camino.

Jakub la había llamado al menos tres veces desde aquella noche que habían compartido juntos. El recuerdo de su cuerpo macizo, de la tinta negra tatuada a lo largo de sus brazos, la visitaba espontáneamente, tomándola por sorpresa. Era la primera vez que se había acostado con alguien que había conocido unas horas antes. Una hazaña que podía tachar de la lista de cosas que debía experimentar.

Había sido una buena aventura y una muy buena noche. Pero eso era todo. Si respondía a los llamados de Jakub, acordarían volver a verse, y luego los encuentros se volverían más frecuentes hasta convertirse en una relación. Por lo que ignoró el celular, decidida a evitar aquel camino.

Nunca debió darle su número. Lo había hecho porque el *barman* había resultado ser un amante bastante más considerado que los chicos de su círculo a los que estaba acostumbrada. Creyó que se verían de vez en cuando, no que la llamaría al día siguiente.

Tomó un largo sorbo de café y trató de concentrarse en la hoja en blanco. Uno de los aspectos que más la había atraído de la escritura era que le daba control: sobre la trama, sobre las emociones de los personajes. Crear sus propias historias le había dado la libertad de la que carecía en su vida real. Al menos hasta que había decidido robar un cheque de su padre y mudarse a un *pub*.

Arielle cerró el cuaderno y acarició la tapa.

Estaba teniendo uno de esos días donde el mundo le resultaba insufrible. Donde extrañaba a sus padres y se odiaba por hacerlo. La nostalgia que la ataba a su vieja vida era tan impredecible como una nube pasajera. Nunca sabía cuándo aparecería o cuánto tardaría en irse.

Llegada la noche su humor no había mejorado. Esperaba que fuera una noche tranquila en el *pub*. Era un día de semana, por lo que tenía que serlo. Bajó un rato antes de que empezara el turno de

trabajo y se preparó un sándwich en la cocina del bar.

Vivir sobre el Sherwood le daba la ventaja de poder aprovechar el espacio del departamento de una mejor manera. No tenía más que un frigobar donde guardaba gaseosas y galletas. Tampoco sabía cocinar ni tenía la intención de aprender, por lo que había hecho un trato con Oliver para obtener algún plato del menú dos veces a la semana.

Oli, Bastiano y ella eran los únicos en la cocina. Arielle comió el sándwich en silencio, mientras los chicos hablaban entre ellos, sentados sobre la mesada. La manera en que sus sonrisas eran contagiosas y sus pies se encontraban constantemente, hablaba por sí sola.

Arielle recordó cuando los había encontrado besándose en el baño del bar por accidente. Oliver intentó actuar como si no fuera nada, pero había sido un beso demasiado apasionado como para ser negado o disfrazado de otra cosa.

—¿Quieres que te espere arriba con una película? —preguntó Bas.

Oliver lo miró tentado de asentir, pero negó cabizbajo.

—Mi padre está en camino —respondió.

—Lo olvidé —dijo soltando su mano—. Podemos dejarlo para otro día.

—Mañana —se apresuró a decir Oliver—. Compraré esas palomitas de maíz bañadas en caramelo que te gustan.

—Sabes cómo compensar a un chico —respondió Bas.

Utilizó aquella sonrisa juguetona que lo hacía verse como si tuviera una travesura en mente. Llevaba una bufanda salpicada en pintura que le daba la apariencia de un joven artista.

—Me gustan esas palomitas, son crujientes —intercedió Arielle.

—Definitivamente son un gran invento.

Bas lo consideró unos momentos antes de bajarse de la mesada. Arielle pensó que diría algo más pero no lo hizo. Nunca le había dicho una palabra acerca de lo que sucedía cuando Colton venía a supervisar el bar.

—Debería irme, tu padre no tardará en llegar.

—Lo siento —murmuró Oliver.

Siempre decía lo mismo y Bas siempre trataba de esconder una expresión de decepción y verse comprensivo.

Arielle fue hacia el frente del *pub,* dándoles privacidad. Lamentaba la situación en la que se encontraban. Al parecer, el mundo estaba diseñado para que uno tuviera que ver su vida desmoronarse antes de poder reconstruirla en algo que trajera felicidad.

Para cuando Colton Sherwood hizo su aparición, Oliver y ella ya habían caído en el usual ritmo de trabajo: preparaban tragos y atendían a los clientes. Colton se acomodó en una mesa al costado de la barra mientras chequeaba los recibos de la semana y monitoreaba el movimiento del bar.

El padre de Oliver era un hombre de pocas palabras. Macizo, con gruesas cejas negras, en buen estado para alguien de sesenta y algo. Sus ojos tendían a perderse en lindas jovencitas, en especial cuando tenían un buen trasero. No actuaba de manera inapropiada, pero Arielle hubiera apostado que de más joven había sido un mujeriego.

Terminó de entregar una ronda de cervezas cuando Oliver vino a su lado, reposó una mano en su espalda y le dio un beso en la mejilla. Arielle levantó el rostro hacia el suyo. Su piel tenía el aroma fresco de una loción de afeitar.

—¿Puedo ayudarte con algo, apuesto? —preguntó despreocupada.

—Gracias —susurró este.

—Puedes pagármelo con una hamburguesa —respondió.

Oliver rozó sus labios en un casi beso y regresó al trabajo. Días después de que Arielle se cruzara con ellos en el baño, el joven le había pedido si podía actuar como su novia cuando Colton hiciera sus visitas al bar. Era un favor que le había salido fácil. Oliver era un buen amigo y podría cobrarse el favor cuando lo necesitara.

Se preguntó por qué no se lo había pedido a Jean, dado que se conocían desde hacía más tiempo. Tal vez por temor a que se tomara la tarea demasiado a pecho.

Arielle lo observó tomar una Budweiser, bebiendo la mitad de la botella de un solo trago. Era su manera de pasar la culpa.

—¿Crees que esto realmente es necesario? —pregunto acercándose.

—Si mi padre se entera de Bas… no lo sé, temo que perderé mi trabajo y mi hogar en un mismo día —dijo mientras agachaba la mirada.

—Puedes encontrar un lugar nuevo.

—Sherwood ha estado en mi familia por generaciones, no quiero perderlo, no puedo.

—Entonces deja de sentirte culpable —le reprochó Arielle.

El joven se esforzó por sonreírle, relajando su postura.

—Tu llegada fue más que conveniente —dijo mientras tomaba otro trago—. Eres el tipo de chica que mi padre aprueba y no estás interesada en mí.

—Ni un poco.

Oliver rio contra la botella, derramando cerveza.

—Qué te he dicho de beber en el trabajo, muchacho —dijo su padre apareciendo a un costado.

—Lo siento, señor.

—Hacen un buen equipo —les concedió—. Tienes buen gusto, Oli, esta jovencita prepara un excelente Martini.

Arielle forzó una sonrisa. Detestaba a aquel hombre.

—Hay un nuevo cliente, querida, no lo hagas esperar —le dijo Colton.

—Estoy en eso —respondió.

El extraño que había ocupado una banqueta al final de la barra tenía una apariencia llamativa. El suéter negro se veía costoso a pesar de ser liso y el sobretodo tenía un sutil estilo gótico con algunos detalles de vanguardia que gritaba diseñador.

Era una oportunidad de ganarse una buena propina.

—Bienvenido a Sherwood, ¿qué puedo ofrecerte? —preguntó en tono placentero.

El pelo era oscuro. Caía en sedosos mechones de un castaño casi negro que tapaban sus orejas. Y los ojos que encontraron su rostro

eran marrones con espirales de verde. Era tan apuesto como un diablo y definitivamente tenía la sonrisa de uno.

—Podría pedir una copa de vino, pero eso haría que tu trabajo fuera demasiado sencillo —respondió en tono aterciopelado—. ¿Qué tal un Old Fashioned, cariño?

Cariño. Por supuesto que era un mujeriego. ¿Quién no lo sería con ese rostro?, pensó Arielle.

—Enseguida.

Era el mismo trago que Oliver le había enseñado días atrás. Tomó lo necesario, haciendo una demostración de mezclarlo en la coctelera. Colton quedaría impresionado y su cliente entretenido. Dos pájaros de un tiro.

—Pareces saber lo que estás haciendo —observó el joven.

—Precisamente.

Vació la mezcla en un vaso, agregó unos cubos de hielo, una rodaja de limón, una cereza y lo acomodó frente a él junto a unos pretzels.

—Gracias, Arielle.

La forma en que dijo su nombre provocó algo en ella. Lo había utilizado de manera tan casual que se sintió íntimo.

—De nada.

Estaba por darle la espalda cuando el extraño habló de nuevo.

—Es un lindo nombre, mejor que Skyler.

¿Era alguien con quien había utilizado su alias? No era posible. Lo reconocería.

—¿Te conozco?

—No has tenido el placer —respondió con una sonrisa galante —. Galen.

Estaba claro que el sujeto se jactaba de su acto irreverente. Algún joven adinerado con buen gusto para vestir. Pocos podrían cargar aquel sobretodo con esa seguridad perezosa.

Se veía como el chico malo del que las chicas buenas se enamoraban, fantaseando sobre un escape romántico en una brillante motocicleta.

—¿Ese es tu nombre? ¿Galen? —preguntó Arielle escéptica.

—No es tan bonito como el tuyo, pero debo admitir que lo llevo bien.

—Me imagino.

—¿Estoy detectando sarcasmo en tu voz?

Arielle sonrió a pesar de sí misma.

—Tal vez.

Podía sentir un extraño magnetismo en su mirada. Había algo peligroso en aquellos ojos. Algo intenso. Lo cual solo significaba una cosa: problemas.

—Avísame si necesitas algo más —le dijo.

Galen la observó incrédulo.

—¿Eso es todo?

—Ya tienes tu bebida, a menos que quieras ordenar otra cosa, continuaré trabajando —le informó.

—No veo a ningún otro cliente —dijo mirándola de manera sugestiva—. Me gustaría la compañía.

Arielle permaneció donde estaba, incierta sobre qué hacer. Lo cual era extraño dado que rara vez dudaba sobre qué curso seguir. Pero en ese caso, su pulso la empujaba hacia el extraño, mientras que su cabeza le decía que retrocediera.

De no ser por Oliver, probablemente hubiera continuado la conversación. Este posó una mano sobre su hombro, introduciéndose en la escena al igual que un novio celoso.

—¿Ari? ¿Todo bien?

Asintió, girándose hacia él.

—El caballero parece estar contento con el Old Fashioned.

Galen le ofreció un brindis, respaldando sus palabras.

—Disfruta tu trago, amigo —dijo Oliver—. E intenta no entretener a mi novia.

Su padre mantenía un ojo sobre la situación, por lo que Oli solo estaba haciendo lo esperable. Arielle se preguntó si de no haber estado le hubiera dado más tiempo en caso de que le gustara. Probablemente. Su sistema de auxilio involucraba alguna especie de seña o mirada.

—Solo estábamos charlando —respondió Galen en tono

inocente.

Allí estaba de nuevo. Aquel brillo atrevido jugaba en sus ojos. Arielle se inclinó hacia Oliver y lo besó, esperanzada de que eso ahuyentara al extraño. Ese apuesto extraño era un problema sin solución. Cualquiera podía verlo. Lo último que necesitaba era la tentación de resolverlo.

—Acompáñame a la bodega, muchacho —dijo Colton—. Creo haber detectado un error en el inventario.

Oliver no perdió un momento en separarse de ella. Apretó su hombro en lo que debía verse como un gesto afectuoso, y siguió a su padre. Arielle estaba por ocuparse en alguna tarea cuando Galen levantó el vaso vacío, indicándole que se acercara.

—¿Otro? —le preguntó.

Una sonrisa de diablo ocupó sus labios.

—Tu amigo… algo me dice que no eres su tipo.



VIII

GALEN

Galen pasó las noches que le siguieron al Ataúd Rojo deambulando por distintos bares de Londres. Tenía que ser la primera vez que dedicaba tanto tiempo a una misma chica. No que tuviera otra opción luego de las imágenes que ocupaban su cabeza constantemente. Aquella hermosa criatura de cabello oscuro lo llamaba al igual que el canto de una sirena. Sigiloso. Elusivo. Tentador.

Durante la mayor parte de la noche con Cairo, se imaginó deslizando las manos por su cuerpo en vez del de la bruja. Sintiendo la forma de su busto, la curvatura de su cintura, la sedosa calidez de sus muslos, el terciopelo de su entrepierna.

Diablos, había acabado dentro de la bruja mientras pensaba en ella.

Lo único que sabía con certeza era que trabajaba en un *pub*. Su nombre había sido una mentira, pero el interés que había mostrado en aprender sobre aquel trago había sido genuino. Podría obtener más detalles de Jakub, pero se rehusaba a hacerlo. La encontraría por sus propios medios.

Recorrió bares de todo tipo: pequeños, lujosos y espaciosos con bebidas costosas, populares entre estudiantes. Y no fue hasta un afortunado miércoles que entró a un *pub* llamado Sherwood. Era

agradable. Clásico. Con una combinación de madera y piedra que le daba un acogedor aspecto rústico. Y detrás de la barra, acomodando botellas, su ladrona.

Bordeó las mesas junto a las paredes, acercándose con el elegante sigilo de una pantera. Quería estudiarla. Evaluar la mejor manera de abordarla.

En verdad era hermosa. Llevaba jeans oscuros y un suéter azul noche que dejaba uno de sus hombros al descubierto. Un atuendo sencillo. Una chica sensual.

No estaba sola. Había un muchacho de contextura grande y corto pelo claro que la tomó por la espalda y besó su mejilla. Un novio, eso complicaría las cosas. Observó la manera en la que ella coqueteó con él, cómo rozó sus labios y la falta de reacción en su cuerpo.

Había algo forzado. Fuera de lugar.

El muchacho se veía tenso, disperso, mientras que ella parecía jugar con la situación. Sus manos no tardaron en dejarla y buscaron una cerveza. Galen sonrió ante la ansiedad con la que abrió la botella, apresurándose a tragar su contenido. Ese lenguaje corporal era fácil de leer: culpa.

¿La estaba engañando? ¿O estaba engañando a alguien con ella? La segunda opción era más probable, pero aun sentía que le faltaba una pieza del rompecabezas.

La impaciencia le ganó, impulsándolo en dirección a la barra. Eligió la banqueta al final. Les daría más intimidad en caso de que llegaran nuevos clientes.

Verla acercarse fue glorioso. Le permitió aprender los detalles de la imagen con la que había estado fantaseando desde hacía días. Tenía un rostro delicado. Pómulos pronunciados e invitantes labios voluminosos. El tipo de labios que eran perfectos para morder.

Los intensos ojos hicieron que olvidara respirar. Nunca había visto un tono que se viera como un cielo celeste encendido de estrellas. Que recreara aquella sensación inalcanzable.

—Bienvenido a Sherwood, ¿qué puedo ofrecerte?

Su voz era suave. Placentera. Debía utilizar aquel tono con los

clientes que se veían prometedores en cuanto a la propina.

—Podría pedir una copa de vino, pero eso haría que tu trabajo fuera demasiado sencillo —dijo—. ¿Qué tal un Old Fashioned, cariño?

Por alguna razón no quería recurrir a alguno de sus alias para hablar con ella.

—Enseguida.

Se puso a trabajar, seleccionando las botellas indicadas. Pensó que un Old Fashioned estaría fuera de su repertorio habitual, dado que su clientela serían estudiantes, lo que significaba cerveza barata y el trago de moda.

—Pareces saber lo que estás haciendo.

Una sonrisa orgullosa curvó los labios de la chica.

—Precisamente.

Cuando giró para tomar una cubeta de hielo, Galen leyó la pequeña etiqueta del suéter. Allí estaba. Su nombre.

—Gracias, Arielle.

La reacción de ella confirmó que ese era su verdadero nombre. Arielle. Le iba perfecto. Por un momento incluso pensó: *Debí saber que ese era su nombre*, pero no era un psíquico, ¿cómo diablos iba a saberlo?

—De nada.

La chica se movió como si fuera a alejarse. No estaba causando la impresión que esperaba.

—Es un buen nombre, mejor que Skyler.

Eso definitivamente llamó su atención.

—¿Te conozco?

Notó un aire de desconfianza.

—No has tenido el placer —respondió desplegando su encanto —. Galen.

Decir su verdadero nombre se sintió bien. Si alguien iba a conquistar a aquel ángel de cabello oscuro ese iba a ser él. No uno de sus actos.

—¿Ese es tu nombre? ¿Galen? —preguntó un tanto escéptica.

Le gustó oír su nombre en aquellos labios de frambuesa. Quería

oírlo de nuevo. Contra su oído. A modo de plegaria.

—No es tan bonito como el tuyo, pero debo admitir que lo llevo bien.

—Me imagino.

—¿Estoy detectando sarcasmo en tu voz?

La joven le dedicó una pequeña sonrisa.

—Tal vez.

Galen sostuvo aquellos ojos celestes con una de sus miradas. Ansiaba deslizar la mano por ese delicado cuello y atraerla hacia él. Desvestirla allí mismo, en aquella barra.

—Avísame si necesitas algo más —le dijo.

El tono de voz que usó era el de alguien que quería terminar una conversación en vez de continuarla. Lo había oído incontables veces, pero nunca dirigido a él.

—¿Eso es todo?

—Ya tienes tu bebida, a menos que quieras ordenar otra cosa, continuaré trabajando —le informó.

—No veo ningún otro cliente —insistió—. Me gustaría la compañía.

La joven dudó por un momento. Aquella incertidumbre le generó una exaltación que no sentía desde hacía tiempo. Sus conquistas solían ser tan certeras que había cierto placer tortuoso en no saber.

Desafortunadamente, el supuesto novio se infiltró en la escena quitándole la opción. Maldición. Se quedaría con la duda.

—¿Ari? ¿Todo bien?

La manera en que la tomó del hombro fue demasiado medida. Como si se tratara de una hermana.

—El caballero parece estar contento con el Old Fashioned.

Arielle giró hacia él, asintiendo con un gesto fácil. No había fuego entre sus cuerpos, ni siquiera una chispa. Solo una complicidad amistosa. Estaban fingiendo.

Tomó la copa y les ofreció un brindis.

—Disfruta tu trago, amigo —dijo Oliver—. E intenta no entretener a mi novia.

—Solo estábamos charlando.

¿Tu novia? En otra vida, amigo. Arielle lo miró como si pudiera escuchar sus pensamientos y luego tuvo la audacia de besar al sujeto. La manera en que movió los labios le indicó que no estaba intentando darle celos, sino deshacerse de él. ¿A qué rayos estaba jugando?

—Acompáñame a la bodega, muchacho —dijo un hombre tras la barra—. Creo haber detectado un error en el inventario.

Eso lo explicaba. El chico estaba montando la farsa para su padre y ella lo estaba ayudando. Galen tomó el vaso vacío y la llamó con la mirada.

—¿Otro? —le preguntó Arielle.

Aguardó a que estuviera lo suficientemente cerca.

—Tu amigo… algo me dice que no eres su tipo —susurró con humor.

Su expresión fue deleitable. La joven se apresuró a recomponer su mirada de sorpresa, desestimando el comentario con un gesto despreocupado.

—No veo cómo eso es asunto tuyo. ¿Otro? —respondió y tomó la coctelera.

Galen asintió.

—¿Teme que su padre desapruebe sus preferencias en la cama?

Arrojó el comentario con la intención de hacerla sonrojar. Quería ver aquellas lindas mejillas cobrar color. Saber que su pulso se había acelerado.

No sucedió. Arielle se enfocó en preparar el trago. La manera en que se las ingenió para no perder el control le hizo pensar que era el tipo de chica que siempre aterrizaba sobre los pies, al igual que un gato. Era lo suficientemente felina. Con su brillante pelo negro y aquellos ineludibles ojos.

—Si te interesa Oliver, puedo dejarle un mensaje —dijo extendiéndole el vaso.

Eso le sacó una risa inesperada.

—Oliver tiene un atractivo tosco, pero no es mi tipo —respondió —. Tú, sin embargo…

—No estoy interesada —lo cortó.

Arielle se alejó hacia la otra punta de la barra donde un nuevo cliente se estaba acomodando en una de las banquetas. Aquel rechazo no hizo más que avivar el fuego que lo venía consumiendo desde hacía días. La chica era un desafío y nada le gustaba más que una conquista que requiriera de esfuerzo y estrategia.

Era una distracción sumamente bienvenida. En especial con Aleksei y su secta de lunáticos merodeando por Londres.

Galen terminó el trago de un solo sorbo y se fue sin dejar propina.



IX

GALEN

El Antiguo se acomodó entre las sombras que envolvían la solitaria calle frente a Sherwood. Si quería entender a Arielle, sus deseos, sus motivaciones, tenía que aprender más sobre su vida. ¿Dónde vivía? ¿Con quién? ¿Estudiaba? ¿Cuáles eran sus intereses? ¿De qué clase de familia venía?

La única afirmación que se atrevía a hacer sobre ella era que Arielle jugaba con reglas propias. Eso la hacía peligrosa. Y no había nada más sensual en aquella tierra que una mujer peligrosa. Debía ser porque el peligro llamaba al peligro. Y si ambos eran jugadores, sería interesante ver cuál de ellos era mejor.

La noche avanzó y no fue hasta las doce que vio al muchacho de espalda ancha y pelo arena cerrar la puerta del *pub*. Arielle seguía dentro. Lo que podía significar dos cosas: pasaría la noche con él, durmiendo, por supuesto, o vivía allí.

Su instinto le decía que era la segunda. Se veía como el tipo de chica que no le gustaba compartir su espacio.

Galen se asomó a la ventana justo a tiempo para ver a la chica despedirse de él y subir por unas escaleras que no había observado antes.

Dulces sueños, cariño.

Su lado caprichoso lo impulsó a ir tras ella. Se resistió. Arielle no

era una noche más, sino una conquista. No quería su sangre, sino a ella. Quería verla de espaldas contra un colchón. Cada curva del delicado cuerpo expuesta bajo la luz de la luna. Quería ver aquellos desafiantes ojos de estrella rogándole que aplacara la cálida urgencia entre sus piernas.

Por lo que Galen llevó las manos a los bolsillos del sobretodo negro y se perdió bajo los faroles que iluminaban las calles.

A la mañana siguiente se despertó motivado. Le gustaba comenzar el día con una misión en mente. Con propósito. Cuando uno era un longevo a veces pasaba por épocas donde todo se volvía monótono. Insulso. No había destinos nuevos por conocer o más hobbies que despertaran su interés, e incluso las mujeres se veían como un lugar en el que ya había estado.

En sus setenta y cinco años Galen había estudiado distintas carreras universitarias: Literatura, Psicología y Medicina. No había completado todas. Cuando estudió Medicina, llegó a falsificar papeles para hacer una corta residencia. Había aprendido francés, español, sueco y algo de japonés. Podía tocar el piano. Y había participado de dos de las carreras de motocicletas más peligrosas del mundo: la Isle of Man TT y la North West 200.

No era la edad, muchas personas vivían hasta los setenta y cinco y más, era la vitalidad que había mantenido durante todos esos años, la juventud que corría por sus venas al igual que una primavera eterna.

Las únicas cosas en las que siempre podía contar eran libros, música y arte. Además de su Harley Davidson. Le gustaba descubrir los nuevos talentos que traía cada generación. Siempre había un nuevo libro por leer, una banda con sonido novedoso, alguna exhibición de un artista prometedor.

Incluso había trabajado con un timador que le había enseñado cómo abrir todo tipo de cerrojos. Una habilidad invaluable.

Galen eligió un atuendo discreto que no llamara la atención. *Blazer* y jeans. Para las siete de la mañana estaba de regreso en la

cuadra de Sherwood. Un horario acertado, ya que quince minutos después Arielle salió por la puerta del *pub*. Lista para empezar un nuevo día. Se veía hermosa, vestía una falda cuadrillé verde y azul, un suéter negro y borceguíes. La siguió con la mirada hasta un pequeño café de fachada blanca en la cuadra siguiente. Apenas pasaron unos minutos antes de que regresara a la calle con un café y una bolsa de papel. Era una estudiante. Eso estaba claro, la delataba el satchel que colgaba de su hombro. Casi todos los estudiantes en Inglaterra cargaban uno. Galen la vio alejarse, ansioso por entrar en el edificio y robar un vistazo de su mundo.

La puerta del Sherwood estaba cerrada. Deslizó la mano hacia el *kit* de herramientas que llevaba en el bolsillo trasero de su jeans, apresurándose a trabajar en el cerrojo. El interior estaba desierto. Había algo decepcionante en ver un *pub* vacío a la luz del día, esos lugares solo cobraban vida bajo la promesa de todas las posibilidades que traía la noche.

Se acercó a las escaleras y pisó suavemente el primer escalón, para evitar que la madera crujiera. Galen era un experto en infiltrarse en lugares sin ser visto. Sus sentidos eran afilados y sus pies podían moverse con la misma agilidad silenciosa de un felino. Como si fuera una extensión de su propia sombra. Era un don nato que había tenido años y años para perfeccionar.

El segundo piso consistía en un angosto pasillo con tres puertas. Una de ellas tenía que ser la de Arielle. Las consideró. La última a su izquierda tenía dos cerrojos en vez de uno. Una precaución extra. Sonrió. Esa era su chica.

Se puso a trabajar. El segundo cerrojo fue considerablemente más difícil de destrabar que el primero. La joven debió gastar un buen dinero, lo cual no explicaba por qué estaba viviendo en un bar y trabajando de *barwoman*.

Empujó la puerta, esperando encontrar respuestas del otro lado.

El departamento era pequeño. La pintura de la pared de ladrillo se veía reciente, un muro rojo tras la cama y tres muros blancos. Los muebles eran nuevos. Prácticos en vez de acogedores.

Los pies lo llevaron hacia la cama. El acolchado blanco estaba

estirado de manera desprolija, como si lo hubiera hecho apurada. Galen asomó el rostro hacia la almohada. El aroma acarició sus sentidos. Era un perfume que combinaba jazmín, rosa de Damasco y sándalo.

Llevó su atención a los estantes de madera que había colocado contra una de las paredes. Observó la colección de libros. Era precisa: Agatha Christie, Oscar Wilde, Robert Louis Stevenson, Patricia Highsmith, Anne Rice, Arthur Conan Doyle.

Arielle tenía preferencia por las novelas de misterio y crimen. Lo sobrenatural también estaba allí. Uno de los tomos llamó su atención y se encontró con una primera edición de *El sabueso de los Baskerville*. En el estado cuidado en el que estaba no podía valer menos de cinco mil libras.

La belleza de pelo oscuro se volvía más interesante a cada segundo.

Los estantes no contenían ninguna foto u objeto personal. Analizó el resto de la habitación. El artículo de la infame dupla de bandidos Clyde Borrow y Bonnie Parker que colgaba de la pared sugería que la atraía el peligro. *Eso o la idea de robar un banco.* El perchero exhibía ropa costosa. Las carteras y abrigos eran de diseñador.

El interior del frigobar contenía botellas de agua, galletas de naranja y chocolate de la tienda Marks and Spencer, y unas latas de atún.

Galen se acercó al pequeño escritorio que la joven había ubicado en una esquina. Allí descubrió una taza con restos de café, textos académicos, un cuaderno y un panfleto dibujado en marcador negro que servía de invitación a una fiesta en un *pub* que él conocía bien. El Old Queen’s Head en Essex Road.

El Antiguo se acomodó en la silla, curioseando la primera hoja del cuaderno. Era el primer capítulo de una historia. La bella ladrona quería ser escritora. Tal descubrimiento lo deleitó. Tenía historias que contarle. Historias que superaban la ficción. Se preguntó si sabía que su amiga de pelo rubio era una bruja. Si sabía que la magia era parte del mundo que la rodeaba.

Revisó los cajones del escritorio y dio con un sobre que contenía la información que había estado buscando. Su nombre completo era Arielle Marie Hollis y era una estudiante de literatura creativa en la Queen Mary University of London.

Sensual y con una personalidad interesante. De tener magia en su sangre sería la mujer perfecta.

Hurgó entre los papeles que quedaban en busca de algo que explicara por qué estaba viviendo allí cuando claramente venía de una familia adinerada.

Nada. Tendría que llamar a Henry y pedirle que investigara el apellido. Una vez que tuviera una imagen clara sobre quién era tal vez dejaría de obsesionarse.



X

ARIELLE

Los pies a veces la engañaban. O, mejor dicho, el subconsciente. Lo que empezaba como una necesidad de ir por una caminata terminaba siendo un camino de regreso a Notting Hill y a las casas blancas de Pembridge Gardens.

En otras ocasiones había sucedido igual. Al principio, no era más que silencio sumergido en estática, y luego, con cada paso, con cada parada del subte, las emociones comenzaban a emerger al igual que burbujas flotando hacia la superficie.

Había veces que Arielle quería ver el mundo en llamas. Encender una mecha y ver cómo el fuego consumía todo a su alrededor. No era el enojo superficial que muchos asociaban a la «pobre niña rica». Era algo oscuro y complejo que residía en su pecho desde niña. Una grieta cuyas fisuras iban demasiado profundas.

Coraline Hollis había sido una madre presente. El tipo de madre que pasaba tiempo con su hija, que la llevaba a tomar el té a salones dorados, de compras a tiendas costosas y que la recogía de las clases de ballet. Coraline Hollis también era una mujer centrada en sí misma. En sus caprichos y preferencias, en moldear la vida de su hija hasta que se viera como un lindo cuadro de marcos dorados al que pudiera colgar en su habitación y contemplar antes de irse a dormir. Nunca había hecho un esfuerzo por entender por qué las

novelas de crimen le gustaban tanto, nunca la había alentado a escribir o se había perdido de una gala para quedarse con ella a compartir un bol de helado. Nunca vio a Arielle por quien era, sino por quien quería que fuera. Una muñeca. Una bailarina. Una sofisticada joven con un título en Arte de la Universidad de Oxford, una cartera Channel en un brazo y un pretendiente de reputación intachable en el otro.

Una princesa de la alta sociedad. Una aburrida farsante.

Y luego estaba Peter Hollis. Su padre le había obsequiado su primer libro de Sherlock Holmes. Él sí había intentado interiorizarse en su mundo, incluso solían jugar a los detectives, resolviendo misterios cotidianos del vecindario. Pero todo cambió tras su décimo cumpleaños. Allí fue cuando Peter decidió que era hora de dejar todo aquello en la niñez y tomarse el futuro más a pecho. Por lo que la inscribió en una vasta selección de cursos: idiomas, arte, música, y la hizo socializar con todos los chicos de apellidos importantes.

En los últimos años, su padre la había exhibido al igual que un accesorio. La hija perfecta que algún día sería la esposa ideal. Alguien sin más ambición que la de reinar la escalera social.

Un cliché, estúpido y anticuado, pensó Arielle al ver los muros blancos que solían rodearla. *Podrían haber sido más originales. Dejar de actuar como si viviéramos en la época de los Tudor.*

La última vez que había hablado con ellos había sido semanas atrás. Una breve llamada telefónica en la cual su madre le había suplicado que viera el catastrófico error de sus decisiones y regresara con ellos.

Era irónico. Su padre estaba en un embrollo legal por fraude y evasión de impuestos y tenían la audacia de cuestionar sus decisiones.

Arielle exhaló con frustración. Reposó la palma de una mano sobre la fachada de mármol, absorbiendo el frío de la superficie. *Suficiente*, se dijo. Aquel nudo de cuestiones irresueltas que la gravitaba de regreso podía quedarse en las habitaciones vacías de la casa blanca.

Cuando la puerta del departamento se abrió, sus pies se detuvieron no bien la cruzaron. Arielle tuvo la extraña sensación de que las paredes querían decirle algo. Que había algún detalle distinto que estaba fallando en notar. Observó la habitación con detenimiento. Todo se veía igual. Y los cerrojos habían estado cerrados. Debía ser su cabeza jugándole trucos. El único intruso que podía ver era el gato que la observaba tras la pequeña ventana. Había aparecido días después de la mudanza. Era un animal callejero. Arielle no quería la responsabilidad de tener una mascota, aunque había comprado algunas latas de atún para sus visitas.

Abrió la ventana, permitiendo que entrara. El animal se volcó sobre el suelo de madera, estiró la columna de manera agraciada y caminó hacia el minibar. Tenía pelaje largo, blanco en el pecho, gris atigrado en la cabeza, patas y en su pomposa cola. Sus preciosos ojos ovalados y verdes brillaban.

—Aquí tienes, Kitty Winter —dijo Arielle abriendo una de las latas.

Durante un tiempo lo había llamado «gato», pero dado que era una visita frecuente al final había decidido que merecía un nombre. Kitty Winter era la amante del barón Adelbert Gruner en *El cliente ilustre,* uno de los relatos cortos sobre Sherlock Holmes. El barón destruyó la vida de Kitty y ella buscó venganza. Lo cual consiguió.

El nombre le iba bien y había comprobado que era una hembra.

Arielle se quitó la bufanda y se dejó caer en la cama, hundiendo la espalda contra el acolchado. La placentera sensación desvió sus pensamientos hacia un desconocido de pelo negro y magnéticos ojos que la miraba extendiendo una atrevida invitación. El nombre endulzó su boca como si se tratara de un cuadradito de azúcar. Galen. Podía verlo del otro lado de la barra, bebiendo su Old Fashioned. Algo acerca de él se había quedado con ella. Un suspiro eléctrico que la tomaba desprevenida al igual que un par de brazos sorprendiéndola por detrás.

El extraño había sido un atractivo misterio, tan peligroso como un callejón nocturno. Por lo que debía ser inteligente y mantenerse del lado correcto de la calle. El lado iluminado. Seguro. Tal vez

debería llamar a Jakub. No que el *barman* pudiera decir su nombre en aquel tono aterciopelado. Ni siquiera sabía su verdadero nombre.

Un golpe en la puerta ahuyentó la imagen. Jean gritó su nombre al tiempo que maldecía sobre la costumbre de cerrar la puerta con llaves.

—¿Es necesario, Ari? Los únicos que vivimos en este edificio somos Oliver y yo —le recriminó cuando abrió.

—Para haber vivido sola más tiempo que yo eres demasiado confiada —respondió Arielle—. Cuando te despiertes con un cuchillo en la garganta cortesía de algún psicópata, recuerda mis palabras.

Jean barrió el comentario con un gesto de la mano. Llevaba una camiseta de un recital de Bon Jovi, una falda de jeans, medias de lana y Dr. Martens.

—Lees demasiadas novelas de crimen. Además, las cerraduras no son el único medio de mantener intrusos fuera, al menos no para mí —replicó la bruja con una sonrisa presumida—. Mi puerta tiene un hechizo de protección.

Hechizos. Magia. Arielle se sentía volar cada vez que escuchaba tales palabras. Jean había estudiado la fecha y hora de su nacimiento en el calendario lunar y en un giro desafortunado, no poseía potencial para ser una bruja. Aun así, el saber de la existencia de lo sobrenatural la llenaba de fascinación.

—¿Por qué no lo mencionaste antes? ¿Puedes poner uno en mi puerta? —preguntó Arielle sin esconder una mirada expectante.

—Seguro. Debo comprar algunos ingredientes: salvia seca y aceite de romero. Lo haré en la semana. —Hizo una pausa y miró sobre el hombro—. Veo que tienes un visitante.

Jean caminó hacia donde la gata lamía el fondo de la lata de atún y se agachó para acariciar su cabeza. Esta le dedicó un momento de atención, estudiándola con enormes ojos verdes.

—Es raro que un animal tan lindo viva en la calle —observó.

—Tengo la teoría de que se escapó de alguna insufrible señora que cantaba ópera a pesar de no tener la voz para ello. Probablemente la sofocaba vistiéndola con ridículos vestidos y

atando enormes lazos alrededor de su cuello.

Jean arqueó las cejas.

—Tienes demasiada imaginación.

—¿Qué vienes a buscar? —preguntó Arielle.

Fue hacia la jarra eléctrica sobre el minibar; si no se preparaba un café, temía quedarse dormida. Mataría por una espumante taza de El Cardenal, pero dado que ya había comprado uno por la mañana, no le quedaba más opción que conformarse con café instantáneo.

—Necesito que me prestes una cartera. Un compañero de la universidad me invitó a una exhibición de arte. Quiero verme bien.

Su mirada gravitó hacia el perchero, deteniéndose en una pequeña cartera negra de charol.

—Toma lo que quieras. Ten cuidado de no derramar nada sobre ella —le pidió.

—¡Gracias, Ari! Mi vestuario ha mejorado de manera significativa desde que somos vecinas —dijo Jean con una sonrisa.

Kitty Winter ya no estaba en el piso, se había hecho un ovillo y descansaba plácidamente sobre la cama. Tenía una expresión suntuosa al igual que una reina. Arielle tomó la taza de café y se sentó a su lado. Tenía una hora antes de que abrieran Sherwood. Sus ojos se posaron en los estantes con libros y recorrieron los ejemplares. No podía deshacerse de la extraña sensación de que las paredes querían revelarle algo.

—¿Qué dices? —preguntó Jean mientras modelaba la pequeña cartera que le colgaba del hombro.

Dio un giro completo, haciendo que sus rizos rubios rebotaran alrededor de su rostro, y llevó las manos a la cintura en una pose final.

—*Sexy*.

Jean Balfour llamaba la atención sin importar lo que usara. Había algo sensual en la forma de sus labios y tenía un busto prominente que la daba una silueta curvilínea.

—No irás con la camiseta de Bon Jovi. ¿Verdad? —agregó Arielle.

—Tentador, pero no, creo que me pondré el vestido de encaje que usé para el cumpleaños de Bas.

—Buena elección —dijo Arielle visualizándolo—. Y puedes usar esas botas, las que están junto a las de lluvia.

La bruja juntó los labios en un beso rojo y se lo sopló con un gesto de la mano.

—Leíste mi mente —dijo.

El sonido de un puño contra la puerta seguido por la voz de Oliver reclamó la atención de ambas. Kitty Winter movió una oreja sin darse por aludida. Arielle tomó la bufanda sobre la almohada y la utilizó para tapar al animal, camuflándolo bajo la suave lana negra. Colton no permitía animales en el edificio.

Jean llevó la mano a los labios para ocultar una risa y abrió la puerta.

—¿En qué podemos servirte, apuesto?

Oliver pestañeó, sorprendido de verla allí.

—Hola, Jean. No sabía que estaban juntas, espero no molestar.

—Nunca —le aseguró moviéndose de la entrada para que pudiera ver dentro.

Arielle levantó la taza a modo de saludo y tomó un sorbo de café. Su cara no delató ningún tipo de señal respecto al felino que dormía junto a su pie.

—¿Todo bien? —preguntó Oliver desde el marco de la puerta.

Llevaba una sudadera a rayas manchada de verde. Era el uniforme del club de rugby donde jugaba. Recién debía volver de la práctica, se veía como si lo hubieran derribado sobre pasto mojado.

—Sí. Jean se está preparando para ir a una exhibición y yo estoy descansando —respondió.

—¿Podrías ayudarme a juntar unas mesas antes de abrir? Hoy tenemos una reserva de un grupo grande por un cumpleaños.

Los párpados se le cerraron de solo escucharlo. Le esperaba una noche ocupada, los cumpleaños siempre eran trabajo, aunque al menos obtendría buenas propinas.

—Seguro. —Hizo una pausa y lo miró con ojos grandes que imploraban simpatía—. ¿Puedo tomar un sándwich de la cocina?

Ayer me quedé terminando un trabajo hasta tarde y estoy exhausta.

Cuando se trataba de Oliver, había aprendido que apelar a su bondad era la mejor forma de conseguir lo que quería.

—Te separaré uno de queso grillado y una gaseosa —respondió con una sonrisa amable.

—Gracias, Oli.

—Imposible negarse a su novia —bromeó Jean.

—Solo soy su novia un par de horas al mes —replicó Arielle chistando.

Oliver desvió los ojos, avergonzado. No le gustaba hablar acerca de ese acuerdo. El rostro se le llenaba de culpa en cuestión de momentos.

Arielle sintió la pomposa cola de la gata ondularse contra su media y estiró los bordes de la bufanda con disimulo. Esperaba que Kitty no decidiera comenzar a moverse.

—¿Qué dicen de salir todos juntos el jueves? Es su día libre, ¿verdad? —preguntó Jean abriendo la cartera que había tomado prestada y explorando su interior.

—Alguien de mi curso me dio un panfleto para una fiesta. Estaba pensando en hacer una aparición —dijo Arielle—. ¿Quieren venir?

Quien le había dado el panfleto era Nathan Shuart, el estudiante con el promedio más alto de su clase. Y la única razón por la cual pensaba ir era para compartir un trago con él. Necesitaba que fuera su compañero para el trabajo que pronto les asignaría el profesor de Poesía y prosa, y que valdría un buen porcentaje de la nota final.

Jean asintió y miró a Oliver de manera expectante.

—Necesitas salir más —le dijo—. Y Bas nunca dice que no a una fiesta.



XI

ARIELLE

La noche soplaba fría sobre la espalda de Arielle Hollis, impulsándola por la estrecha calle cubierta de hojas secas. Jean, Oliver y Bastiano caminaban a su lado. Cuatro siluetas que se movían bajo la luz de los faroles.

Su largo pelo negro persiguió al viento. Hacía tiempo que no se tomaba más de quince minutos para arreglarse. Esa noche, sin embargo, lo había hecho. Arielle había escuchado *Ray of Light*, el último álbum de Madonna, mientras disfrutaba de una cerveza y se aplicaba maquillaje.

Un grupo de muchachos que se cruzó en el camino la miraron con halago.

Arielle sonrió para sí y aceleró la cadencia de su paso, como si estuviera en un sensual comercial de esos que muestran el pelo volando en cámara lenta. El vestuario que había elegido había sido una opción osada. Llevaba un sostén de encaje negro, un *top* negro transparente, un *blazer* de terciopelo de un profundo tono esmeralda, jeans oscuros y botitas de taco.

En las últimas semanas se había enterrado en el estudio y el trabajo, necesitaba relajarse, divertirse por una noche. También necesitaba que Nathan Shuart estuviera motivado y decidiera ser su compañero en el próximo trabajo que les asignaran.

—¿Cuántos corazones planeas robar esta noche? —dijo Jean

volviendo la cabeza hacia los muchachos que las habían cruzado.

—Solo uno.

—¿De verdad? ¿El de quién? —preguntó intrigada.

Oliver y Bastiano inclinaron la cabeza para prestar atención.

—No importa. Es por motivos académicos.

—¿Motivos académicos? —preguntó Oli con la frente arrugada —. ¿Qué significa eso?

—Que solo necesito su cerebro, no su cuerpo —replicó Arielle con una sonrisa juguetona.

—Eso es…

—Frío. —Bas terminó la oración por él.

Arielle se encogió de hombros sin darle importancia. Los chicos de su curso se aprovechaban de esas cosas todo el tiempo. ¿Qué había de malo en que una mujer les devolviera el favor?

Logró distinguir el *pub* en la esquina próxima a pesar de la neblina. Era un edificio de tres plantas. Abajo, una fachada azul y el nombre «Old's Queen Head» en dorado. Arriba, paredes de ladrillo y largos ventanales blancos.

El grupo se detuvo antes de cruzar.

—He estado aquí antes. Me gusta este lugar, adentro es genial —dijo Bas.

—¿Cuándo has estado aquí? —preguntó Oliver.

Sus dedos jugaron con los bordes de la bufanda que colgaba sobre el chaleco de su novio.

—Unos meses atrás. Tiene unos vitrales que usé de inspiración para una de mis pinturas —respondió este antes de robarle un beso.

Arielle cruzó la calle con Jean sobre sus talones. Podían oír la música que escapaba por la puerta. El lugar se veía lleno. Fuera había distintos grupos con cigarrillos en sus manos. El humo que exhalaban no tardaba en desvanecerse en la espesa neblina.

Un paso dentro y el aire cambió por completo. Olía a whisky y tabaco. Cálida luz naranja llovía desde los reflectores. Vitrales y espejos quebraban la luz, reflejándola en distintos ángulos. El lugar tenía un *glamour* atemporal. Las botellas tras la barra brillaban al igual que joyas.

—¡Me encanta! —exclamó Jean admirando el techo.

—*Un lavoro d'arte* —dijo Bas.

—No lo sé —dijo Oliver cruzándose de brazos sin verse convencido—. Es un poco… exuberante.

Arielle no pudo evitar un chistido de humor. Oliver era una persona de gustos tradicionales. Siempre tomaba la misma marca de cerveza. Rara vez se perdía de ver un partido de rugby en las noches que pasaban deportes. Su cena solía ser el favorito inglés: pescado y papas fritas. Siempre llevaba un pañuelo de tela en el bolsillo, que le ofrecía cada vez que estornudaba. Y consideraba que un *pub* no necesitaba luces de colores.

—Solo dices eso porque crees que Sherwood es mejor —dijo Arielle.

—Sherwood es mejor —estableció.

Bas y Jean intercambiaron miradas entretenidas.

—¿Verdad? —preguntó suavizando la mirada en busca de apoyo.

—Por supuesto —respondieron los tres al unísono.

Cualquier otra respuesta hubiera sido como estallar el globo de un niño y ver su mirada de decepción.

—¿Qué dicen de buscar unas bebidas? —preguntó Jean.

Tiró de uno de sus rizos, los cuales caían bajo una boina que combinaba con el labial rojo de sus labios.

—Ustedes vayan, los alcanzo en un rato —dijo Arielle.

Había reconocido a una de sus compañeras y quería seguirla hacia donde estuviera el resto.

—No te pierdas —dijo Jean guiñándole un ojo antes de girarse en dirección a la barra.

Bas la siguió sin agregar nada, mientras que Oliver se demoró un momento, echándole una mirada protectora como si fuera su hermano mayor.

—Y no te vayas sin avisarnos —dijo.

—Relájate, Oli.

La música estaba tan alta que vibraba dentro de sus tímpanos. Arielle se abrió paso entre personas que se mecían con bebidas en la

mano pretendiendo bailar. De repente, escuchó carcajadas ebrias y vio gestos exagerados. Una chica la empujó, Arielle se tambaleó y golpeó de lleno contra otro cuerpo.

Un par de manos la atajaron, sosteniéndola para evitar que cayera.

—Es mejor si evitas el suelo, demasiadas pisadas y bebidas derramadas —dijo una voz que resbaló aterciopelada contra el ruido de la música.

—¿Tú crees? —respondió sin contener el sarcasmo.

Arielle le lanzó una mirada molesta al inadvertido grupo de jóvenes que continuaba riendo y se volvió hacia el desconocido con quien había chocado.

—Gra… —la palabra murió en sus labios—. Tú.

Lo reconoció de inmediato. El atractivo extraño al que le había servido dos Old Fashioned días atrás. El cretino que había desaparecido sin dejarle propina. Galen.

Arrastró la mirada a lo largo de su cuerpo de manera descarada. Sus labios se curvaron en una sonrisa de diablo.

—Y tú eres la sensual *barwoman* de Sherwood. Arielle. ¿Sí?

—La *barwoman* a la que no le dejaste propina —respondió achicando la mirada en acusación.

—Qué rudo de mi parte. Déjame compensarte con una bebida —dijo Galen—. Lo que gustes.

—No.

Arielle se movió para pasarlo por un costado, pero este replicó el movimiento. Su pelo oscuro caía rebelde a la altura de sus mejillas, lacio, aunque con las puntas curvadas a causa del viento. Sus ojos eran tan magnéticos como los recordaba.

—¿Por qué no? Hay cierto misterio en que nuestros caminos se cruzaran de nuevo. Chocaran, para ser preciso. ¿No te gustan los misterios? —preguntó Galen mientras arqueaba las cejas.

Aquellas palabras la llamaron al igual que el aroma de café recién preparado. El verdadero café, no esa porquería instantánea. Arielle adoraba los misterios. Y no podía negar que había cierta intriga en un encuentro tan casual. Tampoco podía negar lo bien

que se veía. Llevaba un sofisticado sobretodo gris sobre un buzo negro con capucha.

El maldito sabe vestirse.

Chequeó el reloj. Era temprano, Nathan Shuart podía esperar.

—Una bebida —le advirtió.

Galen se movió para dejarla pasar e indicó hacia la barra.

—*Les dames d'abord.*

Las damas primero. Habló con un acento fluido. Musical. Su padre la había hecho tomar clases de francés desde pequeña y Arielle sabía que no sonaba así. Aunque podía intentar.

—*Merci chérie* —respondio arriesgándose a una mirada atrevida antes de pasar frente a él.

La sorpresa en su rostro le sacó una mueca de satisfacción.

—¿Hablas francés?

—*Oui.*

—Eres el misterio más tentador con el que me he topado —susurró Galen cerca de su nuca.

Algo acerca de su presencia causó que la multitud alborotada del *pub* pasara a segundo plano. Arielle estaba más consciente de la caricia de su voz que de las conversaciones y ruidos que la rodeaban.

Encontraron un hueco en una de las esquinas. Distinguió la boina roja de Jean bajo la luz de los reflectores. Estaban a unas cuantas banquetas de distancia.

—¿Qué puedo pedirte? —preguntó Galen.

Llevó la mirada hacia el viejo espejo en donde habían pintado el nombre de los favoritos. No quería tomar algo que nublara sus sentidos. En especial cuando el extraño a su lado los estaba afectando por sí solo.

—Un spritz.

Los ojos de Galen despidieron un brillo calculador.

—Una opción interesante. Y algo que definitivamente no te causará resaca.

Le hizo un gesto a una chica de pelo rosa tras la barra y ordenó un spritz acompañado de whisky con un solo cubo de hielo.

—¿Dónde está tu novio? —preguntó dejando entrever el humor en su expresión.

—Por aquí, en algún lado —respondió Arielle.

Galen le sostuvo la mirada.

—Te faltó agregar que no es tu novio —remarcó.

—¿Por qué? Lo dedujiste por tu cuenta.

Galen agachó el rostro, escondiendo su sonrisa en sombras. Algo acera de él era tan… deseable. No se parecía en nada a los predecibles chicos de la universidad. Era enigmático. Seguro. Como si jugara con reglas distintas al resto. Era peligroso de una manera que no entendía. Tal vez era un brujo al igual que Jean.

—¿Qué te trajo al Old Queen's Head esta noche de otoño? —preguntó Galen acercándole la copa que la *barwoman* depositó frente a ellos.

Arielle tomó un sorbo. Podía mentir, pero en este caso, algo le decía que decir la verdad sería más divertido.

—Mi curso de la universidad organizó una fiesta, vine con unos amigos. —Buscó con la mirada alrededor del salón hasta distinguir a un joven de pelo claro en un suéter cuadrillé—. Ese es Nathan Shuart, el promedio más alto de nuestra clase. Estaba pensando en persuadirlo de hacer un trabajo conmigo.

Galen la miró como si hubiera dicho algo deleitable.

—Quieres asegurarte una A —adivinó.

—Quiero asegurarme una beca para el semestre que viene.

—Mmhm. —Galen apoyó un codo sobre la barra y se giró hacia los jóvenes universitarios—. No veo cómo nuestro amigo Nathan Shuart podría resistirse a tan ardiente compañía.

Inclinó la cabeza para acercar su rostro al de ella.

—¿De qué es el trabajo?

—Emily Dickinson.

—Estaría encantado de ofrecerte mi ayuda, cariño. —Se acercó aún más y agregó—: Tengo un Máster en Literatura Gótica. Universidad de Stirling.

Arielle debió contenerse para no parpadear encandilada. No solo por los tentadores labios o el remolino de verdes y marrones de sus

llamativos ojos, sino por sus palabras. Un Máster en Literatura Gótica sonaba asombroso.

—¿De verdad?

—*Je le jure* —susurró Galen.

El aroma a vino blanco del spritz impregnó el espacio entre cada palabra. La proximidad se sintió cargada de algo eléctrico. Si no ocupaba su boca, pronto estaría degustando su lengua. Arielle tomó otro sorbo de la copa.

—*Je te crois* —respondió.

Le creía. Dudaba que alguien pudiera inventar algo tan específico en cuestión de segundos. Sin mencionar que se veía como un primo segundo de Lestat de Lioncourt.

Galen estiró el dedo pulgar hacia su mano y la acarició en un trazo lento. Arielle advirtió que llevaba un brazalete de cuero negro en su muñeca. Un detalle que encontró atractivo.

Tenía que refrescarse la cara y recomponer la cabeza. Nunca había conocido a alguien que la hiciera querer desvestirlo en cuestión de minutos. Pero el deseo estaba allí. Encendiendo su torrente sanguíneo. *Creí que estas cosas solo pasaban en las novelas eróticas sobre* highlanders *y condesas,* pensó.

—Debo usar el baño —se excusó.

Enderezó la postura, deshaciendo el espacio íntimo a meros centímetros de sus labios.

—Estaré aquí —le aseguró Galen.

Arielle retiró la mano, interrumpiendo el placentero cosquilleo, y deslizó la copa de spritz hacia él.

—Cuida mi bebida.

Se alejó sin mirar atrás, avergonzada de sentirse al igual que una colegiala impresionable. La atmósfera del *pub* se cerró sobre ella como si la habitación se hubiera achicado: la música, las voces, el movimiento de personas. Había estado tan absorta en el espacio que la separaba de Galen que era como si todo lo demás hubiera quedado en pausa.

¿Dónde estaba el baño?

Bordeó las paredes que los reflectores pintaban de naranja y las

siguió hacia una angosta escalera que bajaba a un subsuelo. La puerta negra estaba repleta de rayones e iniciales rodeadas por corazones. Nadie se había molestado en darle una mano de pintura en años.

El espacio frente al lavadero estaba vacío, lo cual era extraño, ya que los baños de los *pubs* siempre tenían fila. Arielle se acercó al espejo, ignorando el olor a cloaca. El maquillaje se veía igual a cuando había dejado el departamento. El delineado negro resaltaba contra el celeste de sus ojos.

Mojó una mano y la llevó a la nuca para refrescarse. Chocarse con Galen había sido una sorpresa, aunque no tanto como lo condenadamente atractivo que lo encontraba.

Sexo vestido en un sobretodo, eso es lo que es.

No tenía dudas de que era un mujeriego. Lo que era bueno, ya que podía divertirse sin miedo de que intentara convertir sus encuentros en una relación. De seguro desaparecería sin una llamada o explicación. Y podían tener conversaciones interesantes. Lo cual era más de lo que podía decir sobre el resto de los bonitos muchachos con los que había estado.

Deslizó los dedos por su pelo negro, alisándolo, cuando oyó un gemido de dolor desde uno de los cubículos. El reflejo le devolvió una mirada de alerta: ojos bien abiertos y labios separados.

Arielle dio un paso hacia atrás, luego otro, uno más, e inclinó un hombro hacia el interior del estrecho espacio que contenía dos cubículos.

La puerta del primero estaba entreabierta y pudo echar un vistazo. La escena que encontró dentro le arrebató la respiración. Era una pareja. Una chica de pelo rubio estaba contra la pared, aprisionada en los brazos de una silueta más alta que tenía el rostro enterrado en su cuello.

Los ojos pálidos de la chica encontraron los suyos. Lágrimas oscurecidas por rímel le humedecían las mejillas.

—Ayúdame…

El tono débil de la voz le dio escalofríos. Arielle retrocedió de manera instintiva, pero no antes de que la siniestra silueta levantara

el rostro y siguiera la mirada aterrorizada de la joven hacia ella.

Una sensación gélida le heló la columna vertebral. El asaltante tenía el rostro de un ángel caído y los labios manchados de rojo. Lágrimas escarlata brotaban del pálido cuello de la chica en sus brazos. Arielle pensó en vampiros y criaturas de la noche. En ataúdes y cruces de madera. Y cuerpos drenados de sangre.

—Hola, hermosa —la saludó mostrando los dientes en una malvada sonrisa roja.

El pánico en su pecho la impulsó a salir de allí. Corrió hacia la puerta y luego subió por las escaleras. El corazón le latía a tal velocidad que sus pasos se sintieron lentos. La voz dentro de su cabeza gritaba *«¡vampiro!»*.

Recordó lo que Jean le había dicho acerca de los Antiguos. Longevos que tomaban la sangre de poseedores de magia.

Al llegar al último escalón se detuvo desorientada. La escena cotidiana del *pub* contradijo la adrenalina que pulsaba por su sangre, haciéndola dudar de lo que había visto.

Personas charlaban y bebían sumergidas en destellos de colores.

Distinguió a Galen abriéndose lugar entre la multitud. Sus ojos encontraron los de Arielle, llenos de urgencia.

Descendieron sobre ella discretos cual demonios. Siluetas enfundadas en prendas oscuras.

—Llévenla afuera —dijo la misma voz que le había hablado desde el cubículo.



XII
GALEN

La suave mano de Arielle se sintió cálida bajo el roce de su dedo. Podía ver el fuego de las estrellas en esos ojos celestes. Oler el perfume a jazmín y rosa de Damasco que llenaba el espacio entre sus perfiles.

Arielle Hollis no poseía magia, y, aun así, lo había hechizado.

Verla caminar hacia el *pub* mientras robaba miradas sin remordimiento, le había dado nuevas fantasías sobre lo que le gustaría hacer con la bella ladrona.

Por unos momentos habían logrado una intimidad magnética que los había distanciado de todo alrededor. Galen casi podía saborear un primer beso con gusto a spritz. Tan cerca. Hasta que la elusiva joven rompió la atmósfera al anunciar que debía ir al baño.

Arielle deslizó su pequeña mano fuera de su alcance y le ofreció la copa con su trago.

—Cuida mi bebida.

Se alejó entre la multitud, sigilosa como un gato que desaparece en la noche. Hacerla suya sería un reto. Un reto que lo llenaba de algo que no sentía desde hacía tiempo. Pasión. Aquella exuberante chispa que respiraba vida y la soplaba a arder. Un lobo que le aullaba a la luna llena y huía de la razón.

Galen tomó la copa de vidrio con el labial cereza que usaba

Arielle y mojó sus labios. Las cosas se habían vuelto monótonas por un tiempo. Pero ahora sentía exaltación ante todos los momentos por venir.

Estaba por ordenar una botella de champán cuando vio algo que le quitó las ganas de celebrar. Un grupo que se destacaba del resto de jóvenes estudiantes. Reconoció a dos de ellos a pesar de que no los veía desde hacía años. Robert Glasberg y Thian Fontaine.

Los caballeros de Byron estaban allí. En Old Queen's Head.

Maldición.

A donde su hermandad iba, le seguían bellos cuerpos que nunca más despertarían. Muertes misteriosas. Riñas sin sentido. Si los rumores eran ciertos, no solo se limitaban a brujos o a quienes poseían magia sin ser conscientes de ello, sino a cualquiera que capturara su atención.

Galen ocultó el rostro de la mirada de los caballeros. Devon y él habían acordado asistir a la decadente gala a la que habían sido invitados, pero quería evitarlos hasta ese entonces.

Estaba planeando un escape cuando vio a la chica de boina roja. La bruja amiga de Arielle. Si no salía de allí ahora, nunca lo haría. Lo que pondría a Arielle en peligro porque de seguro no se iría sin su amiga.

Maldición.

Galen se mantuvo de espaldas a la entrada, moviéndose sin apuro entre los cuerpos que bebían de pie. La bruja estaba en compañía del tosco barrista que trabajaba en Sherwood y un muchacho de pelo castaño que llevaba una bufanda salpicada en pintura. El trío charlaba sobre la música que se escuchaba.

Acercó los labios a los rizos rubios que tapaban la oreja de la bruja. La advertencia sonó clara.

—Hay un grupo de Antiguos merodeando. Vete. Ahora.

Para cuando la joven se volvió, alarmada, Galen ya no estaba. Continuó el recorrido, evitando la luz de los reflectores, zigzagueando entre grupos de amigos. Era mejor eludir el centro. Bordearía la habitación hasta dar con la salida.

Una vez fuera podría ocultarse con facilidad.

Aguardar por Arielle y sus amigos. Fingir que había salido a tomar aire…

—¿Dónde está Aleksei? —alcanzó a escuchar Galen.

—En el baño de mujeres —respondió Thian Fontaine con una risa cómplice.

Malditos demonios alados.

Dio media vuelta. Arielle estaba en el baño. Y con magia o sin ella, la hermosa joven no pasaría desapercibida. Podía ver el sostén negro que insinuaba travesuras bajo su *top* traslúcido. El jean ajustado que envolvía el recorrido de sus largas piernas. El brillo de sus ojos azules.

La vio emerger por las escaleras con la mirada nublada de terror y una expresión desorientada. Estaba a punto de ir por ella cuando dos siluetas se desprendieron de costados opuestos, bloqueándola de su vista. Una era ancha y maciza, la otra alargada al igual que una sombra. Demetri Denisov y Niccolo Aetos. El círculo cercano de Aleksei. Solían hacer guardia cuando tomaba víctimas en lugares públicos.

Se movieron rápido. Primero la rodearon y luego la llevaron hacia una salida de emergencia en una de las esquinas.

Pasaron inadvertidos. Camuflados bajo el telón de música y los destellos de luz.

Galen maldijo con frustración.

En su boca, la dulce anticipación de un primer beso se transformó en el gusto amargo de un último encuentro.

Si no iba por ella, no volvería a verla.



XIII

ARIELLE

La salida de emergencia daba a un callejón iluminado por un farol solitario. Una ventisca húmeda sopló contra el rostro de Arielle. Estaba lloviendo. Diminutas gotas se condensaban en un fino manto de neblina.

Intentó gritar, patear e incluso morder una de las manos que ejercía presión sobre su hombro.

Tres asaltantes. Tres siluetas que la habían escondido en el centro de su extraño grupo y la habían arrastrado fuera.

Arielle se sacudió con fuerza y logró que la dejaran ir. La cadena de la cartera resbaló por su brazo hacia un charco de agua.

El hombre a su izquierda era alto e imponente, el que estaba a su derecha una figura borrosa, pero el que le daba escalofríos era el que estaba parado frente a ella.

Vampiro.

El monstruo del baño.

Su rostro tenía trazos delicados que se asemejaban a una escultura de mármol. Al *David* de Miguel Ángel. Rizado pelo dorado, nariz griega, labios de curvatura marcada, mandíbula fuerte.

—No soy una bruja —se apresuró a decir.

Si eran Antiguos solo estarían interesados en poseedores de magia. El peligroso extraño levantó las cejas con sorpresa.

—Oh, bien, entiendes lo que está pasando —dijo complacido.

Tenía un acento rígido que no reconoció. Vestía una camisa azul noche con costosos gemelos de piedra negra.

—No soy una bruja ni tengo potencial para serlo —repitió.

Este asomó el rostro a un costado de su mejilla e inhaló en un gesto animal. Luego inclinó la cabeza. Escuchando. Arielle retrocedió medio paso hacia la pared de ladrillo que cerraba el callejón contra la estructura del *pub*.

—No —exhaló contra su piel—. Pero eso no evitará que tome un trago, *devushka.*

Un grito de puro terror escapó de su garganta al tiempo que la puerta de emergencia se abría a su costado. Alguien salió por ella. Una figura que llevaba un largo sobretodo gris con un buzo de capucha negra que sobresalía por debajo.

Galen.

No que pudiera salvarla de esos tres monstruos.

—¡Son peligrosos! ¡Busca ayuda! —le gritó.

Galen no se alarmó. Ni siquiera intentó sostener la puerta para que no se cerrara. *Arrogante idiota inservible.* Los matarían a ambos.

El monstruoso extraño de rostro angelical que había estado tan cerca de enterrar los dientes en su cuello lo consideró con una calma engañosa. Y luego sus ojos se abrieron en reconocimiento.

—Galen Pembroke —dijo arrastrando su nombre—. Qué grata sorpresa.

—Aleksei.

¿Se conocían? Arielle tomó ventaja de la distracción e intentó correr hacia la puerta. El alto hombre a su izquierda chocó contra ella, sólido al igual que un muro. Su torso era más ancho que el de Oliver.

—Te ves bien. Como si los años apenas hubieran pasado —bromeó Aleksei.

—Una cualidad que compartimos —respondió Galen dándole un vistazo rápido a los otros dos hombres—. Demetri, Niccolo.

Habló en tono familiar, como si estuviera charlando con un viejo amigo, como si no hubiera interrumpido una escena en la cual la

estaban atacando en un callejón desierto.

—Y por la cual podemos brindar en un rato. Cuando termine de ocuparme de esta preciosidad.

Aleksei extendió los dedos hacia un mechón de su pelo. Arielle deseó poder atacarlo de alguna manera.

—Es mía —intervino Galen.

Dejó de forcejear contra el gigante que impedía su escape y lo miró. Había sonado posesivo. La advertencia en esa voz era como una navaja escondida. Se mordió la lengua para evitar contradecirlo.

—¿Tuya? —preguntó Aleksei escéptico.

—Estábamos por compartir una botella de champán —agregó en tono animado.

—Y yo que creí que te limitabas a lindas brujitas y presas fáciles.

—Escuché acerca de sus aventuras, decidí probar algo nuevo —respondió Galen.

Se posicionó frente a ella y llevó las manos a los bolsillos de su abrigo de manera casual. El corazón de Arielle se salteó un latido. ¿Lindas brujitas y presas fáciles? Era un Antiguo al igual que ellos. El sensual joven con un Máster en Literatura Gótica era un longevo.

—No veo ninguna marca —dijo Aleksei arrastrando la mirada hacia su cuello—. ¿Qué hay de ti, Demetri? ¿Ves algo?

El alto sujeto se inclinó hacia ella de forma tan repentina que la sobresaltó.

—Nada.

—Lo admito, me he vuelto lento. Nos estábamos conociendo —dijo Galen con una expresión perezosa.

Quiere mi sangre. El bastardo quiere mi sangre.

—Si es tuya, viejo amigo, dale una marca —lo retó Aleksei—. De lo contrario es juego justo.

Galen se volvió hacia ella. Arielle le lanzó una mirada asesina. No tenía a dónde correr. Presionó las manos contra el muro de ladrillo, deseando poder quebrarlo bajo sus dedos. El fino diluvio que caía sobre ellos había mojado el pelo de Galen haciendo que se viera más oscuro y revuelto.

Se cerró sobre ella y atrapó su mirada con aquellos magnéticos ojos.

—Te mataré —le advirtió entre dientes.

Era una amenaza vacía, pero Arielle necesitaba decir las palabras. Hacerle saber que deseaba que fueran ciertas. Cerró la mano en un puño y lo guio hacia su pretenciosa nariz. Galen lo atrapó en el aire.

—Relájate, cariño.

Sintió la presión de su cuerpo sobre el de ella como si fueran dos amantes besándose en una noche sin estrellas. Galen utilizó su otra mano para rodearle la garganta y le sostuvo la cabeza contra el muro.

—Confía en mí.

Las palabras calentaron su oído; sonaban mojadas en whisky.

Arielle confiaba en muy pocas personas. Y nunca confiaría en él. Sin embargo, después de ver lo que Aleksei había hecho con aquella chica, Galen era una apuesta más segura. Este corrió su pelo, exponiendo la pálida piel del cuello a la humedad que colgaba en el aire.

Podía oír su corazón martillar contra el pecho. Sentir el ritmo frenético. El acelere en el pulso.

No voy a morir en este callejón.

Arielle cerró los dedos sobre la manga aterciopelada del *blazer* y presionó con fuerza para anticipar el dolor. Los labios de Galen tocaron su piel en un suave beso. Sintió el calor de su boca. El roce de su lengua.

Aguardó la presión de sus dientes.

No sucedió.

Galen aflojó la mano que rodeaba su garganta y giró la palma hacia afuera. Un ardor casi imperceptible abrió un fino trazo en su piel. Fue sutil. Como si hubiera usado un alfiler.

Sus labios succionaron y le proporcionaron una sensación placentera.

La mente de Arielle evocó historias guardadas en su biblioteca. Historias sobre vampiros. Sobre almas perdidas y juventud eterna.

Sobre muerte, tumbas vacías y resurrección.

El beso eterno.

Soltó la manga del *blazer* y deslizó la palma de la mano entre la línea de sus cuerpos. La hundió en el buzo negro. Sobre su pecho.

Un latido.

Otro.

Galen está vivo. No es un vampiro, sino un Antiguo, se recordó.

Un Antiguo que estiró la frágil piel de su cuello entre sus dientes. Luego mordió de manera juguetona antes de alejar su rostro, exhibiendo una sonrisa de diablo. Se volvió hacia Aleksei sin siquiera detenerse a mirarla.

—Creo que continuaremos en un lugar más privado —alardeó.

El monstruo frente a ellos les dedicó una mirada cómplice, exhalando con humor, antes de que torciera los labios en una sonrisa maniaca que la llenó de horror.

—¿Llamas a eso una marca?

Las tres figuras se movieron al unísono. Veloces. Acechantes. Demetri y la otra silueta restringieron a Galen, permitiendo que Aleksei la tomara de un brazo, arrojándola contra un contenedor de basura.

Frío metal se enterró en su espalda. Arielle presionó los dientes con dolor. Lo próximo que vio fue aquel rostro de engañosas facciones angelicales que contradecían el perverso abismo en sus ojos.

—Vamos, Aleksei, no seas un bastardo —protestó Galen.

—Lo dice un hombre que abandonó a su prometida en… ¿Dónde era? ¿Dublín? Sin siquiera una nota.

—Eran los años sesenta. Toda esa charla de amor y paz… Comprendí que la institución del matrimonio no es lo mío —respondió mientras se encogía de hombros.

Arielle siguió las líneas del callejón hacia donde se filtraba luz de la calle. Tenía que correr. Gritar. Hacer tal alboroto que llamara la atención.

—¿Sabes cuál es tu gran defecto, Galen? Eres demasiado sigiloso, no disfrutas de dar un espectáculo —dijo Aleksei mientras

movía los brazos en un gesto teatral—. Te ausentaste por tanto tiempo que olvidaste cómo hacemos las cosas. Permíteme darte una demostración.

El dedo pulgar de Aleksei presionó sobre el corte en el cuello de Arielle y extrajo sangre. Verlo llevar la mancha roja a sus labios le revolvió el estómago.

—Es una lástima que no poseas magia. Pero tienes música. Y tu perfume me recuerda a un mercado de flores en Ámsterdam. A una *devushka* que vendía tulipanes —le sonrió Aleksei.

—¿*Devushka*?

—Muchacha…

Su mirada azul se nubló. Perdida en algún recuerdo. En otra víctima. Había algo maniaco e impredecible en cada uno de sus gestos.

Murmuró palabras en un idioma distinto que no logró entender. Ruso. Las palabras sonaban rígidas e intimidantes.

Y cuando sus ojos se enfocaron en ella de nuevo, Arielle vio un final violento.

—Conozco brujas. Si me dejas ir, te presentaré a una —dijo.

Haría lo que fuera por salir de allí. Por vivir la vida que había elegido para sí y por la cual había tenido que abandonar todo lo que conocía. Incluso si tenía que traicionar a Jean.

No voy a morir en un callejón.

—Una oferta tentadora, pero no tan tentadora como tú, mi pequeño tulipán.

Aleksei tomó el *blazer* de Arielle, se lo quitó de un tirón y luego lo descartó en el contenedor de basura. Un animal salvaje se asomaba tras su mirada. Un perro rabioso abandonado a la locura. Aleksei separó los labios y le mostró sus largos y afilados caninos.

El miedo en el pecho de Arielle corría tan profundo que encontró algo que había enterrado. Algo que siempre había estado allí, lleno de tierra y malos recuerdos: enojo. Hacia sus padres, hacia sus elecciones, hacia la grieta que los separaba, hacia lo sola e incomprendida que la habían hecho sentir.

Actuó sin pensar. Golpeó el rostro de Aleksei con toda la fuerza

de la que fue capaz. Dolió como el diablo. Como estrellar los nudillos contra una mesa.

Arielle parpadeó y lo hizo de nuevo. El dolor del impacto la hizo soltar un grito.

No voy a morir en un callejón.

Se liberó de Aleksei lista para correr. Pero solo logró dar unos pasos antes de que Aleksei atrapara su muñeca y la girara con brusquedad. Punzante agonía perforó el interior de su pierna por encima de su rodilla.

—¡Arielle!

La voz de Galen cayó junto a ella sobre el pavimento mojado. Sin más luz que la del farol sobre la puerta trasera del *pub* era difícil ver. La neblina tampoco ayudaba. Un centelleo plateado guio sus ojos. Había algo enterrado en sus jeans, que cortaba su piel y quemaba su sangre.

—¡Ayuda! —gritó.

—Arielle, ¿eh? Suena poético —dijo Aleksei agazapándose sobre ella—. Tienes espíritu. Una cualidad atractiva. Pero le diste demasiado crédito a tu mano.

El rostro de ángel caído estaba en sombras, aunque podía ver sangre en su nariz. La misma sangre que cubría sus nudillos. Arielle intentó mover las manos hacia la pierna, pero estas temblaron. El impacto de los golpes que había arrojado aún hacía eco dentro de sus huesos. Era la primera vez que sentía tanto dolor. Su pierna ardía en llamas.

Aleksei tomó a Arielle de los hombros, despegándola del pavimento, para luego golpearla fuerte y rápido contra el suelo, haciendo que su cabeza chocara contra el cemento.



XIV

GALEN

La voz de Arielle llenó la oscuridad del callejón. Un grito de dolor. Galen oyó el *tud* de su cabeza contra el pavimento. Vio su cuerpo aflojarse a causa del impacto.

Había sido tan valiente. Apenas podía creer que le hubiera dado una segunda bofetada tras lo que debió doler la primera.

La chica prometía. Era una luz brillante en un mundo mediocre. No podía dejar que Aleksei Belkin la extinguiera.

Verla tendida bajo la silueta del otro Antiguo, ver al delirante sujeto extraer la navaja de bolsillo que había clavado en su pierna y lamer la hoja en éxtasis, envió una corriente de algo peligroso relampagueando por sus venas.

Iba a sacarla de allí sin importar las consecuencias.

Pelear contra los tres sería inútil. Ni siquiera podía pelear contra Demetri sin que este lo sepultara contra el muro. Lo había visto quebrar huesos al igual que ramas. Un boxeador propenso a la violencia.

—Así es mejor, ¿no crees? —dijo Aleksei llevando una mano a su rostro—. La bella durmiente de Londres… Déjame oír tu música.

Arielle murmuró algo inentendible. Galen miró a la silenciosa figura que inhabilitaba uno de sus brazos. Niccolo siempre cargaba un arma de fuego. Venía de una familia de mafiosos en Sicilia y en

más de una ocasión lo había oído decir: «Una bala soluciona problemas de todos los tamaños».

Estudió las líneas de su vestuario, espiando por la apertura de su inmaculado traje hecho a medida. La escasa luz le dio un vistazo al metal negro del revólver. El grito de Arielle lo impulsó a actuar. Enterró su codo contra el esternón de Demetri, liberándose, y arrebató el arma de su funda, veloz cual bandido.

La apuesta resultó victoriosa.

Se apresuró a quitar el seguro y soltó un disparo hacia el cielo. El sonido detuvo la escena de inmediato. Los tres Antiguos se congelaron, lanzándole miradas de fastidio. Aquel impulsivo acto convertiría en enemigos a sus hermanos de pacto. Lo expulsarían de la prestigiosa sociedad secreta.

—Nos debes tu lealtad —remarcó Aleksei.

—La lealtad es un carril de doble mano. Dije que es mía… decidiste no escucharme —respondió Galen.

Mantuvo el arma alineada con la figura del Antiguo.

—¿Qué crees que harás con eso? ¿Llenarnos de agujeros? —preguntó Aleksei con una mueca sin humor.

—Es una posibilidad —replicó Galen—. Déjala ir.

Oyó una alarma dispararse dentro del *pub*. Un aullido mecánico atravesó la puerta y retumbó contra las angostas paredes del callejón. La policía no tardaría en llegar; si el disparo no los había llamado, eso definitivamente lo haría.

—El cuerpo en el baño… —maldijo Demetri.

—No tuvimos tiempo de moverla.

Niccolo habló calmo y sin quitarle la vista de encima. Era un sujeto de palabras escasas y de gustos oscuros. Galen solía tenerle aprecio.

Arielle se arrastró lejos de Aleksei, haciendo un esfuerzo desesperado por ponerse de pie. Tenía que comprarle tiempo. Mantenerlos distraídos.

—Díganme, caballeros. ¿Qué dicen de solucionar todo esto apostando un par de propiedades en un juego de póker? ¿Mencioné que tengo un castillo en Irlanda?



XV
ARIELLE

La calle por la que logró escapar estaba desierta. Borroneada tras un velo de neblina. Gritar solo delataría su posición. Tenía que esperar hasta que alguien pudiera ayudarla.

Deseaba que Galen hubiera disparado una bala directo al corazón de Aleksei. O mejor, deseaba que le hubiera dado el arma para que pudiera hacerlo ella.

Arielle rengueó hacia un pasaje entre dos construcciones que le serviría de escondite. La concusión latía en su cabeza incitándola a cerrar los ojos. El frío de la noche se le había filtrado en los huesos. El dolor en la pierna la enceguecía.

Solo un poco más.

Arielle se sostuvo contra la pared pintada con graffitis. Cuando encontraran a aquella chica muerta en el cubículo del baño habría patrulleros rodeando la zona. Gente queriendo espiar la escena.

Creyó que estaba a salvo hasta que escuchó unas pisadas demasiado cerca. Una silueta en un largo abrigo gris bloqueó la luz de los faroles.

—Soy yo.

Reconoció el terciopelo en su voz. Galen. Un Antiguo al igual que aquel monstruo. Había cortado su cuello y bebido su sangre.

—Aléjate de mí —dijo Arielle.

No tenía fuerza para moverse.

—Tenemos que salir de aquí. Ahora. Mi auto está estacionado a unas cuadras —respondió ofreciéndole una mano.

—Eres como ellos.

—No me conoces, cariño —dijo acercándose hasta fusionar sus sombras en el estrecho escondite—. Pero si lo hicieras, sabrías que no suelo arriesgar mi pellejo por nadie. Considérate afortunada.

Arielle abrió los ojos, sin ser consciente de que los había cerrado. ¿Por qué no podía enfocarse en su rostro? Era como si todo hubiera caído en penumbras, incluso su cabeza.

Estiró la mano hacia su abrigo, pero se sintió desvanecer antes de alcanzarlo.



XVI

GALEN

El celular en su cartera sonó por cuarta vez. Galen lo ignoró y siguió enfocado en las indicaciones de la ruta. Estaban a cuarenta kilómetros de Cambridge. Hileras de postes con luminarias resplandecían a ambos lados del camino bajo un denso banco de neblina.

Quien hubiera activado la alarma contra incendio del viejo *pub*, los había salvado. Jóvenes asustados se habían volcado fuera por la salida de emergencia en una estampida que los había obligado a dispersarse. Galen era bueno desapareciendo. Había tomado la pequeña cartera de Arielle y luego se había desvanecido entre la corriente de personas.

Si la policía encontraba su identificación, causaría problemas. Harían cosas inconvenientes como poner su rostro en las noticias, lo que le daría a Aleksei la información que necesitaba para encontrarla.

Galen hundió un pie en el acelerador del Chevrolet Corvette y encontró calma en la velocidad. Cuando había comenzado la noche, se había imaginado un desenlace distinto. Uno que no involucraba a los caballeros de Byron. Debían estar buscándolo entre las propiedades que tenía en la ciudad. Aleksei Belkin no se detendría hasta encontrar a Arielle. Su perversa obsesión se aseguraría de ello.

Galen por poco había olvidado aquel perfecto rostro de querubín que ocultaba un alma endemoniada.

El músico rojo.

Tendría que ser mejor jugador. Deshacerse del bastardo.

Un cambio en la respiración le advirtió que la joven comenzaba a volver en sí. Le dio pausa al acelerador y redujo la velocidad. Había visto lo que podía hacer. Aquella ferocidad por aferrarse a la vida. Por lo que era mejor evitar un escenario en donde perdiera el control del auto y terminaran en la banquina.

Arielle abrió los ojos lentamente y movió las manos hacia su pierna de manera instintiva. El cinturón que le había atado había logrado la presión necesaria para contener la herida hasta que pudiera tratarla mejor.

—¿Qué…?

Sus ojos pasaron de sus pantalones ensangrentados a él con una mirada acusadora. Galen desaceleró aún más en caso de que la joven decidiera que arrojarse sobre él era una buena idea.

—Relájate, cariño. Estás a salvo.

—Eres como él.

Su cuerpo estaba tenso contra la puerta. Cerró los dedos sobre el abrigo que Galen le había puesto y se aferró a él.

—No soy un vampiro…

—Eres un Antiguo —lo interrumpió Arielle—. Sé lo que eres. Lo que no entiendo es… Jean dijo que no tienen colmillos, que solo beben sangre de poseedores de magia.

Entonces sabía que su amiga era una bruja y que el mundo era un lugar más extraordinario de lo que aparentaba. Eso era bueno. Odiaba cuando tenía que explicar todo desde el principio.

—Aleksei Belkin es un Antiguo que decidió jugar a ser Drácula. Escuché que atormentó a brujas durante años hasta encontrar a una que pudiera modificar el hechizo que corre por sus venas —explicó —. Logró más similitudes con la ficción de los vampiros.

Arielle se llevó la mano a la cabeza. Se veía agotada. El sudor en la frente era un indicio de fiebre.

—Necesito ir a un hospital —dijo.

Galen negó con la cabeza.

—Es el primer lugar donde comenzarán a buscar —respondió—. Tengo una casa en Cambridge de la que nadie sabe. Es un buen escondite.

—Necesito a un médico —presionó.

—Tienes uno aquí mismo. Casi… Falsifiqué algunos documentos para hacer una residencia. Aprendí habilidades útiles —replicó curvando los labios en una mueca confiada—. Western General Hospital en Edimburgo.

Por alguna razón eso hizo que Arielle maldijera. Una vez que hacía algo heroico y la joven rescatada decidía que odiarlo era mejor agradecimiento que caer rendida en sus brazos. Nadie confundiría a Arielle Hollis con una ingenua damisela.

Arielle se mantuvo contra la ventanilla, concentrada. Probablemente, en un plan de escape. La ladrona estaba resultando ser más problemática de lo que Galen había anticipado. No debió desafiar a ese lunático y a los caballeros de Byron, no con todo lo que sabían acerca de él, pero de solo recordar el brillo maniaco en la mirada de Aleksei, el *tud* que dio la cabeza de Arielle al golpear contra el pavimento, sentía el intenso impulso de romper algo.

El molesto aparato comenzó a sonar de nuevo desde el asiento trasero. Arielle reconoció el sonido y se arrojó sobre la pequeña cartera. No la detuvo. Necesitaba que atendiera para asegurarles a sus amigos que estaba bien. También necesitaba que mintiera sobre donde estaba.

—¿Hola? —preguntó una voz ansiosa.

—¡Oli!

Habló rápido mientras lo miraba de reojo por miedo a que intentara quitárselo.

—Oli… ¿Dónde están?

Galen llevó una mano al brazo de Arielle de manera gentil.

—Si Aleksei descubre que te conocen, los usará de carnada —le advirtió—. No los involucres a menos que quieras verlos muertos.

Arielle esperó sin hablar. La expresión calculadora le dijo que consideraba hacerlo de todos modos.

—Estamos en Sherwood. Hubo un accidente y nos evacuaron. ¡Fue un caos! ¡No podíamos encontrarte! —La voz de Oliver gritó fuera del aparato—. ¿Ari, estás bien? ¿Dónde estás?

Arielle se mordió el labio. Galen lo vio en sus ojos. Sería egoísta si creía que eso la salvaría. Al igual que había ofrecido a la bruja en el callejón. No la culpaba. De estar en su situación, él hubiera hecho lo mismo.

—Si contactan a la policía, Aleksei usará esa información para encontrarte. Por eso traje tu cartera —le advirtió de nuevo en voz baja—. Tu apellido, tu familia…

—¿Ari? ¿Estás bien? —insistió la voz del joven.

Arielle cerró los ojos por un momento.

—Sí. Estoy bien —respondió finalmente—. Nathan me invitó a su casa, estamos por ver una película.

Liberó su brazo y Arielle se aflojó en el asiento. El resto del viaje fue silencioso. Galen condujo el auto hasta la entrada de una casa solitaria que se escondía tras un gran roble de tronco torcido en el jardín delantero. Incluso oculto bajo la noche, el lugar le era tan familiar como su nombre.

Arielle se inclinó sobre la puerta, intentando abrirla.

—Necesito aire, creo que me voy a descomponer…

El Antiguo quitó la traba y Arielle la abrió al instante mientras agachaba la cabeza. Esperaba que no se manchara la ropa. Eso sería inconveniente. *A menos que tenga que ayudarla a darse una ducha*. Su imaginación estaba comenzando a distraerlo cuando la joven se incorporó de manera abrupta e intentó correr.

Galen se apresuró tras ella y la alcanzó con facilidad. Tenía la pierna en mal estado y apenas podía sostenerse. La postura de Arielle expresaba la hostilidad de un animal arrinconado. Y, aun así, el brillo febril en sus ojos celestes le decía que seguiría peleando sin importar el costo.

—Lo único que vas a conseguir es empeorar la herida.

—Sé que quieres mi sangre, lo cual no tiene sentido ya que no soy una bruja —espetó Arielle.

—No quiero tu sangre —respondió.

—¿No? ¿Me trajiste al medio de la nada para recostarnos sobre el pasto y ver las estrellas?

—No quiero tu sangre —repitió irritado.

La joven se tambaleó hacia atrás y arrugó el rostro en una mueca de dolor. Estaba siendo insufriblemente testaruda.

—¡¿Entonces qué diablos quieres?!

—Te quiero a ti —replicó Galen—. Quiero tus labios, quiero sentir el fuego de tu cuerpo presionado contra el mío.

Los ojos de Arielle se abrieron grandes, con sorpresa. Intentó leerla. La idea no parecía disgustarle. Se sostuvo de su pierna sana en un esfuerzo por continuar de pie, pero su cuerpo finalmente se rindió. El Antiguo se precipitó hacia ella y logró atajarla antes de que la cabeza golpeara el piso por segunda vez.

Crac.

Lo que sí cayó sobre el asfalto fue el celular que había sostenido en su mano. Y a juzgar por el sonido, se había roto.

—Esta maldita noche —se quejó la chica.

Galen se dirigió a la puerta principal cargándola en sus brazos. Henry se aseguraba de la limpieza y del mantenimiento del jardín, por lo que el living los recibió con un fresco aroma a menta. Subió por las escaleras, continuó a la habitación principal de manera automática y dejó a la joven sobre una gran cama.

El maquillaje en sus ojos estaba corrido, su frente húmeda de transpiración, sin embargo, eso no la hacía menos hermosa ni opacaba los suaves trazos de sus facciones. Arielle tenía el rostro de un ángel de alas negras. Sus largas pestañas eran tan oscuras como su pelo. Y sus prominentes labios tenían la forma de un corazón.

—Iré a buscar lo que necesito.

—Mhmm —respondió ida.

Galen se dirigió al baño que conectaba con la habitación y buscó el botiquín médico que había preparado largo tiempo atrás. Se miró al espejo. Las mangas de su buzo exhibían oscuras manchas rojas de cuando la había cargado al auto.

Regresó para encontrar a Arielle inconsciente sobre el acolchado azul. La luz de la lámpara iluminaba el traslúcido *top* y le

proporcionaba una generosa vista del sostén negro.

Su jean estaba cubierto de sangre al igual que el cinturón que apretaba la herida. Tendría que limpiarla, suturarla y vendarla. Y para eso necesitaba que Arielle se desvistiera. Su sangre se calentó de solo pensarlo. El universo había decidido prestarle atención y estaba jugando con él. De qué otra manera se explicaba que la bella joven que había protagonizado sus fantasías durante semanas se encontrara inconsciente en su cama y no pudiera hacer más que mirarla.

Acercó los dedos al botón de su jean y luego los retrajo.

—Maldita sea... —exhaló para sí mismo.

Desvió la mano hacia el hombro de la chica, sacudiéndola.

—Arielle. Necesito que te despiertes. Ahora.

—Estoy cansada… —murmuró.

—Es la concusión. Abre los ojos, intenta enfocarte en algo.

—No quiero.

—Si no te despiertas tendré que cortar tus jeans —le advirtió.

Los párpados de Arielle temblaron. Entreabrió los ojos, dedicándole una mirada ida.

—¿Por qué? —preguntó confundida.

—Necesito cerrar la herida para que no sigas perdiendo sangre —dijo Galen en tono paciente—. Seré cuidadoso.

Arielle llevó las manos a la cintura del jean. Forcejeó contra este, meciéndose hacia un lado y el otro, mientras tiraba hacia abajo.

—Ayúdame… —dijo y cerró los ojos de nuevo—. Todo duele… Mi pierna, mi cabeza...

Galen exhaló incierto. *La bella ladrona está inconsciente, apenas logró escapar con vida.* No se consideraba un caballero, pero tampoco era un pervertido.

—Arielle. Mantente despierta.

—Mmhm…

La ayudó a deslizar el jean por las piernas. Su ropa interior consistía en una pequeña prenda de encaje negro. Galen dejó escapar otro suspiro exasperado, liberando su piel del ajustado

material húmedo con sangre, hasta quitárselo por completo. No quería que manchara la alfombra, por lo que lo arrojó hacia el piso del baño junto al buzo descartado.

Aquella sed de magia que le cantaba al oído reaccionó ante al rojo, pero con una melodía fácil de ignorar. De haber poseído aquellas chispas de magia que alimentaban el hechizo en sus venas hubiera sido tentador, afortunadamente, se sentía más inclinado a besar cada centímetro de su piel que a beber de su sangre.

Las piernas de Arielle eran largas y esbeltas. Movió la mano hasta el trazo enojado en el interior de su muslo y utilizó algodón impregnado en alcohol etílico, para limpiar la herida. La navaja se había enterrado lo suficiente para causar daño. Estaba impresionado de que hubiera logrado correr fuera del callejón.

—¿Arielle? Voy a darte unas puntadas —dijo.

Enhebró la aguja, concentrado. No recordaba la última vez que había suturado a alguien. Su residencia había sido unos diecisiete años atrás y solo había durado unos meses. Los hospitales no eran lo suyo. Demasiados huesos rotos e intestinos expuestos. Pero había aprendido cómo extraer sangre. Lo que le daba más opciones a la hora de consumir magia.

Se esforzó porque las puntadas fueran prolijas, y, tras quedar conforme, la vendó con una gasa. Que Arielle estuviera fuera de sí terminó siendo una bendición. Dudaba que hubiera logrado el mismo resultado si la joven luchaba por escapar o lo distraía con sus comentarios afilados.

Al terminar, le tomó la mano y examinó los nudillos. Estaban inflamados, la piel rojiza no tardaría en volverse del azul violáceo de un hematoma. Vendó los cuatro dedos, dejando el pulgar libre. Por último, le inspeccionó el cuello.

El corte que había hecho sobre la piel era un fino hilo bordó. Galen llevaba un anillo en forma de cuervo en el dedo índice, y la curvada punta del pico era su herramienta de elección a la hora de beber sangre de poseedores de magia.

—Tengo frío, pero también calor… —Arielle se llevó una mano a la frente.

Galen la ayudó a reemplazar el pequeño *top* por una de sus camisetas, evitando que sus dedos se desviaran sobre su suave piel.

Al terminar, la sostuvo de la cintura, maniobrando para acomodarla debajo del acolchado.

—¿Galen?

Su suave voz lo retuvo donde estaba.

—¿Sí?

Los párpados le temblaron, abriéndose lentamente, y luego aquellos hermosos ojos encontraron los suyos.

—Vas a estar bien. Necesitas descansar —dijo en tono más gentil.

Arielle hizo un esfuerzo por levantar la cabeza, acercándose a él.

—De no ser por ti, no hubiera dejado ese callejón...

El calor de sus labios tocó los suyos. Apenas logró saborear aquella deleitable sensación, tan fugaz, tan dulce, antes de que la cabeza de Arielle cayera de regreso a la almohada.

—Gracias.

La palabra se perdió entre ellos, mientras sus ojos celestes se cerraron. Cada fibra de su cuerpo lo empujó a continuar el beso. A inclinarse sobre ella y hundirlos sobre el colchón. Galen pasó la mano por la frente de la joven solo para comprobar que estaba ardiendo y no de la manera divertida. Tenía fiebre.

Arielle Marie Hollis iba a matarlo. Si el deseo no lo consumía, Aleksei y los caballeros de Byron buscarían la forma de atentar contra su vida.



XVII

ARIELLE

Estaba cómoda. Enterrada bajo el liviano peso de un material tan fresco y sedoso que le recordó a las sábanas de su vieja habitación. Sábanas de algodón egipcio. Incluso despedían un aroma cítrico similar.

Arielle abrió los ojos. Pálida luz grisácea se filtraba por las cortinas iluminando una habitación desconocida. Lo supo de inmediato por el tono verde oscuro de la pared y el diseño de las molduras. Nunca había estado allí.

Su pierna se sentía tiesa de dolor. Los recuerdos de la noche anterior eran confusos, como si se hubieran dispersado en un sueño afiebrado. Enfocarse en ellos hizo que sintiera la cabeza pesada.

Un momento, nada.

Al siguiente, las escenas cayeron en orden al igual que una hilera de fichas de dominó. El *pub*, el callejón, los Antiguos, aquellos crueles ojos que cortejaban a la muerte, una figura cargándola bajo un cielo nocturno.

Arielle se incorporó en shock. El tirón en la pierna hizo que soltara un gemido de dolor.

—Buen día, ángel.

Oír su voz la llenó de una emoción que oscilaba entre alivio y terror. Galen estaba a su lado, apoyado en el cabezal, con el pelo despeinado y una rodilla flexionada en una postura perezosa. Tenía

un libro abierto en la mano.

Arielle bajó la mirada hacia su propia ropa; llevaba una camiseta gris que la cubría hasta las rodillas. Espió debajo del acolchado y vio la piel descubierta de sus piernas.

—¿Qué diablos sucedió? —le exigió.

—¿Qué es lo último que recuerdas? —le preguntó el Antiguo.

Observó el vendaje que le envolvía la mano y pasó los dedos por la gasa blanca. Recordaba el auto, el tapizado de cuero contra su espalda, la ruta desierta tras el vidrio de la ventana, la conversación con Oliver. Recordaba haber intentado correr. La intensidad de los magnéticos ojos de Galen. *«Te quiero a ti».*

Desde allí todo se volvía borroso, reducido a sensaciones en vez de imágenes, como si hubiera estado ebria; el olor a alcohol etílico áspero contra su nariz, el ardor en su pierna, el calor de un beso, la refrescante humedad de un paño de agua contra su frente.

—El auto —mintió Arielle.

Galen mantuvo sus ojos en los de ella sin verse convencido. Llevaba una camiseta igual a la de Arielle solo que negra. Eso despertó otro recuerdo. Se oyó a sí misma pidiéndole que la ayudara a quitarse los jeans. Galen había dicho algo de cerrar la herida.

La herida.

Lo vio en su cabeza… un afilado destello plateado enterrado en su pierna.

—Aquel sádico bastardo me clavó una navaja. —Su cuerpo tembló ante la imagen.

—Descuida, lo suturé —dijo Galen y cerró el libro que había estado leyendo.

—¿Suturar? ¿Como coser?

Arielle corrió el acolchado para ver la pierna. El vendaje blanco que tapaba la herida se veía limpio, sin rastros de sangre. Despegó la cinta adhesiva, liberándolo. El tajo ovalado estaba cerrado bajo un par de puntadas.

Lo miró boquiabierta.

—¿Tomaste una aguja y cosiste mi piel? —preguntó con horror.

Nunca se había hecho un corte que requiriera de más tratamiento que una tira adhesiva. Sus pies habían sido víctimas de las zapatillas de ballet. Uñas rotas, músculos inflamados, pero nada tan drástico como una navaja.

—Limpié el corte, lo desinfecté y lo suture, sí —respondió Galen con cierto aire soberbio—. Vas a necesitar antiinflamatorios. Me encargaré de eso.

Arielle levantó el rostro hacia él, atormentada ante la imagen que conjuró su cabeza. Ella, perdida en un sueño afiebrado, su pierna cubierta en sangre. Galen, inclinado al igual que una criatura salvaje, bebiéndola.

—¿Limpiaste el corte? ¿Qué hay de toda la sangre?

Llevó los dedos hacia la fina línea en su cuello en un gesto inconsciente.

—Me aseguré de que no manchara la alfombra —respondió Galen curvando la boca en una mueca de humor.

La respuesta la tomó desprevenida.

—¿Eso es todo?

—Te lo dije, no quiero tu sangre. —Galen se deslizó contra el cabezal, asomándose a ella, y hundió la mirada en sus labios de manera sugestiva—. Te quiero a ti.

—¿Por qué? —preguntó Arielle.

—¿Quieres que lo ilustre?

Los dedos del sensual Antiguo encontraron los suyos, acariciándolos en un trazo aterciopelado. Arielle estaba dolorida y cansada, pero eso no evitó que una chispa de deseo se prendiera sobre su piel.

—¿Por qué me ayudaste? —dijo ahuyentando su mano.

—Vi a Aleksei y a los demás llevarte hacia la salida de emergencia. Sabía que si no los seguía no volvería a verte. —Hizo una pausa y agregó—: Quería volver a verte, cariño.

Suponía que decía la verdad. No se imaginaba qué otra razón podría tener. De haber querido su sangre no estaría despierta con

sus heridas vendadas. Arielle no pudo evitar una pequeña sonrisa de victoria. *Dejé el callejón. Estoy viva.*

—Gracias. —Vio que había un bol con una toalla mojada sobre la mesita de luz—. Gracias por cuidar de mí.

No recordaba la última vez que alguien lo había hecho. No recordaba haber tenido temperatura o a su madre refrescando su rostro.

—De nada. Tal vez quieras agradecerme con otro beso… —dijo Galen dedicándole aquella sonrisa de diablo.

Arielle recordó el breve calor sobre sus labios. Desvió la mirada para evitar que aquel mismo calor le diera color a su rostro.

—No sé a qué te refieres.

—Solo dices eso porque no me diste tiempo a responder.

Su estómago rugió hambriento, interrumpiéndolos. Galen rio jovial. La mirada de Arielle lo siguió fuera de la cama; llevaba jeans oscuros y los pies descalzos. Era un poco más alto que ella. De contextura sólida sin ser corpulento. Las finas líneas de sus abdominales se veían cinceladas. Piel lisa y tan invitante como las sábanas de algodón egipcio. *Dios, su cuerpo es una condenada obra de arte.*

—Te prepararé el desayuno. ¿Tostadas? ¿*Omelette*? —le ofreció Galen.

—Los dos.

Puedes usar tu torso de bandeja.

Estaba tan hambrienta que podía desayunar dos veces. Sin mencionar que se sentía como si hubieran pateado su cuerpo hasta dejarlo igual de blando que un costal de harina.

—Espera aquí. —Antes de salir por la puerta Galen se volvió y agregó—: No intentes bajar las escaleras, arruinarás las puntadas y tendré que hacerlo de nuevo.

Arielle esperó a que desapareciera de su vista para ponerse de pie. Fue una pésima idea. ya que sintió como si alguien le hubiera mordido la pierna. Tenía que averiguar dónde estaba. Hacer un plan. Jean era la única que entendería lo que estaba sucediendo.

La habitación era sobria, aunque conservaba un encanto inglés.

El tono verde oscuro de las paredes era sofisticado. Los muebles eran antigüedades de otra década. Hechos con una madera robusta de superficie lustrosa. Arielle revisó el pequeño cajón de la mesita de luz de su lado y luego saltó en una pierna hacia la otra. No encontró su celular ni papeles con la dirección de la propiedad, ni tampoco un revólver cargado. Solo un par de monedas y billetes arrugados: ochenta libras. Las guardó dentro del sostén, el único lugar donde podía ocultarlas.

Revisó la cómoda, donde encontró ropa de hombre y dos pasaportes con la fotografía de Galen, pero con nombres y nacionalidades diferentes. Colin Gatsby de Estados Unidos y Santiago Luna de Argentina.

Una risa involuntaria se escapó de sus labios. Le gustaban los nombres. Podía usarlos para personajes del libro que estaba escribiendo.

El dolor en la pierna latió de modo insufrible. Arielle retrocedió hacia los pies de la cama y se sentó. Prestó atención al libro que reposaba sobre el acolchado azul: *Las aventuras de Sherlock Holmes* de Arthur Conan Doyle. La portada era distinta a la edición de su biblioteca. Verlo la consoló. Pensó en las doce historias que contenía. «Escándalo en Bohemia» era su favorita, ya que introducía a Irene Adler, la única mujer que había sido capaz de engañar y vencer a Sherlock.

Los dedos de Arielle trazaron las letras del título de manera ausente. Le gustaban las novelas de detectives. Galen y ella tenían más cosas en común de lo que había pensado.



XVIII
ARIELLE

Tras haber devorado un vasto desayuno, Arielle se durmió. Se sentía débil. Atrapada entre la pesadez de su cabeza y el circuito de dolor que le pulsaba por el cuerpo. Cada vez que flexionaba los dedos, la mano se quejaba, y la pierna izquierda era una agonía constante.

Logró despabilarse pasada la tarde, cuando la luz que se volcaba por las cortinas había cambiado del gris de un cielo nublado al gris azulado que traía la noche.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las seis.

Galen depositó unos paquetes a un lado de la cama. Arielle reconoció las glamorosas bolsas de la tienda Selfridges. Esperaba que fuera ropa. De solo olerse el pelo, impregnado de transpiración y del humo de cigarrillos del *pub*, sabía que necesitaba un baño.

—¿Fuiste de compras?

¿Había tenido tiempo de ir a Londres y volver? La noche anterior había dicho que estaban en Cambridge. Eso no podía haberle llevado menos de cuatro horas. Hubiera sido la oportunidad perfecta para registrar la casa. Decidir qué hacer. Escapar. *Idiota.* ¿Cómo pudo estar tan dormida que no se dio cuenta?

—No te dejaría sola, cariño. He estado aquí todo el tiempo —respondió presionando los labios en una mueca de satisfacción como si le hubiera leído la mente—. Envié a Henry. Tu ropa está

arruinada e imagino que el dolor te debe estar aturdiendo.

—¿Quién es Henry?

—Me gusta decir que es mi mayordomo, muy Bruce Wayne, se encarga de mantener mis propiedades listas para una visita y de otras necesidades que pueda tener.

—Bruce Wayne. Batman —dijo Arielle—. ¿Ahora eres un vigilante enmascarado?

Galen exhaló una risita diabólica que le dijo que no podía estar más lejos de la verdad.

—Soy un hombre con un secreto. Soy un caballero de la noche. Y me gusta salir a cenar con modelos. Eso es lo único que Bruce Wayne y yo tenemos en común —replicó Galen dejándose caer sobre el acolchado—. Y el dinero.

—Modesto.

Arielle salió de la cama y se sentó sobre la alfombra para inspeccionar los paquetes. La camiseta gris que llevaba puesta le caía sobre la rodilla. Percibió la mirada del Antiguo en sus piernas descubiertas. Suponía que había visto mucho más que eso la noche anterior.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Como si me hubiera chocado un auto.

—Aleksei Belkin tiene ese efecto.

Había visto su rostro en sueños afiebrados. Joven, hermoso, como una escultura del *David*. Lúgubre al igual que una gárgola en una catedral gótica. Sus ojos hambrientos la miraban desde la apertura del cubículo en el baño, los labios manchados de rojo sobre la piel blanca y un halo de pelo rubio.

Aquella chica que le había pedido ayuda estaba muerta.

—El bastardo —murmuró Arielle.

La primera bolsa contenía dos pares de jeans, dos camisetas de algodón, una azul y otra blanca, y dos suéteres de un fino material imposiblemente suave que solo podía ser *cashmere*. Quien los hubiera elegido tenía un gusto clásico. En la segunda bolsa había una elegante gabardina beige con botones negros. Arielle tenía varias de ellas en distintos colores, aunque eran de temporadas

pasadas. Luego encontró una caja con brillantes botas negras.

—¿Qué crees?

Galen estaba extendido sobre la cama, con los codos sosteniendo su peso, mientras la observaba con sus magnéticos ojos.

—Henry tiene buen gusto —dijo Arielle.

Al abrir la última bolsa encontró varios conjuntos de lencería: encaje negro, seda roja, medias transparentes, ligas, un bustier. ¿Había robado un burdel?

Arielle estiró un conjunto delante de ella, arqueando las cejas. Las medidas eran correctas.

—Y fantasías interesantes —agregó.

—Lo confieso, fui meticuloso al describirle qué comprar. —La aterciopelada voz de Galen acarició su oído.

Eso era osado. Para no decir obsceno. Si creía que podía seducirla, dos podían jugar el mismo juego. Arielle giró el rostro sobre el hombro, dedicándole una mirada sin inocencia.

—Es curioso que Henry sepa mis medidas.

—Tengo buen ojo —se jactó Galen.

—Mmhm —respondió en un sonido placentero—. He estado buscando mi celular. ¿Sabes dónde está?

—En la cocina. Se te cayó de la mano cuando quisiste correr al bajar del auto. No estoy seguro de que funcione.

Oh, no. No. No. No. Pero no podía dejar que eso la hiciera verse como si no estuviera en control.

Arielle arrastró sus densas pestañas hacia abajo, espiándolo.

—¿Cuál es el plan? —insistió.

—Darme una ducha caliente —respondió Galen retrayéndose sobre el colchón al igual que un felino.

Sus ojos nunca dejaban de mirarla. Arielle se esforzó por ignorar la sensación acalorada que creció entre sus piernas.

—Me refiero a Aleksei. ¿Cuánto tiempo debemos escondernos aquí? El lunes tengo clases…

—Todo a su tiempo, ángel.

Fue hacia el baño, mostrando su espalda descubierta y el tatuaje en su omóplato izquierdo de una majestuosa pantera que trepa por

su hombro. El diseño era detallado. Salvaje.

El bastardo era insolente. No iba a dejar que nadie tomara decisiones por ella, en especial algún extraño de quién sabía cuántos años. ¿Cincuenta? ¿Cien? ¿Doscientos? No parecía tener más de veinticinco. Jean le había dicho que el Antiguo más viejo del que tenían conocimiento había muerto a los cuatrocientos noventa años.

Arielle fue hacia la puerta de la habitación y salió al pasillo. Los rieles de las escaleras daban vista a la planta de abajo. Se sostuvo contra la pared y apoyó las palmas sobre la superficie. Rengueó hacia la escalera. Apoyar el pie izquierdo le causó tal pinchazo de dolor que la hizo morderse el labio. El segundo paso fue peor, el tercero un infierno y para el cuarto tenía lágrimas en los ojos.

Peor que cuando se paraba en *pointe* en aquellos maquiavélicos zapatos de raso rosado. Arielle recordó la voz de su profesora de danza clásica gritándole que sonriera y sintió el impulso de quemar algo.

No podía cambiar el peso de una pierna a la otra sin regresar a la punzante agonía que había sentido en el callejón. Resbaló contra la superficie de madera, gritando ante el terrible tirón, y se aferró a la baranda para evitar rodar hacia abajo.

—Malditas escaleras.

Resignada, Arielle se arrastró escaleras arriba. Ponerse de pie le llevó dos intentos. Esperaba no haber roto los puntos, no quería estar consciente si Galen tenía que suturarla de nuevo. Odiaba no controlar la situación. Sentirse sepultada dentro de su propio cuerpo. El dolor, el cansancio, la jaqueca.

Al entrar en la habitación encontró al Antiguo que esperaba por ella con una expresión arrogante. El pelo mojado le tapaba los oídos. Gotas de agua chorreaban por los hombros y trazaban un camino transparente sobre las perfectas líneas del torso hacia el glorioso relieve de abdominales. No llevaba más que una toalla blanca que colgaba desde lo bajo de su cintura.

Dios…

Galen era sumamente deseable.

Quería tocarlo. Sentir la seda de su piel, la firmeza de sus músculos. Quería que le susurrara cosas al oído y que luego las hiciera.

—¿Explorando? —Le sonrió como un gato que atrapa un ratón.

—Quería ver el resto de la casa.

Arielle le devolvió una mirada vacía sin delatarse.

—Si me lo hubieras pedido, te hubiera cargado.

Galen dio el paso que los separaba, elevándose unos centímetros más alto que ella. Tenerlo tan cerca disipó la pesadez en su cabeza, haciendo que se pudiera enfocar en él. Olía fresco. A noches estrelladas y peligros imprevistos. El espiral de marrones y verdes de sus ojos hizo que se sintiera perdida en un bosque.

—Puedes cargarme para la cena —sugirió Arielle—. Necesito airearme un poco.

Antes de que siquiera pudiera inclinarse hacia un costado, Galen estaba allí, con las manos a ambos costados de su rostro, confinándola contra la puerta.

—Algo me dice que no eres el tipo de chica que leía cuentos de hadas antes de dormir —dijo—. En ellos, el valiente caballero salva a la princesa y la lleva a su cama.

Arielle no pudo evitar una risa incrédula.

—Creí que la llevaba a su castillo…

—¿Y luego…?

El brillo travieso en los ojos de Galen fue una caricia en el interior de su muslo.

—Me pregunto, ¿quién escribió esos cuentos? Hombres. Viejos bastardos sexistas… Además, yo no soy una princesa y tú definitivamente no eres un caballero.

—Eso no impidió que te salvara —objetó Galen.

—Qué afortunada.

Arielle siguió las gotas de agua que continuaban bajando por su cuerpo, tentada de secarlas con su mano.

—Ayer parecías más agradecida.

—Estaba delirando.

Galen se inclinó aún más y redujo su campo de visión a la

sensual forma de su boca.

—Ahora que lo mencionas, me he estado sintiendo algo afiebrado…

Se apoderó de sus labios, presionando lentamente, para luego partirlos con el calor de su lengua. Arielle se sintió aflojarse contra la puerta. Galen la besó profundo. Despertó un cosquilleo de estática que se extendió sobre su piel; la sensación era dulce y embriagante. Era como probar las primeras burbujas de un sorbo de champán y descubrir que quería beber la botella entera.

La mano de Arielle fue hacia su nuca. Enredó los dedos sobre su pelo mojado. Galen dio un gruñido de aprobación. Arrastró el calor de sus labios hacia la línea de su mandíbula. Besándola. Presionando y succionando hasta que sus pulsaciones se sintieron invadidas de placer.

Pero luego continuó bajando y Arielle sintió el roce de dientes sobre su cuello.

De repente estaba de regreso en el callejón trasero de Old Queen's Head. El muro de ladrillo a su espalda era una trampa sin salida.

Arielle corrió el brazo de Galen, chocando contra su hombro para liberarse. Se tocó el cuello asegurándose de que no hubiera sangre.

—No iba a cortarte. Lo prometo.

Habló rápido. Su mirada estaba glaseada por algo codicioso. La toalla que abrazaba su cintura, cerca de caerse.

—Es mi turno de usar la ducha.

Arielle tomó las bolsas de ropa y se apresuró a entrar en el baño.



XIX
GALEN

No había nada que pudiera distraerlo del sonido del agua. De imaginar ese cuerpo desnudo en la ducha. Un busto hermoso y firme. Piernas largas. La bella ladrona estaba hecha de algo fuerte, resiliente, pero todavía se estaba recuperando de lo acontecido. Si intentaba un avance cuando se encontraba en una posición vulnerable, como uno lo estaba cuando se daba un baño, solo la asustaría.

Besarla había sido glorioso. Cargado de una intensidad que no sentía desde su verdadera juventud largos años atrás.

Cuando Arielle finalmente salió, se alegró de comprobar que su rostro se veía sonrojado a causa del vapor, en vez de aquel tono grisáceo que indicaba malestar. Su largo pelo negro caía mojado sobre una camiseta azul que resaltaba sus ojos. Los jeans le iban a la perfección, adaptándose a la curva de su trasero.

—Dime, ángel. ¿Qué conjunto de lencería elegiste?

—Es un secreto.

La mirada de Arielle le recordó a *La Gioconda* de Leonardo da Vinci. La Mona Lisa. La sutil curvatura de sus labios sugería que nunca iba a adivinar lo que estaba pensando. Galen saboreó la expresión, determinado a averiguarlo antes del final de la noche.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor. Tuve que lavarme el pelo con una sola mano —respondió mientras miraba el hematoma violeta en sus nudillos—. Y tengo hambre.

Se veía fastidiada de que su cuerpo no pudiera recuperarse y ya.

—Prepararé la cena. ¿Qué piensas de *tagliatelle* al pesto genovés? —preguntó Galen.

Era una de sus especialidades. Henry había comprado todo lo necesario además de aprovisionar la despensa con suficiente comida para una semana. El excontador era su mano derecha. Conocía sus gustos, sus productos de preferencia y hacía lo que le pedía sin demorarlo con preguntas innecesarias. Era leal y eficiente. Dos cualidades difíciles de encontrar en muchos hombres. El día que decidiera retirarse, Galen le había prometido un chalet en el sur de Francia. Hasta entonces, vivía con abundancia de lujos rotando entre sus distintas propiedades.

Arielle levantó las cejas, sorprendida ante tal propuesta. Seguía convencida de que prefería beber sangre a un buen plato de pasta.

—¿Pesto? Creí que los vampiros no toleraban el ajo —bromeó.

Exhaló resignado. Nunca se desharía de esa tonta superstición.

—No soy un vampiro, soy un longevo, y me gusta el ajo.

—*Tagliatelle*… suena bien —respondió Arielle.

Galen avanzó hacia ella y la levantó en sus brazos sin darle tiempo a protestar, luego salió de la habitación hacia las escaleras. La joven pasó los brazos por detrás de su cuello, torciendo los labios en aquella pequeña mueca enigmática. Sentir el peso de su cuerpo, la fragancia del shampoo, la calidez de su proximidad, burló sus sentidos. Pero iba a comportarse. Al menos por un rato.

—Tu tatuaje. ¿Por qué una pantera? —preguntó la joven trazando la yema del dedo sobre su omóplato.

—¿Alguna vez viste a una en su hábitat natural? —Arielle negó con la cabeza—. Las llaman «los fantasmas del bosque». Son sigilosas. Imposiblemente majestuosas. La primera vez que vi una quedé en trance… —dijo cayendo en el recuerdo de un bosque nevado y el hermoso animal con ojos de luna—. Supongo que quería un recordatorio de lo que se sintió ver verdadera belleza.

Arielle lo miró pensativa. Galen le hubiera dicho que lo que sintió al verla durmiendo sobre su cama la noche anterior se acercaba a aquel sentimiento. Pero no lo hizo.

Lo que quedaba de la luz del día iluminaba el amplio espacio de la planta baja. Aún conservaba el aire hogareño de lo que décadas atrás había sido una casa de campo. La cocina y la sala de estar estaban integradas en un mismo ambiente. Galen siguió la mirada de Arielle hacia las tazas que colgaba de ganchos en un estante, los almohadones bordados del sillón, los portarretratos sobre una de las repisas y la pila de leña acomodada junto al hogar.

—Esperaba algo distinto. Esta no es una mera propiedad, es una casa habitada, guarda recuerdos —dijo Arielle.

—Mi padre vivió gran parte de su vida aquí, era sastre. Mi madre me hizo un Antiguo al igual que ella cuando tenía ocho años; el hechizo debe completarse antes de los diez. Por lo que ella y yo debimos mudarnos luego de un tiempo para que nadie notara que crecía bastante más lento que el resto —dijo Galen—. Es una de nuestras propiedades favoritas. Con el tiempo le fuimos haciendo renovaciones, pero conserva buena parte de su estructura original.

—¿Tu madre también es… como tú? —preguntó sorprendida.

—Una mujer bien conservada. Actualmente está en Buenos Aires aprendiendo a bailar el tango —replicó.

—Buenos Aires —repitió Arielle—. Tan lejos.

El brillo en sus ojos no se le escapó. Le atraía la idea de ser libre y conocer el mundo. De no responder a nadie. Galen cruzó la sala hacia un corredor con dos puertas y abrió la primera. Había sentido el impulso de enseñarle algo. El viejo taller estaba ordenado, cubierto bajo un fino velo de sombras que descendía desde la ventana.

—La sastrería de tu padre —adivinó la joven.

—Pensé que te interesaría saber que soy una persona con un pasado y no un monstruo sediento de sangre.

Arielle dejó escapar un chistido, aunque podía ver que tenía su atención. Sus ojos celestes estudiaron los estantes con coloridos carretes de hilo, la anticuada máquina de coser, el traje exhibido

sobre un maniquí en la esquina. Reliquias de una vida que ya no existía, pero que Galen recordaba.

—¿Cuándo murió? —preguntó la joven.

—En 1958.

—¿Lo extrañas?

La curiosidad en su voz escondía otra emoción que no logro identificar. ¿Tristeza? ¿Envidia? Quería saber todo sobre ella, y no solo para poder manipularla, estaba genuinamente interesado. La audaz joven en sus brazos era fascinante.

—Sí. Fue un buen padre. Un buen esposo. Sacaba un lado de mi madre que no vi desde que murió.

—Bien por él. —Arielle se movió sobre sus brazos como si estuviera incómoda—. ¿Qué hay en la siguiente habitación?

Algo que definitivamente le iba a gustar. Galen la cargó hacia la otra puerta del corredor, sosteniéndola con cuidado para buscar la pequeña llave en el bolsillo de su jean. Se apresuró a meterla en el cerrojo, anticipando su reacción.

Prendió la luz para que pudiera ver con claridad. Las cuatro paredes estaban cubiertas de estanterías con libros. Un colorido tapiz de diferentes ejemplares. Había un sillón azul noche con un otomano acomodado frente a la única ventana y un opulento escritorio en el centro.

—Esto es magnífico —exclamó Arielle deleitada.

—Imaginé que una escritora lo disfrutaría —respondió complacido.

—¿Cómo sabes que soy una escritora?

Arielle se volvió hacia él, su rostro estaba tan cerca que podía ver la textura de sus labios.

Porque entré en tu departamento y leí tu cuaderno.

—Cuando estábamos en Old Queen's Head mencionaste un trabajo de Emily Dickinson. Lo cual me hizo presumir que eres una estudiante de literatura. Probablemente escritura creativa.

Arielle arrugó la nariz en un gesto de desconfianza y regresó su atención al estudio. Ladrona astuta. El gruñido de su estómago hizo que concluyeran el *tour* de la casa y regresaran a la cocina. Galen la

dejó delicadamente sobre una de las banquetas, presionando los dedos contra el hueco de su espalda en soporte.

—Puedo sostenerme yo misma —dijo la joven ahuyentándolo con su mano.

De haber seguido sus instintos, Galen la hubiera extendido sobre la gran mesada blanca y se hubiera trepado sobre ella. Hubiera tomado sus manos, sosteniéndolas sobre su cabeza, mientras cerraba los labios sobre uno de sus pezones. El calor de su lengua endureciéndolo. Pero llegar a ese punto demandaría trabajo y una buena dosis de encanto.

—*Comme tu dis, chérie* —dijo en francés.

Como tú digas, cariño.

—*Oui, comme je dis* —respondio Arielle con seguridad.

Reunió los ingredientes que necesitaba y calentó el agua en una de las hornallas hasta que hirvió. Hacía tiempo que no cocinaba algo distinto a un desayuno. Tenía un chef que preparaba sus almuerzos y cenas. Henry podría haberles llevado todo tipo de platos *gourmet*, pero quería que Arielle lo viera hacer algo tan mundano como rallar queso. Si solo veía al sujeto que había bebido sangre de su cuello en un callejón trasero, jamás bajaría la guardia.

El celular de Galen sonó desde el bolsillo de su jean. Era Cairo, la poderosa bruja que lo había tomado de amante ocasional. Ignorarla era una mala idea, pero atender su llamado, con aquellos ojos celestes estudiando su rostro, sería peor.

Deslizó el aparato de regreso al bolsillo.

—¿Dónde está el mío?

Galen levantó el mentón para indicar el Nokia violeta junto a su cartera. Arielle se bajó de la banqueta con cuidado y rengueó hasta la fila de estantes blancos que rodeaban la mesada.

—No funciona —dijo un momento después. Se veía tentada de arrojarlo. Sus dedos presionaban los botones de manera insistente como si su irritación pudiera darle vida

—Préstame el tuyo.

Galen no respondió

—Si no quieres que Jean sepa lo que sucedió, que estoy contigo,

es porque tramas algo, algo que no es bueno para mí —especuló en tono casual.

Comenzó a hurgar entre los estantes sin poder quedarse quieta.

—O porque no quiero que llame la atención de Aleksei y lo guíe hasta aquí —respondió Galen—. Además, ¿crees que tu amiga Jean se va a arriesgar para ayudarte? Tú la ofreciste a cambio de tu vida.

La joven lo ignoró. Galen sabía que iba a tener que lidiar con Aleksei Belkin. Y por lidiar se refería a asesinarlo. Ninguna otra opción detendría a tal lunático. Los Antiguos sangraban al igual que el resto de las personas, no eran inmortales o indestructibles. Iba a necesitar la ayuda de Devon. Eso y un buen plan. Pero no quería pensar en ello, no esa noche.

—Le advertí a Jean que debía irse —continuó Galen—. Llevaba una boina roja, le susurré que había Antiguos. Fue antes de que te viera salir del baño. Pensé que si la atrapaban te causaría problemas. Puedes decirle que me enviaste tú. Las brujas valoran la lealtad. Te deberá un favor…

Arielle encontró galletas de chocolate y naranja de Marks & Spencer, tomó el paquete y regresó a sentarse en la banqueta. Galen las había puesto en la lista que le había dado a Henry. Sabía que le gustaban, las había visto en el minibar de Arielle cuando irrumpió en su habitación.

—Lo haré. Gracias —respondió con una mueca de satisfacción.

Galen buscó una botella de vino, un *pinot noir* que iría bien con la pasta, y se sirvió una copa.

—Cuéntame de ti. Es evidente que vienes de una familia adinerada. ¿Qué haces trabajando en Sherwood?

Arielle disfrutó de la galleta sin romper el silencio. Sus ojos perdidos estaban en algún pensamiento distante. Comenzó a hablar de a poco, le contó acerca de su casa blanca en Notting Hill, las aspiraciones que sus padres tenían para ella: estudiar arte, una pasantía en Christie’s, un esposo de apellido importante.

—Salí con varias mujeres así. Princesas de la alta sociedad. Tú no eres como ninguna de ellas —dijo Galen.

Era un halago. Se aseguró de hacérselo saber con la mirada.

Arielle sonrió y continuó hablando. Sobre galas de caridad, su manera de pasar el tiempo aprendiendo a mezclar tragos, imaginando crímenes, sospechosos, historias de detectives.

Galen lamentó no haberla conocido en uno de esos eventos. Se imaginó acercándose a ella y ofreciéndole un escape. Robando una botella de Dom y perdiéndose por las calles de Londres.

—Luego mi padre cometió un fraude y evadió impuestos. Para cuando congelaron nuestras cuentas, ya había falsificado su firma en un cheque que cubrió mi primer año en Queen Mary. Tomé mis cosas y me fui.

La hermosa joven frente a él no cesaba de asombrarlo. Estaba lejos de ser la primera chica en sentirse sofocada por las expectativas de su familia, pero era la primera que él conocía dispuesta a pagar el precio de una vida nueva. Dispuesta a falsificar un cheque y a trabajar en un *pub*.

—Estoy impresionado —admitió.

Arielle sostuvo su mirada por un momento antes de tomar la copa de vino sobre la mesada y llevarla a sus labios.

—No deberías mezclar analgésicos con alcohol —le advirtió Galen.

—Es solo un sorbo.

El desapego en su voz no se le escapó. Hablar de su familia la había afectado.

—¿Qué hay de tus padres?

—Pusieron en venta la casa, subastaron arte, joyas e hicieron un trato para restituir todo. Mi padre aceptó cooperar con información sobre uno de sus clientes y evitó la cárcel. Ahora viven con su hermano mayor.

Galen le quitó la copa y tomó un sorbo.

—Bien por ellos.



XX
GALEN

Observó a Arielle enroscar los *tagliatelle* contra una cuchara. La joven había comido un bocado tras otro hasta terminar el plato. Galen podía contar con una sola mano la cantidad de veces que había hecho uso de sus habilidades culinarias para impresionar a una mujer. No era que Arielle se viera impresionada, sino más bien hambrienta.

Una vez que terminaron de cenar, Arielle le pidió un café antes de renguear hacia el sillón y dejarse caer sobre los almohadones. Al menos se estaba poniendo cómoda.

Apagó una de las luces y sumergió la habitación en la lluvia naranja de una sola bombita. Cuando le entregó la humeante taza de café, sus dedos se encontraron sobre la porcelana.

—¿No vas a encender velas? —preguntó Arielle con sarcasmo.

—Las velas son para los románticos y los desesperados.

Eso la hizo emitir un sonido lleno de humor. Galen se acomodó del lado opuesto del sillón para disfrutar de una segunda copa de vino. Sus piernas se cruzaron en el medio y sintió su pie descalzo rozar las medias blancas de la joven.

Arielle levantó la taza e inhaló el aroma con una expresión de pura dicha.

—Buen café, esta es una de las cosas que más extraño.

Galen pensó en los sobres de café instantáneo que había visto en su habitación. Aquellas cosas debían tener un gusto horrendo.

—Mientras seas mi invitada puedes beber todo el café que quieras, cariño.

—¿Eso es lo que soy? ¿Tu invitada?

—Por supuesto —le respondió dándole su mejor sonrisa de diablo.

Arielle lo estudió por un largo momento.

—¿Cómo conociste a Aleksei? —preguntó.

Relajó la cabeza contra el apoyabrazos del sillón. Galen le contó acerca de la sociedad secreta de Antiguos de la cual formaba parte. Su primera invitación le había llegado en 1948. Le explicó que eran longevos que viajaban por el mundo celebrando su buena fortuna: su juventud, su abundancia de años y de dinero.

—¿Por qué son solo los caballeros de Byron? ¿Dónde están las mujeres? —preguntó Arielle.

Galen tomó otro sorbo de vino e inclinó su mentón hacia el techo. Podía oír la indignación en su voz. Había notado la fascinación en los ojos de la bella ladrona cuando había escuchado sobre su vida sin reglas y los lugares que había visitado. Las brillantes ciudades que aguardaban cruzando el océano.

—Tienen su propia sociedad: las damas de Catalina.

—¿Por Catalina la Grande? ¿La emperatriz de Rusia?

Un buen intento.

—Por Catalina Sforza. Condesa de Imola y Forlì. La llamaban vampiresa de la Romaña, diablesa encarnada…

—La tigresa de Forlì —dijo Arielle—. Leí sobre ella. Fue una de las grandes mujeres del Renacimiento italiano.

Galen levantó su copa en señal de brindis.

—Por mujeres fuertes que quiebran las reglas.

Arielle replicó el gesto con su taza. El pelo le caía ligeramente revuelto hacia un lado y podía distinguir la tira del sostén asomándose por el cuello de la camiseta. Era roja. Llevaba el conjunto de satín. Galen sintió el acelere en su pulso. El deseo de sentir el material y la suave piel que cubría.

—Tú eres una de ellas —dijo frotando el pie contra el suyo—. Una luz en un mundo gris. Una luchadora.

El tinte de rubor que subió por las mejillas de Arielle calentó su sangre.

—¿Y aun así osas seducirme? —preguntó.

—Me gusta jugar con fuego, encender incendios…

—Mmhm. —Arielle frotó su pie de regreso—. ¿Alguna vez te dijeron que te ves como el interés romántico de una película de los ochenta? El pelo de motociclista, el encanto de chico malo, la mirada que promete problemas…

Galen rio contra el cristal de la copa. Movió la espalda del apoyabrazos al respaldo del sillón, acercándose a las largas piernas de la ladrona. Podía ver cierta ligereza en sus ojos, producto de los analgésicos.

—Es la primera vez que lo oigo —respondió—. ¿Qué más?

Arielle se acercó, deslizando la cabeza en su dirección. El movimiento redujo la atmósfera a un pequeño espacio íntimo. Como si la noche se hubiera infiltrado bajo la puerta y hubiera llenado la habitación del mismo magnetismo que uno sentía cuando miraba la luna llena.

—Hay algo sensual acerca de tus labios…

—*Merci* —dijo transformando la palabra en terciopelo.

—¿A cuántas chicas conquistaste con ese acento francés? ¿Cincuenta? ¿Cien? ¿Mil? —preguntó Arielle arqueando las cejas.

—No importa. No deseé a ninguna de ellas como te deseo a ti.

Galen llevó la mano a los jeans de Arielle, tamborileando las yemas de los dedos sobre la pierna sin vendaje. El par de grandes ojos celestes lo estaba deshaciendo. Tenían el tintineo de las estrellas que se burlan de quienes las miran desde abajo porque nunca las alcanzarán.

—¿No? —preguntó poco convencida.

—Ayer te vi caminar hacia el Old Queen’s con tus amigos. Te vi robar la atención de quienes pasaban a tu lado y descartarla sin pestañear. —Se inclinó hasta que sus narices estuvieron cerca de rozarse—. Roba mi corazón, Arielle. Juega con él, rómpelo, haz lo

que quieras.

La ladrona lo miró como si oír tales palabras la hubieran embriagado. Le gustaba sentirse poderosa. Tener el control. Le gustaba pensar que podía hacer exactamente eso. Tomar lo que quisiera sin pagar las consecuencias.

—Tal vez lo haga.

—¿Qué esperas? —la retó.

Galen no aguardó a que respondiera, subió las manos hacia su cintura y la atrajo hacia él. Arielle lo besó primero. La dulce calidez de sus labios envió una corriente a través de su cuerpo. Su boca tenía gusto a café. Su lengua a miel. La acarició con la suya, extrayendo una sensación de lo más deleitable.

Besos largos y profundos que los dejaron sin aire.

Vio las piernas de Arielle abrirse a ambos lados de las suyas y sintió el peso de la joven acomodarse sobre su regazo. Galen recorrió las líneas de su cuerpo, saboreando la caída de su espalda hasta detenerse en los contornos de su cintura; allí hundió la yema de los dedos, haciendo presión.

Arielle resbaló las uñas por la base del cuello, su punto débil, volcándose contra él.

El pequeño gemido contra sus labios lo endureció más de lo que había creído posible.

Galen se giró sobre ella en un movimiento felino, extendiéndolos a lo largo del sillón.

—Voy a hacerte acabar muchas veces…

Mordió su labio de manera juguetona, empujando la cintura del jean, y su punzante erección, sobre el suyo.

Arielle se arqueó contra él. Casi temblando. La joven llevó las manos hacia el borde de su camiseta y las metió para tocar su piel. *Dulce infierno.* El cosquilleo que le ocasionó fue magnífico. Podía sentir el cambio infligido por las palabras que le había dicho.

Voy a hacerte acabar una y otra vez hasta que olvides todo excepto mi nombre.

Galen besó la línea de su mandíbula, evitando el área sensible de la garganta para no asustarla. Podía sentir el pulso de sangre,

aunque sin la presencia de magia era fácil de ignorar. Corrió el cuello de su prenda, besó su hombro y arrastró el labio inferior hacia el bretel del sostén, atrapándolo entre sus dientes.

La fricción de sus cuerpos estaba adquiriendo un ritmo urgente que emitía calor con cada roce. Galen subió la mano hacia el interior de su pierna pero Arielle atrapó su muñeca.

—Espera. —Enderezó la espalda haciéndolo retroceder—. Primero dime lo que planeas. ¿Cuándo regresaremos a Londres?

Diablos, la erección en su pantalón no le dejaba pensar.

—No lo sé.

Arielle lo apartó de un pequeño empujón y se corrió hacia el borde del sillón para ponerse de pie. Cada rincón de su cuerpo ardió en protesta. La bella ladrona lo estaba torturando. Galen pasó una mano por su pelo, viéndola dar pasos lentos hacia las escaleras.

—Podemos retomar esa posición cuando me des una respuesta —dijo Arielle girando el mentón sobre su hombro para darle una mirada rápida.

Si creía que podía jugar ese juego, iba a perder. Pero la admiraba por intentarlo. Galen fue hacia la puerta que daba al jardín trasero y disfrutó de la fría ventisca que lo recibió del otro lado.

Era una noche sin estrellas. Nubes de tormenta se extendían gruesas sobre el cielo. Inhaló profundo, dejando que el deseo en su cuerpo se hundiera de regreso a donde no interfiriera con su cabeza.

Pensó en la manera en que la joven había ojeado la puerta del estudio cuando la cerró con llave. Sabía lo que tenía que hacer. Arielle lo deseaba, en la situación correcta, no lograría resistirse. El riesgo de intentar una de sus tretas, sumado a la adrenalina de que la atrapara, y las cosas dulces que le susurraría al oído…

El Antiguo le sonrió a la oscuridad de la noche. Cuando subió a la habitación la encontró sosteniéndose contra la mesita de luz, presionando los labios en una expresión de dolor.

—Te hubiera cargado. No me lo pediste —dijo Galen.

—No quería darte la idea equivocada.

Arielle se quitó el jean y lo dejó sobre el suelo de madera. La

camiseta azul que llevaba caía sobre sus muslos, permitiendo vistazos de su ropa interior roja. Esta le dio una mirada que fingía ser inocente cuando era lo opuesto.

—Dar la idea equivocada es tan fácil… —dijo Galen.

La joven planeaba tentarlo hasta obtener lo que quería. Una mueca entretenida curvó sus labios. Eso era exactamente lo que haría. Galen vació el contenido de su bolsillo sobre la mesita de luz de manera casual. La llave de su estudio, un pequeño tesoro dorado. Se quitó la ropa y se metió entre las sábanas.

—Dulce sueños, Arielle.



XXI
ARIELLE

El estruendo de los relámpagos se oía alto. Centelleaban blancos detrás de las cortinas. Se había dormido por un rato, derrotada ante el cansancio y el efecto de los analgésicos. Pero ahora estaba despierta. Pensó en Galen y todo lo que le había dicho: en su madre aprendiendo a bailar tango en Buenos Aires, en su padre trabajando en el taller de la planta baja, en los caballeros de Byron y las damas de Catalina. De haber tenido la oportunidad, Arielle hubiera elegido esa vida: vivir largos años, extender su juventud, viajar y escribir, asistir a mascaradas secretas en lugar de eventos filantrópicos. *Perseguir brujas, beber su sangre,* se recordó.

Lo hubiera hecho. Era un precio que hubiera pagado por una vida de tanta libertad.

A su lado, Galen dormía plácidamente; podía oír el ritmo hondo de su respiración, ver su silueta inmóvil en la oscuridad. Enfocarse en él le generó una corriente de tensión que contrajo su abdomen. Pensó en las manos del Antiguo recorriéndola y en lo bien que se había sentido. En el calor de sus labios sobre la línea de su mandíbula. En su hábil lengua y lo que podía hacer con ella.

Voy a hacerte acabar muchas veces…

Ninguno de sus amantes le había despertado tal deseo. Ni siquiera Jakub, el varonil *barman* de El Ataúd Rojo. Había algo en la manera en que la besaba que la hacía querer salirse de control.

Apartó un mechón de su rostro, molesta consigo misma.

Su vida estaba en peligro y la fantasía que ocupaba su cabeza consistía en arrancarle la ropa al Antiguo a su lado y pedirle que la hiciera acabar.

Patético, eres más sensata que eso.

Se incorporó contra el respaldo de la cama. Antes de dormirse lo había visto vaciar sus bolsillos sobre la mesita de luz. Aguardó a que uno de los relámpagos iluminara la habitación. El destello blanco reveló el contorno dorado de una llavecita. Arielle la miró pensativa. Había visto un teléfono de línea en el escritorio del estudio. Y tenía curiosidad de qué más encontraría. Nadie cerraba una puerta con llave a menos que guardara algo de importancia. Jean no tenía teléfono propio, por lo que tendría que llamar a Sherwood. Si Oliver no se despertaba, podía dejar un mensaje en el contestador automático, algo que alertara a Jean de lo que había pasado.

Era mejor que no hacer nada.

Salió de la cama, luchando contra el agudo tirón en su pierna. Cada paso era un secreto contra la madera. Gruesas gotas de lluvia arremetían contra la ventana, ayudándole a camuflar cualquier otro sonido. La habitación estaba a oscuras, pero se filtraban por las cortinas los reflejos de luz de los faroles del jardín delantero.

Arielle sintió un disparo de anticipación soltarse dentro de su pecho. Era una sensación similar a cuando robaba el lápiz labial que tanto le gustaba de las refinadas tiendas. Podía hacerlo.

Sé rápida y silenciosa. No dudes. Solo tómala y retrocede.

Su pierna izquierda era una desventaja, pero tendría que obligarla a cooperar, a resistir cualquier molestia que le impidiera moverla de la manera en que necesitaba.

La silueta del Antiguo reposaba quieta bajo el acolchado. Pelo oscuro contra la funda blanca de la almohada. El perfil de sus labios era inquietantemente tentador.

Podía oír su propio corazón como si estuviera latiendo junto a su oído. Arielle se tapó la boca por miedo a que su respiración se volviera atolondrada sin que lo notara. Estaba a meros pasos. La

mano libre tomó vuelo al igual que un ave de rapiña arrojándose sobre su presa. La punta de los dedos dio con la llave. Apenas consiguió dar un paso hacia atrás antes de que una mano se cerrara sobre su muñeca con la eficacia de un grillete.

—Eres una ladrona hábil —dijo la sedosa voz de Galen—. Pero me temo que soy más atento que un empleado mal pago, cariño.

Arielle dio un salto involuntario. La adrenalina que se inyectó en su sangre le aceleró el pulso. La llave resbaló entre sus dedos. Se hubiera alejado de inmediato de no ser por la mano del Antiguo que la retenía. La figura de Galen se alzó junto a la suya como si estuviera hecha de sombra y músculos. Arielle siguió el movimiento de las sábanas que resbalaron por sus piernas, revelando que estaba desnudo.

Dios. Eso es… condenadamente glorioso.

—Estoy inquieta a causa de la tormenta —dijo restándole importancia.

El soplido del viento agitó gotas contra la ventana, respaldando sus palabras.

—Inquieta, ¿eh? —susurró Galen con suavidad—. Puedo hacerte olvidar de todo lo que ocurre del otro lado de esa ventana. Si me lo permites, puedo hacerte olvidar tu propio nombre y gritar el mío…

Sentir el roce caliente de esos labios contra su oído envolvió su piel en una sensación de plácida estática. Los dedos de Galen ya no sujetaban su muñeca, sino que la acariciaban con ligereza.

—Estás alardeando… —lo acusó Arielle.

¿Quién no alardearía con ese cuerpo?

Retiró la mano de un tirón y se apresuró a bordear la cama para regresar a su lado. El brazo del Antiguo rodeó su abdomen, girándola a tal velocidad que la herida en su pierna se estiró con ardor. Una confesión de dolor escapó de sus labios.

—Lo siento. Seré más cuidadoso.

Galen besó su mejilla en una promesa. Luego movió la lengua hacia el lóbulo de su oído, mojándolo, antes de atraparlo entre sus dientes. Una seductora llama resbaló por su espalda al igual que cera derretida. Lo deseaba. Quería que fuera suyo. En esa cama. Por

una noche. Qué importaba si era un Antiguo o si al día siguiente tendría que planear una manera de deshacerse de él. Tenía la caprichosa necesidad de verlo desnudo. Sobre ella. Complaciéndola.

—¿Tengo dicho en esto? —preguntó mientras volcaba su pelo en un gesto sensual.

—Por supuesto. Somos adultos que consienten. Nunca he obligado a nadie a tener glorioso sexo conmigo… —respondió Galen dándole su peor sonrisa de diablo.

Arielle le dio una mirada acalorada que encontró sus ojos a pesar de la oscuridad. La atmósfera estaba impregnada de una carga más peligrosa que los relámpagos de la tormenta. El mero roce del aire contra sus piernas la hacía sentir rodeada por volátiles chispas. Un poco de fricción y volarían al igual que fuegos artificiales.

Los labios de Galen la reclamaron de manera reverente, seduciéndola con una deliciosa lentitud que la hizo derretirse contra la solidez de su abdomen. Su piel era suave y magnética. El experto par de manos la guio entre sombras, haciéndola retroceder sobre la luz derramada de la ventana hacia el muro de la habitación.

Galen cerró las manos sobre su trasero, la levantó y la calzó contra su pelvis, siendo cuidadoso con su pierna. Arielle no llevaba más que una camiseta y el conjunto de seda roja. Sintió el calor de su piel sobre la suya.

—¿Qué dices de deshacernos de esto? —preguntó Galen dándole un pequeño tirón al borde de su camiseta.

Arielle se aseguró de que el Antiguo la estuviera sosteniendo antes de levantar los brazos. El gesto fue lento, como si fuera una convicta a merced de su carcelero. La prenda la abandonó tan rápido que ni siquiera la sintió pasar por su cabeza. Los ojos de Galen recorrieron la piel expuesta. Se veían glaseados en oscuridad. Brillantes de deseo.

—Eres una diosa en forma humana.

Sus manos estaban ocupadas sosteniéndola, sus labios, sin embargo, exploraron sin restricción.

—¿Y tú también eres un dios? —se burló Arielle.

—Soy una desdichada alma que ha venido a venerarte en tu

altar. Un simple mortal. A los dioses les gusta jugar con nosotros, enloqueciéndonos de deseo…

Lo que hizo luego la enloqueció a ella. Arielle pasó las manos por detrás de su cuello y enterró las uñas en los músculos de su omóplato. Galen gimió con aprobación. La sostuvo contra sí, moviéndolos hacia el borde de la cama, donde se sentó sin dejarla ir. Las habilidosas manos del Antiguo treparon hacia su espalda y quitaron el sostén.

Sus sensuales labios recorrieron cada centímetro de su busto, besando y provocando, hasta endurecer sus pezones. Arielle se oyó a sí misma diciendo su nombre. Sus uñas marcaron la suave piel de su torso, al igual que un felino jugando con una tarima de felpa.

—Ronronea para mí, ángel.

Galen la recostó, hundiéndola bajo las macizas líneas de su cuerpo. Sentir la gran erección del Antiguo presionando entre sus piernas fue suficiente para humedecerla.

—No soy un ángel…

Arielle prefería ser algo menos celestial, un diablillo que se salía con la suya.

—Eres mi ángel de alas negras —le susurró.

Buscó su mirada, sorprendida de encontrar romance en las palabras. Galen la miró a los ojos. Lo que vio en ellos se sintió íntimo. Genuino. Invadió su boca sin dejar de mirarla, atrapando su labio inferior y succionando. Sus manos la desvistieron de la única prenda que le quedaba y Arielle vio un destello de tela roja caer de la cama. Los labios de Galen eran cálida seda. Trazaron un precipicio que descendió por su abdomen, luego por su vientre y se hundió en la entrepierna.

Oh, dulces cielos.

Cerró los ojos, embriagada ante el aterciopelado calor de su lengua moviéndose de las formas más creativas. Arielle enredó los dedos en el pelo del Antiguo, haciendo confesiones de lo bien que se sentía.

Este se aseguró de que la sensación escalara, escalara y escalara, ardiera, ardiera, ardiera, hasta dejarla al borde de un abismo

vertiginosamente alto.

Arielle lo atrajo sobre ella mientras mecía la cadera y arqueaba la espalda para sellar el espacio entre sus siluetas.

Lo necesitaba. Necesitaba el magnífico tamaño de su erección. Ahora.

—¿Segura? —le susurró Galen.

Espió aquel hermoso rostro a través de sus pestañas.

Galen le sostuvo la mirada.

El gesto fue más erótico que cualquier otra cosa que hubiera experimentado.

—Sí.

Se acomodó entre sus piernas. Jugando. Provocando. Enloqueciéndola con la punta de su erección, que se asomaba en vez de penetrarla.

—Por favor. —Arielle respiró sobre sus labios.

Sintió la presión arder en su centro, dura y certera. Un breve dolor seguido de inmenso alivio. Y estrellas. Tantas estrellas.

El Antiguo tomó su pelo en un suave tirón para acercar sus rostros.

Arielle se desvaneció en la seda de las sábanas. En olas y olas de placer.

Cada embestida se adaptó al ritmo que necesitaba.

Profunda, profunda, profunda.

Lo que Galen estaba haciendo con su cuerpo era una obra de arte. No creyó que conectar con alguien pudiera sentirse como una reacción química.

—Galen —suplicó.

Nunca se había sentido tan sensual o fuera de control.

—Galen —gimió.

Nunca había oído a su piel cantar.

A sus nervios arder.

Nunca había…

OH

POR

DIOS.



XXII
GALEN

La voz de la bella ladrona diciendo su nombre se repetía en su cabeza. Una y otra y otra y otra vez. Galen nunca había oído algo tan adictivo. Si cerraba los ojos estaba sobre su hermoso cuerpo: las piernas de Arielle ajustadas a su espalda, la piel desnuda salpicada en la luz de la noche, los dulces labios gimiendo junto a su oído mientras se hundía en ella.

Arielle Hollis era la criatura más fascinante que había tenido el placer de conocer. *Mon ange aux ailes noires,* pensó para sí. Su ángel de alas negras.

La había dejado durmiendo, con el pelo oscuro disperso sobre la piel descubierta de su hombro.

Se paseó por la cocina, disfrutando de la quietud de la mañana. Tras la ventana, el sol se asomaba sobre el gran roble torcido y pintaba con tonos anaranjados el jardín. Un día de sol. Lo cual era un privilegio en Inglaterra. Allí, en ese momento, en la vieja casa de campo, con un café en mano y Arielle durmiendo en su cama, se sintió a gusto.

Galen estaba acostumbrado a sentirse satisfecho: después de comer uno de los deliciosos platos que preparaba su chef, tras saciar el hambre de magia que exigía el hechizo en sus venas, tras pasar la noche en compañía de una hermosa extraña o luego de entretener

algún costoso capricho. Pero sentirse a gusto era distinto: era una sensación de contentamiento, de dicha, que se escabullía en secreto y se estiraba sobre su regazo al igual que un felino perezoso. Usualmente la encontraba cuando disfrutaba de una copa de vino y un buen libro frente al hogar eléctrico de su *penthouse*. O cuando sacaba su Harley Davidson en una noche de verano. Pero aquel día lo había sorprendido haciendo algo tan cotidiano como tomar una taza de café mientras miraba por la ventana de la cocina.

Sintió el impulso de ir a Market Square, de caminar por las pintorescas callecitas de negocios y desayunar junto a Arielle en su café favorito.

¿Por qué no? Los caballeros de Byron no sabían de su conexión con Cambridge. Ni siquiera Devon, su amigo más cercano, sabía acerca de su casa familiar.

Podía concederse ese pequeño gusto. Y la joven estaría contenta de salir de la casa y comprobar que no era su prisionera.

Al despertar había buscado la llave de su estudio, que había caído bajo la cama, y la había dejado sobre la mesita de luz. Una ofrenda. Los tesoros que guardaba el estudio estaban bien ocultos en la biblioteca. Objetos que habían pertenecido a su padre y que su madre cuidaba con recelo. Arielle de seguro había querido usar el teléfono de línea. Asegurarse de que no la despidieran.

Sonrió para sí. Había llamado el día anterior haciéndose pasar por el primo de Arielle para explicar que habían tenido una emergencia familiar y que Arielle se tendría que ausentar del trabajo por unos días. El entrometido muchacho llamado Oliver había insistido en hablar con ella y Galen debió ser convincente para que creyera que ella estaba demasiado angustiada como para hablar.

Galen tomó su celular. Sabía que no lograría convencer a Arielle de quedarse allí por más de unos días, lo que significaba que debía actuar. Marcó el número de Devon Windsor.

—Gal —respondió el otro Antiguo—. ¿Qué diablos sucedió? Aleksei Belkin me pegó una visita. Quería una lista de todas tus propiedades en la ciudad. Dice que tienes algo que le pertenece.

Oír tales palabras encendió una fogata de enojo. Arielle nunca le pertenecería a Belkin.

—Un puñado de mala suerte. Vinieron al Old Queen's Head cuando estaba en medio de una cita y Aleksei cobró interés en ella —respondió Galen—. Tuve que tomar prestado el revólver de Niccolo.

Oyó a Devon exhalar con sorpresa desde el otro lado de la línea.

—Diablos... ¿Le robaste un arma a Niccolo Aetos? El sujeto valora sus armas más que el dinero. Te pagará de regreso. Su puntería no falla.

—Niccolo no me preocupa. Tengo una propuesta que hacerle. Algo que sospecho ha codiciado por un largo tiempo…

—Quieres que reemplace a Aleksei —adivinó Devon.

—El bastardo no se detendrá hasta arruinarme. Debo ponerlo en una tumba y rápido.

—Y yo que creía que eras un escapista nato. —Una risa seca llenó la línea—. ¿Estás dispuesto a hacer una jugada contra él? ¿Por una chica?

Sonaba sumamente improbable que esa fuera su elección, y, aun así, Galen no elegiría otra jugada. Oír el nombre de aquel demonio delirante redujo su visión a la silueta de la joven agonizando en un callejón. Rodeada de basura y de muerte. A la vil figura agazapada sobre ella. Al *tud* de su cabeza golpeando el pavimento.

—Aleksei es una bala perdida. Un caótico demonio. Los rumores de que está utilizando magia para modificar el hechizo son ciertos. Hubiera sido un problema de todos modos. —Hizo una pausa y agregó—: Necesito tu ayuda, D.

Devon se mantuvo en silencio, considerándolo. Eran amigos desde hacía largos años. También eran socios. Compartían inversiones y se cuidaban las espaldas mutuamente. Si los caballeros de Byron decidían expulsarlo de su prestigioso grupo y buscar una manera de perjudicar sus finanzas, Devon también se vería comprometido.

—De acuerdo —concedió.

—Bien. Te llamaré pronto para reunirnos en El Viejo Scott —

dijo Galen—. Asegúrate de que no te sigan.

—¿Qué hay de la chica? Si se la entregas, ganaríamos tiempo.

—No. —Las palabras se precipitaron fuera de su boca—. La quiero con vida, no la víctima de un asesinato en el diario del domingo.

Otra risa seca.

—Como digas —respondió Devon.

Tras cortar la llamada, Galen subió hacia la habitación. La bella ladrona estaba sentada contra el cabezal de la cama, sosteniendo las sábanas contra la pálida piel de su busto. Se veía somnolienta. Como si recién se hubiera despertado.

—Buen día, ángel —la saludó desde el marco de la puerta.

El cambio en la postura de Arielle fue inmediato. Como si su voz hubiera generado una chispa de electricidad que centelló a través de su columna. Movió su largo pelo, actuando como si el rubor en aquel hermoso rostro no delatara las imágenes que estaba recordando.

—Buen día —respondió sin mirarlo.

Galen se acercó a la cama, siguiendo la silueta de sus largas piernas bajo las sábanas. Quería destaparlas. Sentirlas rodeando su cadera. El deseo que endureció su cuerpo hizo que acariciara una de sus piernas por sobre el sedoso material.

—Confío en que tuviste una noche placentera…

Arielle le dedicó una sonrisa ilegible, que le ganaría una mano en una mesa de póker.

—Disfruté de mi noche. —Su mirada celeste destelló traviesa—. Disfruté de ti.

Galen la tuvo en sus brazos antes de siquiera ser consciente de que se estaba moviendo. Se apoderó de sus suaves labios y arrastró los dedos por la piel descubierta de sus hombros. Arielle dejó escapar un pequeño sonido contra su boca antes de arquearse hacia atrás.

—¿Qué tal si desayunamos primero? —preguntó—. Estoy famélica.

No lo dudaba. Luego de todo lo que habían hecho la noche

anterior su apetito también requería de atención. Su estómago exigía comida, mientras que la magia en sus venas se deslizaba densa al igual que miel, ardiendo sedienta. Había pasado casi una semana desde la última vez que había bebido sangre de un poseedor de magia.

—Conozco un lugar que hace un estupendo café. —Galen le robó otro beso, incapaz de contenerse—. La tormenta pasó y el sol decidió asomarse. ¿Qué dices de un poco de aire fresco?

Galen tuvo el deleite de ver el entusiasmo en el rostro de Arielle cuando le mostró la Harley Davidson que guardaba en el garaje. Esta había murmurado algo que sonaba a *por supuesto* mientras negaba con la cabeza. Como si fuera algún cliché de chico malo con una brillante motocicleta negra. Galen no era tal cosa. Se lo hizo saber mientras pateaba el pedal que le dio vida al estruendo mecánico. Había sido uno de los finalistas de la Isle of Man TT.

Arielle le respondió que no tenía idea de qué estaba hablando. Aceptó el casco que le ofreció y permitió que la ayudara a subirse. Sentir el cuerpo de Arielle presionado contra el suyo para resguardarse del frío, sus brazos rodeando su cintura, mientras el motor rugía debajo de ellos y el viento se filtraba por todos lados, fue otro de esos momentos en los cuales Galen se sintió a gusto.

Las Harley hacen un sonido distinto al resto de las motocicletas: gutural, atronador. Era uno de sus sonidos favoritos en el mundo.

Cambridge cobró vida a ambos lados del camino, una pintoresca ciudad que despliega belleza en sus construcciones históricas.

Una vez que se adentraron en las callecitas repletas de turistas, redujo la velocidad y buscó el pequeño café que ocupaba la esquina de 20 Bridges Street. La fachada de un tono azul grisáceo encajaba bien en la construcción de ladrillo. Grandes ventanales daban cuenta de un exhibidor repleto de dulces y *croissants*. Arielle los ojeó con interés y Galen decidió jugar el papel de caballero sosteniendo la puerta de entrada.

Dentro no había más que un puñado de mesas. Era un espacio

sencillo.

Galen miró el mostrador y se complació al encontrar a la chica de pelo castaño detrás de la caja. Libby no solo era la encantadora encargada del café, también era una bruja que pertenecía a la comunidad de New Forest, un pueblo del sur de Inglaterra. Otra de sus amigas especiales que le permitía tomar sangre cuando lo necesitaba.

Se sentaron a la mesita de la esquina y Arielle tomó el menú que aguardaba bajo un florero con dos girasoles.

—Todo se ve apetitoso —dijo.

Llevaba el conjunto de gabardina beige, suéter negro, jeans y botas que le había comprado Henry. Su pelo se encontraba ligeramente revuelto a causa del viento. Galen quería enredar los dedos en su sedosa textura y besarla sobre la mesa.

—Los scones con crema son excepcionales. Los huevos benedictinos también —respondió.

—Probaré todo —decidió con ánimo.

—Buena elección. ¿Por qué conformarte con una sola cosa cuando puedes probarlo todo?

—Imagino que ese es tu lema —murmuró Arielle.

Galen estaba por responder cuando Libby se acercó a la mesa dándole una gran sonrisa de bienvenida. Podía percibir la poderosa melodía de su magia. Dulce e invitante al igual que la pastelería exhibida en la ventana.

—Dorian, han pasado meses —lo saludó—. ¿Cómo has estado?

Arielle llevó su atención de él a la bruja, observándola de manera detenida, y luego de regreso a él, arqueando las cejas.

—Bien. Disfrutando de un fin de semana lejos de la ciudad. No podía dejar Cambridge sin una visita a mi café favorito.

Libby le dedicó una sonrisita cómplice que se desvaneció cuando giró la cabeza hacia Arielle.

—Un gusto, soy Libby.

—Skyler —mintió con facilidad.

Galen la miró fascinado de que hubiera decidido sumarse a su pequeño juego de usar un alias.

Skyler. Era el mismo nombre que le había dado a Jakub cuando la había visto por primera vez en El Ataúd Rojo. El nombre de la protagonista de la historia que había leído en su cuaderno cuando se infiltró en su habitación.

—Lindo nombre. ¿Qué puedo traerles? —preguntó la bruja.

—Scones con crema, una *croissant*, un *muffin* de arándanos y un café mocha —ordenó Arielle.

—Súmale una segunda porción de scones, unos huevos benedictinos y un café irlandés.

—Wow. ¿Están seguros de que pueden comer todo eso? —preguntó Libby recurriendo al anotador en el bolsillo de su delantal.

—Fue una noche larga —dijo Galen complacido.

Arielle revoleó los ojos sin avergonzarse en lo más mínimo. Aguardó a que la muchacha se fuera para decir:

—¿Dorian?

—Mi estilo de vida requiere el uso de distintas identidades —respondió Galen encogiéndose de hombros.

—¿También requiere robar el nombre de personajes literarios? Dorian Gray quiere el suyo de regreso.

Chica inteligente. No debería sorprenderle dado que era una estudiante de literatura.

—Me gusta honrar los clásicos.

—Le mentiste a ella, pero no a mí… —dijo Arielle pensativa—. En aquel callejón, Aleksei te llamó Galen Pembroke, lo oí.

—No quería privarme del placer de oírte decir mi verdadero nombre —respondió con los labios curvados en una sonrisa perezosa—. Ayer lo usaste varias veces.

Podía oír la plegaria en su voz. La había estado oyendo toda la mañana. Planeaba oírla de nuevo toda la tarde. Le dio una mirada que capturó sus ojos celestes, haciéndoselo saber. Arielle la sostuvo, envolviéndolo en un empuje magnético igual de adictivo que la magia que necesitaba consumir. Galen estiró la mano sobre la mesa en busca de la suya. Se había quitado el vendaje, haciendo visible el hematoma violeta sobre sus nudillos.

El simple acto de acariciar su piel se sintió tentador. Cargado de

algo volátil.

Arielle corrió la mano.

—¿Aún te duele? —preguntó.

—Cuando flexiono los dedos.

Su tono se oyó molesto. Mejor cambiar de tema antes de arruinar el desayuno.

—Cuéntame de Skyler. ¿En qué libro la puedo encontrar?

Galen se preguntó si le diría la verdad o inventaría algo.

—En ninguno. Al menos no todavía. —Arielle miró por la ventana enfocándose en algo distante—. Tal vez algún día.

Había visto esa mirada de anhelo en decenas de artistas; la esperanza de terminar una obra, el ferviente deseo de que encontrara un lugarcito en el mundo.

—Estoy seguro de que sucederá —le ofreció.

—¿Escribes? —preguntó Arielle intrigada.

—Hubo una época donde me hubiera gustado ser el próximo Fitzgerald. Escribir sobre la prohibición con un gin en mano. «Primero tomas un trago; después, el trago toma otro trago y, a continuación, el trago te bebe a ti» —citó una de sus frases célebres. Arielle dejó escapar una risa liviana—. Escribí un par de historias cortas —admitió Galen—. Pero creo que soy mejor lector que escritor. Lo disfruto más.

Libby se aceró con la primera tanda de la orden. Acomodar todo en la mesita resultó todo un desafío. El café recién hecho combinado con la manteca del *croissant* creó un aroma de lo más apetitoso.

—Esto se ve estupendo, cariño.

—Disfruten —respondió la bruja con una mirada traviesa.

Galen la vio marcharse, recordando una noche que habían pasado juntos en el asiento trasero de su auto. Libby tenía una personalidad entusiasta que se hacía notar en situaciones íntimas. Le gustaba gritar.

Distinto a las suaves confesiones de la bella ladrona.

Arielle pasó los siguientes minutos llenando su boca de comida y sorbos de café. Podía ver señales de su crianza privilegiada en la

forma en que sostenía el pequeño cuchillo y untaba crema sobre los scones.

—¿Libby es una de tus «cariños»? —preguntó finalmente.

Sonó casual, sin rastros de celos. Lo cual Galen se sorprendió de encontrar decepcionante.

—Libby es una bruja. Necesito amigas como ella —replicó y robó un mordisco de su *croissant* con una mueca de satisfacción.

Arielle levantó las cejas con interés, dejó la taza sobre el plato y miró en dirección a la chica tras la barra.

—¿Te permite… beber su sangre? —Galen le guiñó un ojo en respuesta—. ¿Por qué? ¿Qué gana con ello? —preguntó.

—¿Además del placer de mi compañía? —dijo sin ocultar el tono arrogante—. Un favor ocasional. Soy generoso con quienes son generosos conmigo.

Arielle dejó escapar un sonido escéptico.

—Suena a una transacción.

—Lo es —respondió el Antiguo—. Lo que tú y yo hicimos anoche, eso es algo distinto, ángel.

Arielle exhaló un sonido aún más escéptico que el anterior.

—¿A qué te dedicas? ¿Cómo hiciste todo tu dinero? —preguntó para cambiar de tema.

Coquetear con ella era como sostener agua y verla escurrirse entre los dedos. Lo cual era tan irritante como atractivo.

—Actualmente me encuentro en el negocio inmobiliario. Tal vez hayas visto uno de mis nombres en el diario. ¿Alexander Penn? Un joven emprendedor muy exitoso. Compro propiedades, las convierto en algo atractivo y las vendo —respondió—. Y en cuanto a mi fortuna personal, buena parte viene de mi madre. Cuando uno tiene la ventaja de extender su juventud y vivir largos años, las oportunidades se multiplican. Tuvo algunos esposos adinerados, invirtió en propiedades, en arte, en la bolsa de acciones. La mayoría de los Antiguos pertenecen a generaciones de la misma familia.

Arielle asintió, pensativa.

—Tu madre suena a alguien que no acepta idioteces de nadie —comentó.

Eso lo hizo reír. *No tenía idea.*

—Genevive Ladurée es un espíritu libre, eso es seguro. Heredé su lado transgresor.

—Déjame adivinar, tu padre era un famoso sastre que hacía trajes para banqueros —dijo Arielle.

—No. Solo un sastre que disfrutaba de una vida tranquila en Cambridge. Mi madre aún sostiene que fue su único matrimonio genuino —respondió Galen.

Recordaba los buenos años que habían pasado en familia: las festividades con regalos bajo el árbol de Navidad, las visitas a Londres, las partidas de ajedrez con su padre. Eso era algo que aún no había experimentado, tener su propia familia, ser un padre. Setenta y cinco años y Galen Pembroke aún era soltero.

—Aleksei mencionó que abandonaste a una prometida —recordó Arielle.

—Esa es una historia que requiere abundancia de tequila. —Le sonrió—. Solo diré que no era tan hermosa como tú.

Arielle rio con la taza en sus manos, descartando el comentario.

—Y que le hice un favor —agregó.

Comieron todo lo que habían ordenado, disfrutando del sol que entraba por la ventana. El estómago de Galen estaba satisfecho, pero la sed de magia que se deslizaba densa en su sangre era un asunto pendiente. Miró a su alrededor. El café estaba vacío. No podía desaprovechar la oportunidad.

—Debo discutir un asunto con Libby.

Arielle miró a la bruja, considerándola de manera especuladora. Dejarla sola era una mala idea. Pero no era como si pudiera atarla a la silla.

—De acuerdo —respondió en tono casual.

Galen estiró su mano hacia la de ella, tomándola por sorpresa, y le dio un apretón de advertencia.

—Espera aquí.

—De acuerdo —repitió Arielle.

Arielle retiró la mano y cruzó los brazos delante de su pecho. La mirada que le dio no reveló absolutamente nada. Galen acarició un

mechón que caía a un lado de su rostro, deslizando los dedos hasta llegar a los hombros de la gabardina beige donde encontró un pelo suelto.

—Si decides ser una chica mala y salir a explorar, mi amiga puede rastrearte con un hechizo —le dijo enseñándoselo.

La expresión de fastidio de la bella ladrona le sacó una risa de victoria. Se puso de pie y fue hacia el mostrador donde Libby estaba acomodando pasteles recién horneados.

—¿Una palabra en privado? —le preguntó con una sonrisa sugerente.

—Y yo que pensé que solo habías venido por el café —bromeó la bruja.

Lo guio a una pequeña alacena donde apenas lograban entrar. El espacio estaba a oscuras hasta que Libby encendió la bombita de luz que colgaba del techo.

—Necesito un trago —dijo sin preámbulo—. ¿Qué dices, cariño?

Galen deslizó la mano por el brazo de la muchacha y sintió el pulso de magia crepitar contra su piel.

—Será un placer. —Libby llevó la mano hacia la apertura de la chaqueta del Antiguo y le dio un tirón juguetón—. Vi que tienes compañía. Sería rudo tener sexo conmigo cuando hay una chica esperándote fuera. Mmmhm, tal vez puedas hacerme un favor…

—Estaría encantado de hacer un favor.

El hechizo que corría por sus venas pulsó con urgencia, exigiendo la poderosa magia que percibía tan cerca.

—Mi bicicleta se rompió, he estado ahorrando dinero para comprar una Vespa —mencionó Libby—. Vi un modelo verde que llamó mi atención.

—Le diré a Henry que te la traiga en la semana.

—¿Casco incluido? —preguntó pestañando con inocencia.

—Casco incluido —le aseguró.

La bruja se acurrucó contra él y se corrió el pelo para exponer el cuello. Era un punto fácil de ocultar si dejaba una marca. Galen trazó una línea roja con el filo de su anillo con forma de cuervo. Sintió el gusto metálico de la sangre contra su lengua. Seguido por

el éxtasis de magia. Libby se sostuvo de su hombro, respirando cerca de su oído.

El sonido lo llevó a la noche anterior. A la sensual silueta de Arielle Hollis. Una sensación de disconformidad se asomó tras su espalda, como si la estuviera engañando. Pero eso era absurdo...



XXIII
ARIELLE

Miró la puerta por la que habían desaparecido y luego arrastró la mirada hacia la salida del café. Intentar algo allí no tenía sentido. Galen no tardaría en encontrarla y lo alertaría de futuros intentos. No. Tenía que esperar a la noche. Su plan original era mejor. Arielle movió el pie contra las patas de la mesa de manera impaciente. Odiaba estar pensando en él y en lo que estaba haciendo con aquella bruja. Libby era bonita, tenía pecas regadas en las mejillas y el pañuelo de seda atado sobre su pelo castaño le daba un estilo urbano.

Galen era un Antiguo. Necesitaba sangre de poseedores de magia. Algo que ella no poseía. *Lo que tú y yo hicimos anoche, eso es algo distinto, ángel.*

Lo que habían hecho anoche ardía en su mente desde que había abierto los ojos al despertar. Cada erótico detalle. Escenas de Galen, de su torso esculpido, de su gran erección, de lo que había hecho con ella, se repetían una y otra vez sin darle escape. La había hecho sentir como si su piel la estuviera constriñendo de calor y él fuera el único alivio. Nunca había sentido un orgasmo tan intenso. Dos orgasmos tan intensos. O encontrado tanto placer en oír a alguien susurrando obscenidades traviesas a su oído.

Y no era solo el sexo. Galen era interesante y carismático. Sin mencionar infernalmente atractivo. Sentir la solidez de su cuerpo

sobre el rugido de la motocicleta había sido exaltante.

No importaba. Nunca había priorizado a un hombre sobre sus ambiciones y no tenía intención de empezar a hacerlo. Galen aparentaba ser alguien que estaba acostumbrado a manejar sus propias reglas. Y Arielle no iba a permitir que tomara decisiones por ella. Si se quedaba allí, quién sabía cuándo estaría listo para regresarla a su vida. Tenía clases en la universidad, su trabajo en Sherwood. Aleksei Belkin no sabía su apellido ni nada sobre ella, si mantenía un perfil bajo y evitaba el vecindario que rodeaba Old Queen's Head, estaría bien.

El crujido de la puerta captó su atención de inmediato. Galen regresó a la mesa mientras la bruja se acomodaba detrás del mostrador. Notó que el pañuelo de seda ya no estaba sobre su pelo, sino que ahora rodeaba su garganta. Recordó los labios del Antiguo sobre su propio cuello, succionado suave contra el muro del callejón.

—¿Lista? —preguntó Galen.

Arielle se puso de pie. Dejó el café sin una segunda mirada a Libby. Fuera, la calle cobró vida bajo el sol. Había turistas y estudiantes con sudaderas de la Universidad de Cambridge.

—Me gustaría pasar por Market Square. Estamos cerca. ¿Verdad?

Recordaba haber visitado el bazar con un grupo de amigas años atrás. Quería caminar un poco, incluso si le dolía la pierna.

—Sí. Nos acercaré con la moto y daremos una vuelta —respondió Galen.

Arielle vio a un grupo de chicas que lo miraban e intercambiaban risitas. Con su chaqueta de cuero, jeans oscuros y pesadas botas de aviador, se veía salido de una campaña publicitaria. Deseable y ligeramente peligroso al igual que un extraño en la noche.

Arielle se acomodó detrás de él, sin poder evitar un sentimiento de presunción en su pecho. *Eres mi ángel de alas negras.*

Tal vez lo era.

Aunque lo que tenía planeado no era demasiado angelical.

Market Square era un bazar ubicado en una plaza histórica en el centro de Cambridge. Los puestos se extendían uno junto al otro bajo coloridos toldos. Vendían todo tipo de cosas: ropa, libros de segunda mano, vinilos, flores, joyas artesanales, frutas frescas de vibrantes colores...

Arielle caminó con pasos cortos, peleando contra el pequeño tirón que sentía en su pierna cada vez que la movía. Galen se mantuvo a su lado, ojeando los distintos puestos con una expresión de familiaridad.

—¿Creciste viniendo aquí? —preguntó.

El Antiguo giró la cabeza hacia ella, dándole su atención.

—Era una de nuestras salidas familiares. A mi madre le gustaba ver el trabajo de los artistas locales.

Un numeroso grupo de estudiantes avanzó de frente al igual que un cardumen de peces creando su propia corriente. Galen pasó una mano por su hombro, sujetándola contra sí antes de que chocaran contra ella.

—La juventud, siempre en apuro…

Arielle sonrió contra su chaqueta.

—Tú debes ser un experto en el asunto —comentó—. Has sido joven toda tu vida.

—Aprendí a no apresurarme. A disfrutar del aquí y el ahora.

Los dedos de Galen se hundieron gentiles sobre su hombro.

—Debe ser lindo, tener tanto tiempo, oportunidades… —suspiró Arielle.

—El tiempo también está de tu lado, cariño. Apenas tienes… ¿Diecinueve? ¿Veinte?

—Diecinueve.

—Y uno crea sus propias oportunidades. Algo que tú ya hiciste cuando falsificaste ese cheque de tu padre y te inscribiste en Queen Mary.

Una brisa fresca sacudió el pelo de Arielle, haciendo que llevara la mano al cuello de su gabardina. El aire estaba frío a pesar del sol. Se detuvo en un puesto que vendía bufandas y sombreros. Un perchero exhibía bufandas con distintos estampados: cuadrillé,

perros, gatos… Encontró una que le gustó: lisa y de un profundo tono bordó. El suave material se deslizó entre sus dedos cual seda.

Arielle miró a la pareja de ancianos en la caja. La mujer le estaba prestando atención, podía verla estudiándola detrás de sus lentes. Sería tonto siquiera considerarlo. Nunca había robado algo más grande que un paquete de sus galletas favoritas.

—Ese color te iría bien —observó Galen detrás de ella.

Era cierto, bordó y rojo eran colores que la favorecían. Soltó la bufanda que había estado sujetando. Incluso de tener su billetera, no podría pagarla. Lo que ganaba en Sherwood apenas le alcanzaba para cubrir el mes.

—Está ventoso, no quiero que te resfríes.

Galen tomó la bufanda y fue hacia el pequeño mostrador. Arielle se quedó mirando su espalda, sorprendida ante el gesto. ¿Qué esperaba lograr con eso? ¿Comprar su confianza? Si ese era el caso, no estaba en venta. Dio un vistazo hacia el resto del puesto, descubriendo un pequeño baúl de madera que contenía pines. Su mirada se detuvo en un cuervo que tenía elegantes alas abiertas en vuelo.

La esquina de su labio se curvó por sí sola.

Levantó la vista de nuevo. Esta vez, los dos ancianos estaban distraídos conversando con Galen. Su corazón martilló contra su pecho, anticipando el delito. Arielle tomó una boina que reposaba contra el baúl, levantándola para examinarla, mientras que su otra mano gravitó hacia el pájaro. Un momento estaba en sus dedos, al siguiente, dentro de la manga de su abrigo.

La ladrona regresó la boina a su lugar, con expresión aburrida, y aguardó allí hasta que Galen fue por ella.

—Un *souvenir* de nuestro viaje a Cambridge —dijo con su sonrisa de diablo.

Pasó la bufanda por detrás de su cuello, tomando uno de los extremos para acomodarla en una segunda vuelta. Se encontraba tan cerca de ella que de inclinar su rostro hacia arriba resultaría en un beso.

Pensó en la manera en que sostuvo su mirada la noche anterior.

Había sido erótico. Íntimo.

—Gracias —dijo Arielle.

Se movió deprisa para esquivarlo. Oyó al Antiguo chistar. No era el tipo de chica que cambiaba besos por regalos, no iba a dejar que la confundiera con una de sus brujas amigas.

Recorrieron los puestos que quedaban hasta llegar a la última fila, los puestos de frutas. Arielle tomó una caja de frutillas y se volvió hacia su acompañante.

—Se ven deliciosas… —dijo, llevó una a su boca y le dio un mordisco lento.

No podía negar que estaba disfrutando de su pequeño juego de tira y afloje. Encontraba placer en tentarlo. En ver la mirada de deseo en aquellos magnéticos ojos marrones.

—¿Dulces? —preguntó Galen bajando la voz a un susurro de terciopelo.

—Dulces —confirmó.

Arielle llevó una segunda frutilla a su boca. Apenas tuvo tiempo de saborearla antes de que Galen se inclinara hacia ella y mordiera lo que quedaba de la fruta contra sus labios. El Antiguo llevó las manos hacia el hueco de su espalda, reteniéndola en un beso tan dulce como el jugo que mojaba sus labios.

—La mejor frutilla que he probado —dijo con una mueca engreída.

El cretino. Quería que la besara de nuevo. Quería comprar decenas de frutillas, untarlas en crema batida y comerlas sobre el relieve de su abdomen. Arielle ahuyentó la imagen mental, concentrándose en lo que importaba. Estaban teniendo un momento. Un momento que podía usar a su favor para que confiara en ella y bajara la guardia.

—Tengo algo para ti —sonrió Arielle.

—¿Aquí? —sus ojos brillaron traviesos—. Supongo que podemos encontrar un baño…

Esta no pudo evitar un bufido incrédulo.

—Un regalo. Noté que te gustan los cuervos —dijo mientras bajaba la mirada hacia su anillo.

Galen hundió las cejas en una expresión de intriga. Arielle llevó las manos hacia el bolsillo de la gabardina, extrajo el pájaro de bronce y se lo enseñó.

—Un *souvenir* de nuestro viaje a Cambridge —le regresó sus palabras.

Leer su rostro fue imposible. El Antiguo contempló el pin, ocultando sus emociones como si fueran a delatar demasiado.

—¿Cuándo…? —Dejó escapar una risa de deleite sin terminar la pregunta—. Bella ladrona…

Arielle lo colocó sobre el cuello de su chaqueta de cuero sin pedir permiso. Le iba bien. Hacía que la prenda tuviera más personalidad.

—Gracias, ángel. Se ve perfecto.

—De nada.



XXIV
ARIELLE

Al regresar pasaron frente a la famosa capilla de King College. Arielle recordó la primera vez que había visto la impactante estructura gótica años atrás. Las torrecillas, las enormes ventanas en forma de arco, los vitrales medievales; era uno esos lugares que evocaba misterio y misticismo. Pensó en la niña que había caminado bajo aquel techo abovedado deseando que el mundo fuera más que piedra y concreto. Que hubiera secretos que lo convirtieran en algo más interesante. Secretos sobrenaturales que le hicieran dudar de sus sentidos como le sucedió a Sherlock Holmes con el fantasmagórico perro que acechaba el prado en *El sabueso de los Baskerville*.

Y ahora iba en una Harley Davidson abrazada a un longevo que bebía sangre de poseedores de magia.

El pelo negro de Arielle se arremolinó en su hombro, acompañado de la bufanda bordó. La sensación de libertad que ofrecía la moto era incomparable. El estruendo del motor. La velocidad.

—¿Me puedes enseñar a manejarla? —preguntó Arielle contra su oído.

Sintió el torso de Galen agitarse levemente bajo sus manos. Se estaba riendo.

—¿Alguna vez manejaste un vehículo? —preguntó escéptico.

—Por supuesto. Tengo una licencia de conducir —respondió indignada.

Galen inclinó el rostro sobre su hombro, enseñándole el tentador perfil de sus labios.

—No puedo imaginar que tus padres lo aprobaran.

—En las palabras de mi madre: «¿Para qué perder tiempo en aprender a manejar cuando tienes un chofer?» —respondió Arielle —. Pero quería aprender a hacerlo por mí misma. Quería tener mi propio auto e ir a donde quisiera sin tener que dar explicaciones. Por lo que le pagué a Timothy, nuestro chofer, para que me diera clases y me llevara a dar el examen de manejo.

—Ingeniosa —le concedió.

—¿Entonces? ¿Me enseñarás?

—Será un placer. —Hizo una pausa y agregó—: Cuando tu pierna esté bien, necesitas poder sostener el peso.

—Bien.

Lo dijo sin titubear, como si tuviera la intención de ser una chica buena y quedarse en su linda casa hasta que él decidiera que era seguro.

Una vez en el garaje, Arielle robó un vistazo al auto que estaba estacionado mientras Galen acomodaba su motocicleta. Era un Corvette. Recordaba haberse despertado en el asiento del acompañante sin saber dónde estaba.

—Hogar, dulce hogar —dijo el Antiguo.

Caminó detrás de ella, fuera del garaje, hacia la puerta de entrada. El corto trayecto se sintió cargado de algo volátil. Estaban a solas de nuevo. Lejos de cafés y calles repletas de turistas. Dar un paso hacia el interior de la casa fue el equivalente a prender un fósforo. Galen cerró las manos sobre su cintura al mismo tiempo que Arielle se volvió hacia él, invirtiéndolos de posición. Oír el crujido de la puerta contra la espalda del Antiguo la impulso a dejarse ir. Arielle cerró los dedos sobre su camiseta, arrugándola en sus manos. Había algo magnético en su piel. Sentir su peso hundiéndola contra el colchón la noche anterior la había envuelto en un fascinante cosquilleo.

Galen presionó la mano sobre el costado de su cuello y la besó con tal fervor que por poco pierde el equilibrio. O tal vez era la pierna de Arielle, incapaz de sostenerla. No importaba. Tiró de la manga de su chaqueta, liberándolo de la prenda.

—He estado oyendo tus pequeños gemidos desde que desperté —dijo mientras le quitaba la gabardina.

Galen envolvió la silueta de Arielle, ajustó los dedos en su cintura y comenzó a caminar en dirección al sillón. Arielle trazó los músculos de su omóplato, hundiendo las yemas de los dedos en la calidez de su piel. Perder la cabeza en la puerta no había sido parte de su plan. No que hubiera podido anticipar la neblina de deseo que nublaba su claridad mental.

—Dime, Arielle. ¿Te gusta cuando hago esto? —preguntó al deslizar la mano sobre su entrepierna.

El calor que se volcó en respuesta no requirió de palabras. Suponía que podía complacerse. Era un pequeño desvío que llevaba al mismo destino.

—Me gusta cuando usas tu lengua —respondió Arielle contra sus labios—. Y tus dedos.

Cayeron sobre el sillón y el Antiguo atrapó su pierna de manera cuidadosa para evitar que el impacto resultara en dolor. Galen se agazapó sobre ella y usó su habilidosa lengua para acariciarle el labio inferior.

—¿Así? —le preguntó el atractivo diablo.

Un temblor de anticipación sopló contra su espalda, arqueándola. Arielle llevó los dedos hacia la base de su cuello, deslizándolos sobre aquel punto sensible que había descubierto. Los ojos de Galen se oscurecieron de deseo.

—Así —le concedió.

Sentir la curva de esa atrevida sonrisa presionada contra sus labios mientras trabajaba en desabotonar su jean, extinguió la vocecita en su cabeza, sumergiéndola en un profundo océano de necesidad. Arielle se dejó hundir. Algo le decía que el apetito sexual de Galen tendría lugar de sobra para lo que planeaba en la noche.



XXV

GALEN

Había disfrutado de levantar la ropa regada sobre el suelo del comedor: medias, jeans, ropa interior, el suéter, la bufanda bordó. Cada prenda le había recordado a los atributos de Arielle que tanto había disfrutado de degustar en el sillón.

Lo había sorprendido con aquel prendedor en forma de cuervo que había robado en el mercado. El gesto era intrigante. Galen no estaba seguro de si había querido darle algo a cambio de la bufanda o si lo había hecho con el propósito de impresionarlo. Ingeniosa ladrona. Le hubiera encantado verla en acción.

El celular sonó desde la mesada de la cocina. Era Cairo. Ignorar una segunda llamada de seguro la ofendería. Además, necesitaría de su asistencia para deshacerse de Aleksei Belkin. Cairo era una de las brujas más poderosas que conocía.

—¿Cómo has estado, cariño? —respondió recurriendo a un tono placentero.

—No devolviste mi llamada —dijo una voz áspera desde el otro lado de la línea.

—Lo siento. Me topé con un problema y me ha mantenido ocupado.

Galen se acercó al horno para mirar dentro. El queso de la pizza estaba comenzando a derretirse.

—¿Te refieres al músico rojo y sus caballeros de Byron? —preguntó Cairo.

Eso reclamó su atención.

—¿Sabes acerca de Belkin?

—Un grupo tan notorio de Antiguos visitando la ciudad, por supuesto, las brujas nos mantenemos informadas sobre tales sucesos —replicó en tono certero—. Tú eres uno de ellos. ¿Verdad?

Exhaló contra el aparato.

—Soy un miembro de la sociedad, sí… o, al menos, lo era. Se han vuelto un poco excéntricos para mi gusto. Me temo que lo ofendí.

—Oí rumores de que Aleksei ha estado jugando con las artes oscuras, de que su sed de sangre se ha vuelto… voraz. También oí que Brid lo desaprueba, teme que atraiga la atención equivocada —dijo Cairo complacida de compartir la información.

Brid. La Dearg-due. Ese era el nombre que le habían dado en Irlanda: la bebedora de sangre roja.

—Eso es interesante.

—¿Qué hiciste para ofenderlo? —preguntó Cairo, curiosa.

Compartir esa información no era de su conveniencia. Su relación con la bruja era un asunto casual, aun así, sabía que estaría menos motivada a ayudarlo de saber que estaba en ese lío por una mujer.

—Aleksei no necesita de un motivo para perseguir la ruina de alguien. Su mente necesita caos al igual que sus pulmones necesitan aire. Aunque supongo que rechazar una de sus invitaciones no ayudó…

—Lástima. Y tú que eres tan bueno para evitar problemas —dijo Cairo suavizando las palabras en un tono sugerente.

—No podemos huir del diablo por siempre, cariño. En algún punto tenemos que probar ser mejores que él. —Hizo una pausa y agregó—: Deshacerme de Belkin de seguro favorecería a las brujas. ¿Qué dices de ser la reina de diamantes en mi mano ganadora?

Su risa fue un sonido exótico.

—Oh, Gal, primero debes convencerme de que tienes una mano

ganadora. Al igual que tú, detesto tomar riesgos innecesarios —replicó Cairo.

—Sabes que soy un gran estratega. Te compartiré los detalles cuando…

La oración murió en sus labios. Las largas piernas de Arielle se hicieron visibles por las escaleras. Bajaba lentamente escalón por escalón. Estaban envueltas en traslúcidas medias oscuras que subían sobre sus rodillas, revelando las ligas sobre la piel de sus muslos. El resto de su cuerpo estaba cubierto por una simple camiseta negra que le pertenecía a él.

Galen devoró esa sensual silueta y se detuvo en el par de grandes ojos celestes que brillaron inalcanzables.

—¿Gal? —la voz de Cairo retumbó como un sonido distante.

—Lo siento, hay algo que requiere mi atención —se disculpó—. Hablaremos pronto.

Cortó la llamada y abandonó el aparato sobre la mesada. Arielle Marie Hollis era la criatura más deseable que caminaba sobre la tierra. Recordó el bustier de encaje, preguntándose si lo ocultaba bajo su camiseta.

—Mi ángel de alas negras —dijo moviéndose hacia la base de la escalera para recibirla.

—No soy un ángel —respondió Arielle con una expresión que era una burla de inocencia—. Y de serlo, no sería tuya.

—Pero yo soy tuyo. Cielo, infierno, guíame a donde gustes.

Arielle pasó a un lado de él, dándole un vistazo sobre su hombro. Su pelo negro estaba revuelto. Galen curvó los labios con placer ante el hecho de que él lo había revuelto horas atrás.

—¿Qué hay de cenar?

—Pizza, tiempo atrás pasé un verano en Nápoles, aprendí de una linda *sous-chef*.

—Mmmhm. ¿Cuánto tiempo hasta que esté lista?

Galen estiró la mano hacia ella y atrapó el borde de su camiseta.

—Suficiente para que pueda explorar lo que hay debajo —dijo curvando los labios en una mueca que prometía libertinaje.

—Eso puede esperar. Me gustaría un *tour* por la biblioteca —

respondió la joven poniéndose fuera de su alcance.

Eso lo tomó desprevenido.

—¿De qué tipo de *tour* estamos hablando? —preguntó en tono travieso.

—De uno con libros —respondió Arielle—. Enséñame tus favoritos.

Otro giro inesperado.

—*Ce sera un plaisir, ma chérie* —dijo en francés.

Lideró el camino, extendiéndole la mano en una invitación al igual que un demonio cortejando a un alma que buscaba robar. No pensó que fuera a tomarla. Arielle lo sorprendió una vez más, cerrando los dedos sobre los suyos. Había algo acerca de su porte que no podía dejar de admirar; gracia, equilibrio. Recordó sus sensuales movimientos en El Ataúd Rojo la noche que la había visto por primera vez.

—Practicaste danza clásica —adivinó.

—Mi madre me obligó de niña —respondió con una sonrisa derrotada—. Desde los cinco hasta que cumplí doce, cuando me negué a seguir.

—El cuerpo tiene su propia memoria. Te mueves con la gracia de una bailarina.

Arielle ignoró el cumplido.

—¿Con qué reemplazaste las clases de ballet? —preguntó.

Si había aprendido algo de ella, era que no dejaba pasar las transgresiones de sus padres sin algún tipo de respuesta. El aprender a hacer tragos en eventos sociales, las clases de manejo, su escritura. Todas cosas que desaprobaban.

—Me uní al club de tiro del internado —dijo orgullosa.

Galen dejó escapar una risa. Escopetas y discos de arcilla, eso no lo sorprendió.

—De haberme dado el revólver en aquel callejón, le hubiera disparado a Aleksei Belkin directo al corazón —continuó Arielle.

—De haber sabido, te lo hubiera dado.

Lo cual hubiera sido una terrible idea. Los caballeros de Byron le hubieran dado caza hasta vengar a su líder. Y no era como si

pudiera matarlos a todos.

—¿Con quién hablabas? —preguntó de pronto.

Diablos. ¿Cuánto de la conversación había escuchado?

—Con alguien que me puede ayudar a enterrar a Aleksei —respondió.

Galen se detuvo junto a la puerta del estudio, indicándole que hiciera los honores. Arielle le mostró la llavecita dorada que había intentado robar la noche anterior, la cual encontró en su mesita de luz al despertar, y la metió en el cerrojo. Dentro los recibió el confortante silencio de una habitación llena de libros. Arielle deslizó los dedos fuera de su mano, adentrándose a explorar.

—Quiero volver a Londres —dijo dándole la espalda—. Mañana tengo clases. Y es un milagro si Oliver no me despide por haberme ausentado el fin de semana.

—Respecto a eso… Me tomé la libertad de informarle que sufriste una emergencia familiar.

Arielle se volvió hacia él, su mirada osciló entre el alivio y la indignación.

—Debiste preguntarme antes.

—Lo sé. Lo siento, cariño, pero nuestra prioridad es mantenerte con vida. Ayudaría quedarnos aquí.

Galen avanzó hacia uno de los estantes y comenzó a hablar sobre Mary Shelly y su monstruosa creación para desviar el curso de la conversación. Ese era el estante de los clásicos de la literatura gótica: *Frankenstein*, *Drácula*, *Carmilla*, *La caída de la casa Usher*, *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, *Rebecca*. Hablar sobre criaturas de la noche y monstruos que poseían almas no pareció incomodarla.

Luego siguió el estante de filosofía, el de policiales y el favorito de su padre, el de ficción: Hemingway, Mark Twain, Oscar Wilde, William Faulkner.

Tamborileó los dedos sobre un tomo rojo que guardaba un secreto que no estaba escrito en tinta y continuó hacia *El burlador de Sevilla*.

—Un favorito —dijo enseñándoselo.

—Por supuesto. ¿Qué hay de malo en seducir a una mujer haciéndose pasar por su marido?

Arielle se había sentado en el borde del opulento escritorio, dejando que sus piernas colgaran. Ver la piel descubierta de sus muslos, las ligas que se asomaban bajo la camiseta, lo excitó de inmediato. Quería doblar su flexible cuerpo sobre la superficie de madera. Colocarse entre esas largas piernas y hundirse en ella.

—Hablando de seducción…

Se acercó a la joven con el sigilo perezoso de una pantera en la noche. Sus dedos encontraron el fino material de las medias. Arielle presionó aquellos prominentes labios en una mueca burlona. Estaba sentada con ambas manos extendidas sobre el escritorio, sosteniendo el peso de su cuerpo.

Galen la besó sin preámbulo, atrayéndola hacia él. Arielle apoyó la palma de la mano sobre su torso para crear resistencia.

—Me gustaría cenar primero —dijo mientras se deslizaba por el escritorio rozando su cuerpo contra el de Galen—. Prepararé unos tragos.

Galen la retuvo donde estaba, presionándola contra el escritorio. El aroma de su pelo llenaba el espacio entre ellos: denso, cítrico, con rastros de jazmín. Todo acerca de ella intensificaba sus sentidos y hacía que su sangre fluyera caliente.

Arielle Hollis era una droga. La única droga a la cual quería volverse adicto.

—Por poco olvido que eres una experta —confesó.

—Déjame sorprenderte —respondió Arielle mirándolo bajo sus densas pestañas.

Este le dio una sonrisa que revelaba lo que estaba pensando; desde que se conocieron, no cesaba de sorprenderlo. Suponía que podían tomar un trago antes del fogoso acto que tenía en mente.

Galen enterró su cadera contra la de ella y la hizo sentir cuánto la deseaba.

—Recuerda esta posición, ángel. Planeo retomarla en breve.



XXVI
GALEN

Arielle preparó dos Old Fashion con lo que encontró en el gabinete de alcohol. Los tomaron sentados a la mesada de la cocina mientras comían pizza. La escena se sintió como una cita casual. Por tercera vez en el día, Galen experimentó aquella reconfortante sensación de sentirse a gusto: la conversación fluida, el trago en su mano, la forma en que Arielle frotaba sus pies sobre la tela de su jean, su risa.

Todo había adquirido una cualidad suave. Se sentía liviano. Relajado.

Cuando la joven tiró de su mano, dejó que lo guiara de regreso al estudio.

La seguiría a donde fuera sin siquiera pestañar.

Tocarla le causaba una reacción innegable. Química. Adictiva.

Los espacios y las líneas se volvieron borrosos. Los colores, intensos. Galen podía distinguir la pared verde del estudio. La luz líquida de la luna volcándose bajo la ventana.

—¿En qué posición estábamos? —preguntó Arielle.

Su voz hizo que todo se redujera a ella, al lenguaje de piel sobre piel y a las sensaciones que le provocaba. La húmeda calidez de su sexo, las trabas del bustier que empujaba contra sus delicados pechos, el contorno de su silueta sobre la madera del escritorio, el

calor de su lengua acariciando el largo de su erección, sus dedos bombeando, la fricción de dos cuerpos uniéndose, las embestidas rítmicas que la hicieron susurrar su nombre sobre su oído, sus uñas aferrándose a sus hombros.

Galen se sintió desvanecer de placer, de cansancio, de una dulce pesadez que dispersó sus pensamientos hasta entumecerlo en un silencio tan grueso que lo devoró.



XXVII
ARIELLE

Estaban recostados sobre la alfombra del estudio. Galen dormía con el rostro inclinado hacia la ventana, con el oscuro pelo castaño desparramado sobre la frente, y su atractivo perfil delineado por la pálida luz de la luna creciente. Escuchó su respiración y se aseguró de que mantuviera aquel ritmo profundo.

Arielle pasó la camiseta por sus brazos de manera silenciosa y se puso de pie. Su padre siempre ocultaba cosas de valor en su estudio, la única habitación de la casa completamente dedicada a sus ambiciones, y de seguro no era el único en favorecer tal idea. En especial dado que Galen se tomaba el trabajo de cerrarlo con llave.

Se acercó a una de las estanterías de libros que cubría la pared. Había visto la manera en que Galen tamborileaba los dedos contra un tomo rojo en un gesto juguetón sin ofrecer ni una palabra acerca de él.

Los libros falsos de espacio hueco eran populares. Un escondite a plena vista. De acceso fácil en caso de estar apurado y prácticamente imposible de encontrar al azar en una habitación llena de libros.

Sus dedos dieron con el dorso del libro y sonrió victoriosa al sentir la superficie de madera. La caja posaba como una impostora de un libro del que había oído hablar: *De la Tierra a la Luna*, Julio Verne. Pintura desgastada ilustraba un cohete que volaba sobre un

fondo estrellado.

Arielle exhaló de alivio al comprobar que tenía una simple traba sin candado. Dentro encontró un par de alianzas de oro y un antiguo reloj de bolsillo. Tomó el reloj; las agujas habían quedado congeladas sobre las doce largo tiempo atrás. El reverso tenía las iniciales W.P. grabadas en elegante letra cursiva. William Pembroke. Había visto el nombre en la sastrería de la otra habitación. El reloj pertenecía al padre de Galen. Y esas debían ser las alianzas que había compartido con su esposa.

Sonrió victoriosa por segunda vez. Eso era exactamente lo que necesitaba: objetos irremplazables que tuvieran valor sentimental, algo que le permitiera negociar sus propios términos cuando Galen la encontrara.

Cerró su mano sobre ellos y dejó el libro falso recostado a la vista para que el Antiguo lo notara. Luego consideró el teléfono sobre el escritorio. Quería hablar con Jean, pero no podía arriesgarse a hacer ruido. Tendría que esperar hasta llegar a Sherwood.

Arielle fue hacia la puerta, volviéndose antes de cruzar el marco. Galen aún yacía plácidamente dormido. La escasa luz que entraba por la ventana iluminaba su deseable cuerpo desnudo. No estaba segura cuánto tiempo dormiría. O qué tan peligroso era machacar analgésicos y diluirlos en alcohol.

Sigue respirando, va a estar bien.

Cruzó la sala de estar hacia las escaleras. Subir y bajar escalones aún era una pesadilla, pero no podía huir sin más que una camiseta. Cada paso era tan lento como cuidadoso. Podía oír el ritmo precipitado de su corazón, el terror de liberar un crujido de la madera.

Ve despacio. Tienes tiempo, se repitió.

Una vez en la habitación guardó los objetos robados en su pequeña cartera y se apresuró a vestirse con la ropa que Galen le había comprado. Lo único que le faltaba era dinero. Había tomado unos billetes de su mesita de luz, aunque no lo suficiente para huir a un hotel en caso de una emergencia.

Arielle se aventuró hacia la habitación de la planta alta al final del corredor. Estaba tan oscuro que debió prender una luz. Las paredes eran de un tono marfil; había un hermoso tocador lacrado con detalles de oro, una espaciosa cama cuyo cabezal tenía un intricado diseño dorado y en la esquina... La mirada de Arielle se detuvo en el antiguo baúl rectangular que se veía robado de otra época. Era tan ancho como una mesa de té. Uno de aquellos baúles armario que las damas con extravagantes sombreros habían utilizado para viajar en el Titanic.

Quitó las revistas de moda acomodadas sobre la tapa y lo abrió. Estaba dividido en dos compartimientos, el de la izquierda contenía una pila de cartas en sobres de papel amarillento, más revistas y viejos periódicos; el de la derecha una gran cantidad de pañuelos de seda y carteras.

Hurgó dentro de algunas carteras. Encontró un tubo de lápiz labial olvidado y un par de recibos. Pero luego notó un bolso marrón con el monograma de la costosa marca Louis Vuitton sepultado en el fondo. Su madre tenía uno igual, era su favorito. Tiró de las manijas para desenterrarlo del resto de las carteras y se apresuró a abrir el cierre.

Pura exaltación envió una corriente eléctrica a través de su pecho.

Había cuatro gruesos fajos de billetes. No podían ser menos de diez mil libras. Eso definitivamente ampliaría sus opciones.

La ladrona guardó su cartera dentro del bolso. Cerró el baúl y acomodó las revistas igual a como las había encontrado.

Al salir de la casa, la recibió una silenciosa noche de noviembre. El cielo se extendía en un hondo manto negro salpicado por estrellas. Siempre olvidada lo distinta que se veía lejos de la ciudad: inmensa, despejada, encendida de brillantes destellos plateados.

Se escabulló dentro del garaje y buscó el auto.

Por favor. No llegué tan lejos para nada. Oír el sonido de la puerta abriéndose la embriagó de una sensación de triunfo. Llevó la mano hacia el pequeño compartimiento en el techo del cual cayó una única llave.

¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

Arielle arrojó el bolso en el asiento del acompañante y se acomodó frente al volante. Se sentía como Bonnie Parker tras robar la bóveda de un banco. Una mujer osada creando su propia fortuna.

Encendió el motor y hundió el pie en el pedal lentamente para evitar que arrancara de un tirón. El auto se deslizó silencioso hacia la calle iluminada por faroles. No habría sirenas ni disparos persiguiéndola como cuando la infame pareja escapaba de la ley, solo el sereno silencio de la noche.

Arielle miró el camino desierto frente a ella, saboreó el momento, y aceleró.



XXVIII
ARIELLE

Estacionó frente a una fría residencia de rejas negras. El hermano de su padre vivía allí con su esposa Anne y dos enormes perros. Los padres de Arielle se habían mudado con ellos luego de poner la casa en venta.

Arielle observó el timbre como si estuviera maldito. Era la primera vez que los visitaba desde que había tomado un taxi con sus cosas y se había mudado a la planta alta del Sherwood. La segunda vez que los vería en cuatro meses. Dos meses atrás su madre se había aventurado al viejo *pub*, rogándole que abandonara «su inapropiado estilo de vida» y regresara a una de las lujosas habitaciones de huéspedes en la casa frente a ella.

Era el único lugar seguro donde podía esconder el reloj de bolsillo y las dos alianzas que había robado. Galen sabía que trabajaba en Sherwood, la encontraría con facilidad. Pero no sabía la dirección su tío e incluso de averiguarla, la propiedad era grande y ofrecía demasiados escondites.

Además, en el fondo de su pecho sabía que quería ver sus rostros. Cuando Aleksei Belkin enterró la navaja en su pierna, cuando golpeó su cabeza contra el pavimento y sintió la sádica respiración del Antiguo sobre su cuello, Arielle creyó que iba a morir. Que jamás volvería a ver los rostros de Peter y Coraline Hollis. A pesar de la grieta entre ellos, eran los únicos padres que

tenía. Pasar los últimos días en una casa que había preservado la memoria del padre de Galen durante décadas había tirado de una diminuta cuerda en su corazón.

Presionó el botón y se anunció a la voz que respondió del otro lado. Arielle acomodó la bufanda bordó sobre su cuello y desabotonó la gabardina beige. El familiar rostro de Molly se asomó por la puerta, asegurándose de que fuera ella antes de guiarla de regreso a la casa.

—Sus padres están desayunando en el comedor principal, señorita.

—Gracias, Molly.

Molly trabajaba allí desde que tenía memoria. El interior de la casa la recibió como lo recordaba: pulidos suelos de mármol que imitaban un damero de ajedrez e imponentes estatuas de bronce en las paredes.

La escena que aguardaba por ella dentro del comedor se veía sacada del escenario de alguna tragedia shakespeariana: la impactante araña de cristal Murano que colgaba sobre la gran mesa, Peter Hollis sentado de manera estoica con un periódico en mano, su madre Cora comiendo pasas de uva de un bol, espalda derecha contra el respaldo y tobillos cruzados y, sentada a su lado, la única persona que le dio una mirada de bienvenida, su tía Anne.

La cabecera estaba vacía, aunque el plato con restos de migajas indicaba que su tío Charles había estado allí.

Sentados sobre el suelo de mármol estaba el imponente par de perros gran danés. Mozart tenía pelaje blanco con gruesas pintas negras que le recordaban a una vaca. Brahms era completamente negro.

Ambos se estiraron y trotaron hacia ella. Arielle por poco olvidaba lo altos que eran. Antes de ir al internado solía visitar a sus tíos de manera frecuente para jugar con ellos, ya que sus padres nunca le habían permitido tener una mascota.

—Mozart, Brahms —saludó a cada uno dándoles una palmada gentil en la cabeza.

Su tío era un aficionado de la música clásica, lo cual explicaba

sus nombres. El par de sabuesos tenía la estatura de un pony y un carácter dócil y alegre.

—¿Recuperaste tu sentido común? —preguntó su padre mientras pasaba la hoja del periódico sin levantar la vista.

Arielle odió que esas fueran sus primeras palabras. Odió que no la mirara a los ojos. Y, sobre todo, odió la pequeña punzada de dolor en el centro de su pecho.

—Nunca lo perdí —replicó en tono indiferente—. Solo estoy de visita.

Su madre exhaló con cansancio y estiró la mano hacia una pequeña taza de porcelana. Coraline Hollis siempre había sido esbelta y de figura alargada. Una hermosa mujer de pelo azabache y cuello elegante. Y lo seguía siendo. Pero era evidente que había perdido demasiado peso. Sus pómulos se veían hundidos y tenía sombras bajo los ojos.

—Es un gusto tenerte aquí, querida. Siéntate. ¿Quieres un café? ¿Qué hay de una *omelette*? —le ofreció su tía en tono placentero.

Anne siempre había sido la persona más agradable de su familia y probablemente se debía a que no compartía el ADN de los Hollis, solo su apellido en un documento legal.

—Suena bien, gracias.

Arielle les dio una última palmada a los perros y se sentó en la silla más cercana, la cual estaba en el extremo opuesto de la mesa.

—Esa es una linda gabardina. Y es nueva —advirtió su madre.

—¿Puedes pagar esas prendas con un salario de camarera? —preguntó su padre.

—*Barwoman* —lo corrigió.

Sus ojos azules finalmente se asomaron sobre el periódico para mirarla. Arielle estuvo a punto de recordarle que él era el ladrón de la familia, pero retuvo las palabras en su garganta. Suponía que ella también lo era. Y si la conversación tomaba esa dirección debería irse antes de siquiera tomar su café. Por lo que decidió no continuar por ese rumbo.

—Fue regalo de un amigo —dijo ofreciendo una sonrisa burlona.

Peter y Cora abrieron los ojos con sorpresa. Arielle siempre

había rechazado a la mayoría de los candidatos que habían arrojado en su dirección. De seguro los irritaría saber que ahora que estaba por su cuenta había decidido mostrar interés.

—¿Te refieres a un pretendiente? —preguntó Cora—. ¿Alguien que conocemos?

Pretendiente. Su madre era tan anticuada. Como si una mujer solo pudiera socializar con un hombre que tenía la intención de convertirse en su esposo. Como si no pudiera tener amantes o sexo casual. Estaban en 1998, no en el 1800.

Arielle se encogió de hombros sin poder contener la mueca que se formó en la esquina de sus labios. Si su madre hubiera visto lo que Galen había hecho con su cuerpo sobre ese escritorio… Se las había ingeniado para hacerla acabar dos veces a pesar del sedante.

—¿Qué es esa sonrisa? ¿A qué estás jugando, jovencita? —exigió su padre.

—Es algo reciente. Los mantendré informados —replicó en tono sarcástico.

Peter Hollis maldijo por lo bajo.

—Oh, aquí está Molly —lo interrumpió Anne, quien apareció a su lado con una aromática taza de café y una *omelette* de jamón, queso y cebollas caramelizadas, su favorito.

—Gracias, Molly.

—Dime, Arielle. ¿Cómo van tus clases en Queen Mary? ¿Cuál es tu favorita? —se apresuró a agregar su tía.

Adoraba que estuvieran en su casa y fueran sus reglas. Podía ver la irritación en los ojos de su padre. La practicada expresión neutra en el rostro de su madre.

Les contó acerca de sus cursos favoritos y mencionó que era uno de los mejores promedios de su clase.

—No espero menos luego de que usaras mi dinero para pagar tu inscripción —dijo Peter mientras regresaba la atención a su periódico.

Arielle tomó un gran sorbo de la taza, decidida a terminar el café antes de que su padre terminara con su paciencia. Jean esperaba por ella en Sherwood. Solo quedaba esconder los objetos

que había tomado prestados de Galen.

—¿Estás comiendo bien? No puedo imaginar que aquel *pub* tenga comida saludable.

Su madre alisó la solapa del *blazer* que vestía, deshaciéndose de un hilo suelto.

—Su sándwich de queso grillado es sorprendentemente bueno. —Tras ver la expresión de su madre, Arielle agregó—: Me las ingenio. ¿Qué hay de ti? Te ves demasiado delgada.

Cora descartó el comentario con una mirada aburrida y tomó una pasa de uva.

—Me temo que haber sufrido la humillación de perderlo todo me robó el apetito —arrojó las palabras en dirección a su esposo.

Peter Hollis ni siquiera pestañeó.

—No perdieron todo, querida. Nos tienen a nosotros. Pueden quedarse aquí todo el tiempo que gusten —le dijo Anne con simpatía.

Arielle comió un bocado de *omelette* y se levantó de la silla. No quería ver el vacío en los ojos de su madre ni la fría indiferencia de su padre. En las últimas semanas antes de dejar esa casa, cuando los delitos financieros de Peter Hollis hicieron su aparición en el periódico local, había tenido suficiente de verlos pelear y causarse daño. Cora incluso le había arrojado un costoso florero lleno de peonias.

—Si me disculpan, necesito usar el baño.

—Por supuesto, cielo —respondió su tía Anne.

Caminó en dirección a donde estaba el baño antes de desviarse hacia el pasillo que daba a las habitaciones de huéspedes. Arielle fue a la que siempre usaba de niña, Anne la había decorado para ella: tenía paredes color champán y una linda cama con dosel. Se acercó rápidamente al secreter, un escritorio con tablero para poder escribir y pequeños cajones y compartimentos que lo rodeaban. Anne le había dicho que solían usarlos para escribir cartas y guardar secretos.

Arielle tomó una de las pequeñas llaves y abrió un cajoncito. De niña escondía dulces o joyas que robaba de su madre, pero su nuevo

botín era más valioso; sacó el reloj de bolsillo y el par de alianzas que cargaba en su cartera, las envolvió en un pañuelo de tela y las depositó dentro del pequeño cajón de madera.

Luego se guardó la llavecita. Solo le quedaba un desvío más al estudio de su tío.

La escena a la que regresó en el comedor se veía igual, como si estuvieran dentro de un cuadro y sus padres fueran figuras en óleo.

—Debo irme —anunció Arielle—. Me alegro de ver que están bien.

Las palabras dejaron un gusto agrio dentro de su boca. No estaban bien. Se veían detenidos en el tiempo, atrapados en una incapacidad para procesar su situación actual.

—¿Eso es todo? ¿No tienes nada que pedirnos? —preguntó su padre fallando en ocultar su sorpresa.

Por supuesto que pensó que quería dinero. Peter Hollis no podía concebir que estuviera viviendo con un salario propio.

—No, no necesito nada —le aseguró Arielle con una sonrisa fría.

—Ha sido un placer verte, cielo. Llámame cuando tengas un día libre, organizaré un almuerzo para las tres —dijo Anne llevando la mirada hacia Cora—. Un almuerzo entre chicas.

Tal vez lo haría solo para que su madre comiera algo.

—Lo haré. Gracias, tía.

El gran danés negro vino a su lado y presionó su húmedo hocico sobre la palma de su mano.

—Adiós, Brahms. —Le palmeó la cabeza.

Arielle se quedó donde estaba, robando una mirada al rostro de su madre. Cora presionó los labios, conteniendo lo que fuera que hubiera estado por decir.

—Adiós, madre. —Hizo una pausa y agregó—: Cuídate.

Estaba a punto de girarse cuando su voz la alcanzó.

—Regresa a visitarnos —le pidió Coraline sin salirse de su postura—. Estaré contenta de atender al almuerzo que sugirió tu tía.



XXIX
GALEN

No era la primera vez que Galen Pembroke se despertaba desnudo, desorientado y con la memoria nublada. Aunque solía ser en lugares más interesantes que el estudio de una de sus propiedades. La pálida luz grisácea que se filtraba por las cortinas irritó sus ojos.

Lo primero que notó fue que estaba solo. Arrastró la mirada hacia el escritorio; recordaba a Arielle recostada sobre su superficie, largas piernas ajustadas a su espalda. También haber hundido el rostro entre la suave entrepierna. Luego todo se volvió pesado, sombreado de cansancio y vacío. Lo cual era extremadamente atípico dado que no había tomado más que una copa de vino y el trago que le había preparado Arielle.

El trago.

Al alzar la vista hacia la pared de libros frente a él, Galen notó uno fuera de lugar. Un tomo de cubierta roja que conocía demasiado bien. Estaba abierto. Su interior hueco, vacío.

Maldijo indignado.

El Antiguo recorrió la casa a paso apresurado sin molestarse en ponerse ropa. Cada puerta que abría revelaba una habitación vacía.

Salió hacia el garaje, ignorando el frío de la mañana contra su piel desnuda. Su Corvette ya no estaba. Arielle Hollis ya no estaba. Solo las marcas rojas que habían dejado sus uñas a lo largo de su

espalda.

Lo había engañado como si fuera un crédulo idiota enceguecido por un conjunto de lencería. Lo cual era admirable dado que nadie nunca se había atrevido a tal cosa. Hizo que se sintiera impresionado. Incluso un poco obsesionado.

Galen detuvo una mano sobre su pecho de manera ausente, un reloj de bolsillo y un par de alianzas no era lo único que la bella ladrona había robado.



XXX
ARIELLE

Jean Balfour esperaba por ella sentada en el escalón de entrada frente a la puerta de Sherwood. Sus cortos rizos rubios estaban despeinados y no llevaba más que un suéter violeta y unos jardineros de jean, un look demasiado casual para ella. Como si no hubiera tenido la energía de pensar en otra combinación.

—¡Ari! ¡Ahí estas!

Al verla, la bruja se puso de pie y la observó perpleja.

—¿Qué diablos sucedió? —exigió.

—Demasiado —respondió Arielle—. Uno de los Antiguos de los que me contaste mató a una chica en el baño del *pub* e intentó matarme a mí. Otro Antiguo me ayudó a escapar.

Jean abrió la boca, carente de sonido. Luego le dio un gran abrazo.

—Me alegro de que estés bien —dijo Jean contra su hombro—. Alguien me advirtió acerca del grupo de Antiguos, me dijo que debía irme. Fue un susurro rápido, no logré verlo, lo enviaste tú, ¿verdad?

Arielle sintió un pinchazo de culpa. Galen había actuado por su cuenta, mientras ella había estado cerca de traicionar a su mejor amiga a cambio de dejar ese callejón con vida. Quería pensar que hubiera encontrado una manera de engañar a Aleksei en vez de guiarlo directo hacia Jean, pero suponía que nunca lo sabría.

—Sí —mintió.

—Gracias, Ari. —Jean le dio un apretón afectuoso y la dejó ir—. ¿Qué quería contigo? ¿Es porque viste lo que le hizo a esa chica? Los Antiguos solo beben sangre de poseedores de magia.

—Este era algo diferente. ¿Oíste hablar acerca de Aleksei Belkin?

El terror que agrandó los ojos verdes de Jean fue mano a mano con el sonido de horror que escapó de sus labios.

—El músico rojo… oí que es un monstruo, que lidera una sociedad secreta llamada los caballeros de Byron —respondió—. No puedo creer que lo viste matar a una chica. Cuéntame todo desde que desapareciste en el Old Queen's Head.

Arielle se sentó en el escalón y le contó la versión resumida. Omitió algunos detalles como dónde escondió el reloj y las alianzas que robó de Galen y el bolso de dinero. También dijo que se llamaba Dorian, ya que ese era el nombre que había usado con Libby, de seguro las brujas lo conocían bajo ese alias.

—¡¿Dorian Kent?! —exclamó Jean—. Nunca lo conocí, pero sé acerca de él. Dorian es famoso por dos cosas entre las brujas: buen sexo y regalos costosos.

Arielle no pudo contener un chistido. Sonaba exactamente a Galen.

—Puedo confirmar ambas —alardeó con una sonrisa.

—¡Cállate!… ¡¿Te acostaste con Dorian *Sexy* Kent?!

—En cada superficie de la casa. Mmhm, cerca, nos faltó la mesada de la cocina.

Jean dejó escapar una carcajada incrédula y le dio un empujoncito juguetón.

—Arielle Hollis, y yo que creí que estabas demasiado ocupada para salir a divertirte.

Arielle se encogió de hombros.

—¿Qué harán respecto a Belkin? Si es tan obsesivo y violento como dicen, no se detendrá hasta encontrarte —dijo Jean en tono más serio.

—G… Dorian de seguro tiene un plan. Uno que va a compartir

conmigo si quiere recuperar lo que tomé prestado. —Arielle hizo una pausa y agregó—: Jean, si necesito tu ayuda…

—Cuenta conmigo. Te debo una —respondió con una pequeña sonrisa.

Galen tuvo razón al decir que debería tomar ventaja de su advertencia para que la ayudara. Jean tenía sombras bajo los ojos. ¿Podía ser que hubiera estado preocupada por ella? Eso solo la haría sentirse peor.

—¿Te sientes bien? Te ves como si no hubieras dormido en días…

—Oh, cierto, tengo malas noticias… —Jean exhaló exhausta—. Este fin de semana fue particular aquí también. Oliver tuvo una pelea con su padre, le contó acerca de Bas, de que están juntos… Colton los despidió, dijo que va a vender el *pub*.

—¡¿Qué?! ¡Ese bastardo!

Colton Sherwood era un maldito bastardo anticuado.

—Lo sé. Oliver está hecho pedazos. —La mirada de Jean se perdió en los autos que pasaban por la calle—. Con suerte tendremos unos meses para buscar un nuevo lugar donde alquilar, aunque dudo que encontremos algo a tan buen precio, tal vez podamos vivir juntas…

Arielle sintió que un fósforo encendía furiosas chispas dentro de su estómago. La vida que se había construido se estaba desmoronando ladrillo a ladrillo. Primero con el sádico Antiguo que quería beber de su sangre. Y ahora su trabajo en Sherwood, su departamento, no tardarían en seguirle.

Cerró los ojos para concentrarse. Tenía el dinero que había robado de la madre de Galen, era suficiente para mantenerla a flote durante meses.

—¿Arielle?

La voz de Oliver la trajo de vuelta al escalón en el que estaba sentada. Al darse vuelta se encontró con un imponente joven de corto pelo arena y ojos que se veían más nublados que el cielo de Londres.

—¿Estás bien? ¿Cómo esta tu padre? Uno de tus primos llamó

para avisarme que hubo una emergencia y estaba internado.

Cierto, Galen había mencionado algo.

—Va a vivir —respondió.

—Qué alivio. —Oliver la miró con una expresión que combinaba distintas emociones—. Debiste avisarnos antes de desaparecer de esa manera. Cuando nos evacuaron del *pub* no podíamos encontrarte, dijeron que había una chica muerta en el baño, temí que… Nos diste un buen susto.

—Lo siento. Mi compañero Nathan me dijo de ir a su casa y luego recibí un llamado de que mi padre estaba camino al hospital. Todo sucedió demasiado rápido —mintió Arielle.

Jean la miró de reojo, consciente de la mentira.

—Tengo que ir a clase, iré a buscar mis cosas —se excusó la bruja.

Oliver se sentó a su lado. Se veía perdido. Igual a como ella se había sentido cuando había hecho sus valijas y dejado la casa de sus padres.

—Jean me contó acerca de Colton… ¿Qué sucedió?

El joven enterró el rostro entre sus manos y se tomó un momento. Cuando comenzó a hablar fue en tono ido. Como si estuviera recontando una pesadilla en vez de algo real.

—El sábado fue el cumpleaños de mi mamá, esperaban que fuera contigo, estaba emocionada por conocerte…

Arielle lo había olvidado por completo. Recordaba cuando Oliver le había pedido que lo acompañara una semana atrás.

—Oliver, lo siento… de verdad.

—No es tu culpa. Fue una emergencia. —Negó con la cabeza—. En fin, me hicieron todas estas preguntas acerca de ti y de qué tan seria era nuestra relación y… y… estaba exhausto de mentir. Era físicamente incapaz de hacerlo. Y no podía dejar de pensar en Bas.

—Debió ser abrumador —dijo Arielle ofreciéndole una mirada de consuelo.

—Lo fue —asintió Oliver con lentitud—. Les dije la verdad. Lo que siguió fue una horrible pesadilla. Mi padre me despidió, a ti también, dijo que, si no termino mi relación con Bas, va a poner

Sherwood en venta. Este lugar… es todo para mí. Mi hogar, mi futuro, me encanta trabajar aquí… No sé qué hacer.

Arielle reconoció la profunda decepción en su voz, una emoción gemela a la que había sentido tantas veces.

—No puedes dejar que te extorsione —dijo—. No es solo Bastiano. Será lo mismo con todos los chicos.

—Lo sé.

Oliver sonó completamente derrotado. Había sido un buen amigo desde la primera vez en que Arielle había ido a Sherwood en busca de un lugar donde vivir. Podía ver lo preocupado que había estado de que hubiera desaparecido del *pub*. Arielle tenía pocos amigos. Sus compañeros del internado apenas se habían molestado en llamarla luego del escándalo de su padre. Lo cual no le importaba. Pero la amistad que compartía con aquel muchacho significaba algo. Tenía que significar algo. Que no le gustara depender de nadie no significaba que otras personas no pudieran depender de ella.

—¿Sabes por qué soy tan reservada respecto a mi pasado? —comenzó a hablar—. Porque mis padres me decepcionaron una y otra vez. Porque vivir bajo mis propias reglas, seguir mis propias ambiciones, en vez de las suyas, me costó todo lo que conocía. Odio hablar de ello, y sé que no es lo mismo, pero tengo una idea de cómo te sientes. Hiciste lo correcto. Es tu vida, Oli. A la única persona que debes conformar es a ti mismo.

Oliver llevó la mano hacia la suya y la sostuvo en un gesto que buscaba consuelo. Arielle no la movió.

—¿Abandonaste a tu familia porque querías algo distinto a lo que esperaban de ti?

—Sí. —Hizo una pausa y agregó—: Querían que estudiara arte. Que encontrara a un adinerado joven de apellido distinguido y me casara al terminar la universidad.

—¿De verdad? —arrugó la frente en un gesto de desaprobación —. Suena tan…

—¿Ventajoso? ¿Superficial? —ofreció Arielle.

—Supongo…

—No importa. Ahora soy libre de hacer lo que quiero —concluyó con una sonrisa desafiante.

—Sabía que había algo audaz acerca de ti —dijo Oliver pensativo.

—Tú también eres libre de tomar tus propias decisiones. Todos lo somos. —Arielle hizo una pausa y bromeó—: Entonces… ¿Ya no soy tu novia falsa?

Eso hizo que el joven soltara un sonido de trágico humor.

—No, ya no es necesario.

—Bien. Ve y disfruta de tu novio real.

Arielle buscó el costoso bolso que había dejado en el baúl del auto y subió hacia su departamento. Estar de regreso en ese espacio que le pertenecía llenó su pecho de alivio. Encontraría la manera de salvar Sherwood.

Sobrevivir a Aleksei Belkin. Evitar que Oliver pierda el pub.

Esas eran sus nuevas prioridades.

Advirtió un movimiento en la ventana. Un gran gato de pelaje largo presionaba sus patas atigradas contra el vidrio. Kitty Winter.

—Tus visitas se están volviendo más frecuentes —dijo Arielle al dejarla entrar.

El pretencioso animal aterrizó sobre la alfombra en un brinco agraciado y marchó directo hacia el minibar. Sus maullidos acompañaron cada uno de sus pasos. No cesaron hasta que abrió una lata de atún.

—Eres una visitante, no una mascota —le advirtió.

Kitty alzó los ovalados ojos verdes en una mirada perezosa que le recordó a Galen.

Arielle peinó su pelo hacia atrás; todavía sentía dolor en su pierna, necesitaba un baño de agua caliente. Aunque primero debía guardar el dinero y anotar nuevas ideas para su libro.

La habitación no ofrecía ningún escondite prometedor. Debajo de la cama era demasiado evidente. Buscó entre sus carteras y tomó la más básica: un carterón negro de manijas alargadas. Pasó los fajos de billetes a su interior, los ocultó bajo una bufanda roja, y volvió a colgarla donde estaba.

—Mantén el secreto —le dijo a Kitty Winter.

La gata la ignoró, ocupada con la lata de atún. Sus dedos buscaron el cuaderno sobre el escritorio, ansiosos de volcar ideas en las hojas. Hizo un par de anotaciones rápidas, perdiéndose en las nuevas escenas que llenaban su imaginación. Días atrás, la trama apenas había contenido romance, un par de apuestos extraños, aventuras de una sola noche, pero ahora, entendía el atractivo de alguien irresistible.

Sonrió para sí misma. Luego se desvistió y dejó la ropa en el suelo.

El baño era diminuto, la ducha apenas le daba espacio para girarse, pero el agua tenía buena presión.

Arielle por poco gime ante el placer de sentir el chorro caliente sobre sus músculos. Se quedó allí un buen rato, perdida entre el remolino de pensamientos que corría junto al agua y el aroma a jazmín del shampoo.

Si bajaba la mirada hacia el busto, la cintura, las piernas, lo veía a él complaciéndola. Veía su pelo oscuro cosquilleándole la piel, sus talentosas manos amoldadas a su silueta, sus aún más talentosos labios besando su centro. Arielle se dijo que era algo puramente carnal. Deseo. Una fiebre carente de sentimientos.

Al salir de la ducha se encontró envuelta en una nube blanca de vapor que había llenado el estrecho espacio.

—¿Disfrutaste de tu ducha?

Arielle casi deja caer la toalla. Recostado sobre la cama, leyendo su cuaderno, con la cabeza acomodada en la almohada, estaba Galen. Se veía intimidante en una gabardina de cuello alto y un par de jeans negros rotos.

Sabía que la encontraría, pero no pensó que sería tan rápido. El temblor que meció su cuerpo no era de frío, sino que estaba asociado a lo que había imaginado en su ducha. Arielle le ofreció una sonrisa lenta. Necesitaba recordarle que estaba bajo control. Que lo había engañado.

—Sí, disfruté de mi ducha —respondió satisfecha.

Notó que Kitty Winter había terminado su lata de atún y estaba

durmiendo despatarrada sobre la silla del escritorio. El saco de pelos… podría haber maullado en advertencia.

—Estaba leyendo sobre este nuevo personaje del que hiciste algunas notas rápidas: Dorian, hipnóticos ojos marrones con espirales de verde, sensuales labios…

—¡Deja eso! —le ordenó.

Galen le dedicó una sonrisa malvada que la volvió demasiado consciente de que su pelo goteaba sobre el piso y solo llevaba una toalla.

—Como digas, mi ángel.

El Antiguo cerró el cuaderno y lo dejó caer sobre el acolchado. Se movió tan rápido que Arielle apenas tuvo tiempo de reaccionar. Un momento estaba recostado de manera perezosa, al siguiente, cruzó la corta distancia que los separaba y la arrinconó contra la puerta del baño. Arielle pensó que iba a besarla, pero aquellos infernales labios se detuvieron a medio respiro de los suyos. Con una mano acarició la curva de su cuello y ajustó los dedos sobre la frágil piel de su garganta.

—¿Dónde están los objetos que robaste del estudio? —habló contra sus labios.

La mera proximidad de cada línea de su cuerpo fue suficiente para inquietarla. Era el magnetismo de su mirada. El ardor de la yema de sus dedos que latían junto a su pulso.

—¿Qué estás haciendo? —exigió.

Jean le había dicho que los Antiguos podían manipular las acciones de poseedores de magia que no sabían controlar sus poderes; solo necesitaban beber su sangre, tenerla dentro de su organismo, hilarla dentro del hechizo que corría en su torrente sanguíneo. Pero ella no era una bruja.

—Me estoy asegurando de que no me mientas.

—¿Cómo? Sé que no puedes usar tu hipnotismo conmigo, mi sangre no posee magia.

Galen se lamió el labio inferior, con los ojos enfocados en la boca de Arielle. La mirada estaba cargada de una acalorada intensidad que envió una corriente eléctrica por cada nervio de su

columna vertebral.
—Tu pulso —respondió Galen moviendo el dedo pulgar para trazar la vena azul en su garganta—. El pulso nunca miente.
—Pregunta.
—El reloj y las alianzas. ¿Dónde están?
El sonido de su voz era pura tentación sobre los labios de Arielle.
—Los escondí en un lugar seguro. Solo yo sé dónde están —respondió.
—¿Por qué los robaste?
—Necesitaba algo valioso con que negociar. No podía quedarme en esa casa y dejar que me dijeras qué hacer —dijo Arielle—. Nadie toma decisiones por mí.
La silueta de Galen presionó su cuerpo. La tela de sus jeans se sintió áspera contra sus piernas descubiertas.
—Aplaudo tu osadía, cariño —susurró contra su cuello.
Selló las palabras con un provocador beso. Sintió el filo de sus dientes morderla de manera juguetona. El corazón de Arielle se aceleró en alarma. *Antiguo, vampiro, monstruo* gritó con cada latido.
Pero era Galen, no quería su sangre, la quería a ella.
O, al menos, eso creyó hasta que una punzante sensación de ardor mordió su cuello. Galen lamió el costado de su garganta y luego succionó, lento, deliberado.
Calor líquido humedeció su cuello de rojo.
Intentó moverse, pero la solidez de su torso no cedió.
—No es tan divertido cuando alguien rompe nuestra confianza… —dijo Galen en tono malicioso.
Arielle lo empujó con más fuerza sin lograr un mejor resultado. El cretino se inclinó hacia atrás para mirarla a los ojos. Sus labios estaban manchados de sangre. Galen la limpió con el dedo pulgar, lamiendo en un gesto sugestivo.
—Bastardo —gruñó—. Tenías ventaja. Quería que estemos a la misma altura.
—Considéranos a la misma altura, Arielle.
La hundió en una poderosa mirada que la inmovilizó tanto como

su postura rígida. Galen sostuvo el momento, alimentando la tensión eléctrica que los invadía, luego dio un paso hacia atrás, otro y otro y se dejó caer en la cama.

Arielle se sostuvo contra el marco de la puerta, aferrándose a la toalla que de repente se sintió fría. El cretino la había descolocado por completo.

Galen se puso cómodo al igual que el gato en la silla del escritorio.

—¿Quieres ser mi compañera de crimen? ¿Asesinar a Aleksei Belkin? Seremos tan infames como Bonnie y Clyde —dijo con el mentón levantado hacia el recorte encuadrado en la pared—. ¿Sabes que murieron en una emboscada donde les dispararon al menos ciento treinta balas, verdad?

—Fueron transgresores. Vivieron y murieron bajo sus propias reglas —murmuró Arielle.

—Cierto. —Galen cruzó los brazos tras su cabeza—. El fin nos llega a todos, incluso después de largos años, lo importante es haber disfrutado del viaje.

Arielle asintió.

—¿Cuál es el plan?

—Acordé encontrarme con un amigo que me va a ayudar. Evaluar estrategias, pulir detalles. Puedes acompañarme —sugirió.

Eso era exactamente lo que Arielle quería escuchar.

—Lo haré.

Galen se relajó contra el acolchado y reacomodó la almohada contra el cabezal de la cama.

—Por cierto, mezclar relajantes musculares con alcohol es peligroso, podrías haberme matado.

—Tuve que trabajar con lo que tenía —respondió Arielle encogiéndose de hombros.

Sus dedos se aflojaron sobre la toalla, dejando que cayera en invitación. El Antiguo arrastró una mirada lenta por cada curva de su figura. Había conseguido lo que quería, ser su socia, no había nada de malo en disfrutar de lo que tenía para ofrecer.

—Mmhm —el sonido fue profundo y codicioso.

Arielle separó los labios en anticipación. Necesitaba que aplacara la adrenalina que pulsaba donde había reposado los dedos sobre su garganta. Podía verlo cruzar el espacio de nuevo, oler aquel aroma a viento salvaje que besaba su piel, oscuro y prometedor al igual que una noche sin estrellas.

Galen se giró de cara al techo y cerró los ojos.

—Prefiero dormir una siesta —murmuró—. Despiértame en dos horas, cariño.



XXXI

GALEN

Un diluvio gris había descendido sobre las calles de Londres. El aroma a falafel se extendía desde los camiones de comida. Galen decidió que tomar un taxi era la opción más segura. La patente del auto que había robado Arielle estaba registrada a su nombre y había cámaras de seguridad en la plataforma del subte.

La ladrona le robaba miradas cuando creía que no estaba prestando atención, pero Galen siempre lo hacía. Se veía ofendida de que hubiera preferido tomar una siesta en vez de disfrutar de ella. Una decisión estratégica. Galen ya no se conformaba con tener solo su cuerpo. Quería sus pensamientos. Incluso su afecto. Algo que no iba a conseguir si Arielle creía que podía manipularlo al igual que a los idiotas a los que estaba acostumbrada: pedantes de la alta sociedad, estudiantes universitarios.

—¿Algo en tu mente, cariño? —preguntó.

Estaban sentados en extremos opuestos del taxi, cada uno inclinado hacia su ventanilla. Sus manos se encontraban en el medio. Un roce leve entre sus dedos.

—No.

Arielle respondió sin mirarlo. Se había puesto una gabardina negra que se complementaba con el sobretodo de Galen. Ambos de negro. Una pareja de sombras que planeaba un asesinato. No era

que fuera algo malo. Más bien un servicio a la sociedad. Galen consideraba a Aleksei Belkin un asesino serial. ¿Cuántos cadáveres había dejado en su camino?

Matarlo era más heroico que malvado.

Galen le dio indicaciones al conductor y el taxi los dejó a un par de cuadras de su destino. Era mejor caminar el último tramo para asegurarse de que nadie los hubiera seguido.

—¿A dónde estamos yendo? —preguntó Arielle.

—El Viejo Scott. Es un restaurante donde suelo tener reuniones privadas —respondió.

—¿Un restaurante? ¿No es demasiado expuesto?

El Antiguo negó con la cabeza.

—Tiene una bodega de vino que ofrece privacidad.

Era un lugar frecuentado por empresarios y mafiosos. De afuera no era más que un agujero en la pared. Un antro con los días contados. Pero era una ilusión, estaba ahí desde 1930.

Cortaron camino por un callejón que olía a cloaca y doblaron en la esquina de una construcción de ladrillo. Arielle le dio un vistazo al cartel gastado de la entrada y sus ojos se entrecerraron escépticos.

—¿Estás seguro de que podemos confiar en tu amigo?

—Devon Windsor es mi socio, protegemos nuestros intereses mutuamente —respondió Galen.

La joven no se veía convencida. Era claro que tenía problemas de confianza.

—Dime, mi ángel. ¿Hay una sola persona en este mundo en la que confíes plenamente? —le preguntó.

—No —respondió rápido sin siquiera tomarse un momento para considerarlo—. ¿Qué hay de ti?

Sus hermosos ojos brillaron curiosos. A Galen no se le escapó la media sonrisa cuando la llamó «mi ángel» en vez de «cariño».

—Dos. Y una de ellas espera allí adentro.

Galen sostuvo la puerta para que pasara. Arielle dio un paso dentro y se volvió para mirarlo por sobre el hombro.

—¿Qué hay de mí? ¿Confías en mí? —movió las pestañas en un

gesto inocente.

—Confío en que no intentarás envenenarme de nuevo.

Llevó la mano hacia su espalda, guiándola dentro.

Alcott Scott, un hombre bajo, el dueño de El Viejo Scott, saludó a Galen con un apretón de mano. *El señor Windsor espera abajo*, le informó.

Galen continuó hacia el final del estrecho salón y buscó la puerta trampa escondida bajo un par de barriles.

Las escaleras conducían a una bodega subterránea. Alcott se la habilitaba a sus mejores clientes cuando necesitaban privacidad. El techo formaba un arco de piedra gris desde donde descendían estantes de maderarepletos de botellas de vino. Barriles de roble francés formaban una pirámide en uno de los rincones. Y, del lado opuesto, una antigua mesa para ocho personas aguardaba en un espacio cavernoso donde el techo era aún más bajo.

Devon Windsor esperaba sentado junto a una pequeña silueta. Esa debía de ser su conquista actual. Su amigo había mencionado que era una bruja y que la traería con él para que conjurara un hechizo que mantuviera sus palabras dentro de esos muros, lejos de oídos ajenos.

—Gal.

Se puso de pie, aliviado de verlo. Devon le sacaba media cabeza de altura y era más ancho de espalda. Llevaba una chaqueta marrón sobre una camisa a cuadros. Galen lo llamaba *look* leñador.

—D, es bueno verte.

Le palmeó la espalda y su amigo replicó el gesto. Arielle se mantuvo detrás de él, ojeando al otro Antiguo como si se tratara de algún formidable guerrero sacado de una novela celta. Devon Windsor solía tener ese efecto. Su padre era inglés y su madre escandinava, de quien había heredado los ojos grises y el claro pelo rubio que llevaba cortado sobre los hombros.

El hecho de que Arielle pudiera encontrarlo atractivo le dio una pequeña e inesperada puntada de celos.

—¿Esta es la chica que nos metió en semejante aprieto? —preguntó Devon volviéndose a ella.

—Esta es mi chica —lo corrigió Galen—. Arielle Hollis.

Espió a la joven por el rabillo de su ojo. Sus labios se habían separado en sorpresa.

—Como dije, un problema —repitió Devon.

Arielle se cruzó de brazos en una postura defensiva y le devolvió una mirada afilada.

—No es mi culpa que Aleksei Belkin decidiera que era una linda noche para beber mi sangre en un callejón —dijo.

Devon levantó una ceja, sin decir nada. Una muchacha de rostro dulce se asomó por detrás de su hombro. La bruja con la que estaba saliendo. Tenía largo pelo rubio rojizo que caía hasta su cintura y llevaba un cárdigan blanco con bordado de flores lilas.

—Hola, yo soy Kady —se presentó.

Se veía risueña y llena de buenas intenciones. Su amigo siempre se enamoraba de ese tipo de chicas. Margaritas. Rosas sin espinas. Les gustaba embriagarse de ellas, corromperlas, y luego desaparecer. No podía evitarlo.

—Encantado —la saludó Galen.

—Hola —dijo Arielle con interés.

Devon rodeó la cintura de Kady acercándola contra sí.

—¿Qué dices de un hechizo, pequeña bruja? ¿Nos puedes garantizar privacidad de oídos ajenos?

—Por supuesto.

Kady buscó dentro de su cartera y sacó una lustrosa pluma negra.

—Los cuervos saben mantener secretos —explicó.

—Me gustan los cuervos —Galen dirigió las palabras a Arielle y le guiñó un ojo.

La joven no puedo evitar una sonrisa cómplice. Estaba pensando en el pin del pájaro negro que Arielle había robado de aquel bazar en Cambridge y que ahora adornaba el cuello de su campera.

—*Cinis a flamma. Cinis a flamma. Cinis a flamma.*

Kady esparció un puñado de cenizas mientras recitaba las palabras. Estas se convirtieron en chispas que encendieron llamas sobre la pluma. La bruja aguardó a que produjera un ribete de

humo y lo sopló con suavidad.

—*Plumis corvi tacere verba servare. Plumis corvi tacere verba servare*.

Galen sintió magia que pulsaba a través del aire. Lo llamaba. Le cantaba a la magia que corría dentro de su propia sangre, extendiéndole una invitación.

—¿Cómo propones lidiar con Belkin? —preguntó Devon a la vez que indicaba hacia la mesa para que se sentaran a discutir el asunto.

—Con una muerte certera.

—Una estaca al corazón —murmuró Arielle.

Galen torció los labios en una mueca entretenida. Se deslizó por el asiento, dejando espacio para Arielle. Devon ocupó el lugar de enfrente mientras su bruja continuaba esparciendo el humo cerca de la puerta trampa.

—No, no una estaca, algo más fatal, necesitamos a la Dearg-due —dijo Galen.

—Brid… —respiró Devon.

Arielle pasó la mirada de uno al otro sin entender.

—¿Quién?

—En Irlanda la llaman la bebedora de sangre. Su padre era un brujo, su madre descendiente de la Dearg-due, la mujer que creó el hechizo de los Antiguos. Su línea de sangre es la más peligrosa. Una longeva que posee magia —explicó Galen.

Una criatura que poseía un alma negra y un corazón de hielo.

—Oí rumores de que Brid aborrece a Belkin, en especial desde que modificó el hechizo y sus actividades se volvieron más extravagantes. Aun así, debemos darle una excusa para intervenir —dijo Devon.

Galen sonrió como el diablo que era.

—¿Sabes que Brid tiene un protegido? Un muchacho llamado Evan Campbell. Es un sobrino de una rama de la familia que permaneció humana —respondió complacido—. Si cree que Aleksei lo atacó… Brid de seguro querrá venganza. Nadie cuestionaría que está lo suficiente loco como para hacer tal tontería.

El plan venía cobrando forma dentro de su cabeza desde hacía días. Henry lo había ubicado horas atrás. Evan era un estudiante en la Universidad de Oxford.

—Me gusta —replicó Devon pensativo—. Debemos ser cuidadosos de no dejar ningún rastro que nos vincule al crimen. Demetri y aquellos que son fieles a Aleksei vendrán por nosotros. Y necesitamos a Niccolo. Es lo suficientemente ambicioso para querer ocupar su lugar.

Galen asintió.

—Planeo tener una pequeña conversación con Niccolo.

—Regrésale su arma —le advirtió Devon—. Y ruega que no te dispare antes de poder hacerlo.

—Haré algo mejor que eso. Tengo algo que le será de interés. Un obsequio de buena fe.

Se trataba de un antiguo revólver que había pertenecido a un pirata. O al menos eso fue lo que le habían dicho cuando lo ganó en una subasta, aunque no lo recordaba bien porque en ese momento estaba completamente ebrio.

—Persuadiré a Niccolo para que me acompañe a visitar al joven Campbell. —Hizo una pausa y agregó—: Tú debes asegurarte de que Brid reciba una invitación a la gala de Santos y Pecadores.

Devon se movió en el asiento, arrugando la frente como si estuviera perdido en algún pensamiento.

—¿Santos y Pecadores? —preguntó Arielle.

La joven había estado callada. Escuchando. Observando.

—Es una de las extravagancias de Belkin. Admito que suelen ser muy entretenida. —respondió Galen con malicia—. Esta será una para recordar.

—Tiene que creer que ganó —interrumpió Devon—. A pesar de sus excentricidades, Aleksei es inteligente. Si no consigue lo que quiere, no hay chance de que baje la guardia…

Devon desvió la mirada hacia Arielle.

—No.

Galen sabía lo que estaba pensando. Él también lo había considerado, pero había sido antes de que la ladrona lograra robarle

el corazón.

—¿Qué? —preguntó Arielle.

—Nos da la ventaja que necesitamos, Gal —insistió Devon—. Yo le llevo la chica a Belkin, le digo que no quieres problemas y que actúo de intermediario, y ella, enfurecida de que la traicionaste, le propone que la lleve a la gala… es perfecto. Belkin estará tan ocupado presumiéndola frente a ti que no sabrá acerca de Brid hasta que sea demasiado tarde.

Era el tipo de plan maléfico que a Galen le aceleraba la sangre.

—Dije que no, D.

—Lo haré —intervino Arielle—. Quiero tener una mano en destruirlo.

Se giró hacia ella. Frío fuego azul ardía en sus ojos. Crispaba lleno de enojo y determinación. Entendía por qué quería venganza, pero era más que eso. Reconocía el hambre de poder. La necesidad de hacer algo por su propia satisfacción.

—Aleksei es un tiro errante. Un sádico demonio delirante. ¿Y si decide matarte antes de la gala? —replicó Galen sin soltarle la mirada—. Porque definitivamente lo hará cuando termine la noche si Brid no se encarga de él.

El labio inferior de la joven tembló levemente. Arielle lo mordió, controlando sus temores.

—Puedo ser muy persuasiva. Me aseguraré de crear una imagen detallada de lo mucho que quiero vengarme de ti y lo divertido que será ver tu rostro cuando haga mi entrada a su lado —dijo en tono certero.

Esa imagen detallada de Arielle en el brazo del músico rojo amenazó con enceguecerlo de furia.

—No sabes lo que estás pidiendo, ángel —su voz sonó a un gruñido.

Vio a Devon arquear las cejas por el rabillo de su ojo. Era la primera vez que lo oía llamar a una chica de esa manera en vez de su habitual «cariño».

—Sí, lo sé. Estoy pidiendo entrar en la guarida del lobo y prepararlo para su sacrificio —respondió con una pequeña sonrisa.

Escuchar la fiereza en su voz hizo que se sintiera tentado de atrapar aquellos atrevidos labios contra los suyos.

—Diablos, tu gusto en mujeres es deplorable… —comentó Devon.

Arielle le arrojó una mirada cargada de acidez y arrastró los ojos hacia la bruja que continuaba soplando humo cerca de la entrada.

—¿Porque no le gusta aprovecharse de ingenuas jovencitas que buscan romance?

Devon entrecerró los ojos en advertencia.

—Me llevarás con Belkin la mañana del día de la gala. De seguro podrá controlarse por unas horas —dijo Arielle antes de volverse a él—. Le pediré a Jean que haga un hechizo para que podamos comunicarnos. Una especie de alarma en caso de emergencia.

—De acuerdo. Tu amiga y yo nos mantendremos cerca por si acaso —respondió Galen.

Necesitaban la ayuda de otra bruja más para sellar las salidas del hotel donde harían el evento hasta que Brid terminara con él. Una bruja poderosa. Cairo. Tendría que convencerla de que ayude.

—También debemos deshacernos de Demetri. Es demasiado leal —observó Devon—. Será un problema.

—Me leíste la mente, D.

Al ponerse de pie, Galen fue hacia la vinoteca y examinó las botellas de vino tinto. Era una buena cosecha. E iba a necesitar entumecer su mente para no cambiar de opinión respecto a la participación de Arielle.

Tomó una y buscó el sacacorchos que reposaba sobre uno de los barriles. Kady apagó lo que quedaba de la pluma del cuervo y fue hacia los brazos de Devon.

—Gracias, pequeña bruja. ¿Qué dices de ir a cenar?

—Me encantaría.

La mirada de adoración que le dio hizo que Galen tomara un sorbo de la botella. No tenía duda de que su amigo rompería el frágil corazón de la pequeña bruja.

—Esa botella debe valer una fortuna —dijo Arielle al leer la etiqueta.

—Unas cuantas libras —respondió ofreciéndosela.

Arielle tomó un sorbo, luego otro, parecía necesitarlo tanto como él. Pensó en lo que le había dicho en su departamento acerca de Bonnie y Clyde. *Murieron en una emboscada donde les dispararon al menos ciento treinta balas.*

Poner a Arielle en las manos de Aleksei Belkin se sentía igual de trágico.



XXXII

ARIELLE

El letrero de Sherwood estaba oculto tras el telón de neblina que cubría el edificio. Galen tomó un trago de la botella mientras masajeaba la nuca de Arielle. Se sentía tan reconfortante como el gusto frutal que humedecía sus labios.

Una vez dentro del *pub,* los pies de Arielle no la llevaron hacia la escalera que se dirigía a la planta alta, sino a la barra.

Se dejó caer en una de las banquetas, sorprendida de encontrarse del lado opuesto de la barra. Galen ocupó la banqueta a su lado. La mano del Antiguo no dejó su nuca. Se veía como una estrella de rock luego de un recital: pelo alborotado, el cuello del sobretodo levantado, camiseta negra, brazaletes de cuero en su muñeca, y sostenía una costosa botella de vino que bebía de la apertura.

—Oí que este lugar tiene una *barwoman* sumamente *sexy* —dijo contra su oído.

Su cálido aliento olía a alcohol.

—Debe de ser nueva.

Galen la miró sin entender.

—Me despidieron —dijo Arielle.

—¿Por faltar un par de días? —preguntó indignado.

—No, no por eso. El padre de Oliver es un bastardo desalmado que decidió poner el *pub* en venta tras enterarse sobre los

verdaderos sentimientos de su hijo.

Galen dejó escapar un sonido aún más indignado.

—Imbécil. —Tomó un trago de la botella y agregó—: ¿Este lugar está en venta? Lo compraré. Considérate recontratada.

Una sonrisa lenta creció en los labios de Arielle. Si su plan fallaba, ese definitivamente era un buen plan B. Cuando oyó a Devon Windsor sugerir que podían usarla para distraer a Aleksei Belkin, lo primero que pensó fue en enterrar una estaca de madera en su pecho, en su garganta o en sus intestinos, pero lo segundo que pensó fue en la cantidad de dinero que debía tener oculto. O, más bien, lo tercero. Lo segundo fue en dispararle con una escopeta como si se tratara de un disco de arcilla.

Alguien como él tenía propiedades en todas las ciudades que solía visitar. Y esas propiedades de seguro tenían obras de arte, reliquias, joyas y una buena cantidad de dinero. Dinero que podía ser de ella. Dinero con el que podía comprar el Sherwood. Oliver sería su socio. Les demostrarían a sus padres cuánto se habían equivocado en no creer en ellos.

Eso si sobrevivía un día con aquel psicópata vampírico.

Pensar en Aleksei la llevaba de regreso al baño de Old Queen’s Head. A la apertura del cubículo. A su rostro de ángel caído y su sonrisa roja.

—Necesito algo más fuerte. Un *shot* de tequila.

Arielle intentó ponerse de pie, pero Galen la retuvo.

—Permíteme.

Bordeó la barra y fue hacia la pared espejada que exhibía decenas de botellas. Lo observó acomodar una hilera de pequeños vasos de vidrio y llenarlos de José Cuervo.

—¿Intercambio de roles? —preguntó Arielle entretenida—. ¿Tú eres el *barman* y yo soy la clienta?

—Me gustan los juegos de roles —respondió guiñándole un ojo.

—La historia de una prometida que abandonaste en Dublín. Dijiste que contarlo requería de abundancia de tequila —dijo Arielle en busca de una distracción.

El Antiguo dejó escapar un sonido de humor.

—Lo dejaré librado a tu imaginación. Las suposiciones que los demás hacen de nosotros siempre son más entretenidas que la verdadera historia.

—Mmhm, Irlanda, con su campiña esmeralda… —dijo Arielle pensativa—. La chica en cuestión era una dulce pastora heredera de un imperio de ovejas. La dejaste porque pasar los días tejiendo suéteres no era lo tuyo. Dos días antes de la boda robaste un caballo y desapareciste en medio de la noche a galope frenético.

—Te lo dije, es una mejor historia —rio.

Galen cortó un gajo de limón y lo colocó en su boca. Eso era exactamente lo que necesitaba. Un escape que la distrajera de su decisión.

Por matar a ese lunático.

Arielle levantó el *shot,* lo volcó dentro de su boca, se inclinó sobre la barra, hundió los dedos en el pelo de Galen para atraerlo hacia ella y mordió el limón presionado entre sus labios.

Fuego líquido encendió su garganta.

Por conseguir todo lo que quiero de este mundo.

Levantó el segundo *shot*, tragó de una sola vez y mordió lo que quedaba del limón. Creyó que Galen lo dejaría caer, pero el maldito no lo hizo. Sus hipnóticos ojos la miraban con una intensidad que amenazaba con encender el tequila en su cuerpo.

—Tu turno —le dijo.

Arielle se subió a la barra, dejó las piernas colgadas y colocó otra mitad de limón en su boca.

Los ojos de Galen sostuvieron los suyos sin planes de dejarlos ir.

—Por nosotros —dijo con el pequeño vaso de vidrio en alto.

Vació el tequila y mordió el limón en su boca. Arielle no estaba segura de cuál de los dos lo dejó caer. Solo que colisionaron en un beso que la meció por completo. El pulgar de Galen trazó una caricia a lo largo de su mejilla.

El gesto derramaba afecto.

Arielle sabía que había bebido demasiados tragos de la botella de vino. Que no estaba pensando con claridad. Lo cual era increíblemente estúpido. Pero si iba a arriesgar su vida cuál era el

punto de negar la verdad.

Su relación con Galen había nacido del deseo. Florecido de la pasión. Sin embargo, el beso que estaban compartiendo cargaba el anhelo de emociones románticas.

Lo sentía en la forma en que la mano del Antiguo rodeaba su cintura en un gesto casi desesperado.

Lo sentía en la forma posesiva en la que sus propias manos lo recorrían a él.

Lo sentía en el latido de sus labios.

Presionó su cuerpo contra la solidez de Galen, desesperada por sepultar aquellas emociones bajo necesidad física. Iba a arrancarle la camiseta y…

—¿Arielle?

Oliver entró al Sherwood acompañado de Bastiano y Jean. Los tres se detuvieron, con los ojos enormes por la sorpresa, al verla sentada sobre la barra besándose sin ningún tipo de restricción con alguien que no conocían.

—Hoy estamos cerrados —bromeó.

Era cierto. Los lunes no abrían. Arielle peinó su pelo hacia atrás sin molestarse en bajar las piernas de la mesada de madera. Calor líquido fluía a través de su torrente sanguíneo haciendo que se sintiera afiebrada.

—¿Estuviste bebiendo?

Oliver sonaba preocupado.

—Solo un poco.

La ligereza en su cabeza contradijo sus palabras. Arielle no solía beber, en especial durante los días de semana. Pero necesitaba un respiro después de todo lo que había sucedido y lo que estaba por suceder.

—¿Quién es tu amigo? —preguntó Bastiano en tono divertido.

Llevaba una campera de jean pintada con aerosol azul y rojo en las mangas. Era la imagen de un joven artista. Arielle dejó caer el cuello hacia atrás para ver al Antiguo que estaba parado tras la barra, con los brazos apoyados sobre la mesada en una postura casual. Se había quitado el abrigo y llevaba las mangas de su

camiseta negra recogidas a la altura del codo.

Galen torció los labios en aquella sonrisa de diablo que le iba tan bien.

—Él es Dorian —dijo sin dejar de mirarlo—. Dorian Gray.

La suave risa de Galen le besó los labios.

—¿Como el libro? —le llegó la voz de Bas.

—Arielle está bromeando. Soy Dorian Kent.

Cerró las manos sobre sus hombros ayudándola a sentarse derecha. Sus amigos la miraban como si hubieran entrado en un universo paralelo. Concedido, nunca la habían visto ligeramente ebria o coqueteando con alguien de manera tan evidente.

—El famoso Dorian. Ari me habló de ti —dijo Jean.

—Cosas buenas… Espero.

—Cosas buenas —confirmó la bruja.

Por la forma embobada en que lo miraba, no había duda de que Jean y Bastiano lo encontraban atractivo. Oliver se acercó, ojeándolo con sospecha.

—Te he visto aquí antes —dijo—. La semana pesada.

—Buena memoria. Vine por un trago y caí bajo los encantos de su linda *barwoman* —respondió mientras dejaba caer una mano sobre la pierna de Arielle.

Arielle levantó la mano para indicar que era ella. Por debajo de aquella sensación entumecida oyó una vocecita en su cabeza diciéndole que se estaba comportando como una idiota.

—¿Quieres que te acompañe arriba? —le preguntó Oliver.

—Oli… eres taaaan dulce, el hermano mayor que nunca tuve.

Eso hizo que el muchacho sonriera avergonzado.

—¿Seguro que estás bien?

Arielle asintió.

—Dorian puede cargarme. Conoce el camino.

—Cuidaré de ella —confirmó el Antiguo.

Probablemente era el alcohol hablando, pero en aquel momento, por esa noche, confiaba en él. En verdad quería protegerla. Lo había escuchado en su voz cuando se opuso a que Devon la llevara con Aleksei Belkin.

—Vamos, *amore*, déjala hacer lo suyo.

Bas tomó la mano de Oliver, entrelazando sus dedos. Ver a Oli darle un beso aflojó algo en su pecho. Era la primera vez que lo veía responder a sus afectos sin robar miradas paranoicas a la puerta de entrada.

Bien por él.

Nadie merecía vivir mirando por encima de su hombro de manera constante.

—Por cierto, Ari, tu abuelo pasó a dejarte unas cosas —dijo Oliver desde las escaleras.

Arielle pestañeó confundida.

—¿Quién?

—Tu abuelo —repitió Oliver.

Su cuerpo se puso alerta, peleando por salir del mar de calma en el que había estado flotando. Los abuelos de Arielle estaban muertos.

—Se refiere a Henry —le susurró Galen—. Relájate, ángel.

¿Henry? ¿Su mayordomo Henry? ¿El que tenía buen gusto y le había comprado la gabardina beige?

—Esta botella se ve costosa…

Jean había tomado la botella de vino a sus pies y estaba leyendo la etiqueta. El Antiguo le hizo un gesto, alentándola a que tomara un trago.

—Lo es —respondió Arielle—. Jean, Dorian, Dorian, Jean.

—Encantado, Jean. La última vez que te vi llevabas una boina roja —dijo Galen.

—Gracias por la advertencia. Eso podría haber terminado mal…

Su amiga seguía ojeando a Galen como si se tratara de alguna criatura mágica de la cual había oído historias bonitas. *Un unicornio,* pensó Arielle con una risita.

Estiró las piernas para bajarse de la barra y podría haber jurado que el piso del bar se inclinó bajo sus pies.

—Agradécele a tu amiga, ella me lo pidió —respondió Galen.

—Ari estuvo brill… ¿Ari?

Jean se apresuró a atraparla de un brazo antes de que se

tambaleara.

—El piso. Está inclinado… —dijo al mirar hacia abajo.

—Creo que es hora de llevarte arriba.

Galen la levantó con facilidad. Arielle reposó el rostro contra su cuello. Olía tan bien. Y su torso era una escultura de mármol. Era como si el resto de los muchachos con los que había estado fueran meras figuras de ceniza en comparación a aquel ardiente Antiguo que la sostenía.

—Descansa, Ari. Tómate una aspirina o mañana tendrás una tremenda jaqueca —le sugirió Jean.

—Eran cenizas… —dijo Arielle.

—¿Qué?

—Meras cenizas, él es fuego —intentó explicarle.

La bruja la miró sin tener idea sobre lo que estaba hablando.

—Dime, Jean. ¿Tienes planes para mañana? —preguntó Galen.



XXXIII
ARIELLE

Podía oír la ducha en el baño. Galen la había dejado en su cama sobre el suave acolchado. Luego se había desvestido frente a ella, exponiendo su esculpido trasero y la pantera de tinta que trepaba por su omóplato a las sombras de la habitación.

Arielle no podía dejar de mirar la ropa descartada en el suelo. Sabía lo que estaba haciendo. La tentación era una moneda corriente entre ellos.

Se puso de pie, comprobando que ya no se inclinaba, y siguió hacia el baño.

Una nube de vapor la envolvió al cruzar la puerta.

Los ojos de Arielle se detuvieron en el espejo. En la flecha que alguien había dibujado sobre el vidrio empañado. La flecha que apuntaba hacia la ducha.

Diablo ingenioso.

Apenas llegó a correr la cortina de ducha antes de que un par de manos mojadas rodearan su abdomen.

Un momento estaba seca, al siguiente, agua tibia llovía sobre su rostro. Arielle pestañeó. Lo primero que vio fueron los magnéticos ojos de Galen. Siguió una gota de agua que cayó de su pelo hacia su cuerpo desnudo.

Arielle bajó la mirada hacia su gran erección.

Estaba por deslizar los dedos por su largo cuando la mano de

Galen atrapó la suya.

—Permíteme.

La giró en una hábil maniobra, posicionándola de espalda. Sus siluetas se tocaron debido al espacio reducido de la ducha. Apenas entraban. Arielle sintió el material de su ropa encogerse mojado sobre su piel. Se había olvidado de desvestirse.

Galen encontró el cierre de su pantalón. Lo bajó por la curva de su trasero, arrastrando la tela con una lentitud provocadora. Besó sus pantorrillas, lento, caliente, mientras lo pasaba por sus pies.

Al subir, las yemas de sus dedos trazaron un detallado recorrido sobre sus largas piernas. La mano de Galen subió por su entrepierna y se detuvo en su centro. Arielle cerró los ojos en anticipación.

Deslizó un dedo dentro, haciéndola estremecer. El agua tibia que caía sobre sus hombros intensificó la sensación. Cuando Galen introdujo un segundo dedo y los giró en un delicioso movimiento circular, las rodillas de Arielle por poco se doblan.

Se reclinó sobre la solidez de su torso, entregándose a la sensación.

—*Je t'adore* —susurró Galen contra su pelo.

El sonido de su voz derritió sus sentidos.

—¿Qué?

—Te adoro. —Besó el lóbulo de su oído—. Arielle.

Oírlo decir su nombre de esa manera era intoxicante. Sonaba ebrio. No. No ebrio… era distinto. Perdido. Real.

Galen retiró los dedos, acariciando los labios de su centro en un roce lento, y los volvió a introducir. Luego repitió la secuencia. Una vez. Dos. De nuevo. De nuevo…

Arielle dejó escapar un gemido que se perdió en el vapor. Su cuerpo entero estaba vibrando. Sus dedos la estaban deshaciendo, de humedad, de calor, de deseo.

Sentir la erección de Galen presionando por detrás hizo que la sensación escalara de manera vertiginosa.

—Acaba para mí, ángel.

Oír su voz diciendo esas palabras, el calor de esos labios junto a su oído, hizo que Arielle alcanzara un avasallante orgasmo.

Galen la sostuvo bajo la llovizna de agua tibia, disfrutando de sentir el temblor que estremeció su cuerpo.

—Yo también —murmuró Arielle.

¿Quién no adoraría al apuesto diablo?



XXXIV
GALEN

Oxford es una ciudad universitaria. Galen había manejado hasta allí en compañía de Jean Balfour en un auto alquilado a nombre de Henry. La bruja había disfrutado de escuchar la radio y mirar por la ventanilla, aunque percibió que parte de ella estaba en alerta constante.

Galen o, mejor dicho, Dorian, tenía una buena reputación cuando se trataba de su relación con las distintas comunidades de brujas. Lo que no borraba años de historia en la que los Antiguos habían abusado de tal relación.

—¿Con quién debemos encontrarnos? Olvidé su nombre… —dijo Jean.

—Niccolo Aetos.

El día anterior le había enviado una ofrenda de paz en la forma de un valioso revólver, acompañada del arma que había tomado prestada la noche en que escapó con Arielle. A eso le siguió una llamada telefónica en la que acordaron encontrarse en un pequeño café llamado St Giles.

Había elegido aquel lugar porque se encontraba cerca de la universidad de Oxford donde Evan Campbell, el protegido de la Dearg-due, estudiaba historia.

—Suena griego —notó Jean.

—Lo es.

Heredero de una familia de la mafia siciliana.

—¿Y estoy aquí porque necesitas que haga un hechizo para disfrazar su apariencia? —repasó Jean.

Galen le dio una mirada de costado. Estaba allí porque poseía el tipo de encantos que Niccolo favorecía: bruja, buen sentido del humor, ingeniosa, busto prominente. Jean era una chica atractiva. Y el atuendo que llevaba tenía personalidad: sombrero negro, un suéter gris con tiradores, una falda roja de estilo escocés, medias negras, Dr. Martens.

—Así es —confirmó—. Si Niccolo acepta mi propuesta, debemos hacer que se vea como Aleksei cuando ataque a nuestro joven estudiante de Oxford.

—¿Por qué no puedes hacerlo tú?

—Niccolo lo conoce mejor, su manierismo, el tipo de cosas que dice… Sin mencionar que es rubio —respondió Galen—. No debe quedar duda de que fue él.

Además, el joven Evan seguro tiene guardaespaldas. Alguien que estaría informado sobre la amenaza de los caballeros de Byron.

—No va a matarlo, ¿verdad? —Jean se llevó la mano a los labios para morderse las uñas.

—No, eso empujaría a Brid a vengarse de la sociedad entera en vez de limitarse a Belkin. Le daremos un buen susto. Eso será una provocación suficiente —respondió Galen.

La postura de la bruja se relajó de manera notable.

—Oí que eres bueno con los regalos… —mencionó Jean.

—Lo soy.

—¿Alguna chance de que puedas ayudarme a conseguir una pasantía en una discográfica? —preguntó mordiéndose las uñas de nuevo—. Estoy estudiando Comunicación, quiero representar bandas…

Galen sonrió. Veía por qué ella y Arielle eran amigas. La joven sabía cómo tomar ventaja de una situación.

—Haré unos llamados.

—¡Gracias!

Si lo ayudaba a deshacerse de Aleksei, le conseguiría todas las pasantías que quisiera.

—Tú y Arielle se están volviendo cercanos —observó Jean—. Espero que no estés jugando con ella.

—¿Has considerado que tal vez sea ella quien esté jugando conmigo?

Definitivamente se sintió así cuando se despertó desorientado y desnudo en su casa de Cambridge.

—Arielle Hollis tiene su propia manera de hacer las cosas —respondió la bruja con una risa entretenida.

—No tengo duda.

Pensar en Arielle lo llevó a la sensual ducha que habían disfrutado juntos la noche anterior. A su cuerpo mojado estremeciéndose sobre el suyo. A lo bien que sonaba su nombre cuando la ladrona lo ronroneaba enterrando las uñas en su espalda. Habían dormido en la cama individual de su pequeño departamento; dos siluetas presionadas juntas, el pelo negro con aroma a jazmín regado sobre la almohada. Pero luego su mente le jugó una mala pasada y dobló en un callejón oscuro recordándole que en dos días Devon la llevaría a la boca del lobo.

La mandíbula de Galen se tensó.

Pensar en ello lo ponía de pésimo humor. Mejor concentrarse en su plan. En que todo saliera bien para deshacerse de aquel peligroso lunático.

Arielle está bien. Había insistido en ir a clase, no quería perderse otro día. Le había pedido a Henry que aguardara estacionado fuera de la universidad y se mantuviera alerta a que ningún Antiguo rondara por allí.

Galen desaceleró el paso a medida que se acercaron a la compacta construcción blanca del café St Giles. Niccolo Aetos aguardaba a un costado de la entrada; la espalda contra el muro y las manos en los bolsillos de su traje. Tenía una figura alargada que le recordó a la sombra de un poste.

Rogó que hubiera venido solo y que Demetri no se apareciera de repente y lo dejara inconsciente de un golpe.

—Niccolo. Gracias por aceptar mi invitación —dijo Galen ofreciéndole la mano como un caballero.

—Aquel obsequio que me enviaste fue un buen incentivo. —Estrujó sus dedos con más fuerza de la necesaria—. Pero si vuelves a tomar algo que no te pertenece, te pondré una bala entre las cejas.

La imagen fue lo suficientemente gráfica para inquietarlo.

—Entendido.

Niccolo le soltó la mano y desvió la mirada hacia Jean. Lo que vio en sus ojos le confirmó que traerla había sido la movida correcta.

—¿Y a quién tenemos aquí?

—Ella es Jean Balfour —la presentó—. Vino a asistirnos con un hechizo.

—Un placer, Jean.

—Encantada. —Le sonrió con los labios pintados de rojo.

Entraron al café y se dirigieron a una mesa solitaria junto al ventanal. Niccolo se ofreció a ordenarle a Jean, quien aceptó. Una vez que tuvieron la orden, la bruja fue la única en comer, mientras Galen y Niccolo se midieron mutuamente intercambiando expresiones calculadoras.

—Déjame adivinar. Sabes que Aleksei no se va a detener hasta encontrar a tu chica y arruinar tu rostro, por lo que decidiste que es hora de que toque el arpa —habló Niccolo en tono certero.

—¿El arpa? —preguntó Jean y tragó un trozo de *croissant*.

Niccolo señaló hacia arriba.

—Te refieres al noveno círculo del infierno —lo corrigió Galen.

—*La Divina Comedia*. Dante —adivinó Jean.

Galen le dedicó una sonrisa de costado.

—¿Qué te hace pensar que voy a traicionarlo?

Niccolo habló sin mover un solo músculo. Su rostro estaba vacío de emoción.

—Probablemente el hecho de que no me llenaste de plomo cinco minutos atrás. —Galen hizo una pausa y agregó—: Me agradas, Niccolo. Eres ambicioso sin ser delirante. Serías un buen líder para los caballeros de Byron. No tengo duda de que tus intereses se

alinearían mejor a los del resto que la agenda sanguinaria de Aleksei.

—Tal vez.

Niccolo levantó la taza de cortado frente a él sin quitarle la mirada a Galen.

—Es cierto que muchos desaprueban las demostraciones de Aleksei. Quiere que seamos criaturas de la noche cuando muchos de nosotros disfrutamos de los placeres del día. Se está volviendo descuidado, oye canciones en todos lados; es una aflicción. El rastro de cuerpos que dejó en Praga nos expuso a todos. Si los custodios de Voror no vienen por nosotros, la Dearg-due lo hará.

Galen le dio una sonrisa que enseñó sus dientes.

—Interesante que la menciones. ¿Sabes que Brid tiene un protegido? Una suerte de sobrino que desciende de una rama de la familia que permaneció humana. Estudia aquí, en Oxford —dijo e inclinó el rostro hacia la ventana.

—Qué coincidencia —Niccolo estiró los labios en una mueca especuladora.

—Si Aleksei fuera a atacarlo, Brid de seguro vendría por él.

—Nadie se sorprendería de escuchar tal cosa. Aleksei está loco. Los locos a veces provocan a la persona equivocada —notó Niccolo.

Los hombros de Jean se sacudieron con un escalofrío. Cerró las manos sobre su taza de té, aferrándose al calor de la porcelana.

—Oí historias sobre la Dearg-due. Cosas espeluznantes… Dicen que bebe la sangre de sus amantes hasta dejarlos al borde de la muerte.

—Y eso es en sus días buenos —dijo Galen.

—Una mujer peligrosa sin lugar a duda. —Niccolo terminó su cortado y bajó la taza—. Dime, Jean, ¿acostumbras a salir con Antiguos?

La bruja deslizó nerviosa un dedo por los tirantes que le acentuaban la silueta.

—No —respondió pestañeando de manera inocente—. He salido con estudiantes, músicos, un chef, ningún Antiguo.

—¿Aceptarías una invitación mía para cenar? —le preguntó con

una sonrisa sorprendentemente encantadora.

—Tal vez —Jean se mordió el labio—. Si ayudas a Dorian a ayudar a mi amiga…

Niccolo se rio entre dientes. La rápida mirada que intercambió con Galen fue una de complicidad. La mayoría de los caballeros de Byron usaban alias. Era una manera de proteger sus identidades de las comunidades de brujas y la orden de custodios de Voror.

—¿Así es como conoces a Dorian? ¿Eres amiga de la chica que Aleksei atacó en el *pub*?

Jean asintió.

—Estuve allí esa noche, fuimos juntas. Me podría haber sucedido a mí… —respondió.

Galen se contuvo de curvar los labios al igual que un felino complacido. Advertirle que debía irse había sido inteligente. Jean creía que Arielle lo había enviado a avisarle, lo que la hizo sentir en deuda, y era la razón por la cual había aceptado acompañarlo a Oxford.

Adoraba la satisfacción de una movida bien ejecutada.

—Por fortuna eso no sucedió —respondió Niccolo y regresó su atención a Galen—. Demetri es leal a Aleksei. Si voy a reemplazarlo, lo necesito fuera del camino.

—Me aseguraré de que sea otra fatalidad del anticipado evento de Santos y Pecadores —dijo Galen con seguridad.

La universidad de Oxford tiene una famosa librería llamada The Bodleian. Es la segunda librería más grande de Inglaterra después de la British Library. Millones y millones de libros. Taylor Institution, situada en el ala este de un edificio neoclásico, conforma una de sus numerosas secciones.

Encontraron a Evan Campbell estudiando en una de las mesas. El muchacho llevaba una sudadera gris con el emblema de una corona sobre dos remos cruzados. Era parte del equipo de remo, sin lugar a duda. Jean había preguntado por él, haciéndose pasar por una compañera de clase.

Galen observó el majestuoso espacio que conformaba la sala de lectura: madera oscura, techos abovedados, una araña que colgaba en el centro iluminando suavemente. Disfrutaba de ese tipo de lugares. En sus días universitarios había tenido sexo entre las estanterías de otras secciones.

Los tres se mantuvieron en una esquina, observando al muchacho encorvarse sobre un libro. Evan tenía pelo castaño, un corte prolijo y anteojos.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Niccolo—. No puedo atacarlo aquí.

—No. Necesitamos un anzuelo, una linda chica que lo invite a una pinta de cerveza para hablar de historia… —dijo Galen desviando los ojos hacia Jean.

La bruja se mordió el labio sin verse convencida.

—Parece una buena persona… No van a lastimarlo demasiado. ¿Verdad?

—Aleksei no lo dejaría ir sin al menos romper su nariz y un par de costillas, eso y un buen mordisco…

Niccolo sonó indiferente. Jean lo miró con horror y se llevó las manos a la nariz en un gesto inconsciente.

—Aleksei es todo un caballero —dijo Galen con sarcasmo—. ¿Qué hay del hechizo? ¿Tienes lo necesario, Jean?

Esta asintió. Hurgó dentro del bolso que cargaba hasta extraer una botellita de vidrio. Un destellante líquido cobrizo se evaporó cuando Jean descorchó el recipiente y entró en contacto con el aire.

—Es un viejo hechizo que ha estado en mi familia por generaciones. Contiene escamas de camaleón. Conseguirlas fue un dolor de cabeza —murmuró Jean—. Debes visualizar el rostro de Aleksei e imaginar sus facciones sobre las tuyas.

La bruja presionó sus labios rojos y sopló suave. Galen observó el ribete de humo que escapó de la botella esparcirse sobre el rostro de Niccolo y resbalar hacia sus hombros como si alguien hubiera roto un huevo sobre su cabeza.

—Se siente… viscoso —comentó el Antiguo.

Ayudaba que Niccolo tuviera pelo rubio que caía en una nube

rizada al igual que Aleksei. Le llevaba unos centímetros de altura y era más esbelto, pero Jean le había asegurado que podría crear una ilusión convincente.

—Eso significa que está funcionando —respondió la bruja.



XXXV

GALEN

Aguardaron a que la luz del día se fuera extinguiendo por las ventanas. Evan Campbell finalmente cerró el libro frente a él y lo guardó en su mochila de manera cuidadosa.

—Llévalo por alguna calle que no sea demasiado transitada —le indicó Galen.

Jean tomó aire y exhaló. Se veía conflictuada.

—Tranquila, preciosa. Haz lo tuyo y yo haré lo mío —dijo Niccolo—. Nuestro joven Campbell estará bien.

—Hazlo por Arielle —la motivó Galen.

Eso pareció convencerla. Los dos Antiguos permanecieron a la sombra de un estante mientras la bruja caminaba hacia el inadvertido estudiante. Cinco minutos de conversación y se marcharon juntos hacia la salida.

Niccolo se movió primero. El cuerpo de Galen se tensó alarmado. Podría haber jurado que el rostro que vio por el rabillo de su ojo pertenecía a Aleksei Belkin. Nariz griega. Sonrisa cruel.

Los siguieron fuera del edificio. Pasos sigilosos a una distancia prudente. Caminaron por una de las calles principales hasta que Jean lo convenció de cortar camino a través de los angostos callejones que se filtraban hacia el centro de la ciudad al igual que telas de araña.

—Falta algo —Galen susurró para sí—. Un testigo.

Llevó su atención a las personas que caminaban inadvertidas en la cercanía. Enfocó sus sentidos en buscar rastros de aquel aroma floral que le cantaba al hechizo en su sangre. Magia. Necesitaba a alguien que tuviera el potencial para ser una bruja sin ser consciente de ello. Alguien a quien pudiera controlar.

Una chica en un chaleco con motivo de rombos y una camisa blanca captó su atención.

—Encárgate de ello —dijo Niccolo.

Lo miró de reojo y Galen podría haber jurado que se trataba de Aleksei. El hechizo hacía que sus facciones cambiaran según el ángulo de la luz. Y un momento atrás se había visto igual a aquel querubín maquiavélico. Se apresuró en dirección a la chica de los rombos y preguntó por una calle que estaba a unas cuadras.

—Debes ir derecho por ahí —respondió mientras señalaba el callejón al que entró Jean.

Galen hundió las cejas en un gesto desorientado.

—¿Dónde? Lo siento, no soy de por aquí —se disculpó.

—No es problema.

Esperó a que diera unos pasos en la dirección que le había señalado para mostrarle dónde ir. En cuanto pisó fuera de donde iluminaban los faroles, Galen se abalanzó hacia ella. Le cubrió la boca con una mano mientras con el anillo de cuervo le hacía un pequeño corte sobre su clavícula.

—¡¿Qué estás haciendo?! —balbuceó la chica bajo su mano.

Galen la giró hacia sí como si estuviera abrazando a una amiga. Podía sentir la sangre que había lamido en su lengua. Dulce. Eléctrica. Rebosante de vida.

—No tengas miedo, prometo no lastimarte —le dijo Galen para ganar un momento hasta que la magia se uniera al hechizo que corría en su torrente sanguíneo—. Solo necesito que seas testigo de un ataque.

—¡¿Qué?!

—Relájate. No te muevas. No hables. Solo observa… —le ordenó Galen en tono pausado.

La postura tensa de la chica se relajó bajo sus manos. Control mental. Otro de los beneficios de ser un Antiguo. Una bruja que controlara sus poderes sería capaz de romperlo; por fortuna, la estudiante en sus brazos no parecía saber nada acerca de magia o brujas.

—Observa —repitió Galen.

Dentro de la estrecha callecita que desaparecía entre los edificios había dos siluetas conversando. Eso fue hasta que una tercera irrumpió en la escena. Un sujeto de angelicales rizos rubios en un traje oscuro. Niccolo Aetos arrinconó a Jean sin preámbulo. Evan Campbell amagó a defenderla, dándole la excusa perfecta para atacarlo como el demonio delirante que estaba pretendiendo ser.

Se volvió sobre el joven universitario sin titubear. Un golpe a la nariz, dos al abdomen y, cuando el pobre muchacho se dobló sobre sí mismo en un intento de contener el dolor, lo levantó del cuello de la sudadera y mordió su cuello, veloz y voraz al igual que una serpiente.

—Ayud…

La voz de la chica a su lado se quebró. Su rostro estaba pálido, su mirada perpleja ante lo que estaba presenciando. Pero Galen le había dicho que no hablara.

Niccolo levantó el rostro del cuello de su víctima. La imagen gemela de Aleksei Belkin. Jean golpeó la espalda del Antiguo con los puños de sus manos.

—¡Basta!

Recitó un encantamiento que agitó el aire hasta revolverlo en un remolino de viento. Perfecto. Galen no estaba seguro de si era parte de la actuación o si en verdad estaba determinada a frenar a Niccolo, pero Evan Campbell seguía consciente. Ver a la bruja peleando haría que todo fuera más convincente.

—¡Sé quién eres! ¡El músico rojo! Aleksei Belkin —lo señaló Jean de forma dramática.

Entonces estaba actuando.

Niccolo se volvió hacia ella. La sonrisa maniaca que mostró sus dientes hizo que Galen temiera por la bruja. Esperaba que no se

dejara llevar por el rol de Aleksei. El Antiguo rodeó la garganta de Jean, la arrinconó contra el edificio y, para sorpresa de su audiencia, inclinó el rostro hacia el suyo en un beso salvaje.

Evan Campbell estaba de rodillas en el suelo, temblando y sin aire.

—¡Está aquí!

—¡Señor Campbell!

Dos figuras se apresuraron hacia el callejón desde el lado opuesto. Hombres vestidos formalmente que cargaban armas. Galen sonrió victorioso. Si Brid se había molestado en contratar seguridad que cuidara del muchacho, era porque le importaba. Había elegido la provocación correcta.

Niccolo cargó a Jean sobre sus hombros y se apresuró fuera del callejón. La bruja gritó y pataleó sobre su espalda.

—Escucha bien, cariño. No vas a decir una palabra acerca de mí o el poder que estoy ejerciendo sobre ti. —Galen tomó a la chica inmóvil frente a él y la miró hondo—: Vas a gritar por ayuda. Vas a relatar la escena que viste en ese callejón. Oíste el nombre de Aleksei Belkin. Atacó al muchacho y dijo que la chica de pelo corto y rubio olía a tulipanes.



XXXVI
ARIELLE

Golpeó la puerta del departamento de Jean. Estaba segura de que había oído sus Dr. Martens subiendo por las escaleras. Sonaban más pesados que el resto de los zapatos. Arielle se llevó la mano a la frente. Luego de clase se había pasado la tarde en la biblioteca de la universidad trabajando en su libro, lo que la había dejado con la vista cansada.

Arielle se negaba a morir en las manos de Aleksei. Eso no iba a suceder. Pero desde que se había decidido al plan que llevarían a cabo al día siguiente que no podía dejar de pensar en la historia de Skyler Anjou. Necesitaba terminarla. Dejar su obra en papel.

—¿Jean? Soy yo. —Golpeó la puerta de nuevo.

Oyó pasos. Luego el sonido de un cerrojo destrabándose.

—¿Desde cuándo trabas con doble vuelta?

—Desde que pasé el día con dos Antiguos —respondió Jean.

Retrocedió hasta el pequeño sillón de terciopelo violeta y se dejó caer. La habitación de Jean Balfour era un colorido caos. Pósteres de Bon Jovi sobre las paredes, tapices de estilo bohemio, plantas en las esquinas y helechos colgando del marco de la ventana, estanterías repletas de vinilos, una mesita con un tocadiscos y, el favorito de Arielle, un proyector que apuntaba hacia una pared cubierta por una sábana blanca.

—¿Cómo les fue? ¿Encontraron a ese chico Evan? —preguntó

Arielle.

—Está en el hospital. Dorian lo confirmó por teléfono cuando estábamos volviendo de Oxford. —Jean chocó el pie contra las patas del sillón de manera inquieta—. Nariz rota, trauma en el abdomen…

Arielle levantó las cejas con sorpresa. Galen sí que se había tomado el trabajo a pecho.

—¿Quién lo hizo? ¿El otro Antiguo?

—Su nombre es Niccolo Aetos. Es aterrador, pero completamente *sexy*. Se ve como un gángster: traje elegante, rizado pelo rubio… y su boca… todo lo que sale de ella suena peligroso. —Jean fue hacia la ventana y prendió un cigarrillo—. Y la forma en que me besó… un paraíso en llamas… —dijo exhalando humo.

—¡¿Te besó?! ¿Cuándo? ¿Mientras le daba una golpiza a Evan? —bromeó Arielle.

—Meros momentos después. Mientras el pobre chico escupía sangre en la calle.

—¿Por qué?

—No sé… ¡Dijo que estaba metido en su rol! Que Aleksei hubiera hecho algo así de impredecible…

—Aleksei hubiera fracturado tu cráneo contra el pavimento.

Arielle se sentó en el pequeño sillón violeta y tragó un sonido indignado. Aleksei le hubiera enterrado una navaja y lamido su hoja. *El bastardo.*

—Imagina todos los años de experiencia que tiene… ¿Te imaginas acostarte con alguien así? —Jean negó con la cabeza perdida en alguna imagen mental.

—Créeme, lo que sea estés imaginando no se compara a la realidad —dijo Arielle.

Antes de Galen el sexo era solamente eso, sexo. Pero ahora… Jean lo había definido a la perfección. *Un paraíso en llamas.*

—Me invitó a cenar. Creo que aceptaré. —Jean llevó el cigarrillo a sus labios—. A mi madre le daría un infarto. Cuando era chica me asustaba con los Antiguos para que le hiciera caso. Me decía que si no me iba a dormir antes de las nueve vendrían por mí y tomarían

toda mi sangre.

—Suena casi peor que mi madre… —dijo Arielle.

—Las reglas de nuestra comunidad son severas. Debemos comprometernos con alguien que sea un brujo o tenga potencial para serlo. La única razón por la cual tengo la libertad de salir con quien quiero es porque corté mi vínculo con ellos.

Jean miró fuera de la ventana hacia el horizonte gris tras los edificios. Le había contado acerca de la comunidad de brujas de New Forest.

Sherwood se había convertido en un refugio de chicos a cargo de su propio destino. Jean, Bas, Oliver, ella… todos tenían algún drama familiar del que querían escapar.

Arielle sintió que se le revolvía el estómago. No iba a permitir que Colton se los arrebatara. Sherwood iba a ser de ellos. Incluso si debía robar la fortuna de Aleksei Belkin o pedirle a Galen que pagara por el *pub*.

—Jean, necesito que me hagas un favor.

Tomó la cartera que había traído y hurgó en su interior. Sus dedos se cerraron sobre un pañuelo de seda. Arielle sintió el frío del metal a través del material. El objeto que se escondía bajo la seda podía hacer la diferencia entre su vida y su muerte.

—Necesito que…

—¡Jeeeeaaann!

La voz de Bastiano las interrumpió desde la puerta. Arielle dejó que el objeto se hundiera dentro de la cartera con un suspiro de fastidio.

—¿Quéee? —gritó Jean desde de la ventana.

—Abre. Traemos palomitas y cerveza —dijo.

Jean apagó el cigarrillo y abanicó el humo hacia la ventana. Oliver odiaba cuando fumaban dentro.

—Hey, J —saludó alegre Bas.

Llevaba un sombrero negro estilo fedora que aplastaba su pelo castaño. Cargaba una bolsa de palomitas de maíz y una de pretzeles. Oliver estaba detrás de él con un *pack* de cervezas.

El contraste entre sus estilos personales siempre era evidente.

Bas llevaba un chaleco sobre una camiseta negra que combinaba con su sombrero. Oli, jeans clásicos y un buzo a rayas. La ropa de Bas expresaba que era alguien en busca de inspiración, la de Oli que estaba cómodo con lo cotidiano. Aun así, la forma en que se miraban hacía que encajaran a la perfección. Como si uno gravitara hacia la órbita del otro y viceversa.

—Y Arielle —dijo Bas al verla—. Perfecto. Estamos todos. ¿Qué dicen de pasar una noche despreocupada viendo alguna película de la colección de Jean? Luego de los departamentos completamente depresivos que vi hoy, sin mencionar lo que pedían de alquiler, definitivamente la necesito.

—Genial. Ni siquiera empecé a buscar y ya lo odio —dijo Jean.

Oliver agachó la cabeza para esconder la mirada completamente miserable en su rostro.

—Sherwood es el legado de Oliver. No vamos a ir a ningún lado —dijo Arielle en tono obstinado.

Cruzó los brazos sin moverse del pequeño sillón.

—Desearía que eso fuera cierto, Ari —respondió Oli.

Denme tiempo.

Arielle Hollis siempre se las ingeniaba por conseguir lo que quería. Y lo que quería era comprar Sherwood. Incluso si tenía que engañar a un diablo para conseguirlo.

Oliver y Bas se sentaron sobre la alfombra mientras Jean se estiraba en la estrecha cama junto a la pared. Tomó el ejército de almohadones decorativos y se los arrojó para que se acomodaran.

—¿Qué vamos a ver? —preguntó Jean.

—*Forrest Gump* —respondió Oliver.

—¿*Titanic*? —propuso Bas.

—*Mujer bonita* —dijo Arielle.

Los cuatro intercambiaron miradas poco convencidas, evaluando las opciones. Arielle había planeado regresar a su habitación. Quería ver a Galen. Escribir. Tal vez hablar con su madre por teléfono. No quería siquiera considerar que esa podía ser su última noche, pero el miedo estaba allí. La tomaba desprevenida cuando se relajaba.

Devon Windsor la vendría a buscar a la mañana siguiente para llevarla con Aleksei Belkin. La ofrenda de paz de Galen.

—Dame el sombrero que robaste de mi cabeza, pondré los nombres adentro y sacaré uno —dijo Jean extendiendo el brazo hacia Bas—. Espero que salga *Titanic*. Leonardo DiCaprio lo vale.

—¡¿Verdad?! —dijo Bas con adoración.

—Dura como tres horas… —se quejó Oliver.

—¡Jack! ¡Jack! —exclamó Jean en tono dramático.

—Rose… Hazme lugar en ese pedazo de madera para que yo también pueda salvarme. Estaremos juntos por el resto de nuestras vidas…

Bas pretendió nadar sobre la alfombra, Jean le estiró la mano desde la cama.

—¡Jack!

—¡Rose!

Los dos compartieron una carcajada como si fueran niños. Arielle presionó los labios en una risa. Suponía que una noche con amigos no era la peor manera de pasar la noche. Incluso si tenía que ver el trágico hundimiento del famoso barco.

—Creo que vamos a necesitar más cervezas —murmuró Oliver en tono pesimista.

Arielle pasó las piernas por el apoyabrazos del sillón, cambiando a una pose más cómoda.

—Palomitas de maíz —pidió.



XXXVII

GALEN

El aroma del café fue suficiente para inquietarlo. Lo último que necesitaba era cafeína. Galen observó a Arielle. La ladrona disfrutaba de su café mocha como si fuera lo mejor que hubiera probado. Como si temiera no volver a disfrutar de otra taza.

Estaban frente a un café de fachada blanca y toldo rayado llamado El Cardenal. Arielle había insistido en cruzar a pedir un café.

Devon Windsor llegaría en cualquier momento. *Es parte de un plan. Un plan diseñado para eliminar a Aleksei. Va a estar bien,* se repitió Galen por séptima vez.

Siempre había disfrutado de idear estrategias. De verlas cobrar vida. Debería sentir adrenalina, no el desconocido pavor que inundaba su pecho.

Arielle tomó otro sorbo de café. Llevaba un suéter índigo que le iba un poco suelto y jeans negros. El atuendo casual que tendría si hubiera pasado los últimos días escondiéndose con él. De su cuello colgaba una cadenita con una piedra negra en forma de rombo.

Jean Balfour había conjurado un hechizo para vincularla a la piedra gemela que Galen llevaba en un brazalete de cuero.

Un lazo de magia.

Una línea de comunicación.

Si Arielle necesitaba ayuda solo tenía que cerrar los dedos sobre la piedra para generar calor sobre su superficie. Galen lo sentiría en la suya.

—Tu amigo no es muy puntual —remarcó Arielle mientras observaba el reloj en su muñeca.

—Odia manejar en la ciudad…

Tras decir la última palabra vio el BMW de Devon Windsor acercándose tras una fila de autos. Su amigo, su socio, estaba allí para recoger a la única chica que le había despertado verdadera pasión en un largo tiempo y entregársela al peor monstruo que conocía.

Galen giró sobre sus talones y tomó a Arielle de los brazos.

—No lo hagas. Desaparece conmigo. —Galen Pembroke miró aquellos inalcanzables ojos celestes y agregó dos palabras que nunca usaba—: Por favor.

Los labios de Arielle se abrieron en sorpresa. Sostuvo su mirada, cerca de perderse, pero cerró la boca en una expresión resuelta.

—Mi vida está aquí. En Sherwood. En Queen Mary. Esas elecciones me costaron, mucho, y no pienso dejar que un sádico Antiguo me arranque de ellas —respondió.

Los dedos de Galen se hundieron en las mangas de su suéter, rehusándose a dejarla ir.

—Aleksei Belkin no quiere robar tus elecciones, sino tu vida. Las chicas muertas no van a la universidad.

Arielle pestañeó incómoda.

—Aleksei Belkin es quien va a morir. No yo —dijo en tono obstinado.

—Arielle…

—Deja de actuar como si fueras mi novio. Necesito al diablo que me siguió al *pub*. Que arrebató un revólver y soltó un disparo a la noche, no a esta versión sentimental —lo cortó desafiante.

Galen exhaló completamente indignado. Una patada a sus testículos hubiera sido más sutil. Su mano subió por el brazo de la joven. Enterró los dedos en el sedoso pelo negro y atrajo su rostro.

—El diablo sigue aquí —le aseguró con su mejor sonrisa

maliciosa.

—Bien.

Arielle respiró la palabra sobre sus labios.

—¿Y quién dijo que te seguí al *pub*? —preguntó.

—Ahora que te conozco, sé que no fue una coincidencia. —Sus ojos brillaron certeros.

Galen recordó la noche en la que había seguido a la bella ladrona al Old Queen's Head.

—No. No lo fue —admitió.

Nada luego de la primera vez que la había visto en la pista de baile del Ataúd Rojo había sido una coincidencia.

El sonido de neumáticos contra el cemento interrumpió el momento. Galen se apoderó de sus labios en un beso febril. Luego dio un paso hacia atrás como si no hubiera sucedido.

Devon Windsor salió del auto, ignorando a los vehículos que protestaron detrás con bocinazos molestos, y cerró la puerta con más fuerza de la necesaria.

—Odio manejar en la ciudad —dijo a modo de saludo.

Algunos de los conductores bajaron la ventanilla con la intención de protestar. Pero un vistazo a la imponente figura del Antiguo, a su altura y estructura maciza, fue suficiente para que cambiaran de opinión.

—Es una pesadilla —coincidió Galen.

Actuó indiferente. Ignoró el impulso de cargar a Arielle hacia su motocicleta y desaparecer.

—¿Lista? —preguntó Devon.

—Sí.

Arielle respondió sin titubear. Su voz era de hielo. Galen arrastró la mirada a la vena azul bajo la pálida piel de su garganta. El pulso no mentía. Y la forma en que se marcaba le decía que su corazón estaba bombeando más rápido de lo normal.

—Niccolo estará allí. Va a persuadir a Aleksei de que te lleve a la gala de esta noche. Y va a hacer lo posible para evitar que te lastime. Fue parte del trato. —Hizo una pausa y agregó—: Si las cosas se salen de control… frota tus dedos sobre la piedra en el

collar.

—Lo haré.

Galen hundió las manos en los bolsillos de su abrigo negro. Si quería a un diablo insensible, eso es lo que le daría.

—Vamos. No tengo paciencia para estos idiotas y sus bocinas —dijo Devon mientras miraba de reojo hacia la transitada calle.

Escuchar a Devon quejarse del tráfico lo irritó. La situación era intolerable. Una mirada al rostro de Arielle, a la cortina de pelo negro que enmarcaba sus mejillas, a esos labios…

—Sé ingeniosa —dijo sin moverse—. Nos vemos, ángel.

Arielle curvó la esquina de su labio en un gesto que no llegaba a ser una sonrisa.

—Descuida, bebé. —Sus ojos centellaron con fuego celeste.

¿Bebé? ¿Lo había llamado bebé?

—Búscame en la gala, el ángel de alas negras. —Arielle Hollis le guiñó un ojo y se alejó hacia el auto.



XXXVIII
GALEN

Galen no pudo hacer más que verla deslizarse en el asiento trasero. Estaba estupefacto. El ángel de alas negras. *L'ange aux ailes noires*. Su mente resbaló entre la imagen que visualizó y la voz de Arielle llamándolo *bebé.*

Galen desvió la mirada hacia el semáforo en la esquina. Estaba en rojo.

El color lo consumió.

Vio sangre.

La sangre de Arielle en los labios de Aleksei.

No.

Eso no iba a suceder. Si conocía a la ladrona, no entraría a la boca del lobo sin un plan. Era el tipo de chica que daría pelea hasta su último respiro. Tal vez incluso desde la tumba.

El semáforo seguía en rojo.

Se acercó a la ventanilla del auto y le dio un golpecito con el reverso de su mano.

Arielle lo bajó con una expresión incierta.

—El corazón está aquí, en el tórax —dijo Galen indicándole el exacto lugar donde latía el órgano—. Levemente a la izquierda. —Los ojos de la joven se abrieron con sorpresa—. En caso de que decidas probar tu puntería.

Galen le dedicó una sonrisa cómplice.

El semáforo cambió de amarillo a verde. Ver el auto alejarse envió una inquietante corriente eléctrica a través de su pulso.



XXXIX
ARIELLE

Arielle se quedó mirando la ventanilla a pesar de que el rostro de Galen ya no la miraba desde el otro lado. Sus palabras se quedaron con ella. ¿Sabía acerca del furioso impulso que la hacía fantasear con dispararle a Aleksei?

Cerró el puño sobre el tapizado del asiento. La piel de sus nudillos aún tenía rastros de amarillo de cuando había golpeado aquel angelical rostro en el callejón.

Se sentía sin aire.

Esperaba que Galen solo hubiera visto a la chica determinada. Que no hubiera oído el miedo que gritaba en su pecho con cada latido.

El *bebé* había sido una inspiración del momento. Skyler Anjou, la protagonista de su libro, solía usar esa palabra. Era una mujer independiente. Una investigadora privada con una personalidad tan tenaz como el acero.

Arielle nunca había llamado a nadie de esa manera. Pero había disfrutado de hacerlo con Galen. De ver la expresión de sorpresa en su rostro.

Cruzaron la ciudad hacia un vecindario de edificios bajos y calles solitarias. Devon Windsor no le dijo una palabra. Escuchaba aburrida música celta en la radio y tenía la mirada fija en el camino.

—¿Dónde está tu bruja? —preguntó.

Ojos grises la observaron desde el espejo retrovisor. Devon la consideró por un momento sin responder. El Antiguo vestía una camisa de leñador sobre una camiseta blanca. Algo acerca de él era sumamente rústico.

Arielle apretó los dientes en una mueca exasperada. Odiaba la anticipación. El estar yendo en dirección al peligro.

—Estamos cerca —dijo Devon regresando la mirada al camino —. Cuando lleguemos debes pretender estar inconsciente.

—No.

—Aleksei tiene que creer que Galen decidió entregarte como una ofrenda de paz. Que te traicionó. No puedo llevarte gritando y pateando en pleno día. Atraería atención. —Hizo una pausa y agregó—: Conozco el estilo de Gal. Aleksei también. De haberte entregado hubiera escabullido una pócima de dormir en tu bebida. Efectivo y silencioso.

Arielle se cruzó de brazos. Eso hubiera sido imperdonable. Los sentimientos de Galen tenían que ser reales. Era la única explicación de por qué arriesgaría tanto por ella en vez de deshacerse del problema con una simple pócima.

—¿Y si decide matarme antes de que yo pretenda despertarme?

Devon sonrió para sí.

—No lo hará. Estará ansioso por verte despertar. Por saborear tu reacción —le aseguró.

—El vil bastardo…

—Debes ser convincente. Hazle creer que quieres vengarte de Galen. Que será divertido. Todo el plan recae en que eso funcione —dijo Devon.

Arielle asintió. Actuar enojada no sería un problema. Solo debía concentrarse en sentir aquella sensación que usualmente se esforzaba por ignorar. Aquella frustración que tironeaba bajo su piel. Había nacido del rencor hacia sus padres. Una herida que se infectó en vez de sanar. Pero en la última semana se había convertido en algo mucho peor. Aleksei Belkin era una serpiente. Lo que había hecho con ella en ese callejón la había dejado llena de

veneno.

Veneno que Arielle solo lograría expulsar si mataban al monstruo.

El auto se detuvo frente a una antigua construcción de ladrillo. La estructura tenía tres plantas y vidrios polarizados que no permitían ver el interior.

Devon le indicó que se recostara. Luego la sacó en sus brazos como si estuviera inconsciente. Los ojos de Arielle se perdieron en el cielo. Cada nervio de su cuerpo le ardía. Su mente fue a la herida que sanaba en su pierna. No estaba segura de si latió de dolor o lo estaba imaginando.

—Estás respirando muy fuerte —dijo Devon entre dientes.

El Antiguo la estaba cargando como si fuera una pila de leña. No había ningún roce eléctrico en la manera en que sus fuertes brazos sostenían su cuerpo. Ni una chispa. Tan distinto a cuando Galen la cargaba.

Arielle cerró los ojos. Se enfocó en inhalar lento. En que su pecho no se elevara demasiado rápido cada vez que el aire entraba en sus pulmones.

—¿Qué tenemos aquí?

Su respiración se entrecortó. La voz que había hablado era hielo resbalando sobre su columna vertebral. Aleksei Belkin. El intimidante acento era inconfundible. Podía ver su rostro gacho, sus labios rojos sonriéndole por la apertura del cubículo en el baño. Sentir el peso de su pulgar presionando sobre su garganta. Oír el impacto del asfalto vibrando dentro de su cabeza.

—¿Galen decidió agitar la bandera blanca? —preguntó otra voz.

No la reconoció. Pero algo le decía que era Niccolo Aetos.

—Me pidió que actuara de intermediario. Galen puede ser impulsivo, pero sabe que cometió un error. No quiere problemas —dijo Devon.

—La bella durmiente de Londres.

Aquel tono ido clavó los talones sobre sus hombros. Un nuevo par de brazos serpenteó bajo su cintura. Arielle sintió el peso de su cuerpo pasar de un Antiguo al otro. Estaba en las garras de aquel

maniaco monstruo.

—¿Dónde está mi arma? —exigió Niccolo.

—Me aseguré de que te la regrese en excelentes condiciones.

—¿Pretende mostrar su cara en Santos y Pecadores?

—Como buen pecador que es —respondió Devon.

Arielle usó su voluntad entera para evitar arrugar los párpados. Se sentía observada. Una caricia a su mejilla confirmó la sensación.

—¿Se aburrió de la *devushka*? —preguntó Aleksei.

—No. Entregármela le costó. Lo vi en su rostro… pero valora más su lugar con los caballeros de Byron —dijo Devon.

—Curioso…

Sintió una respiración pausada sobre su rostro.

—Curioso… curioso… ninguno de los dos decidió visitarnos en mucho tiempo.

—No somos exhibicionistas como tú, Aleksei. Nos gusta mantener nuestros asuntos privados. Pero reconocemos el valor de los caballeros. Los beneficios de pertenecer a una sociedad tan prestigiosa.

Devon habló en tono seco, aunque certero.

—Dile a tu amigo… que es bienvenido a asistir esta noche —respondió Aleksei—. Santos y pecadores… salen a jugar… santos y pecadores… cantan al pasar…

—Ansío verlo —agregó Niccolo.

Aleksei se estaba moviendo. Su figura no era tan grande como la de Devon. Lo sintió en la manera en que la cargaba. Con más esfuerzo.

La punta de la zapatilla de Arielle tocó el marco de una puerta.

Estaba sola.

Desarmada.

A merced del músico rojo.



XL

ARIELLE

Aleksei la soltó sobre una superficie que se amoldó al peso de su cuerpo. No se sentía como una cama, más bien era un sillón. El tener los ojos cerrados, el miedo que pulsaba paralizante en sus venas, intensificó sus sentidos.

Olía a cuero. A largos años. Arielle tuvo aquella sensación de que estaba siendo observada.

No podía soportarlo.

Necesitaba abrir los ojos.

Pestañeó lento, con los párpados entrecerrados, como si saliera de un sueño. Lo primero que vio fue el rostro de un ángel. Luego la malvada sonrisa de un demonio.

Aleksei Belkin estaba inclinado sobre ella, observándola con la voracidad perezosa de un depredador. Sus facciones tenían el trazo delicado del *David* de Miguel Ángel. Un hermoso ángel caído.

Arielle retrocedió hacia el apoyabrazos. Actuó desorientada. A punto de caer presa del pánico.

—No te me acerques… —su voz se quebró—. ¿Dónde…?

Los dedos de Aleksei tamborilearon sobre el respaldo de cuero.

—Bienvenida, Arielle —su voz se tornó melodiosa al decir su nombre.

Arielle observó la habitación en la que estaban. Era la enorme sala de estar de un *loft*: paredes de ladrillo, ventanales en forma de

arco, techos altos, varios pisos unidos por escaleras de metal.

—¿Dónde está Galen? ¿Cómo llegué aquí? —preguntó.

Se llevó la mano al costado de la frente como si se estuviera esforzando para recordar.

—Galen decidió usarte al igual que una rama de olivo. Una ofrenda de paz —dijo Aleksei extendiéndole la mano.

Exhaló con indignación, apartándola.

—El maldito… espero que arda en el infierno.

—Allí es donde irá esta noche. Cielo. Infierno. Santos. Pecadores. —La mirada de Aleksei gravitó hacia el techo.

Arielle deslizó las piernas hacia el borde del sofá, preparándose para correr. Eso es lo que haría si estar allí no fuera intencional.

—No hay adónde escapar —dijo Aleksei en tono ausente.

Los fríos ojos azules se posaron sobre ella.

—¿Cómo esta tu pierna? Espero que mi navaja no haya causado demasiado daño…

—Galen me contó acerca de la gala de esta noche. Dijo que lamentaría perdérsela, íbamos a recrearla solo para los dos, incluso encargamos disfraces —Arielle escupió las palabras con resentimiento—. Supongo que no se la perderá después de todo.

Aleksei bebió sus palabras. Estar tan cerca la hacía sentirse desbordada. Sus sentidos estaban alertas. Sus huesos le ardían.

Corre, corre, corre.

—El alma de una pecadora… el rostro de una criatura celestial. —Aleksei extendió el dedo pulgar hacia sus labios.

Arielle retrocedió sin siquiera ser consciente de ello. El apoyabrazos se enterró en su espalda.

—Igual que tú. —Tragó saliva—. Iba a ser un ángel de alas negras.

El sonido que escapó de la boca de Aleksei la heló. Una risa. Algo peor.

—Un travieso ángel caído…

Arielle abrió los ojos grandes como si hubiera tenido una ocurrencia.

—Dos ángeles caídos descendiendo juntos a un salón de

pecadores. ¿Qué mejor venganza? No quiero que ese traidor disfrute un solo momento de esta noche. Quiero que me vea a tu lado.

Dejó que el enojo en su pecho burbujeara a la superficie. Que brillara en sus ojos.

—O puedo colgar tu cuerpo sin vida de una de las arañas. Alas rotas y piel blanca —sugirió Aleksei.

El corazón de Arielle se detuvo por un segundo. Sus dedos se acercaron al pendiente que colgaba sobre su suéter. Una alarma de auxilio.

Corre, corre, corre.

—Un espectáculo grotesco —intervino una voz.

Arielle se sorprendió de ver una silueta en el arco que llevaba a la habitación contigua. Algo acerca de su postura, de su figura alargada, la hacía verse como una sombra en un traje negro. De no ser por su pálido pelo rubio podría camuflarse en la oscuridad al igual que una.

—Aunque debo admitir que me gusta la idea de la chica. Galen Pembroke desafió tu autoridad y robó mi revólver, merece una lección de humildad —continuó el Antiguo.

Ese debía ser Niccolo Aetos. La noche en el callejón no lo había visto con claridad.

—Mmhm.

Aleksei lo consideró con una expresión que oscilaba de aburrida a cruel.

—Un ángel con alas de cuervo, ¿eh? Envía a alguien a recoger su disfraz. —Su mirada se volvió a Arielle—: Nuestra invitada puede darte la dirección.

Arielle asintió. Podía sentir el alivio corriendo en sus venas.

—Pero antes… quiero escuchar más de tu canción.

—¿Mi canción?

Los dedos de Aleksei se enterraron en sus muñecas. Se lanzó sobre ella al igual que una traicionera serpiente.

—Déjanos —le ordenó a Niccolo.

El apoyabrazos del sofá la mantuvo arqueada bajo el peso del Antiguo. No podía moverse. Las piernas de Aleksei presionaban

sobre las suyas. Dedos poderosos rodearon sus muñecas.

—No vas a negarme un trago. ¿Verdad?

El rostro de Aleksei Belkin era una preciosa máscara que escondía a una criatura sin alma. Estaba tan cerca que podía sentir el roce de sus pestañas. Arielle inhaló lento bajo la intensidad de su mirada. No iba a ganar el juego a menos que lo arriesgara todo.

—No.

—Buena *devushka*.

Arielle no quería ser buena. Quería ser una tormenta eléctrica. Un monstruo peor que el que estaba lamiendo su garganta.

Sería algo más peligroso.

Una chica determinada.

—Hazlo —lo alentó.

El dedo pulgar de Aleksei acarició el costado de su cuello, trazando el recorrido de la frágil vena.

—La oigo. La canción… pulso, calor, vida, rojo, rojo, rojo, rojo…

Afilados colmillos perforaron su piel. Mordió fuerte. Profundo. El dolor llevó lágrimas a sus ojos. Arielle se sostuvo del hombro de Aleksei para evitar hundirse en el sillón.

La boca del Antiguo la quemaba. Estaba succionando su sangre, vaciándola, pero a la vez la estaba llenando de un afiebrado fuego que incendió sus venas.

—Te contaré un secreto —la voz de Aleksei le dio pausa al dolor —. Una noche de primavera en la Costa Azul, maté a un hermoso muchacho de pelo marrón y piel olivada. Un brujo.

Arielle lo vio en su mente. Un chico con el rostro de Bastiano producto de una alucinación. La silueta de Aleksei lo sostenía gentil en un abrazo de muerte.

—Dos noches después una mujer me encontró bajo la luna plateada. Largo pelo marrón y brillante piel olivada. Me ofreció la curva de su cuello en invitación. Bebí en silencio. La melodía de su magia era distinta a cualquier otra que hubiera escuchado; coral, intoxicante…

Aleksei presionó los labios en la mordida y succionó un sorbo

desesperado. Acechado por el recuerdo.

—La mujer era una bruja poderosa. El muchacho que maté era su único hijo —continuó su relato—. Conjuró una maldición que corrió por su sangre dentro de la mía. La melodía se transformó en una canción sin fin. Me llama. Incluso de criaturas como tú, rojo sin chispas, vida sin magia… pero tienes la canción, la canción insaciable que hipnotiza mi alma…

Una maldición. Un castigo por haber robado una vida. Arielle intentó moverse, pero el peso del Antiguo la inmovilizó sobre el tapizado de cuero.

—Cuanto más bebo, hay más pedacitos quebrados, más voces y aromas… de amantes, de víctimas, más obsesiones… pero la canción… la canción siempre me llama.

Aleksei enterró la mano en el pelo de Arielle y mordió profundo. Un sonido de protesta escapó de sus labios. Dolía. Su mente la arrojó a un lugar oscuro. A palabras de tinta que había leído en historias de vampiros. «Soy el Caballero de la Muerte vestido con sedas y encajes, llegado a apagar las velas».

Estaba bebiendo demasiado. Arielle sintió el mundo inclinarse. Propulsándola a las fauces de un sueño eterno.

Clavó las uñas en sus hombros y empujó con fuerza.

Aleksei no se movió.

Se había entregado a la canción.



XLI

ARIELLE

El aire que le entró por la nariz se sintió pegajoso con el aroma metálico de la sangre. Su sangre. Veía todo nubloso y era incapaz de enfocarse, pero su sentido del olfato se había intensificado.

Arielle cerró la mano sobre el pendiente que colgaba sobre su pecho. Necesitaba ayuda. A Galen…

Frotó la yema de sus dedos sobre la superficie lisa de la piedra negra.

Si escapas, nunca dejarás de correr… de ciudad en ciudad, vivirás con miedo de que te encuentre, dijo una vocecita distante dentro de su cabeza.

Alejó los dedos de la piedra. Tenía que romper su trance, hacerlo reaccionar.

—No quiero morir. Quiero mi venganza, quiero ver el rostro de Galen cuando me vea a tu lado… —Arielle habló claro, pausado.

Los labios de Aleksei respiraron sobre su piel. Una pausa. Arielle estaba pensando qué más decir cuando el ruido repentino de un portazo la sobresaltó.

El monstruo alejó el rostro de su garganta. Gruesos rizos dorados le llovían sobre la frente. Sus labios, dientes y mentón estaban cubiertos de sangre.

—¡Envié a alguien a buscar el disfraz de la chica! —anunció la voz de Niccolo desde otra habitación—. Y hablé con Demetri. Está

en camino.

Arielle vio el cambio en su expresión ida. Sus ojos eran un océano agitado que se serenaba tras una tempestad. Cuando Aleksei parpadeó, enfocado, por poco se cae del alivio.

—¿Aleksei?

La sombra de Niccolo se detuvo en el arco de la puerta.

—Bien. Será una noche entretenida —respondió.

Arielle quería ponerse de pie. Alejarse del vil Antiguo. De su maldición. Pero se sentía engañosamente liviana. Su cabeza era un caleidoscopio de negros y rojos.

—Trae un paño mojado y algo con azúcar para nuestra invitada —indicó Aleksei.

Voy a matarte.

Lo mataría allí mismo de tener la oportunidad. Su cabeza aún daba vueltas, pero su estómago era un volcán cerca de hacer erupción.

Niccolo le ofreció una toalla de mano y la usó para limpiar la sangre en su cuello. Luego mordió un cubo de azúcar.

—Al menos está recuperando algo de color. Nadie va a envidiar su compañía si la llevas con el aspecto de un cadáver —remarcó Niccolo.

—Qué observación tan útil.

Aleksei no se molestó en limpiar la sangre seca que manchaba su angelical rostro. Arielle llevó la mirada al resto de la larga habitación. Reunía muebles de diferentes estilos. Como si los hubiera ido acumulando a lo largo de su extensa vida. Había un sofá, un sillón otomano, vitrinas, una hermosa mesita de té tallada a mano.

—Este *loft* es impresionante —habló en tono casual.

Se puso de pie, con cuidado de no marearse, y dio unos pasos con lentitud. El lugar era un reflejo de la caótica cabeza del Aleksei. El contraste entre los muebles creaba un estilo inusual que se veía atractivo, mientras exponía decenas de inconsistencias.

—Me gustaría un recorrido —pidió Arielle.

—¿Te gustaría ver qué tesoros escondo? —preguntó Aleksei.

Una de las paredes exhibía un colorido Andy Wharhol de Marilyn Monroe. Otra, un trágico ángel de estilo renacentista.

Su profesora de arte del internado tendría un infarto de verlos exhibidos a tanta proximidad.

—Me gustan las cajas fuertes —admitió en tono inocente.

Aleksei la consideró, incierto de si estaba o no bromeando. Ver la sangre que manchaba los labios del Antiguo hizo que el aire raspara su garganta. Arielle desvió la mirada. Esa era su sangre. Había bebido, bebido, bebido… y temía que volviera a hacerlo.

—Tengo un par de esas. —Le extendió la mano en invitación—. Ven conmigo, Arielle, te las enseñaré.



XLII
GALEN

El viejo hotel de seguro presentaba un misterio para muchos espectadores. Abandonado, pero no descuidado. La fachada estaba intacta, sin grietas, ni graffitis.

Pertenecía a miembros de los caballeros de Byron. Un hotel cerrado. Un templo de la perdición para aquellos que eran invitados a cruzar la pesada puerta dorada.

Galen se detuvo en la esquina.

El húmedo aire de Londres silbó sobre su abdomen descubierto.

No veía el atractivo en fingir que era un santo. Todos sabían que los diablos la pasaban mejor. Y de ser uno, ese sería su atuendo diario.

La camisa era de una seda tan fina que se sentía líquida. Estrellada tinta negra que caía sobre sus hombros y le pintaba los brazos. No se había molestado en abotonarla. Jeans de un oscuro tono gris. Pelo despeinado. Ojos con un delineado grueso, borroneado, como si lo hubiera hecho con carbón.

Un desalineado diablo de la noche.

Acarició la piedra en su brazalete de cuero. Estaba fría. No había vuelto a levantar calor desde la primera vez que lo había hecho horas atrás.

Galen había llamado a Niccolo de inmediato. *Haz algo*, lo había

urgido.

El otro Antiguo había cumplido con su palabra.

Una breve llamada en la que susurró *está viva*, se lo hizo saber.

Pero no había oído nada desde entonces.

Una llamativa mujer captó su atención desde la cuadra de enfrente. Largo pelo plateado que volaba suelto sobre un revelador vestido de satín blanco. Los finos breteles enseñaban la orgullosa curva de sus hombros, el profundo escote en v daba un vistazo a su prominente busto y el tajo de costado exhibía la elegante línea de su pierna.

Galen cruzó hacia ella.

—Linda noche —lo saludó Cairo.

—Lindo vestido —respondió.

—Oí que es una gala de Santos y Pecadores. Tal vez podamos jugar luego de que termines tus asuntos…

—Eres un ángel irresistible, pero me temo que el cielo no podría contenerte —respondió con una curva en el labio.

Jugar con un ángel era exactamente lo que tenía en mente. Solo que no era un ángel blanco. Galen hubiera preferido contar con la ayuda de Jean Balfour, pero la bruja no tenía el poder necesario para hacer un hechizo de tal magnitud. Las brujas que abandonaban sus comunidades de tan jóvenes nunca lo hacían.

Cairo era poderosa. Había incursionado en magia negra.

—El infierno tampoco —respondió la mujer de pelo plateado.

Sacó un objeto de su cartera. La daga era una reliquia. Una serpiente de plata con ojos de esmeraldas enroscaba el mango de manera posesiva. La hoja curvada destellaba un traicionero brillo verde.

—Esta daga perteneció a un Houngan, un sacerdote vudú. Es magia antigua. Corta una herida que no se cierra.

Cairo acarició la piel descubierta de su torso con la punta de la daga. Galen oyó el silbido del metal. Sintió un crispido de poder. Se mantuvo quieto. Rogando que la bruja no lo hundiera entre sus costillas.

—¿Un regalo? —preguntó.

—Un préstamo —lo corrigió.

—Gracias, cariño.

La bruja dejó caer la hoja y le ofreció la serpiente en el mango.

—¿Qué hay de la barrera? —preguntó Galen.

—Yo me encargaré de eso. Una vez que estén todos dentro, me aseguraré de que nadie salga —sonrió Cairo—. Pero solo lo puedo mantener mientras la luna esté en su punto más alto. Luego exige una cantidad de poder que no estoy dispuesta a dar.

—Entiendo.

—Estás en deuda, Galen —dijo con una mirada hambrienta.

—Lo sé. Puedes cobrar tu favor cuando gustes.

Galen entrelazó los dedos en el pelo plateado. Besó a Cairo como si se tratara de Arielle. Si la bruja detectaba que no la deseaba igual que antes, las consecuencias serían fatales. Su relación era una de beneficio. Sin embargo, nunca hubiera aceptado ayudarlo de saber que estaba arriesgando todo por otra mujer.

—Nunca mencionaste el origen de tu conflicto con Belkin —dijo Cairo.

El sonido de pasos lo salvó de responder. Devon Windsor se desprendió del manto de neblina que tragaba la calle.

—Buen disfraz, D. Veo el esfuerzo —lo saludó Galen.

Su amigo se encogió de brazos. Llevaba una oscura camisa gris y un pantalón negro.

—¿Quién dice que los pecadores se visten de modo extravagante? —Llevó su atención a Cairo e inclinó el mentón a modo de saludo—. Cairo, es siempre un gusto.

Galen presionó los labios. Devon odiaba cruzar caminos con la bruja de pelo plateado. Lo disimulaba bien. Por miedo. Cairo era lo opuesto a una flor delicada. Era una hiedra venenosa.

—Es hora de ir. No queremos ofender a nuestro anfitrión siendo impuntuales —dijo Galen.

Los dos Antiguos cruzaron hacia el hotel. La bruja se quedó detrás. Si Aleksei Belkin quería un buen festejo, le daría uno que no olvidaría.



XLIII
GALEN

El interior del hotel desplegaba una elegancia clásica. Su nombre, El Madelyn, resplandecía en letras doradas en la pared del *lobby*. Galen y Devon siguieron el camino de los faroles encendidos. Los demás corredores habían quedado en penumbras.

Encontraron el salón en la segunda planta. Cruzar la puerta fue como adentrarse en la carpa de un glamoroso circo. Las paredes estaban ocultas tras un río de tela que fluía desde el centro del techo, colgando al igual que lianas que se enganchaban en las esquinas y caían hacia abajo.

Tela blanca pintada en etérea luz celeste.

Del techo también colgaban trapecios. Y de los trapecios talentosas acróbatas con alas blancas.

Galen siguió el descenso de una hacia el infierno que le esperaba debajo.

El suelo desprendía un velo de incandescente humo rojo. La bebida fluía en exceso, al igual que la comida, las apuestas y las malas compañías. Ángeles y demonios charlaban y brindaban.

En cuanto dio unos pasos dentro, las miradas gravitaron hacia él. Galen actuó indiferente. Prefería observar desde las sombras a ser el centro de atención. Al parecer, todos habían oído de su conflicto con Aleksei.

Dos figuras lo observaban fijo. Haciendo una exhibición de mirarlo con desprecio. Demetri y Niccolo. El primero no llevaba más que pantalones, su torso exhibía el tatuaje de un gran toro rojo con los cuernos en llamas. «El toro de fuego», así es como lo llamaban en sus días de gloria en el ring. Demetri había sido un boxeador reconocido hasta que debió retirarse antes de que notaran que no parecía envejecer. Era una regla de su sociedad secreta que los Antiguos no podían estar en el ojo público por más de unos años.

Niccolo llevaba un traje a medida de un oscuro tono bordó.

—Va a ser una noche interesante —comentó Devon.

—Sin lugar a duda.

Galen tomó una flauta de champán que le ofreció un bonito ángel rubio y la levantó a modo de saludo. Demetri y Niccolo replicaron el gesto con expresiones cínicas.

Al volver su atención al centro entrecerró los ojos ante la marea de incandescente humo rojo que flotaba sobre el suelo y danzaba entre las figuras.

El humo se dispersó lentamente y reveló a una chica de alas negras.

Arielle.

Su largo pelo caía sobre lustrosas plumas que brillaban como las de un cuervo tras sus hombros. La parte superior de su cuerpo estaba cubierta por un sensual *top* de mangas largas cuyo material transparente revelaba un sostén de cuero. Ajustados pantalones satinados envolvían sus largas piernas. Todo en negro. De no ser por el vivaz celeste de sus ojos y los labios frambuesa, la ladrona sería una provocadora sombra.

Aquel hermoso rostro podría condenar su alma sin siquiera pestañar.

Está viva. Está aquí.

Los rizos de humo se abrieron alrededor de una segunda silueta que tomó a Arielle de la cintura.

Si su ladrona era un ángel esculpido de noche y estrellas, Aleksei Belkin era un santo caído que disfrutaba de su condena.

Tuvo la audacia de agachar el rostro hacia su oído y susurrarle algo de manera íntima. Verlos juntos envió una estrepitosa descarga que relampagueó en su pecho.

Los pies de Galen patearon la marea de humo. Arielle no lo vio hasta que se detuvo a meros pasos. Alivio. Eso fue lo que buscó en su mirada. Lo que encontró en su lugar fue odio.

—Lindo disfraz, cariño.

Arielle lo cortó con una mirada afilada.

—Espero que ardas en el infierno —replicó en tono gélido.

—No fue nada personal. Hice lo necesario para proteger mis intereses —respondió con una sonrisa inocente—. Tienes que admitir que es una buena fiesta. No iba a perdérmela.

La mano de Arielle estuvo cerca de volar en su dirección. Aleksei la detuvo. Cerró los dedos alrededor de su muñeca, recordándole a la posesiva serpiente que estrujaba el mango de la daga, y la sostuvo a su lado.

—Es temprano para causar una escena. —Levantó la mirada hacia él—. Gracias por tan dulce obsequio, Galen. Lo he estado disfrutando.

Aleksei recorrió el cuerpo de Arielle hasta llegar al cuello y correr un mechón de pelo, exponeniendo la mordida que había perforado la piel de la joven de manera despiadada. Sangre seca cubría la marca de colmillos.

Condenado salvaje.

Galen evitó el rostro de Arielle. Una mueca de dolor sería suficiente para sacarlo de su rol.

—Gracias por la invitación. Ha pasado un largo tiempo desde que disfruté de una velada tan prometedora.

—Disfruta tu noche, Galen.

Aleksei le dio la espalda y guio a Arielle hacia el centro del salón. El detestable bastardo la exhibió en un giro brusco. Le dijo una sola palabra que Galen leyó de sus labios: *Baila.*

Arielle sonrió enigmática. Alzó los brazos sobre las alas negras que se asomaban sobre sus hombros en sensual invitación. El gesto lo llevó de regreso a una casa de campo en Cambridge. A una noche

de tormenta. Y la silueta de la ladrona envolviendo su cadera.

La íntima escena se deshizo frente a sus ojos y mostró a un ángel de alas negras danzando en un incandescente mar de humo rojo. Siguió la cadencia de la música, lenta e hipnótica. Cada movimiento fluía con elegante precisión. Arielle poseía la gracia de una bailarina de danza clásica.

Le recordó a Odile. La malvada gemela del cisne blanco. Una misteriosa doncella de terciopelo y plumas negras cuya danza había embrujado el corazón de un príncipe.

Arielle estiró la mano hacia el cielo de luz celeste, rozó los dedos de una acróbata, y luego dejó caer la cabeza hacia atrás, sumergiéndola en el humo que serpenteaba a su alrededor.

Estaba contando la historia de una chica que quería alcanzar el cielo cuando sabía que su caída al infierno era inevitable.

Chica inteligente.

Aleksei Belkin se veía hipnotizado.

Su bella ladrona estaba robando la atención de cada persona en la sala.

Galen disfrutó del espectáculo hasta que Aleksei decidió formar parte de él. La tomó en sus brazos, apropiándose de su cuerpo como si le perteneciera. Arielle llevó los dedos a su nuca permitiendo que la hiciera flotar sobre el humo.

La escena le revolvió el estómago. No creyó que pudiera matarlo hasta que la joven inclinó su rostro hacia el de Aleksei y le dio un hambriento beso.

¿A qué estaba jugando? La desconfianza envenenó su pecho de una sola mordida.

Galen retrocedió entre la multitud de espectadores y salió del salón.



XLIV
ARIELLE

Aleksei Belkin era el ángel caído de un cuadro renacentista. Igual al que colgaba en su *loft*. Pálidos rizos dorados llovían sobre su rostro. Las puntas manchadas de rojo. Como si alguien lo hubiera salpicado con sangre. Trazaba la delicada línea de su mandíbula. Manchaba la camisa de lino blanca que colgaba de sus hombros, arrugada y desabotonada por la mitad.

Un santo que rechazó la gracia del cielo y se sumergió en pecado.

Arielle imaginó que el labial en sus labios era veneno y que un beso de ella resultaría fatal.

Fue la única motivación que la ayudó a presionar sus labios sobre los del vil Antiguo. Un ardiente beso de furia.

Aleksei tenía que creer que estaba allí para vengarse de Galen. Eso lo haría bajar la guardia. Si la Dearg-due no lo mataba, ella no fallaría. Iba a pagar por lo que le había hecho. Por aterrorizarla y por poco beberla seca.

Los afilados colmillos de Alekis rozaron su labio inferior. Un gusto metálico llenó su boca. Un estruendo eléctrico rugió en su pulso haciendo que saltara fuera de sus brazos.

Si el monstruo escuchaba esa maldita canción… no se detendría.

—Es temprano para causar una escena —le recordó.

La mirada en sus crueles ojos estaba cerca de extraviarse. Arielle

la sostuvo, alentándolo a enfocarse.

—Cierto. Cierto. Es temprano… —murmuró Aleksei.

El incandescente humo abrazaba su figura, dándole fantasmagóricas alas rojas. Un demonio que bebería de su corazón hasta dejarlo seco.

Arielle desvió la mirada hacia la multitud en busca de Galen. Ya no estaba. El grueso delineado que enmarcaba sus ojos le daba un aspecto salvaje. Sin mencionar su esculpido abdomen.

Galen Pembroke era el diablo más seductor que había visto.

¿Dónde estás?

—Vamos por un trago —dijo Aleksei tirándole del brazo.

Arielle llevó la mano libre hacia el bolsillo que se escondía en las alas negras tras sus omóplatos. Sintió metal bajo sedosas plumas. Jean la había ayudado a armar el disfraz y se había asegurado de que le llegara.

Los ojos de Arielle buscaron entre la multitud de santos y pecadores una vez más.

¿Dónde estás?



XLV

GALEN

La habitación en la que entró estaba vacía a excepción de dos costosas sillas y un sillón. Galen cruzó hacia la ventana y la abrió. Nubes grises ocultaban la luna. Estiró los dedos hacia afuera, buscando aquel empuje de magia. Cairo debería haber terminado de conjurar la barrera. Pero no podía sentirla.

Apresúrate, bruja.

Oyó pisadas acercarse tras su espalda.

—¿De verdad creíste que podías mostrar tu rostro sin consecuencias?

Galen curvó la esquina de los labios. Demetri lo había seguido, tal como lo había anticipado. Solo bastó con mostrarse afectado tras la escena entre Aleksei y Arielle.

Lo cual había sido sencillo, ya que aquel beso lo había impactado con la tenacidad de una patada en el estómago.

Acercó los dedos hacia la daga que ocultaba en la cintura de los pantalones.

—Creí que…

Unos nudillos tan duros como el cemento impactaron contra su mandíbula con tal fuerza que casi lo expulsan por la ventana. La cabeza de Galen colgó hacia un costado. Su visión se redujo a afilados tonos negros.

Por todos los malitos diablos alados.

Apenas tuvo tiempo de pensar las palabras antes de que Demetri estrujara su tráquea, aprisionándole la garganta bajo la sólida musculatura de su antebrazo. Lo sostuvo contra la pared estudiándolo con desagrado. El Antiguo cerró su otra mano en un puño de acero que enterró en su intestino. Galen sintió el impacto quemar el aire fuera de sus pulmones. Demetri lo arrojó hacia una de las sillas como si no fuera más que un costal de arena. Punzante dolor explotó a lo largo de su espalda. El respaldo de madera se incrustó contra sus huesos con un terrible crujido.

—Aleksei me pidió que te entregue un mensaje: Estás terminado —anunció.

El eco dentro de su cráneo silbó sobre las palabras. No podía respirar. Su intestino latía tortuoso al igual que una serpiente enroscada.

—Si no me… quería aquí… —se esforzó por tomar aire entre las palabras—. Bastaba con… rechazar… mi invitación…

Daga. Necesitaba la maldita daga. Estiró la mano hacia la cintura de sus pantalones: no estaba. Debió caerse cuando lo arrojó. Galen pestañeó de manera furiosa, desesperado por enfocar su vista en la habitación.

Lo único que logró ver con claridad fue la colosal silueta de Demetri acercándose. *Oh, no.*

Rodó para esquivar la punta de sus zapatos.

El gran toro rojo tatuado en sus pectorales se veía en llamas. Como si la tinta se hubiera encendido. Galen se preguntó si eso es lo que veían todos sus oponentes cuando los deshacía a golpes en el ring.

—Hablemos —propuso.

Sus manos recorrieron la alfombra en busca de la daga.

—No.

Galen maldijo por lo bajo. Demetri siempre había sido un hombre de palabras escasas y puños rápidos. El próximo golpe hizo que una enceguecedora luz blanca estallara tras sus párpados. Se arrastró sin rumbo.

—¿Van a matarme a lo bruto? Creí que todo estaba perdonado… —Escupió la sangre acumulada en su boca—. O que Aleksei sería más creativo…

—Nos traicionaste por una simpletona sin magia.

—Traicionar es una palabra ambiciosa.

Galen se movió lento, desorientado. Necesitaba ganar tiempo para calcular la trayectoria. Pateó el tendón izquierdo de Demetri con toda la fuerza que pudo reunir. El gigante dejó escapar un quejido de furia.

Sus ojos recorrieron la habitación buscando con desesperación.

—Caballeros, ¿interrumpo algún… altercado?

Esa voz lo hizo exhalar de alivio. Devon Windsor recorrió la habitación observándolos de manera casual como si fuera una simple riña en vez de un intento de asesinato. Un doble intento de asesinato, ya que ese también era su objetivo.

—Tu interrupción es muy bienvenida, D —murmuró Galen escupiendo más sangre.

Galen siempre había favorecido trucos y estrategias sobre la fuerza física, pero su amigo tenía el porte y la fuerza de un guerrero celta.

—Piérdete, Windsor. Esto no te incumbe —ladró Demetri.

Los brillantes ojos de la serpiente que enroscaba la empuñadura le hicieron un guiño esmerlada desde abajo del sillón. *Ahí estás*. Galen se deslizó sobre la alfombra. Demetri enterró un zapato sobre su columna vertebral hasta que sus huesos comenzaron a crujir uno por uno.

Probablemente se hubieran quebrado de no ser porque Devon se arrojó sobre Demetri y lo apartó de una bofetada.

Galen alcanzó el sillón sin perder un segundo. Buscó la daga, manteniéndose alerta a los dos gigantes que peleaban tras su espalda.

Devon logró golpearlo un par de veces antes de que Demetri le diera un cabezazo tan potente que el sonido de ambos cráneos colisionando hizo que apretara los dientes.

Los dedos de Galen se cerraron sobre la daga impulsados por

pura adrenalina. Demetri lo atrapó de los tobillos y lo arrastró hacia él con la fuerza de una bestia enfurecida. Galen le sorió como diablo.

Tomó ventaja del impulso, giró la cadera antes de que el puño de Demetri fracturara su cráneo y enterró la hoja de acero entre sus costillas, empujando hasta hundirla entera.

—¿Cómo es que dicen en boxeo cuando alguien pierde? ¿Nocaut? —preguntó Galen en tono malicioso.

Había apuñalado al gran toro de tinta.

—Tramposo —lo escupió Demetri.

Se tambaleó hacia atrás, sin derribarse. Una de sus manos descendió hacia la serpiente en la empuñadura, pero se detuvo antes de tomarla. De sacarla la sangre fluiría sin obstrucción.

Hazlo. Saca la maldita cosa y desángrate, estúpido bastardo violento.

Demetri debió leer su mente ya que su mano olvidó el arma e impactó contra la nariz de Galen.

—¿Crees que puedes matarme con un viejo cuchillo? —le escupió el Antiguo.

Galen presionó los dedos sobre el puente de su nariz para contener el dolor.

—Una daga encantada —lo corrigió.

La sangre no dejaría de correr. Una herida que no podía cerrarse. Demetri apenas tuvo tiempo de considerar lo que había dicho antes de que Galen se abalanzara hacia él y extrajera la serpiente de un tirón.

Vívida sangre roja brotó desenfrenada impactando sus sentidos. Su aroma era eléctrico. Plagado de magia. Podía oír susurros distantes. Un canto coral tan antiguo como el hechizo que corría dentro de sus venas. El hechizo que se alimentaba del poder de poseedores de magia para hacerlos longevos.

—Rata traidora… —gruñó Demetri.

El colosal Antiguo embistió al igual que un toro enceguecido de ira. Galen logró esquivarlo y Devon cayó presa de sus puños.

—¿Por qué no se muere? —preguntó levantando los brazos en

una pose defensiva.

—Lo hará una vez que se quede sin sangre —respondió Galen—. Lo cual es un problema dado que tiene demasiada…

—Haz algo —lo urgió D.

Se suponía que tenía que ser una muerte rápida. Silenciosa. No el alboroto que contemplaba. El ruido de muebles quebrándose bajo el peso de su amigo hizo eco contra las paredes. Si no lo detenían alertaría a los demás de lo que estaba sucediendo.

Galen avanzó hacia Demetri en un intento de llevarlo hacia la ventana. Un empujón haría el truco.

El Antiguo lo miró con rabia. Su torso estaba cubierto en sangre. Fluía y fluía sin restricción. Empapaba sus pantalones y crecía sobre la alfombra.

—¿Crees que ganaste? —Demetri le mostró los dientes en una sonrisa cruel—. Aleksei quería que te rompiera un par de huesos, que te incapacitara para que pudieras ver el espectáculo que preparó para ti sin interrupciones…

La victoria en los ojos de Demetri inyectó miedo en su pecho.

—¿Qué espectáculo? —exigió.

—Va a romper las alas de tu lindo ángel negro, beber de sus venas hasta que la luz abandone sus ojos…

No. No. No.

A pesar del charco de sangre a sus pies, Demetri seguía de pie. Galen vio a Devon acercarse por el rabillo del ojo. Tendrían que embestirlo juntos. Deshacerse de él de una buena vez.

—Cobarde, hazlo tú —lo desafió Demetri—. Ven aquí y…

Un tiro silencioso impactó contra el pectoral del Antiguo y lo derribó hacia atrás. Demetri abrió los ojos en una mirada incrédula. Luego su pesado cuerpo cayó por la ventana abierta. Luz violácea centelló acompañada de un chasquido eléctrico.

Magia.

El hechizo para evitar que pudieran dejar el edificio.

Galen miró sobre su hombro. Niccolo Aetos estaba parado a un costado de la puerta con un revólver en la mano. Su silueta era una sombra elegante en un traje del mismo color que la sangre en la

alfombra.

—Listo, amigos. Una bala soluciona problemas de todos los tamaños.



XLVI

ARIELLE

Cada caricia de Aleksei la dejaba a la deriva en un océano tan frío que le helaba los huesos. Tras guiarlos a un *chaise lounge*, el Antiguo había acomodado a Arielle sobre su regazo, exhibiéndola a la vista de todos.

Talentosas acróbatas vestidas de ángeles colgaban desde el cielo de tela sobre sus cabezas. Crueles diablos anticipaban su descenso hacia la infernal neblina en la que reinaban.

¿Dónde estaba Galen?

Arielle se contuvo de bufar. Odiaba estar en aquella posición vulnerable. Exhibida sobre el regazo de un vil monstruo al igual que un trofeo. Había mujeres entre la multitud de diablos. Seguras, poderosas, vestidas en provocadores vestidos rojos o reveladores conjuntos negros. Podían ser… ¿Antiguas? ¿Las damas de Catalina?

Galen le había dicho que tenían su propia sociedad secreta.

La mano de Aleksei cubrió su pierna en una caricia lenta. Arielle se tensó. El gesto imitaba uno de seducción cuando era todo lo opuesto. Cortejaba muerte en vez de pasión.

—Me gustan tus alas.

Aleksei jugó con las plumas negras antes de arrancar una. La sostuvo entre sus nudillos, contemplándola como si le recordara algo, y la dejó caer.

—Pero admito que ansío verlas rotas…

Su voz reveló una insaciable sed que la estremeció. Arielle apenas logró ponerse de pie antes de que Aleksei cerrara sus largos dedos sobre su garganta y la retuviera cerca. La expresión maniaca que se asomó a su rostro le dijo que pronto perdería la compostura temporaria que había logrado.

Rizos rubios caían sobre su frente al igual que un halo de oro y sangre. Era maléfico y hermoso. Veneno en una delicada botella de perfume.

—Iba a esperar a que Demetri regrese con tu amante, pero estoy aburrido…

—No es mi amante —protestó Arielle—. Me dio una pócima y me dejó en tu pórtico. Como si fuera algo material, un obsequio. Estoy aquí porque quiero vengarme de él.

Aleksei dejó escapar una risa sin humor que le heló la sangre.

—Estás aquí porque quiero darle una lección.

—A Galen no le importa lo que hagas conmigo —le espetó Arielle.

—Eso es porque su imaginación es limitada.

La sonrisa siniestra que le dedicó hizo que llevara la mano hacia el bolsillo oculto en sus alas. Dentro estaba su salvación. Pero ese no era el momento, no tenía la distancia que necesitaba. Tampoco el tiempo suficiente para apuntar.

—¡Amigos! ¡Amigos! —El Antiguo alzó la voz—. Creo que es hora de que este lindo ángel negro sea castigado por sus travesuras…

Gritos de aliento aullaron en respuesta. Aleksei Belkin la empujó hacia la multitud de lobos que aguardaba hambrienta. Distintos pares de manos se apoderaron de ella; su pelo, sus brazos y su cintura eran tironeados en distintas direcciones.

Arielle peleó por soltarse, pateando y rasguñando con la ferocidad desesperada de un gato callejero, pero era inútil, eran demasiados. Una multitud de malvadas criaturas ebrias de poder y juventud.

—¡Suéltenme! ¡Los mataré a todos! —gritó.

La escena en la que estaba atrapada era sacada de una pesadilla.

Desde el incandescente humo que tragaba sus piernas a las figuras que la hacían girar haciéndose pasar por siniestras parejas de baile y hasta a la tétrica música de un órgano.

Si había un infierno, estaba en él.

Arielle Hollis se dejó ahogar por la marea de demonios. Que la creyeran condenada. Un ángel roto.

No necesitaba de alas para vengarse.



XLVII

GALEN

No recordaba la última vez que había sentido su corazón bombear sangre con tal urgencia. Galen había olvidado lo profundo que podía cortar el miedo. Su peor encuentro con la muerte había sido cuando le arrebató a su padre. Pero la había visto asomarse. William Pembroke murió a los ochenta y seis años de una falla cardiaca en una noche de tormenta.

La baranda de las escaleras chocó sobre su abdomen descubierto.

Frente a él, acróbatas de rostros angelicales colgaban de nubes de tela, pero debajo, en el primer piso, una multitud alborotada desataba caos sobre el mar rojo.

Sus ojos la encontraron sin esfuerzo. Alas y cabello negro danzando sin escape. Acosada por distintos pares de manos que se la pasaban entre sí, atrapándola en giros y dándole caricias indeseadas.

Galen bajó los escalones de a dos; su espalda aullaba de dolor, la sangre brotaba de su nariz. Estaba impulsado por emociones tan intensas que amenazaban con fisurar su piel.

El resto de los caballeros de Byron no tardaron en reconocerlo. Chocaron con él, cuerpo tras cuerpo tras cuerpo, impidiéndole llegar hacia su ladrona.

—¡Arielle!

El nombre ardió en su garganta. Una súplica. *Cállate. Piensa. Sé inteligente.* Si veían lo agitado que estaba, eso solo los alentaría a jugar con ellos.

Galen se detuvo. Espalda derecha, manos en los bolsillos en una pose despreocupada. Lo único que le importaba en el mundo era ella. Tendría que actuar como si fuera lo opuesto. *Arielle Hollis no es nada para mí. Una chica más. Algunas noches de sexo.*

Perturbados ojos azules lo encontraron en el caos. Aleksei Belkin. La sonrisa maniaca que le curvó los labios fue más fatal que cualquier daga embrujada.

—Es hora de probar si nuestro ángel tiene lugar en el cielo… —alzó la voz sin dejar de mirarlo.

La escena se desenvolvió frente a sus ojos, maquinada por una mente perversa. Dos acróbatas, disfrazados de espeluznantes criaturas de la noche, descendieron sobre Arielle, ágiles cual arañas, y la tomaron de las muñecas.

Tiraron de ella y el elástico de las telas los lanzó en un rápido trayecto que envió a Arielle volando hacia arriba.

El grito de sorpresa que escapó de su garganta lo hizo inhalar de horror.

Arielle colgó desde la gran altura del techo. Una hermosa joven de alas negras y ojos de estrellas. El dúo de acrobáticas criaturas la sostuvo de las muñecas, intercambiando miradas burlonas. Si la soltaban…

Galen se contuvo de correr debajo de ella. Aleksei no lo dejaría llegar. E incluso de hacerlo, la altura era significativa; la caída sería vertiginosa, sus cuerpos se quebrarían, un festín de sangre y huesos rotos.

Brid tenía que hacer su entrada. Y pronto. De lo contrario no verían el amanecer.

—Nuestra invitada de honor es un lindo adorno. ¿No creen? —preguntó Aleksei.

Aullidos salvajes y risas crueles llenaron la sala. Galen quería romper el cuello del sádico Antiguo con sus propias manos, pero

luego vio el rostro de Arielle… no se veía asustada, sino furiosa.

Un ángel oscuro que prometía ruina.



XLVIII

ARIELLE

No le temía a las alturas. Ni a la caída. El piso de mármol que aguardaba bajo el telón de humo era otra cuestión. Prometía una muerte grotesca. El burlón dúo de acróbatas que la sostenía llevaba disfraces de criaturas con cuernos y serpentinas colas de demonio.

No morí en el callejón. Y no voy a morir aquí.

La presión de dedos sobre sus muñecas era lo único que la sostenía. Arielle sintió una de las botitas que llevaba deslizarse sobre su tobillo.

Su deseo de sobrevivir, de disparar un tiro al corazón de Aleksei Belkin, era una llamarada que ardía en sus venas.

Podía ver la cabeza de pelo dorado. Los demás Antiguos que lo rodeaban mantenían una distancia prudente, dándole espacio. Siguió su atención hacia un joven de oscuro pelo castaño. La mirada de Arielle encontró la de Galen.

Colgaba demasiado alto como para leer su expresión, sin embargo, la forma en que la estaba mirando delataba orgullo.

Se veía terrible; un ojo inflamado, sangre en la nariz y el mentón.

¿Dónde había ido? ¿Podía confiar en su plan?

Estaba contenta de verlo, pero no necesitaba que la atrapara. Arielle Hollis iba a aterrizar sobre sus propios pies. Incluso si no sabía cómo lo conseguiría.

—Un lindo adorno, sin duda… —continúo hablando Aleksei—. Bonito de contemplar, aunque vacío, carente de magia.

—Buuuuuu.

—¡Impostora!

—¡Simpletona!

Distintas voces se mezclaron en gritos de burla. Arielle deseó que hubiera una manera de liberar una de sus manos para tomar el revólver y vaciar el cargador sobre los demonios debajo.

BANG, BANG, BANG.

Uno por uno.

—Me temo que no perteneces allí arriba, pequeño tulipán, sino aquí abajo, un ángel de alas rotas… —le dijo Aleksei.

—¡Vete al infierno! —respondió furiosa.

—Estoy parado en él junto al resto de los pecadores. —Levantó las manos con una risa fría—. Únete a nosotros, Arielle. Es hora de tu descenso…

Uno de los acróbatas dejó escapar una carcajada cruel. Quitó el primer dedo de su muñeca de manera lenta. Iba a soltarla.

—Espera. Tengo dinero.

Levantó el rostro hacia la criatura que la sostenía. Denso maquillaje negro con destellos de rojo enmarcaba ojos indiferentes.

—Hagamos un trato.

Esta respondió con una nefasta sonrisa llena de dientes que la volvió más consciente del aire vacío bajo sus pies. Iba a caer. Iba a caer. Iba a caer…

Sus manos comenzaron a resbalar por los dedos de ambos acróbatas.

—¡No!

CRACK.

Vidrios estallaron a lo largo del salón tragando el grito que se le escapó. Todo se oscureció. Sus captores se estremecieron sin soltarla. ¿Qué estaba sucediendo? Arielle se aseguró de sentir la presión de dedos alrededor de sus muñecas antes de animarse a mirar hacia abajo.

La mitad del salón estaba en sombras. Alguien había hecho

estallar las bombitas de luz. Magia. *Tiene que ser una bruja.* Se giró a tiempo para ver a una silueta abrirse camino por la puerta principal. Una mujer de destellante pelo negro que flotaba tras sus hombros al igual que un velo fantasma. Se movía con la gracia de un espectro y la intención sanguinaria de un depredador. Algo acerca de ella le causó escalofríos.

La bebedora de sangre roja. Su padre era un brujo, su madre descendiente de la Dearg-due, una longeva que posee magia.

Arielle vio movimiento entre la multitud. Estar a esa altura le permitió seguir el recorrido sigiloso de cada figura que se movió en dirección a la nueva invitada. Mujeres. Todas. Las damas de Catalina rodearon a la Dearg-due, flanqueándola de manera reverente.

—Brid —la voz de Aleksei delató un tono agrio—. Qué honor.

—De serlo me hubieras enviado una invitación.

La voz que respondió era un sonido musical que le hizo pensar en el canto de una sirena. Engañoso como las brillantes escamas de una serpiente. Seductor al igual que un apuesto extraño desapareciendo en un callejón oscuro. Y tan sediento de vida como un hombre antes de morir.

—Debió extraviarse en el correo. —Se encogió de hombros.

—Lo dudo.

Brid se paseó a su alrededor. Llevaba un vestido de encaje blanco que la hacía ver como una novia fantasma. Una hermosa creación de estilo gótico. Con un corsé que abrazaba su silueta y una larga falda que caía en volados.

—Quédate. Disfruta de la velada —la invitó Aleksei—. Estábamos en el medio de un espectáculo.

Ojos del color de témpanos de hielo encontraron los de Arielle. Ojos que habían robado incontables vidas. Brid apenas le prestó atención.

—Disfrutaré de muchas cosas esta noche, Aleksei. Tu sangre será una de ellas… —la música en su voz alcanzó una nota peligrosa.

El cambio en la atmósfera fue inmediato. Murmullos tensos flotaron sobre el humo incandescente. Los caballeros de Byron

bajaron sus copas y perdieron sus muecas engreídas.

Brid continuó su paseo acechante alrededor de Aleksei. Se veía como una leona hambrienta.

Las damas de Catalina, atentas a cada uno de sus pasos, estaban listas para actuar. Su comportamiento anterior no había sido más que un acto. No habían estado coqueteando con los demonios a su lado, sino jugando con ellos.

Eran dignas de admirar. Mujeres poderosas. Determinadas. Unidas. Dispuestas a darles una lección a esa secta de monstruos.

Arielle quería ser una de ellas. Aunque no necesitaba de magia en su sangre para hacer de las suyas.

—La Dearg-due quiere mi sangre… ¿Ansías oír la canción? ¿Convertirte en una verdadera dama de la noche?

Brid dejó escapar una pequeña risa que sonó a porcelana rota. Aleksei no alteró su postura, siguiéndola con la mirada.

—Conozco los secretos de la noche y no se asemejan en nada a tus delirios —respondió—. Atacaste a uno de mis descendientes.

—No hice tal cosa.

—¿No? ¿No rompiste su nariz ni bebiste su sangre? ¿No secuestraste a una bruja? ¿O le dijiste que te recordaba al aroma de los tulipanes? —exigió Brid.

Por primera vez, la postura de Aleksei se tensó. Arielle notó la rigidez en sus hombros. Aquel detalle del aroma a tulipán lo había hecho dudar. Buscar dentro del caos de su mente. Galen era un genio, le concedería eso.

—No atacaría a uno de tus descendientes… —respondió sin sonar convencido.

—Mmmhm… —Brid hizo un ronroneo felino.

—Alguien me tendió una trampa.

El Antiguo alzó la vista hacia ella y luego buscó entra la multitud que lo rodeaba.

—El músico rojo. Así es como te llaman, ¿verdad? Pobre Aleksei… tu mente es un espejo roto, refleja fisuras…

—Oí las historias acerca de ti, pero la realidad es decepcionante. Recluida en tu mansión del terror, atormentando amantes, eres una

criatura del pasado, Brid. —Extendió los brazos en un gesto teatral —. El presente nos pertenece a nosotros. Los caballeros de Byron. ¿Te crees una reina intocable? Mi sed es insaciable. Esta noche seré yo quien pruebe tu sangre.

Brid le dedicó una mirada fría que heló la atmósfera. Decenas de bombitas de luz estallaron al unísono, sumergiendo el resto del salón en sombras. Era la distracción que había estado esperando. Arielle se balanceó, dándole impulso a sus piernas, y alcanzó la tela de la cual se sostenía uno de los acróbatas, clavándoles las uñas en las manos de ambos hasta extraer sangre.

La soltaron con un alarido de dolor.

Arielle enterró los dedos en el material elástico, aferrándose con desesperación. Luego pateó a una de las endemoniadas perras a su caída, forzando a su pareja a intentar ayudarla.

Todo estaba en sombras.

Debajo, el mundo se sumergía en incandescente humo rojo que se elevaba sobre la oscuridad. Podía oír gritos. Estallidos de cristal. Caos.

Era su oportunidad de descender sin ser vista.

La fortuna sonríe a los audaces, se dijo.

Arielle Hollis se deslizó hacia abajo. El material se escurrió entre sus dedos, quemándolos, y tomó más velocidad de la que había previsto.

Por un momento en verdad se sintió como un ángel caído. Las alas negras en sus omóplatos eran ya un adorno obsoleto.

La caída fue eufórica.

El aterrizaje, doloroso.

Humo rojo tragó su cuerpo e inundó sus sentidos. El impacto contra el suelo de mármol vibró dentro de sus huesos.

Arielle maldijo. ¿Qué diablos la había hecho pensar que podía aterrizar con la agilidad de una de esas acróbatas?

Skyler Anjou lo hubiera logrado. Se aseguraría de que la protagonista de su libro fuera atlética además de ingeniosa.

Ponerse de pie empeoró el dolor en su cabeza. Arielle vio siluetas moviéndose en la cercanía; empujándose, corriendo. Había

aterrizado en el centro del caos. Encontrar a Galen sería imposible. Tenía que escapar, buscar un lugar seguro desde el cual poder ver la muerte de Aleksei.

Dio un paso cauto, manteniéndose alerta.

La gala de santos y pecadores se había convertido en un disturbio. Y pensar que todo se había desencadenado porque había cruzado camino con Aleksei Belkin en el baño del Old Queen's Head. Saber que era la causante de las ruinas a su alrededor la hizo sonreír. Acariciaba al enojo enterrado en su pecho, satisfaciéndolo.

Pensó en todas las veces en las que se había sentido sola, decepcionada, atrapada en una vida que no quería, a merced de situaciones que no podía controlar. Esa chica hubiera disfrutado de ver el mundo arder.

De arruinar un evento glamoroso.

Arielle se abrió camino con seguridad, fantaseando que era un ángel de destrucción. Hubiera tomado el arma oculta en sus alas de no ser por la silueta que la aprisionó en un abrazo constrictor y presionó un filo sobre su garganta.

—No he terminado de jugar contigo —le susurró Aleksei.



XLIX
ARIELLE

La respiración del villano le besó el cuello. El filo del acero trazó su garganta. Aleksei la guio por una de las salidas de emergencia hacia un corredor gris. Arielle caminó delante de él sin resistirse. Si el bastardo creía que podía escapar, estaba por llevarse una sorpresa. Eso era si la bruja amiga de Galen había cumplido con su parte.

—Solía tener fascinación por la Dearg-due. Había oído las historias que contaban en ese viejo *pub* cuando fuertes tormentas agitaban las ventanas. La cautivante vampiresa que acechaba la campiña irlandesa… pero aquellos del mundo sobrenatural sabíamos la verdad. Brid era real. Heredera de quien creó el hechizo de los Antiguos. Una bruja longeva, dotada de magia, y su sed por quienes la poseían era voraz…

Arielle prestó atención a los alrededores. Si lograba golpearlo contra algo que causara daño, podría soltarse; la esquina de un muro, alguna cañería que sobresaliera. Pero los muros eran lisos. Un corredor horizontal con una puerta al final.

—Creí que reconocería mi propia sed. Que entendería mi deseo de modificar el hechizo, de convertirnos en los monstruos que los humanos crearon en sus mentes, nacidos de sus peores miedos… pesadillas con un corazón latente —Aleksei habló sobre su cuello—. Pero Brid resultó ser una decepción. No estaba interesada en «excentricidades absurdas». Me advirtió que fuera discreto, que no

alterara el hechizo en mis venas…

Aleksei le dio un empujón contra la puerta de metal que daba a la calle. Arielle logró amortiguar el golpe, pero la mano del Antiguo la azotó de nuevo, provocando que su cabeza colisionara contra la salida de emergencia. Punzante agonía estalló en su frente. Seguido de un estruendo metálico que vibró en sus oídos.

BANG. BANG. BANG.

Tres disparos. ¿Los había imaginado?

—Suena a que la fiesta no ha terminado —dijo Aleksei.

Tras abrir la puerta, la arrastró del brazo. Solo bastó un paso fuera para que un relampagueante destello violeta enviara una corriente de electricidad a través de sus cuerpos. El impacto los hizo retroceder hacia el edificio.

—¡¿Qué rayos?! —exigió Aleksei.

Arielle sonrió triunfante.

—Parece que no hay salida… —dijo en tono inocente.

Los ojos de Aleksei sostuvieron los de ella en una mirada escalofriante. Se veían idos. Brillaban afiebrados. Y crueles. Tan crueles…

—No. No la hay.

Aleksei presionó el filo de la navaja sobre la garganta de Arielle y la hizo retroceder por el corredor. Luego siguieron escaleras arriba. Un piso, dos, tres, cuatro, hileras e hileras de escalones que ascendían sin final.

Arielle inhaló aire fresco. El cielo nocturno que los recibió era tan oscuro que robaba el brillo de las estrellas.

Estaban en una terraza.

La mano tras su espalda la empujó hacia la esquina y la afilada hoja de metal la obligó a subirse al borde. Arielle exhaló sorprendida. El Madelyn era un edificio alto. Al menos veinte pisos. Debajo, la ciudad destellaba en un circuito de relucientes lucecitas. Una visión impactante que la hizo sentir al borde de un cautivante abismo.

—Estás tan cerca del cielo. Lástima que tus alas sean de papel… —susurró Aleksei sobre su pelo.

Arielle fijó la mirada en el horizonte. Un paso en falso y caería a su muerte. *Balance. Busca tu centro. El peso se distribuye por igual en todas las direcciones,* oyó la voz de su vieja profesora de danza clásica en algún rincón de su mente.

Había dejado una pista en las escaleras para que Galen pudiera encontrarla. O mejor, Brid. Solo le quedaba distraerlo. Lograr que se perdiera en algún recuerdo.

—¿Te gustan las alturas? ¿A cuántas chicas arrojaste desde el último piso de un hotel? —preguntó.

Aleksei enterró las uñas en su pelo, lo atrapó en sus manos y le dio un tirón que expuso la curva de su cuello.

—No las arrojé. Bebí de ellas hasta que sus piernas se debilitaron tanto que no pudieron sostenerlas…

Mordió profundo.

Arielle Hollis liberó un grito de terror que llenó la noche.



L

GALEN

Vidrio roto crujió bajo sus zapatos. El salón estaba en penumbras. Sumergido en lo que quedaba del humo rojo. Galen nunca había visto algo que se asemejara tanto a la ilusión de un infierno.

Angelicales acróbatas colgaban confundidas, mientras que diablos errantes se cruzaban en su camino.

Sus ojos buscaron en los alrededores. Había visto la silueta de su ángel negro descender en el medio del caos, pero luego la había perdido.

Brid y sus damas de Catalina estaban disfrutando de acechar a los caballeros de Byron, persiguiéndolos sin un objetivo claro.

¿Dónde estaba Arielle? No podía gritar su nombre.

Una glamorosa mujer en un exuberante vestido rojo entrelazó las manos por su brazo en un gesto posesivo.

—Hola, apuesto. ¿Qué dices de ser mi víctima? —le dijo al oído.

—Lo siento, cariño, pero estoy buscando a alguien.

La mujer acarició la piel expuesta de su abdomen.

—Puedo ayudarte a buscar…

BANG. BANG. BANG.

Tres disparos lo salvaron de responder. El salón entero cayó en silencio. Galen se inclinó de manera instintiva, temiendo estar en el trayecto de alguna bala perdida.

—¡Suficiente!

La voz pertenecía a una elegante silueta que se había parado sobre unas de las mesas. Uno de sus brazos apuntaba un revólver en dirección al techo y el otro sostenía una vela que iluminó su rostro.

Niccolo Aetos esperó hasta tener la atención de todos. Le había quitado el silenciador a su arma.

Electrificante tensión relampagueó en el aire. Eso era lo que sucedía cuando alguien disparaba un arma de fuego en medio de una multitud. Nadie quería arriesgarse a ser un blanco.

—Permíteme darte una verdadera bienvenida a nuestra gala de santos y pecadores, Brid. Me disculpo por los modales de nuestro líder —dijo Niccolo mientras bajaba el revólver.

Unas pocas luces titilaron con vida, ofreciendo algo de iluminación. Brid estaba parada sobre las ruinas de una araña de cristal. Arrastró la cauda de su vestido blanco mientras caminaba con una pausa entre cada uno de sus pasos. Parecía una novia fantasma. El velo de pelo negro le pasaba la cintura.

—¿Quién eres tú?

Galen había olvidado la fría calma de su voz musical. Le recordaba a las olas rompiendo contra un risco.

—Mi nombre es Niccolo Aetos. Soy un caballero de Byron. —Agachó la cabeza en una reverencia—. Desconozco los detalles del ataque que mencionaste, pero si Aleksei cometió el crimen de atacar a uno de tus descendientes, entonces es mi deber decir que el resto de los caballeros no lo avalamos.

La Dearg-due rodeó la mesa sin quitarle la mirada de encima. Su presencia era como la aleta de un tiburón.

—Si son inocentes de tal ataque, háganse a un lado y abandonen al culpable a su suerte… —propuso con una sonrisa malvada.

Galen se movió rápido, alejándose de la multitud en el centro. Niccolo había sido ingenioso al planear su intervención. Sin Demetri nadie se opondría a que tomara el control. Nadie excepto Aleksei. Su ausencia era una corriente eléctrica masticando sus nervios.

Si no estaba allí, y Arielle tampoco…

—Gal. —Devon apareció a su lado moviéndose con urgencia—.

Belkin tiene a tu chica. Se fue por aquella puerta de servicio.

—Demonios.

—La barrera de Cairo impedirá que deje el edificio —le recordó.

Impediría que saliera, no que la matara. Aleksei había orquestado aquella nefasta escena con los acróbatas para hacerlo pagar por su ofensa en el callejón, quién sabía lo que haría luego de tal traición.

—Ve por Brid. Envíala en esa dirección —gritó sobre su hombro —. Apresúrate, D.

Su visión se redujo a un solo color. Rojo. A la luz roja que respiraba entre el humo. Al semáforo en rojo que retuvo el auto de Devon antes de que se llevara a su ladrona. A sangre. La sangre de Arielle en los labios de Aleksei.

—¡ARIELLE!

Su voz hizo eco a lo largo del corredor. Estaba desierto. Podía seguirlo hacia la salida de emergencia o subir por las escaleras. Pasó la mirada de un camino al otro y captó un destello plateado por el rabillo del ojo.

Era una cadenita de plata con un pendiente negro sobre los escalones que subían al siguiente piso. El mismo que Jean le había dado a Arielle para que usara de alarma.

—Chica ingeniosa.

Galen se precipitó por las escaleras. Los golpes que había recibido de Demetri aún latían en sus intestinos. Sabía a dónde la había llevado. Qué final grotesco lograría satisfacer su imaginación.

Rojo.

Seguido de un final negro.

Tortuosas imágenes consumieron su cabeza con cada escalón. Y, aun así, la escena que lo recibió en la terraza amenazó con arrancarle el corazón del pecho.

Había dos siluetas paradas en el borde.

El rostro de Aleksei estaba enterrado en el cuello de Arielle. Un cruel amante que se asomaba sobre su hombro, sosteniéndola contra sí.

—Aleksei.

Lo llamó furioso. Solo evitó gritar para no sobresaltarlo. El bastardo alzó la cabeza al igual que un lobo hambriento. La sonrisa roja que esbozó fue la misma que Galen había visto en sus pesadillas.

—Estaba comenzando a decepcionarme de que no nos fueras a encontrar a tiempo. No quería que te pierdas lo que sigue…

No podía salvarla. Nunca la alcanzaría a tiempo. Un empujón y su mundo se haría añicos.

—Aleksei…

Tajante miedo heló su respiración. Daría lo que fuera por salvarla. Incluso su vida. Había vivido largos años, había tenido experiencias, momentos tan vibrantes y llenos de vida que hacían que su existencia se sintiera corta… pero Arielle solo estaba al comienzo de la suya. Había peleado ferozmente por ella.

—Sabes que mejor que ofrecerle un trato a un loco… —Aleksei lo miró con ojos idos y repitió—: No quería que te pierdas lo que sigue…

—Yo tampoco.

Arielle se giró y chocó la rodilla contra la de Aleksei, arrojándolo hacia el piso de la terraza. Se movió tan rápido que Galen escuchó el «clic» de la traba de seguridad antes de ver el revólver que centelleó entre sus manos.

BANG.

Arielle disparó.



LI

GALEN

El cuerpo de Aleksei tembló con el impacto. Se encogió de dolor, soltando un agonizante alarido de sorpresa. Galen lo vio desde atrás. Apenas podía creer lo que había presenciado en los momentos que llevaba en la terraza.

Arielle le había disparado a Aleksei.

—Y yo que confundí tu perfume con el de un tulipán, eres una adelfa… —el Antiguo habló con dificultad.

Los labios de Galen se curvaron en una sonrisa. Ese era el nombre de una de las plantas más venenosas del mundo, también le decían laurel rosa debido a sus bonitas flores.

—No debiste llevarme a ese callejón ni golpear mi cabeza o clavarme una navaja en la pierna… Elegiste a la chica equivocada.

La visión de Arielle, la luna creciente a su espalda iluminando su silueta, el viento agitando su pelo sobre el par de alas negras, los brazos extendidos apuntando el arma, era una de poder y suma belleza. Le recordó a la antiheroína de las páginas de algún cómic.

—Llevo muchos años en este mundo. No voy a abandonarlo a causa de algo tan intrascendente como una bala —respiro agitado y agregó—: Fallaste al corazón.

Alkesei tenía ambas manos presionadas sobre su pecho, intentando contener la herida. La fina camisola de lino blanco que

llevaba desabotonada estaba húmeda de sangre. Roja, roja, roja con cada momento que pasaba.

Galen y Arielle intercambiaron una mirada. Dudaba que hubiera fallado. Su ladrona había dicho que había sido parte del equipo de tiro del prestigioso internado al que había ido. Sabía apuntar. Y él mismo le había dado indicaciones de donde estaba localizado el corazón.

—¿A cuántas chicas dejaste descartadas en baños drenadas de sangre? ¿A cuántos chicos les robaste su futuro? ¿Su vida? —le exigió Arielle—. Una bala al corazón es una muerte rápida, mereces algo mucho peor…

Aleksei se puso de pie. Se veía trágico. Un ángel besado por la muerte.

—Voy a escuchar la canción en tus venas hasta que se termine. —Miró a Arielle consumido de febril furia.

Galen se asomó por detrás del Antiguo, silencioso al igual que una pantera, lo tomó del cuello de la camisola, jaló hacia atrás y trazó una línea roja sobre la pálida piel de su garganta. No era profunda, más bien superficial, pero nunca dejaría de sangrar.

La daga embrujada en su mano se aseguraría de eso.

—Y yo voy a escuchar la tuya, Belkin, hasta la última maldita nota —dijo Galen.

Aleksei se giró hacia él con una lentitud escalofriante.

—Vas a perderla, si no es ahora, en unos años… cuando envejezca antes que ti. Nos traicionaste por nada —dijo Aleksei con una sonrisa de infinita crueldad.

Galen se sintió tentado de enterrar la brillante punta de metal dentro del hueco que dejó la bala. Lo hubiera hecho de no ser por la fría presencia que se asomó tras su espalda. Se giró a tiempo para ver a la Dearg-due despegarse de las sombras como si fuera parte de ellas. Una fantasmagórica novia de blanco prometida a la oscuridad.

—Aleksei Belkin es mío —dijo la musical voz de Brid.



LII

ARIELLE

El aire de la noche cayó varios grados. Como si aquella tenebrosa mujer hubiera traído el invierno. Colgando desde el techo del salón, Arielle no había podido ver su rostro en detalle; sus ojos eran del color de témpanos de hielo, enmarcados por densas pestañas negras, piel de porcelana, labios de un profundo tono escarlata. Brid poseía una belleza malvada. No había otra forma de describirla.

La vampiresa de Irlanda…

Verla arrastrar su vestido fuera de las sombras transformó su sangre en escarcha. Arielle no se movió. Prefería quedarse parada sobre el borde que estar un paso más cerca de la Dearg-due.

—Por supuesto, Brid. Todo tuyo.

Galen se corrió a un costado y dio unos pasos hacia Arielle. La mirada que le dio habló por sí sola. *Espera. No hagas nada.*

La escena que tanto había deseado finalmente se desenvolvió frente a sus ojos. Brid contempló a Aleksei con la calma letal de una leona. Con cada paso que la acercaba a él, la temperatura descendía. Para cuando se encontró frente a su rostro, el aire estaba tan frío como si estuviera nevando.

—Oí que tu sangre carga una maldición que corre en tus venas junto al hechizo de los Antiguos…

—Un regalo envuelto en seda de una bruja poderosa —respondió Aleksei con sarcasmo.

Brid acarició un mechón dorado. Los ojos blancos de la vampiresa bebieron de la línea de sangre que fluía por su garganta. Aleksei Belkin estaba empapado de rojo.

—Un festín digno de una reina intocable.

Su voz era una espeluznante melodía de muerte. Aleksei separó los labios para decir algo, pero Arielle nunca escuchó sus palabras.

Brid lo atrajo hacia ella, entrelazando los dedos en la nuca del Antiguo en un gesto íntimo, y arrastró la lengua por la sonrisa roja en su garganta. Comenzó lento, saboreando, besando, antes de perderse en un frenesí que la hizo beber y beber.

Arielle tembló. Sintió la presencia de la Dearg-due infiltrándose en lo profundo de sus huesos. Lo que estaba presenciando pertenecía a su clase de Terror Gótico. Un monstruo devorando a otro. Criaturas de la noche condenadas a vivir sin alma.

Aleksei rio suavemente, perdido en algún trance.

—Puedo oír mi propia canción —le susurró a la noche.

Brid bebió hasta que el encaje blanco de su vestido se tiñó de rojo. Creyó que no se detendría hasta que estuviera muerto, pero cinco de las damas de Catalina no tardaron en aparecer, y les ordenó que lo llevaran hacia el frente del hotel.

—Eso es lo último que veremos de él —dijo Galen.

Arielle vio a la Dearg-due desaparecer en la noche, seguida por su cortejo de damas y el cuerpo inconsciente de Aleksei Belkin. Lo había hecho. Había apostado con su vida y había ganado. No tendría que huir de Londres ni abandonar lo que había construido.

Se sentía eufórica. Invencible. En la cima del mundo. La altura del edificio ya no la asustaba.

Al menos eso creyó hasta que una repentina ráfaga de viento la empujó de lleno. Arielle se tambaleó hacia atrás, perdiendo el equilibrio, y cayó.

Una terrible sensación de vacío llenó su estómago.

El mundo desapareció en el cielo nocturno que la miró desde arriba.

—¡ARIELLE!

Galen atrapó su mano antes de que fuera demasiado tarde.

Arielle colgó a un costado del edificio. Esta vez la muerte se había cansado de sus coqueteos. Podía sentir su vida pendiendo de un hilo. Imaginar a una silueta envuelta en fina seda negra esperando por ella. Señalándola con una guadaña.

—No me sueltes —le rogó.

—Sabes que no lo haré, ángel —respondió Galen.

El silbido del viento llenó sus oídos. Poderosas ráfagas arrancaron el par de alas negras y las enviaron volando. Un centelleo violeta crujió a lo largo del aire, atrapando su pierna en una corriente eléctrica.

Arielle gritó.

Galen tiró con fuerza, levantándola, hasta tenerla en sus brazos.

—Estás bien —le dijo acunándola contra su pecho.

Sentir el suelo bajo su cuerpo hizo que exhalara de alivio. Arielle frotó la mano sobre el ajustado pantalón que envolvía sus piernas. La descarga mágica la había entumecido. Reconoció el incesante hormigueo que a veces cubría su pie cuando estaba en una mala posición.

—Olvidaste mencionar que tu conflicto con Aleksei era a causa de esta chica —dijo una voz.

El cuerpo de Galen se tensó a su alrededor. Arielle alzó la cabeza y encontró a una llamativa mujer de pelo plateado mirándola con desprecio. Aparentaba estar al final de sus veinte.

—Lo siento, Cairo. Debí haberlo mencionado.

Galen la ayudó a ponerse de pie y se posicionó delante de ella, enfrentando a la recién llegada. ¿Cairo? La bruja que había conjurado la barrera que centelleaba en el aire. Una de sus amigas.

Si sabía algo acerca de Galen, era que solo actuaba de manera cauta cuando no tenía otra opción. De lo contrario, la estaría desestimando con uno de sus «cariños». Cairo era una bruja poderosa. Y Galen le temía.

Genial, otra mujer fatal a la cual debemos sobrevivir.

—Pero no lo hiciste. Porque sabías que no hubiera aceptado. —La voz de la bruja agitó el silbido del viento—. Asumí el riesgo por ti, no por ella.

La bruja le dedicó una mirada desafiante. Arielle permaneció detrás de Galen. Esta no era su pelea. Dejaría que lo resolviera por sí mismo.

—Lo siento —repitió Galen—. Hemos sido amigos por un largo tiempo, sabes que me cuesta negarme a mis caprichos.

—Sé todo acerca de tus caprichos —respondió en tono afelpado.

Arielle se sorprendió ante la punzada de celos en el estómago. La bruja tenía una seguridad de acero. Lo veía en su porte, en sus ojos. Seguridad nacida de poder. Magia. Eso y un sensual cuerpo curvilíneo.

La odio.

—Me ayudaste y estoy en deuda contigo.

Galen dio un paso hacia ella y le ofreció algo. La daga que había usado para cortar la garganta de Aleksei. La corta hoja estaba empapada de sangre. Caía hacia la impactante serpiente de plata que envolvía la empuñadura.

—Por supuesto que estás en deuda conmigo. Y un día pasaré a recolectar, Gal.

—Estoy a tu servicio, cariño.

Arielle presionó los labios para contener lo que de seguro hubiera sido un sonido exasperado. No podía competir con una bruja. En especial con una que podía arrojarla de un edificio o electrocutarla conjurando una tormenta violeta.

—Mmhm.

—Además, lo que sucedió esta noche va a llegar a cada rincón de Londres. Fuiste un instrumento esencial en la ruina de Aleksei Belkin. Las brujas van a celebrar tu victoria —continuó Galen.

La bruja tomó la daga y colocó la punta bajo el mentón del Antiguo de forma juguetona.

—¿Qué hay de ti? ¿Vas a celebrar conmigo? —Cairo esbozó una sonrisa felina.

Arielle cerró la mano en un puño, deseando que el revólver no se le hubiera caído junto a las alas. La recámara aún contenía cinco balas.

El silencio de Galen habló por sí solo. Creó una tensión que se

hizo palpable en la atmósfera. Arielle bebió su rechazo al igual que vino. Esperaba que no les costara un maleficio. Las brujas eran propensas a ellos.

La mano de Galen encontró la suya, previendo un escape.

—Lástima que mataras a Demetri, era un amante vigoroso.

Cairo dejó caer el arma, cortando la tensión que pulsaba en el aire. Luego dirigió su atención a Arielle.

—Te recuerdo del Ataúd Rojo.

Arielle se mantuvo en silencio sin saber qué decir.

—Lo vi allí y lo veo ahora —dijo Cairo con tono de suspenso—. ¿Has oído hablar del Grim?

—¿El perro negro? —preguntó incierta.

—Es un presagio de muerte. —Los ojos de la bruja brillaron siniestros.

—No.

Galen dijo la palabra con tanta fuerza que la quebró. Arielle sintió una pequeña puntada en el pecho. Solo duró un momento. *Está mintiendo. Me quiere asustar.*

Estaba segura de que la iba a atacar, pero Cairo no hizo más que admirarla.

—Qué rostro tan bonito. Ten cuidado de que nadie lo robe.

La bruja le sostuvo la mirada por un tortuoso momento antes de darle la espalda y alejarse. Ninguno de los dos se relajó hasta que el revuelo de su pelo plateado estuvo fuera de la vista.

Arielle no sabía si reír o gritar. La marea de emociones en su pecho se agitaba en olas impredecibles. Su victoria, sus numerosos roces con la muerte, la sangre en sus manos, los sentimientos que había descubierto por el Antiguo frente a ella.

—Tu amiga es una bruja, y no del tipo que hace magia…

Galen dejó escapar una risa que sonó tan airosa como ebria.

—Por un segundo pensé que iba a asesinarnos —confesó.

—Creo que lo consideró. ¿Lo que dijo acerca del Grim…?

—Está enojada. Lo dijo para lastimarme —le aseguró Galen.

Sin ningún peligro que la distrajera, Arielle se tomó su tiempo para beber la imagen del sensual joven frente a ella. Una variedad

de cortes le marcaba el rostro, un ojo negro, nariz con rastros de sangre, aunque nada lo hacía menos atractivo. Y la manera en que esos pantalones colgaban bajo la cincelada línea de su abdomen era un pecado.

—Demetri te dio una paliza —observó.

—Demetri me hizo ver estrellas blancas. Golpeó los intestinos fuera de mí. Y de Devon. Pero nos las ingeniamos. Ingenio sobre músculos —respondió guiñándole un ojo.

Algo que definitivamente encontraba atractivo. Galen llevó el dedo pulgar a su mejilla y trazó una caricia afectuosa.

—Mi ángel de alas negras, eres libre de seguir tu vida sin ningún diablo acechándote en cada esquina —le prometió.

—¿Y si quiero ser acechada por un diablo en particular?

La yema de sus dedos bajó hacia la línea de su mandíbula, presionando aterciopelado calor con cada movimiento.

—Ese diablo estaría contento de seguirte. —Galen curvó los labios en aquella sonrisa que la dejaba sin aire—. Roba mi corazón, Arielle. Juega con él, rómpelo, haz lo que quieras.

Recordaba la primera vez que le había dicho esas palabras. La habían impactado tanto como ahora. Galen Pembroke hablando de esa manera era completamente irresistible.

—Tal vez lo conserve.

Se sorprendió a sí misma diciendo las palabras. Arielle se apoderó de los labios de Galen besándolo con profundidad. Exigiendo y ofreciendo en igual medida. El Antiguo hundió las manos en su cintura, luego en su trasero y la levantó sin esfuerzo. Lo quería. Allí. En el techo. Bajo la luna creciente y el oscuro cielo sin estrellas.

Galen mordió el lóbulo de su oído, disparando una deliciosa sensación que cosquilleó en su espalda.

—Seremos tan infames como Bonnie y Clyde —le susurró.

Eso la hizo reír. Pensó en el artículo de diario enmarcado en su pared. En la famosa pareja de bandidos que vivieron bajo sus propias reglas.

—Hablando de Bonnie y Clyde… —Arielle deslizó las piernas

hasta que el taco de sus botitas tocó el piso—. Vamos…

—¿Dónde?

—A la casa de Aleksei Belkin, tenemos una caja fuerte que saquear.



LIII

ARIELLE

Cuatro flautas de champán y una botella de Dom. Las colocó sobre la barra del Sherwood junto a un pastel de chocolate y frutillas que había ordenado en su pastelería favorita.

¿Qué mejor forma de celebrar que con champán y chocolate? *Una pinta de cerveza,* se respondió a sí misma, aunque tal ocasión ameritaba un brindis con Dom.

Arielle miró su reflejo en el espejo tras la estantería de botellas. La chica que la miró de regreso se veía tan sonriente que por poco no la reconoce.

Esa mañana, a las 10:07, Galen había comprado el Sherwood con el dinero que habían robado y escriturado el lugar a nombre de ella y de Oliver.

Galen había estado sorprendido por tal acto de generosidad. Y por supuesto que Arielle tuvo sus dudas. Ya no. Se sentía satisfecha con su decisión. No podía robarle su herencia, no después de que Oliver le había dado un lugar seguro a donde ir y reconstruir su vida.

Le hubiera encantado mirar a Colton Sherwood a la cara mientras adquiría el viejo *pub* que compartía su apellido, pero nunca se lo hubiera vendido a ella. En especial de saber que planeaba regresárselo a su hijo.

Arielle no tenía manera de justificar las miles y miles de libras

que había puesto en una bolsa de consorcio y cargado sobre su hombro. Cortesía de la caja fuerte de Aleksei. Por lo que Galen abrió una cuenta bancaria a la que tuviera acceso y se encargó de todo el papelerío. Un joven millonario que decidió consentir a su nueva novia con una pila de dinero.

Una historia tan vieja como el tiempo.

La puerta del Sherwood se abrió, trayendo las voces de Oliver, Bastiano y Jean. Los tres cargaban bolsas de compras. Jean saludó efusiva. Sabía acerca de su sorpresa. Pedirle a Oli que la acompañaran a la tienda para que ella pudiera preparar todo había sido su plan.

—¿Es… una botella de Dom Perignon? —preguntó Bas con las cejas levantadas.

—Glamoroso —observó Jean con una sonrisa cómplice—. ¿Cuál es la ocasión, Ari?

Oliver miró la barra mitad cansado mitad confundido. Las sombras bajo sus ojos estaban allí desde que su padre le dijo que vendería el *pub*. Que debía buscar otro lugar en donde vivir y trabajar.

—Nuestra independencia.

Arielle descorchó el Dom. Rio despreocupada cuando el «pop» del corcho envió una saeta de espuma por el aire.

—Nunca la vi así… —Bas le susurró a Jean por lo bajo—. Tan contenta.

—¿Nuestra independencia? —Oliver dijo la palabra sin atreverse a saborearla.

Conocía la sensación. Cuando era una adolescente atrapada en las prestigiosas paredes del internado al que la habían enviado sus padres, la noción de ser independiente le había parecido tan prometedora como inalcanzable. Un adorno de cristal que cortaba profundo.

—Odio los discursos… Iré al punto. —Arielle llenó las cuatro copas y alzó la suya—. Heredé una gran suma de dinero de una tía lejana y lo usé para comprar el Sherwood.

El silencio que le siguió detuvo el tiempo.

—¿Qué? —Oliver abrió la boca al igual que un pez.

—Puse la escritura a nombre de los dos. 50 y 50 —le informó Arielle.

Oliver pestañeó incrédulo. Luego exhaló una risa nerviosa y comenzó a pasearse a lo largo de la habitación con la cabeza entre sus manos.

—¿Estás hablando en serio?

—Aquí están los papeles, socio —Arielle tamborileó los dedos sobre una carpeta beige.

Bas dio un grito de exaltación y Jean lo imitó. No perdieron un momento en tomar sus copas y brindar entre ellos y con Arielle.

—¡Oli! Esto es con lo que soñabas… comprar el *pub*. —Bas le dio la cuarta copa junto a un beso en los labios—. ¡No vas a perderlo!

Oliver lo miró estupefacto. Sostuvo el champán en sus manos, sin tomarlo, y dio un paso incierto hacia ella.

—No puedo pagarte por mi parte… no ahora, y reunir el dinero me va a llevar un tiempo.

Arielle se encogió de hombros.

—No hay apuro. —Hizo una pausa y agregó—: El altillo clausurado del tercer piso, me gustaría remodelarlo, mudarme allí.

Oliver asintió.

—Hecho.

—¿Socios? —preguntó Arielle con la copa en alto.

—Socios —respondió Oliver chocando su copa con la de Arielle.

La enorme sonrisa que iluminó su rostro hizo que se sintiese feliz por él. Por ambos. Lo habían hecho. Habían tenido el coraje para enfrentar a sus padres, para elegir su propio camino, para elegirse a ellos mismos, a la persona que querían ser, y allí estaban, de pie.

—Gracias, Ari. De verdad. No puedo agradecerte lo suficiente.

Oliver la envolvió en un abrazo. Desde las primeras semanas en que habían empezado a trabajar juntos que Arielle se había sentido cómoda con él. Si tenía que elegir un socio, alguien en quien confiar, Oliver era esa persona.

—¡No tendremos que mudarnos!

Jean se sumó al abrazo. Bas no tardó en seguirle. Ese era su lugar también, un refugio para artistas y brujas. Cuatro jóvenes que habían escapado de sus familias y habían terminado bajo el mismo techo.

—¿Cuando te mudes puedo cambiarme a tu departamento? —preguntó Jean—. Tiene mejor vista.

—Es tuyo —dijo Arielle.

—¡Y nosotros podemos tirar abajo la pared que da al departamento de Jean y ampliar el nuestro! —agregó Bas.

Terminaron la botella de Dom y continuaron con una ronda de cervezas, acompañada de pastel. Hablaron sobre todas las remodelaciones que harían, ideas para promocionar el Sherwood y convertirlo en la gloria de los *pubs* universitarios.

Arielle sonrió para sí misma. Si había encontrado la manera de asesinar al líder de una sociedad secreta de Antiguos, de seguro se le ocurría algo para robar la clientela de otros bares.



LIV
GALEN

Al estacionar su Corvette frente al Sherwood se sorprendió de ver a una sombra familiar esperando a un lado de la puerta. No vestía un traje, aunque el atuendo era igual de pulido.

Niccolo Aeteos llevó un cigarrillo a sus labios y exhaló una espiral de humo. Al verlo, se tomó su tiempo para inhalar otra pitada, antes de descartar el cigarrillo, aplastando las diminutas chispas bajo la suela de sus zapatos italianos.

—Linda noche —dijo acercándose al auto.

Galen lo consideró. Solo podía pensar en una razón por la cual estaría allí: una bruja de rizos rubios y labios rojos.

—¿Vienes por Jean?

—Me llevó unos intentos, la convencí de salir a cenar —respondió Niccolo.

—Ser el nuevo líder de los caballeros de Byron es un título intimidante —observó Galen.

—Supongo que lo es.

No podía más que admirar al otro Antiguo por un plan bien ejecutado. La manera en que había tomado control del salón y apaciguado a la Dearg-due había sido brillante.

—¿Tomaron alguna decisión? Respecto a mi membresía…

Nadie lo había conectado al ataque que había sufrido el

muchacho Campbell ni lo sucedido con Aleksei, pero eso no borraba sus otras transgresiones. El hecho de que había desafiado a sus «hermanos» por una chica sin magia.

—Lo hablamos. Los demás están inclinados a dejarlo pasar si nos cedes una de tus propiedades, ya sabes, un obsequio de buena fe para compensar tus transgresiones. Thian mencionó que tienes un viñedo en La Toscana.

Bastardos codiciosos. Galen adoraba aquel viñedo. Aunque suponía que era mejor que su castillo en Irlanda. Y dado que pertenecería a los caballeros de Byron, y él era un miembro, suponía que podía usarlo cuando quisiera.

—De acuerdo. Le diré a Henry que prepare los papeles.

Niccolo palmeó su Corvette con una mueca complacida.

—Perfecto.

El sonido de voces concluyó su pequeño encuentro. Arielle y Jean Balfour salieron del Sherwood hablando entre ellas. Los ojos de Galen siguieron el par de largas piernas descubiertas que desaparecían bajo una glamorosa gabardina negra. Solo podía fantasear con lo que había debajo. Arielle había sido clara en sus indicaciones de que debían verse transgresores. Todo lo que sus padres desaprobaban.

Iba a ser una velada entretenida.

Niccolo caminó hacia la bruja y besó su mejilla de manera galante. Arielle se acercó al auto. Deslizó su sensual figura sobre el asiento de cuero. Sus hermosos ojos celestes se iluminaron al estudiarlo.

Galen también había optado por una gabardina. La suya era de estilo *avant-garde*: hombreras, botones de plata, detalles de cuero. Debajo llevaba un buzo con capucha. Jeans que exhibían uno que otro tajo. Botas de combate. Todo en negro.

Navegaron las calles de Londres en su Corvette. Arielle bajó la ventanilla, permitiendo que el viento jugara con su pelo. Se veía ansiosa, algo inusual en ella.

—Todavía me cuesta creer que compraste mi casa…

Sacó un sobre blanco de su cartera y lo sostuvo entre sus dedos.

Se veía tentada de dejarlo volar fuera del auto.

—Son los únicos padres que tienes. La familia es importante. El tiempo pasa, la sangre perdura —dijo Galen—. Y hay otras maneras de castigarlos que exiliándolos de tu vida. Cada día que vivan en esa casa, sabrán que es por ti.

Arielle leyó su sonrisa de diablo a la perfección. Respondió con una propia. Galen mantuvo una mano en el volante, la otra tomó la de Arielle, entrelazando sus dedos. Estaba contento de hacer esto por ella. Adquirir el Sherwood había sido obra de la joven. Su dinero. O, mejor dicho, el dinero de Aleksei. Pero cuando había visto que la casa blanca en Notting Hill aún estaba en venta, no se pudo contener de hacer una oferta.

Consentir a una chica autosuficiente como Arielle Hollis no era tarea fácil. Además, sería divertido. Galen disfrutaba de un buen espectáculo.

Estacionaron frente a una fría residencia de rejas negras.

—¿Listo, bebé? —preguntó Arielle.

—Espantar padres es mi especialidad, ángel.

No que hubiera lidiado con padres en un largo, largo tiempo. Arielle marchó hacia el timbre y lo presionó sin dudar.

—Si calculé bien, deberíamos estar interrumpiendo la cena. Mi padre odiará eso. Mi tío también.

—Un comienzo prometedor.

Arielle se anunció ante la voz que respondió. Una mujer en un uniforme sin una sola arruga no tardó en atenderlos. Al entrar en la casa, Arielle se quitó su abrigo y se lo entregó.

—Gracias, Molly —le dijo a la empleada.

El sensual vestido negro era tan ajustado como una segunda piel. Abrazaba su busto, el largo de su torso y la perfecta curva de su trasero. Era corto y resplandeciente. Hecho de seda negra salpicada en estrellas.

Galen sintió su cuerpo endurecerse de deseo. La mujer llamada Molly empalideció al borde del desmayo.

—Tal vez debería conservarlo, señorita.

Le ofreció el abrigo de regreso, pero Arielle negó con la cabeza.

—No es necesario. —Giró la cabeza en dirección a una puerta—. ¿Están cenando?

—Sí. —Las dos letras sonaron estranguladas.

Molly pasó la mirada de Galen a Arielle, preocupada ante la idea de tener que llevarlos hacia el comedor. El Antiguo pasó una mano por su pelo, despeinándolo. Casi se sentía mal por la pobre mujer que solo estaba haciendo su trabajo.

—Descuida, Molly. Podemos anunciarnos solos —dijo Arielle.

El alivio en su rostro fue instantáneo. Dos perros tan altos como ponys trotaron dentro de la habitación. Gran daneses. Uno de ellos era blanco con grandes pintas negras y el otro completamente negro.

—Ellos son Mozart y Brahms. —Arielle los acarició de manera afectuosa.

—Veo que tu tío es un aficionado a la música clásica.

—Y al ajedrez. —Señaló el suelo de mármol que imitaba un tablero de ajedrez.

El par de gran daneses caminó delante de ellos. Galen rodeó los hombros de Arielle con su brazo. Esta corrió su largo pelo hacia un costado y curvó los labios en aquella mueca enigmática que le recordaba a la Mona Lisa.

Lo primero que vio al entrar en el comedor fue la impactante araña de cristal Murano que colgaba de manera ceremonial sobre una gran mesa. Las cuatro personas que cenaban bajo las docenas de lamparitas comían en silencio. Arielle tomó ventaja de tal hecho para arrastrar los pies de manera ruidosa.

Ocho pares de ojos se volvieron hacia ellos al unísono.

—¿Arielle?

La mujer que habló compartía el pelo negro y el elegante arco de su cuello. Su madre, sin lugar a duda.

—Buenas noches —saludó Arielle en tono despreocupado—. Estábamos por el vecindario y decidimos pasar a saludar.

Nadie respondió. Ni siquiera parecían respirar.

—Alexander, déjame presentarte a mi familia: él es mi padre Peter, mi madre Coraline, mi tío Charles y mi tía Anne —señaló uno

por uno—. Este es Alexander Penn, el amigo del que les conté.

Arielle lo tomó del brazo, exhibiéndolo orgullosa como si fuera una perdiz que hubiera cazado para la cena. Galen tenía que concederle que era una buena actriz. Peter Hollis lo miraba con una expresión que imitaba la condena eterna de una momia, aunque la vena en su cuello no latió de la misma manera que cuando vio el vestido de su hija. Coraline se veía al borde de una jaqueca. El tío Charles pestañeó dos veces antes de regresar la atención al pescado en su plato. La tía Anne fue la única en ofrecerle una sonrisa amable.

—Un gusto, su hermosa hija me habló de ustedes.

Galen sujetó a Arielle contra su cuerpo como si no pudiera quitarle las manos de encima. Lo cual no requirió de actuación.

—Esto es una sorpresa, querida. Siéntense, le pediré a Molly que…

—¿Qué significa esto, jovencita? —Peter cortó a la tía Anne—. ¿Por qué están interrumpiendo la cena? Y con ese vestido inapropiado…

—Estamos celebrando —respondió Arielle en tono inocente.

Coraline miró a su hija y se masajeó los costados de la cabeza. Era evidente que había nacido en cuna de oro. Se advertía desde la forma en que sostenía la copa en su mano hasta en el *blazer* color marfil que había elegido usar para una cena de entrecasa.

—No me atrevo a preguntar qué celebran —murmuró para sí.

La mujer era alta, agraciada, pero se veía demasiado delgada, con los pómulos hundidos. Haber perdido su fortuna la estaba consumiendo.

Arielle debió heredar su temple de acero de algún antepasado, probablemente una abuela.

El tío Charles detuvo el trayecto del tenedor que estaba llevando a su boca y miró a Galen como si lo hubiera visto por primera vez.

—¿Dijiste Alexander Penn? —preguntó atónito.

Ahí estaba. Ese era el alias que usaba para manejar su pequeño imperio de bienes raíces. Alexander Penn era exitoso, adinerado, influyente.

—Así es. De seguro vieron mi nombre en el periódico, hago alguna aparición ocasional —dijo con la arrogancia casual de un joven que tenía el mundo a sus pies.

Peter abrió los ojos tan grandes que por poco se la caen del rostro. Coraline detuvo sus manos y las dejó caer.

—¿Penn? ¿De Penn & Penn bienes raíces?

—Ese mismo —respondió Arielle—. Nos conocimos en la universidad. Alexander donó una biblioteca.

Sus padres lo miraron incrédulo. Los Hollis de seguro nunca habían visto a un empresario exitoso que se delineara los ojos. Probablemente lo habían creído algún vándalo que su única hija había recogido de la calle.

—Eso es muy impresionante. Siéntense. ¿Tienen hambre? —preguntó la tía Anne.

Galen dio un paso hacia la silla más cercana, junto a Coraline Hollis, y se dejó caer sobre el costoso tapizado. Luego palmeó su pierna, indicándole a Arielle que se sentara. El brillo travieso en esos ojos celestes hizo que curvara los labios.

La joven se sentó sobre su regazo y cruzó las largas piernas que el corto vestido dejaba al descubierto.

Coraline empalideció. Peter Hollis hizo un sonido que le hizo pensar en un gato atragantado. Si las miradas pudieran quemar, Galen hubiera ardido allí mismo.

—Ya cenamos. Gracias, tía. —Arielle sacó el sobre blanco y lo estampó sobre la mesa—. Trajimos el postre.

—Oh, que…

La tía Anne miró a su esposo, incierta sobre qué decir. El tío Charles acarició la cabeza del gran sabueso negro sentado tras su silla, claramente aliviado de tener perros en vez de hijos.

—Arielle, sabes que a tu padre le sube la presión… —le advirtió Coraline.

Arielle se giró sobre el regazo de Galen, miró a su madre a los ojos y deslizó el sobre por la mesa, en su dirección.

—Esto hará que le baje —le aseguró.

Coraline dudó antes de tomar el papel. Peter extendió la mano

hacia su esposa de manera expectante. Sus ojos estaban fijos en el rostro de su hija. Anticipando algo malo.

—No. Ábrelo tú, madre. Es mi obsequio para ustedes, para ti —intervino Arielle.

Un tenso silencio se respiró entre los integrantes de la mesa. Galen estiró la mano hacia una vajilla de porcelana que contenía croquetas y le arrojó una al gran danés de pelaje con pintas. Mozart. El perro la tragó sin siquiera masticar.

—Por favor, no haga eso —le pidió el tío Charles en tono firme —. Señor Penn.

De haber sido algún punk cualquiera, en vez del nombre que reconocieron del periódico, su elección de palabras de seguro hubiera sido distinta. El otro perro, Brahms, se acercó a él, moviendo la cola de manera amistosa.

Galen tomó otra croqueta.

—Última. Odio hacer diferencia —dijo arrojándola en el aire.

El tío Charles miró a su hermano Peter, quien a su vez miró a su esposa.

—Lee lo hay que hay en el sobre, Cora.

La madre de Arielle liberó el papel con dedos ansiosos. Su expresión pasó de temerosa a estupefacta, a incrédula. Se llevó las uñas esmeralda a los labios y liberó un pequeño sollozo.

—¿Qué es? —exigió Peter Hollis.

—La escritura de nuestra casa en Pembridge Gardens. Está a nombre de Arielle.

Coraline tomó la mano de su hija en la suya. La estaba mirando como si fuera lo más maravilloso que le hubiera pasado en vez de la jaqueca en un sensual vestido negro que había interrumpido su cena.

—Eso no es posible.

Peter Hollis se estiró sobre la mesa de manera poco ceremonial y robó el papel de las manos de su esposa. Galen disfrutó de beber su expresión. De contemplar a Arielle haciendo lo mismo. Besó la mueca de satisfacción en la esquina de su labio. Luego continuó con un demostrativo beso con lengua que provocó que alguien soltara

un cubierto sobre la vajilla de porcelana.

—¿Cómo…? —Peter Hollis sostuvo el papel como si se tratara del mapa a un tesoro.

—Fue un regalo de Alexander —respondió Arielle.

Usó un tono casual. Podría haber estado hablando de una caja de chocolates.

—¿Qué puedo decir? Su hija es la joven más fascinante que he conocido. Ingeniosa, uno de los mejores promedios de su curso, y una escritora talentosa… quería consentirla. —Galen acarició una de las piernas de Arielle con la yema de su pulgar.

—Gracias, bebé.

Oírla llamándolo de esa manera y el calor de su cuerpo presionado sobre su regazo hizo que se sintiera tentado de cargarla en sus brazos y encontrar una habitación vacía. La habitación en donde dormían Peter y Coraline Hollis era una opción tentadora.

—Fue un placer —le susurró al oído.

Peter Hollis seguía sin entender lo que estaba pasando. Su expresión pasmada hizo que sus gruesas cejas por poco desaparecieran en la línea de su pelo. Aunque su alivio era palpable.

—¡Eso es maravilloso! Tan generoso —aplaudió la tía Anne en un gesto sincero.

—Maravilloso —coincidió el tío Charles.

El aburrido rostro del hombre se había iluminado ante la posibilidad de que su hermano y cuñada regresaran a su propio hogar.

—Nuestra casa… ¡Nuestra casa! —Coraline había perdido la compostura y se veía exultante—. ¡Molly! ¡Champán! ¡Copas! —Besó la cabeza de su hija—. Ya no tienes que vivir en ese sucio *pub*, vas a mudarte con nosotros. ¿Verdad, Arielle?

—No.

Coraline se heló, confusa.

—Tonterías. Vas a regresar, jovencita. —Peter le dio una mirada que se esforzaba en vano por emanar autoridad.

—¿Cómo es que solías decir, pa? Mi casa, mis reglas. —Arielle

llevó la mirada a la escritura.

La vena que se hinchó en el cuello de Peter Hollis se veía cerca de estallar. El hombre abrió la boca y la volvió a cerrar. Mudo. Arielle se levantó de manera triunfal. Quería control y lo tenía. Cada día que Peter y Coraline vivieran en esa casa sería un recordatorio de que se lo debían a su hija.

Galen se puso de pie sin disimular su sonrisa de diablo. Ese era su verdadero obsequio. Aquella satisfacción que brillaba en los ojos de Arielle valió cada libra.

—Por favor, espérame en el auto, te alcanzaré pronto —dijo la ladrona.

Se despidió de la familia Hollis levantando dos dedos en un gesto de paz y dejó el comedor. Escuchar los susurros a su espalda le sacó una risa. El par de gran daneses lo escoltó a la puerta, trotando a su lado. Le agradaban. Galen consideró comprar uno.

Esperó en el Corvette. La luna era una perla plateada en el cielo londinense. Estaba contemplándola cuando las palabras de Cairo lo asaltaron. *Lo vi allí y lo veo ahora. ¿Has oído hablar del Grim?* No era posible. En todos sus años Galen jamás había visto al espectral perro negro.

Arielle no tardó en aparecer junto al auto. La gabardina abierta le cubría los hombros y dejaba ver su pequeño vestido negro.

—¿Te divertiste? —preguntó Galen.

—Una velada para no olvidar.

Arielle extendió la palma de la mano frente a él. El farol de la calle iluminó los objetos: un par de alianzas doradas y un antiguo reloj de bolsillo.

—Tuyos —dijo su ladrona.

Verlos le trajo nostalgia. Planeaba devolverlos a su lugar en la casa de Cambridge antes de que su madre notara su ausencia. Genevive Ladurée cortaría la garganta de Arielle si alguna vez se enteraba de su robo.

—Merci, mon ange.

Galen saboreó el efecto que su acento francés tuvo sobre Arielle. El deseo en sus ojos.

—¿Próximo destino? —preguntó hundiendo el pie en el acelerador.

—Un *pub* llamado El anillo de diamantes. Oí que su *barman* es muy talentoso, planeo robarlo para el Sherwood.

Arielle le dedicó una media sonrisa que prometía problemas.

—Un gol noble.

Galen Pembroke robó un beso de los labios de su ladrona y condujo el Corvette negro hacia una calle gris. Era la noche perfecta para un robo.

EPÍLOGO

1999

Arielle acomodó la ropa dentro de la valija abierta sobre su cama. Una larga gata de denso pelaje gris atigrado y pecho blanco dormía dentro, estirada sobre un suéter.

Cuando se mudó a su nuevo departamento, varios meses atrás, Kitty Winter había decidido mudarse con ella. Insatisfecha con ser una mera visita. Iba y venía a su antojo por la ventana abierta, pero la encontraba allí todos los días: dormida sobre la cama, entre los libros del estante, anidada entre la ropa, sentada en una pose majestuosa sobre su escritorio, en la alfombra del baño.

No había dudas de que era un habitante más del Sherwood.

Arielle acarició la panza del perezoso saco de pelos. Había convertido el altillo del tercer piso en un luminoso *loft*. El espacio extra le había permitido comprar una cama de dos plazas, agregar estanterías para sus libros, un buen escritorio con una computadora e incluso un sofá y una mesa de té.

—¿Qué hay de esta cartera?

Jean se asomó desde el armario, enseñándole una gran cartera marrón.

—No, ocupa demasiado espacio —respondió Arielle.

En vez de regresarla a su lugar, la bruja se la colgó al hombro y

se paró frente al espejo en la puerta. Llevaba un largo suéter que usaba a modo de vestido sobre medias negras hasta las rodillas y sus Dr. Martens. Un atuendo muy Jean.

—¿La puedo tomar prestada? La discográfica organizó una cena de fin de año.

—Sí.

Jean le arrojó un beso y continuó pasando la ropa en el perchero.

—Ayudaría si te diera una pista de a dónde planea llevarte. O al menos si es una playa, una gran ciudad o los Alpes… —dijo Jean.

—Hay algo emocionante acerca de no saber.

Arielle levantó a Kitty Winter, quien colgó de sus manos sin siquiera mover un bigote, y la depositó sobre el acolchado. Tenía una hora para terminar de empacar. Galen la había sorprendido con pasajes para pasar Año Nuevo en un destino misterioso. La única pista que le había dado era que se dirigían a un lugar que había protagonizado uno de los libros de Agatha Christie.

Las posibilidades eran vastas e interesantes: Estambul, Egipto, Mesopotamia, la isla Burgh en Devon, Cornwall.

—Yo odiaría no saber. Odio las sorpresas que no vienen envueltas con papel de regalo o con un recibo de cambio —respondió Jean.

La bruja fue hacia la cama y se recostó a un lado de Kitty. La gata abrió un ojo verde. Le dio una mirada aburrida. Y lo volvió a cerrar.

—No te olvides de ponerle comida —le recordó Arielle.

—Sé cuidar de un gato. Las brujas somos famosas por ello —declaró Jean.

—Y asegúrate de que Oliver no sea demasiado generoso con los tragos. Últimamente ha estado tan contento que empieza el descuento de la medianoche una hora antes —agregó.

Su amiga dejó escapar una risa.

—Es el efecto Bas.

—Es el efecto de ser uno de los dueños de un *pub* tan exitoso. En el último año, Sherwood triplicó la clientela —dijo Arielle orgullosa

—. Incluso está en la lista de mejores *pubs* universitarios que se publican en la revista de la Universidad de Londres.

Era la magia de los tragos de Kian. El talentoso *barman* que había robado de El anillo de diamantes resultó ser un brujo igual que Jean. Inventaba deliciosos tragos como si se tratara de pócimas mágicas.

Arielle terminó de empacar y cerró la valija. Recorrió el espacio, asegurándose de que todo estuviera en orden, y se detuvo frente a la prolija pila de papel acomodada de manera reverencial sobre el escritorio. El manuscrito de su primer libro: *Una canción de notas escarlatas*. Lo había terminado y había probado suerte enviando copias a algunas editoriales. Solo quedaba esperar y ver.

Encontró a Oliver en la planta baja, mano a mano con Bas. Se veía formal en un saco azul marino. Bas llevaba una colorida bufanda sobre un suéter y por algún milagro había peinado su alborotado pelo castaño.

—Se ven bien —notó Arielle.

—Recién venimos de almorzar con mis padres. —La sonrisa alegre de Oliver tocó sus mejillas—. Hemos estado recomponiendo las cosas. Mi madre adora a Bas, compró algunas de sus pinturas, y mi padre está impresionado de lo que hicimos con Sherwood.

—Por supuesto que el bastardo está impresionado —murmuró Arielle.

Bas dejó escapar una carcajada. E incluso Oliver rio entre dientes. Al ver la valija, se apresuró a su lado.

—Déjame cargar eso —se ofreció—. ¿Por cuánto tiempo se van?

—Creo que dos semanas.

—Te voy a extrañar, Ari.

La envolvió en un abrazo.

—Este año trabajando juntos, como socios, ha sido perfecto, a pesar de que a veces me asustas un poco. —Rio sobre su hombro—. Gracias.

—No te pongas sentimental. —Arielle sonrió.

Oliver cargó la valija mientras Bastiano la saludó con un abrazo rápido.

—*Ciao*, bella.

—Adiós, Bas. Asegúrate de que no se entusiasme con los descuentos, le encomendé a Jean la misma misión.

Fuera encontró a un joven infernalmente atractivo que esperaba por ella. Galen le dio su sonrisa de diablo.

—¿Lista para comenzar el año con una aventura?

Galen echó una mirada al reloj en su muñeca. Eran las 23:55. Estaban a cinco minutos del comienzo de un nuevo milenio. Su bella ladrona disfrutaba la vista desde la baranda de un lujoso crucero que navegaba sobre aguas oscuras.

Pasó las manos alrededor de su cintura, abrazándola para sí.

—Cinco minutos —le susurró al oído.

Arielle giró el rostro hacia él y presionó los suaves labios frambuesa sobre los suyos. Lo besó de manera afectuosa. Cálida. Tan sensual como chocolate derretido. Sus delicados dedos encontraron aquel punto sensible en su nuca.

—Cuatro —respondió.

Galen atrapó el labio inferior de Arielle en su boca, mordiendo suave de forma juguetona. Sus manos trazaron la sensual forma de su cintura. Levantó la falda del vestido champán con dedos que se estremecieron sobre su piel.

—Tres.

Arielle presionó la curva de su trasero sobre la dura erección en sus pantalones y se apoyó lento con movimientos que lo enloquecieron por la fricción. Luego comenzó un rastro de dulces besos al costado de su cuello.

—Dos.

Galen acarició la seda de su ropa interior, arrastrando los dedos sobre su centro en tortuosos movimientos circulares. Un adelanto de la celebración que disfrutarían en la privacidad de su camarote.

—Uno.

Arielle dijo su nombre en un suave gemido. Sus labios colisionaron en un fugaz encuentro de deseo. Un beso de amantes, de corazones robados y almas gemelas, de crímenes y alas negras.

—¡FELIZ AÑO NUEVO! —un coro de voces gritó cerca.

Brillantes fuegos artificiales dispararon saetas de colores y explosivas chispas que iluminaron la costa del río Nilo. El hermoso paisaje de vegetación verde y tierra dorada era tan prometedor como un espejismo. Tierra de faraones y sarcófagos, de pirámides y tesoros perdidos.

Una de las muchas maravillas del mundo que Galen Pembroke quería compartir con la audaz chica en sus brazos. La ladrona que había penetrado cada defensa de su corazón como si se tratara de la bóveda de un banco y saqueado su interior.

—Por nosotros, ángel.

2000

Las luces de la torre Eiffel brillaban en la noche parisina; Galen observó a Arielle apreciándolas. Estaban en un restaurante con pequeñas mesas acomodadas en la calle. Ideal para una sencilla cena romántica. Nada demasiado llamativo que hiciera sospechar a Arielle que se trataba de un festejo.

—Tengo algo para ti, ángel.

La joven inclinó la cabeza hacia él. Sus ojos celestes relucían con aquella luz mágica que envolvía a la ciudad de París.

—¿Un anillo de diamantes? —bromeó.

Galen sonrió.

—Algo mejor.

Buscó dentro del abrigo y sacó un paquete que había estado ocultando desde que había llegado a su puerta. Había tenido que ser persuasivo para obtenerlo antes que Arielle. Persuasivo y generoso.

Arielle estudió el prolijo envoltorio dorado y el bonito listón rojo. Su forma y peso delataban el contenido.

—¿Un libro? —preguntó aceptándolo.

Galen respondió con una mueca orgullosa. Observó a su ladrona romper el envoltorio y exhalar con sorpresa. La expresión deslumbrada en su rostro llenó su pecho. Arielle sostuvo el libro

como si fuera una de las cosas más preciadas en el mundo.

Su libro.

Uno de los primeros ejemplares de *Una canción de notas escarlatas*. La editorial que lo había publicado pronto comenzaría a distribuirlo en librerías. Justo a tiempo para Navidad.

—Felicidades —dijo Galen.

2005

La luz de la ventana iluminó la cuna; el bebé finalmente se había dormido. Su pequeño rostro rosado se encontraba perdido en sueños. Galen acomodó la frazada que lo tapaba.

William Pembroke.

Las iniciales estaban pintadas en el cabezal de la cuna.

Semanas atrás se había convertido en padre. El embarazo había sido inesperado. Pero ni Arielle ni él habían dudado por un momento. Tenían tanto por ofrecerle al niño.

Will va a tener el mundo a sus pies. Va a ser libre de seguir a cada uno de sus deseos. Si lo elige, prométeme que algún día será un Antiguo como tú.

Arielle le había dicho esas palabras la primera vez que lo sostuvo en brazos. Se había quedado dormida en la silla mecedora con un libro de Shelock Holmes abierto en sus manos. Galen lo cerró y besó los labios de la bella ladrona.

Lo prometo.

2013

Era tarde. Las calles de Londres estaban desiertas. Galen miró sobre su hombro. Tenía un mal presentimiento. Era una noche negra, sin luna y sin estrellas. Había disfrutado de la función. *El fantasma de la ópera* era el musical favorito de Arielle. Lo que no había disfrutado había sido cruzarse con Cairo a la salida.

No veía a la bruja desde hacía años. La sensual amistad que habían compartido se había fisurado la noche en que se deshizo de Aleksei Belkin, y quebrado por completo cuando rechazó una de sus invitaciones un tiempo después.

Había elegido ser fiel a Arielle y la bruja lo había resentido por ello.

Cairo se veía demasiado bien para una mujer que ya rondaba la mediana edad. Galen no tenía dudas de que estaba utilizando magia para aferrarse a un rostro joven. Magia negra. Brebajes y sacrificios.

Arielle caminaba unos pasos delante. Podía oírla zumbar una de las canciones del musical por lo bajo. *The Point of No Return.*

Galen miró sobre su hombro una vez más. No podía deshacerse de la sensación de pasos fantasmas tras su espalda.

Qué rostro tan bonito, Arielle. Lo había olvidado.

La voz de Cairo lo acechaba.

No se atrevería.

No a su ladrona.

—Galen…

Arielle se detuvo. La postura rígida de sus hombros delataba miedo. Galen se apresuró a su lado.

Una sombra los observó desde el callejón. Un perro negro. Había algo espectral acerca del animal. Era alto y esbelto, y una fantasmagórica neblina acariciaba su pelaje.

El aire se volvió frío contra la nuca de Galen.

—El Grim —las palabras escaparon de sus labios.

Se sintió como si los ojos del animal fueran a robar partes de su alma.

Entonces lo supo, alguien iba a morir.

2015

El Ataúd Rojo de Boston exhibía la misma estética que el de Londres. Un antro de la perdición para aquellos que buscaban entretener fantasías sobre vampiros. Galen pidió otro trago y lo vació sin preámbulo. Había perdido la cuenta de cuántos llevaba. Extrañaba a Arielle con cada latido de su corazón.

Su ángel de alas negras. Había sido arrebatada de él, de Will, por aquella perra.

Galen se había vengado.

La bruja estaba muerta.

Pero eso no le devolvería a su ladrona.

El primer año tras su pérdida había sido un vacío sin fin. El segundo había estado plagado de bebidas y chicas de pelo negro y ojos azules que nunca serían Arielle.

De no ser por Will no se hubiera recuperado.

Su historia había comenzado con pasión y terminado con tragedia. Bonnie y Clyde habían compartido el mismo destino ineludible, aunque al menos habían muerto juntos.

Galen pidió un trago más. O, mejor dicho, Alexander fue quien lo pidió. Ese era el alias que estaba usando.

Era una noche particular. La atmósfera en El Ataúd Rojo vibraba

con una chispa floral que le cantaba al hechizo en su sangre. Magia. Debía haber un grupo de brujas presente.

Galen examinó los alrededores, mitad ebrio y mitad aburrido.

Sus ojos gravitaron hacia una chica que se abría paso hacia la salida.

Una bonita chica de pelo negro.

—¡Madison! —alguien la llamó.

Fue hacia ella casi por inercia, perdido en el recuerdo de la primera vez que había visto a Arielle Hollis en El Ataúd Rojo de una ciudad distinta.

La tomó del brazo sin pedir permiso. Alexander era malo y excéntrico. Alguien sin un corazón que perder. La chica, Madison, lo miró con unos ojos celestes que brillaron con un fuego propio. Era tan parecida a Arielle…

Intentó eludirlo pero Galen se movió al mismo tiempo que ella, cortándole el paso.

—Hola, bonita.



¡Seguinos!

